MELANIE MORELAND

El anexo



Roca editorial

MELANIE MORELAND

EL ANEXO

Traducción de Ana Isabel Domínguez
y María del Mar Rodríguez

Rocaeditorial

Prólogo

Nuestras miradas se encontraron. La suya, echando chispas, furiosa. En mis ojos se veía la voluntad de defenderme. Salvo que, de repente, entendí por qué me sonaba su cara. Tenía mis ojos, mi frente ancha y el remolino que siempre había detestado. Reconocí la rabia que ardía en su mirada. La había visto en el espejo durante gran parte de mis primeros años de adulto.

Tragué saliva, consciente de los resoplidos de sorpresa y de las palabrotas que se pronunciaban a mi alrededor. Abrí la boca para hablar, pero no me salieron las palabras.

—Es mi padre —masculló ella, destilando veneno—. Y lo odio.

1

RICHARD

La oscuridad del crespúsculo se extendía a mi alrededor en la terraza de madera del patio mientras miraba el agua. Los últimos rayos del sol se reflejaban en el movimiento de las olas, un caleidoscopio infinito bajo la luz mortecina.

Bebí un sorbo de whisky y saboreé el lujoso licor a medida que me bajaba por la garganta. Contemplé mi vida al tiempo que observaba el paso del día a la noche: el momento favorito de Katy. Siempre me pareció raro que alguien tan lleno de luz prefiriera estar rodeada por la oscuridad de la noche, pero así era mi Katy. Iba a la derecha cuando esperaba que fuese a la izquierda. Siempre sorprendiéndome; y así había sido durante toda nuestra relación.

A mi espalda oía la voz amortiguada de Katy, que hablaba en algún lugar de la casa, y sus carcajadas me arrancaron una sonrisa. Debía de estar hablando con Gracie o con Heather del viaje que teníamos previsto a Toronto. Como de costumbre, mi mujer estaba ansiosa por ver a nuestras hijas, y debía admitir que yo también las echaba de menos. Sin importar la hora, su edad o lo a menudo que nos visitaran, echaba de menos… a todos nuestros hijos. Solo Matthew vivía cerca, en Victoria. Los mellizos, Penny y Gavin, estaban casados; Gavin vivía en Calgary con su mujer Amanda, y Penny vivía con su marido, Philip, en Inglaterra. Matthew seguía soltero, ya que estaba casado con su profesión de médico. Katy se preocupaba por él a todas horas, pero yo tenía la sensación de que encontraría a su media naranja cuando estuviera preparado. Siempre había hecho las cosas a su propio ritmo. Era listo, decidido y entregado, más tímido que el resto de mi prole y obcecado en todo lo que se proponía.

Bebí otro sorbo mientras me invadía la gratitud. A mi familia le iba bien. Yo estaba a punto de jubilarme y habíamos planeado visitar a nuestras hijas y a nuestra familia elegida en Ontario. Después de llevar años viviendo juntos, Heather y Reed por fin habían decidido casarse. La ceremonia, sencilla e íntima, se celebraría en los viñedos donde se habían casado los demás.

El ruido de la puerta corredera me hizo mirar por encima del hombro. Mi mujer se presentó en la terraza con una copa de vino en la mano. Incluso después de tantos años, me quedé sin aliento al verla. Me resultaba un misterio absoluto haberla considerado del montón en una época. Había estado ciego. Katy era preciosa. Los años la habían tratado bien, suavizando los ángulos de la juventud y confiriéndole un halo de madurez. Tenía hebras plateadas y grises en el pelo oscuro, y las arruguitas provocadas por la risa alrededor de esos claros ojos azules que nunca habían perdido su brillo le daban un toque travieso. Seguía siendo menuda y con una figura estupenda, que encajaba bajo mi brazo a la perfección. Me sonrió, y el amor que ella personificaba asomó a su mirada mientras se aproximaba.

Le tendí una mano y tiré de ella para acercarla antes de agachar la cabeza y besarla.

—Hola, cariño.

—Me había parecido oír que entrabas.

—Estabas hablando por teléfono. Me preparé una copa y salí a ver el atardecer.

Ella sonrió y bebió un sorbo de vino.

—Hablaba con Heather. Está deseando tenernos a todos allí.

—¿Va todo bien?

—Sí, es que nos echa de menos.

Le acaricié la cabeza con la nariz.

—A ti sobre todo. Estoy seguro de que quiere a su madre cerca conforme se vaya acercando la

boda.

Katy soltó una risilla.

—Ni siquiera lo llaman «boda», Richard. «Fiesta nupcial», creo que así es como lo llamó Reed.

—Qué más da. Por fin van a casarse. —Suspiré.

—Qué anticuado eres. —Me dio unas palmaditas en el pecho—. Quién iba a decir que el hombre progresista, moderno y arrogante con el que me casé acabaría preocupándose por un trozo de papel.

—No es un trozo de papel —repliqué—. Es un compromiso.

Ella se rio al oírme.

—Nadie dudaría jamás del compromiso de Reed con nuestra hija. Es Heather quien ha estado retrasándolo. Decía que no le interesaba el matrimonio.

—¿Qué crees que ha cambiado? —le pregunté—. ¿Crees que está embarazada?

—No, se lo he preguntado. Me dijo que Reed se lo pidió, de nuevo, y que en esa ocasión le pareció apropiado, así que dijo que sí. —Me miró con expresión traviesa—. Creo que lo dejó descolocado, pero Reed no perdió el tiempo. Empezó a organizarlo todo antes de que pudiera cambiar de opinión.

—En fin, sin importar lo que ha hecho que cambie de opinión, me alegro.

Katy extendió una mano para aflojarme la corbata.

—¿Ha ido todo bien hoy en el trabajo?

—Sí. Me he traído a casa algunas cajas con cosas, he firmado unos documentos, he hablado con los de recursos humanos; lo habitual.

—¿Estás nervioso?

—¿Por jubilarme?

Ella asintió con la cabeza mientras me miraba con preocupación.

Le guiñé un ojo.

—Creo que tú sí lo estás. ¿Te preocupa tenerme todo el día pegado, Katy? ¿Que te siga y te demuestre que hay formas mejores de hacer las cosas? ¿Que insista en acompañarte a todas partes? Me muero por estar contigo las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana —añadí con una sonrisa torcida. Me eché a reír al ver su expresión horrorizada—. No estoy nervioso en lo más mínimo. Seguiré ofreciendo mi opinión si es necesario. Pienso jugar al golf, navegar, pasar mucho tiempo con mi mujer. Quedarme largas temporadas en Ontario para ver a mis chicas. Tener por fin el tiempo necesario para ir a Inglaterra y ver a Penny y a Philip, y dar una vuelta por el país. Conocer a mi nuevo nieto. —Me quité la corbata de un tirón y me desabroché el cuello de la camisa antes de frotarme la nuca—. Supongo que comprendo a Heather. Yo no estaba preparado hasta ahora. Siempre me ha encantado mi trabajo, pero quiero concentrarme en nosotros. En nuestra familia. Ver crecer a nuestros nietos. Mimarte.

—Eso me gusta.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

—Katy, llevo más de treinta años intentando mimarte. Dudo mucho que me vayas a dejar ahora.

—A lo mejor te llevas una sorpresa.

Sonreí y me metí una mano en el bolsillo para sacar una cajita.

—¿Y si empezamos ahora mismo?

—Richard —me reprendió en voz baja—, ¿qué es?

—Mi regalo de jubilación para ti.

—Se supone que soy yo la que tiene que comprarte un regalo.

—Ya sabes que me gusta hacer las cosas a mi manera. —Le puse la caja en la mano—. Acéptalo.

Soltó la copa de vino y abrió la caja. En su interior brillaba un fino y elegante reloj sobre el forro oscuro. A mi mujer le gustaba llevar un reloj a la antigua usanza. Era de las poquísimas personas que no siempre iban con el móvil encima y prefería mirarse la muñeca para ver la hora. Los pequeños diamantes que rodeaban la esfera cuadrada del reloj relucían bajo las luces del patio, que se habían encendido en cuanto empezó a ponerse el sol. Sonreí al ver que le daba la vuelta, a sabiendas de que las palabras grabadas en el dorso la emocionarían.

Katy
Ha llegado nuestro momento
RVR

Ella alzó la mirada, con los ojos llenos de lágrimas.

—Me encanta —susurró con la voz cargada de emoción.

La ayudé a ponérselo y le enseñé la cadena de seguridad y la doble hebilla. Ella admiró el reloj en su muñeca. Sabía que le iba a encantar. Elegante y precioso, como ella.

Se puso de puntillas, me tomó la cara entre las manos y pegó sus labios a los míos. Le rodeé la cintura con los brazos, la estreché contra mí y le devolví el beso. Sabía a vino y a dulzura…, y a Katy. Ella gimió contra mi boca y me deslizó los brazos por los hombros hasta rodearme el cuello.

Besarla era una de mis cosas preferidas, incluso después de tanto tiempo, de todos los años que llevábamos juntos. Me dio la vida con sus besos y sus caricias hacía muchos años, y todavía me sentía renacer con ella entre los brazos.

—¿Qué te parece si entramos para celebrarlo? —Sonreí contra su boca—. Tú y yo, desnudos en la cama.

—Creía que no me lo iba a preguntar nunca, señor VanRyan.

La llevé en volandas al interior de la casa, ansioso de repente por tenerla a solas en la intimidad de nuestro dormitorio. Por sentir su piel contra la mía. Por abrazarla, saborearla y enterrarme en su calidez. Por perderme en ella. Porque cuando estábamos juntos, me encontraba de verdad.

Tener a Katy debajo de mí siempre era un placer. Que se pusiera encima era un regalo. Un regalo que quería recibir una y otra vez. Me encantaba poder observarla. Ver el placer en su cara mientras alcanzaba el orgasmo. Ver cómo nuestros cuerpos se movían a la par, flexibles, sin esfuerzo; sincronizados.

En nuestro dormitorio, ella tomó el control y me arrancó la chaqueta antes de desabrocharme la camisa a toda prisa. Me quitó el cinturón de golpe, y el sonido de la cremallera al bajar fue erótico. Me bajó los pantalones y me la rodeó con una mano a la vez que me acariciaba el cuello con la nariz antes de darme un mordisquito.

—Quiero ponerme encima.

—Puedes hacerlo como quieras, cariño —repuse con voz ronca—. Pero no dejes de tocarme.

Me tumbó en la cama de un empujón, y la observé mientras se quitaba el bonito vestido que llevaba para dejar al descubierto la lencería de encaje azul tan sensual que brillaba contra su piel.

—¿Es nuevo? —le pregunté al tiempo que recorría el delicado borde con los dedos.

—Lo he comprado para ti. Sé que no es un reloj… —Dejó la frase en el aire y me guiñó un ojo.

—Es mejor —terminé por ella antes de extender los brazos y hacer que se desprendiera de mi regalo a toda prisa. Me gustaba todavía más en el suelo.

La pegué contra mi torso y la besé, deleitándome con la sensación de su cuerpo sobre mí. Nuestras bocas se tocaron, nuestros labios se fundieron y los besos se volvieron más profundos y húmedos. Más largos. Más bruscos. Tal como a ella le gustaba cuando estaba excitada. La dejé hacerse con el control, disfrutando de ese lado un poco agresivo.

—Katy —gemí mientras dejaba un reguero de besos descendente por mi torso, lamiéndome los pezones y torturándome con la lengua y las manos. Arqueé la espalda en cuanto se la metió en la boca, para chupármela y lamérmela, y siseé de placer al sentir su ardiente interior. Me cogió las pelotas y me las masajeó con sus suaves manos, tras lo cual me la chupó con más fuerza. Cabalgué sobre olas de placer, y al abrir los ojos encontré su brillante mirada azul clavada en mí. El deseo de sus ojos era feroz y me provocó un escalofrío en la espalda—. Necesito metértela, cariño. Ya. Por favor.

Se colocó sobre mí y nos miramos a los ojos mientras descendía, envolviéndome al tiempo que me aceptaba centímetro a centímetro, hasta que estuvimos pegados. Me rodeaba por completo, y me asaltó la sensación de su calor y de su tacto, nueva y conocida a la vez. Katy empezó a moverse despacio. Mi polla se movía con ella, porque necesitaba más. Ella arqueó la espalda y se pegó contra mí, moviéndose más deprisa. Sus pechos se movían, balanceándose con cada sacudida. Su pelo me hizo cosquillas en las piernas cuando echó la cabeza hacia atrás mientras nos envolvían los gemidos y otros sonidos de placer. Le aferré los muslos y arqueé la espalda, ardiendo por ella. Por nosotros. Empezó a estremecerse, y me lamí el pulgar antes de pegárselo al clítoris para acariciárselo en círculos, con fuerza.

Katy estalló y se corrió gritando mi nombre, moviéndose más deprisa, aprisionándome en su interior con cada estremecimiento, lo que me provocó el orgasmo. Me incorporé con un rugido, la estreché con fuerza entre mis brazos y me dejé llevar por el orgasmo, que me sacudió con tal intensidad que creí que iba a morir.

Cuando por fin estuvimos saciados, nuestros cuerpos se calmaron y la pasión dio paso a la intimidad del momento. Le tomé la cara entre las manos y la besé. Besé esos labios dulces y carnosos. Los pómulos y esa naricilla. Le acaricié los ojos cerrados y sentí el aleteo de sus pestañas en los labios. Volví a besarla en la boca y después me tumbé, llevándomela conmigo para que quedase sobre mí.

Nos duchamos y volvimos a la cama, donde Katy se acostó a mi lado. Esperé a que se colocara bien y se acercara más para rodearla con un brazo. El silencio reinó en el dormitorio mientras disfrutábamos del momento de estar juntos.

—¿Tienes hambre? —le pregunté sin dejar de acariciarle el cuello con la nariz.

—Mmm.

—¿Sed? —Le mordisqueé el lóbulo de la oreja.

—Mmm.

—¿Te he dejado agotada, cariño?

Se pegó más a mí.

—No ha perdido el toque, señor VanRyan.

Resoplé.

—Como si hubiera dudas.

—Bueno, ya eres un jubilado. Has dejado atrás la juventud, tienes un montón de hijos casados e incluso nietos.

—¿Es un hecho?

—Dentro de poco llegarás a casa con tu nuevo monovolumen. Empezarás a llevar polos y pantalones cortos con sandalias y calcetines.

La hice rodar hasta quedar encima de ella, le mordisqueé el cuello y la besé con fuerza.

—En primer lugar, lo de las sandalias y los calcetines no va a pasar. A Maddox le daría un infarto. Pero estoy cañón con un polo.

Ella me pasó las manos por los brazos, que seguían musculosos y fuertes gracias al ejercicio diario.

—Pues sí —admitió mientras se incorporaba para besarme en el torso—. Para ser un vejestorio estás buenísimo.

—El monovolumen no vas a verlo en la vida, y en cuanto a lo de haber dejado atrás la juventud, creo que acabo de ponerle el mundo del revés, señora VanRyan. Si me das un poco de tiempo para que me recupere, lo haré de nuevo.

Katy soltó una carcajada, alegre y cristalina, que resonó en el dormitorio.

—Nunca creí que te oiría decir esas palabras.

Me eché a reír con ella.

—Es la verdad, pero te prometo que el segundo asalto será tan placentero como el primero.

—Pues me encargaré de que cumplas con tu palabra.

—Estupendo.

Me tomó la cara entre las manos, y me sorprendió ver el brillo de las lágrimas en sus ojos.

—Oye —dije al tiempo que le secaba una lágrima—. ¿Qué pasa, cariño?

Ella meneó la cabeza.

—Dímelo —le pedí con voz tranquila. Detestaba verla llorar. Y detestaba todavía más ser yo el culpable.

—Richard, a veces tengo que pellizcarme. Incluso después de tantos años. Hemos disfrutado de muchísima felicidad juntos. Me pregunto si se va a torcer algo. Si va a pasar algo que nos arrebate esa felicidad.

Pegué los labios a los suyos y la besé.

—No. No va a pasar nada. Estamos sanos. Nuestros hijos están bien. Me voy a jubilar y pienso estar contigo mucho tiempo.

—No me refiero solo a la muerte. —Meneó la cabeza—. Creo que el mismísimo diablo se asegurará de que sigas aquí muchísimos más años. Por temor a que te conviertas en el amo del cotarro en cuanto llegues —bromeó, en un intento por recuperar el buen humor de poco antes.

Me reí al oírla antes de acariciarle la mejilla, decidido a entender qué le pasaba.

—Pues dime a qué te refieres.

—Es que llevamos mucho tiempo tranquilos. Sin sobresaltos graves, sin problemas.

Esbocé una sonrisa torcida.

—¿Te olvidas de nuestros comienzos? Fueron bastante accidentados. ¿Y de cuando tuve el accidente? ¿Y aquella vez que creímos que perdíamos a Gracie? ¿O cuando Graham tuvo el ictus? ¿Quieres que siga? Hemos tenido muchos problemas con los que lidiar, Katy. Solo que hemos lidiado con ellos juntos y hemos pasado página. Eso es lo único que necesitamos. El uno al otro. Podemos enfrentarnos a lo que sea mientras sigamos juntos. Y no va a pasar nada. Lo que nos queda resultará ser un paseo.

Katy sonrió.

—Tienes razón.

—Pues claro que la tengo.

—Anda y que te follen, VanRyan.

Me eché a reír.

—No. Soy yo quien te va a follar a ti otra vez. A conciencia.

Me apoderé de su boca y la besé. Nuestras lenguas se acariciaron, y nuestros cuerpos se fundieron, pecho con pecho, caderas con caderas, con las piernas entrelazadas. Le pasé las manos por los brazos antes de levantárselos por encima de la cabeza mientras seguía besándola y acariciándole la piel.

—Qué suave —dije maravillado—. Tienes siempre la piel muy suave, Katy. —Me metí un endurecido pezón en la boca y se lo lamí mientras ella gemía—. Tu sabor es fascinante. Aquí muy dulce —la alabé a la vez que le dejaba un reguero de besos en los pechos—. Aquí muy cálido y sabroso —susurré, acariciándole el punto donde el cuello se unía con el hombro. Me deslicé por su cuerpo, saboreándola mientras bajaba. Me acomodé entre sus piernas y la miré a los ojos, que tenía entrecerrados y oscurecidos por el deseo. Le mordisqueé la cara interna de un muslo—. Y aquí… —La besé allí donde más húmeda y caliente estaba—. Aquí tu sabor es más dulce que en ningún otro sitio. La miel más sabrosa del mundo. Y es mía. Toda mía.

Ella gritó cuando le pegué la boca y empecé a lamerla. A acariciarla. A amarla. Daba igual lo a menudo que hiciéramos el amor a lo largo de los años, la frecuencia de nuestros polvos. Que me la hubiera follado tantas veces, que la hubiera hecho mía. Que la hubiera amado con ternura. Que la hubiera poseído con furia. Siempre era una novedad. Cada ocasión era perfecta, única, especial. Éramos nosotros. Nuestra esencia.

Pese a mi edad, pese a los años, el deseo que sentía por ella no había disminuido. Se había atemperado y se había convertido en algo más profundo, pero en el fondo seguía siendo apasionado y efervescente.

Y mientras ascendía por su cuerpo después de que ella hubiera alcanzado el orgasmo y me quedaba sobre él, nada importaba salvo el infierno que ardía en mi interior y que solo ella podía apagar.

Cuando la penetré de nuevo, llegué a casa.

2

RICHARD

—Gracias, Richard. Te debo una. —La voz de Jenna era cálida y afectuosa.

Me eché a reír.

—Me debes tantas que he perdido la cuenta —repuse al tiempo que miraba a Katy por encima de la mesa y le guiñaba un ojo—. Vas a estar perdida sin mí encima todo el día.

Colgué sin dejar de sonreír. Katy soltó su Kindle.

—Jenna va a echarte de menos. Fue muy locuaz al respecto la semana pasada cuando almorzamos juntas.

Katy y Jenna eran buenas amigas, y Jenna era la codirectora general de Gavin Group. Su hermano Adam completaba el dúo que dirigía la organización. Hasta mi jubilación, yo había sido el presidente, un papel que asumiría el marido de Jenna, Adrian.

—Le irá bien. Me quedé más tiempo del que pensaba. Adam y ella lo tienen bajo control. Con Brad y el equipo que han reunido, Gavin Group seguirá siendo solvente varios años en el sector, incluso sin mí.

—Graham debe de estar encantado —dijo ella en voz baja.

Asentí con la cabeza al pensar en mi mentor, el hombre al que tenía por figura paterna y mi amigo. Se había jubilado hacía años, pero al igual que yo, estaba disponible para asesorías. Después de sufrir un ictus, aminoró bastante el ritmo, y ahora Laura y él vivían en una casa más pequeña junto al mar, con servicio doméstico. Graham usaba un andador desde el ictus y hablaba muy despacio, pero su mente era tan ágil como siempre.

—Se siente muy orgulloso de su familia.

—Te incluye en dicha familia.

—Lo sé. A ti también.

—Me refiero a su familia empresarial —puntualizó Katy—. Todavía hay muy pocas personas ajenas a ella en la empresa.

—Y así seguirá. Sus nietos están todos en el negocio. Eso es bueno. Su legado de excelencia perdurará.

—¿A cuántas reuniones tienes que asistir mientras estamos en Ontario?

—Solo a dos. Una antes de la boda y otra después. Luego me tendrás para ti solita. —Me miré el reloj—. Si el avión despega de una vez.

Katy se encogió de hombros.

—A menos que seas capaz de pilotar el avión tú mismo, nos quedaremos en tierra hasta que aparezca el nuevo piloto.

—Podría intentarlo.

A Katy le temblaron los hombros por una risa amortiguada.

—Richard, conociéndote, seguro que lo conseguirías. Pero mejor no lo intentamos hoy, ¿te parece? —Abrió de nuevo el Kindle y se acomodó en el asiento.

Apuré el café y eché un vistazo por la sala de espera de primera clase. Era bastante cómoda, pero estaba ansioso por emprender el viaje.

—Debería haber dejado que Bentley nos mandara el avión.

Katy resopló con delicadeza sin levantar la mirada del Kindle.

—Estás muy mimado.

—Me gusta su avión. Maddox podría haber venido y así habríamos planeado cosas durante el

vuelo.

Ella me miró, y el brillante azul de sus ojos resultó hipnótico bajo las luces.

—Creo que los dos tendréis tiempo de sobra para «planear cosas» cuando lleguemos.

Me di un tirón de las mangas para enderezar los puños. Katy se inclinó hacia delante y me pasó un dedo por la manga.

—Me encantas trajeado, Richard. Echaré de menos verte así todos los días. ¿Qué vas a hacer con todas las camisas con tus iniciales bordadas? —Sonrió—. Creo que tienes como veinte en el armario.

—Encargué más la semana pasada. Mi sastre se jubila, y nadie lo hace como él. —La miré con una sonrisa—. He pedido algunas de colores por las risas.

—Ah —fue su respuesta. Nunca comentaba nada sobre mis compras excesivas a menos que la estuviera mimando. En ese caso, protestaba.

—¿Te has acordado del regalo de Heather?

Le di unos golpecitos a mi maletín.

—Claro.

—¿Y el de Reed?

—Ajá.

Le regalamos a Gracie unos pendientes cuando se casó y a Jaxson unos gemelos a juego para darle la bienvenida a la familia. Hicimos lo mismo con Penny y Gavin. Se había convertido en una tradición.

—Bien.

Anunciaron el vuelo por la megafonía y resoplé con fuerza.

—Por fin —mascullé al tiempo que nos poníamos en pie y recogíamos las cosas para ir a la puerta de embarque—. Podemos ponernos en marcha y que empiece la fiesta.

Katy sonrió, y me incliné para besarla. Estaba demasiado guapa como para no hacerlo. Llevaba una blusa azul que combinaba con sus ojos y una falda larga con zapatos planos. Se había recogido el pelo y se le habían escapado unos mechones del pasador, que le caían sobre los hombros enmarcándole la cara. La cogí de la mano y echamos a andar hacia la puerta de embarque. Me percaté de las miradas de admiración que le dirigían y fulminé con la mirada a unas cuantas de las más explícitas, pegándola a mí mientras caminábamos. Tal vez incluso mascullé algo, arrancándole una carcajada.

Mientras esperábamos en la cola, me tomó la cara entre las manos.

—A ti también te miran, querido marido.

—No tanto como a ti. Que estoy aquí —resoplé—. Deberían saber que estás pillada.

Se puso de puntillas y me besó. Un beso largo y apasionado que me hizo desear más.

—Ya lo saben. —Me guiñó un ojo.

De repente deseé que Bentley hubiera mandado su avión por un motivo totalmente distinto.

Sin embargo, su beso había funcionado, porque dejaron de mirarla. Al menos, de momento.

KATY

Miré a Richard. Había trabajado la primera mitad del vuelo, pero a esas alturas estaba dormido en su asiento. Me moría de ganas de que terminase con las dos reuniones a las que había prometido asistir y tenerlo todo para mí sola para variar. Pensábamos quedarnos en nuestra casa de Port Albany una temporada y convertirla en nuestro hogar. A la primavera le sucedería un largo y cálido verano. Pasaríamos los días con nuestra extensa familia, viviendo entre la piscina

y la playa. Saldríamos a navegar algunos días. Visitaríamos a nuestras hijas.

Me pregunté cómo reaccionaría Richard cuando descubriera que el motivo de mi insistencia en adelantar el viaje no solo era la boda de Heather y todos los detalles con los que necesitaba mi ayuda tal como le había dicho, sino porque íbamos a celebrar una fiesta por su jubilación. Penny se sentía molesta porque no podía asistir, pero su embarazo estaba siendo delicado y no le permitían coger el avión. La idea era ir a Inglaterra después de que naciera el bebé en agosto, pero estábamos preparados para marcharnos antes si era necesario. Me había ofrecido a ir para quedarme con ella, pero mi hija, como mujer independiente que era, me aseguró que se encontraba bien y que lo de no viajar solo era una precaución del médico, y que su sobreprotector esposo había insistido en que hiciera caso. Iba a estar presente por Zoom en ambos eventos.

Richard fingiría que detestaba ser el centro de atención, pero en el fondo sabía que le encantaría cada segundo. Todavía había momentos en los que a mi marido le costaba creer la vida que llevaba en comparación con la vida que tenía antes de casarse. El hombre frío, distante y furioso que no se preocupaba por nada ni por nadie que no fuera él mismo no era más que un lejano recuerdo. El marido atento, el padre amable y protector en el que se había convertido era el polo opuesto a su antigua personalidad. Sabía que había momentos en los que Richard dudaba de su derecho a disfrutar de semejante felicidad, pero lo hacía de todo corazón.

Lo observé mientras dormía. Su mentón seguía siendo definido, y su cuerpo estaba en forma. Las arruguitas que tenía alrededor de los ojos se debían a la risa, al igual que las que le rodeaban los labios. Las canas de las sienes y las que le salpicaban el pelo oscuro solo conseguían darle un toque distinguido a sus facciones. Sus intensos ojos verdosos seguían brillantes y lúcidos, pero en ese momento ofrecían una ternura y una calidez de la que carecían cuando lo conocí. Tenía buen porte, y para mí seguía siendo el hombre más sexy que había visto en la vida. Lo quería con locura, y teníamos una buena vida. La idea de lo vacío que sería mi mundo sin él me llevó a darle un apretón en el brazo que descansaba entre los dos asientos.

Richard cambió de postura y abrió los ojos para enfrentar mi mirada.

—Katy, cariño, me doy cuenta cuando me miras fijamente. Me comes con los ojos cuando duermo. Como sigas mirándome así, te llevo al baño y nos uniremos al club de los que lo han hecho en un avión.

Contuve una carcajada. Me incliné hacia él y pegué la boca a la suya.

—Como si fueras a hacerlo. Que te follen, VanRyan —bromeé contra sus labios.

Noté su sonrisa mientras me sujetaba la cabeza para devolverme el beso. Le encantaba mi «frase distintiva», tal como él la llamaba. A diferencia de la primera vez que se lo dije, furiosa, en ese momento la usaba sin el menor rencor, ya que la utilizábamos para bromear.

—Preferiría follarte a ti —me susurró al oído.

—Eso ya lo hiciste anoche. Déjatela quietecita en los pantalones hasta que estemos solos en casa. —Le di una palmada en el torso y él se rio, me atrapó la mano, me la besó y se la llevó de nuevo al pecho.

—Muy bien, fierecilla mía. Lo que tú digas.

La auxiliar de vuelo se acercó para ofrecernos algo de beber. Yo negué con la cabeza, pero Richard pidió café y agua, sin percatarse siquiera del repaso que la auxiliar le estaba dando. Pese a su pasado, nunca me había dado el menor motivo para dudar de él durante nuestro matrimonio. Era como si solo me viera a mí, que era lo mismo que yo sentía por él. Richard me miró, sonriendo.

—Pronto veremos a nuestra pequeña.

—¿A Gracie o a Heather? —pregunté, aunque sabía a quién se refería.

—Kylie —contestó él—. A ver qué le ha hecho Jaxson ahora. Seguro que el abuelo tendrá que arreglarlo.

—Jaxson es un padre maravilloso.

Resopló al oírme.

—No se lo digas. Ya tiene el ego por las nubes.

Me eché a reír.

—¿Te recuerda a alguien?

Me guiñó un ojo mientras bajaba la bandeja cuando trajeron el café y el agua.

—Gracias —dijo con educación.

—¿Algo más? —preguntó la auxiliar.

—No, así está perfecto. El café es para mí. El agua es para mi mujer. Sé que pronto tendrá sed y no querrá molestarla.

—Qué mono —repuso la auxiliar.

Richard se encogió de hombros.

—Mi trabajo es cuidarla.

Lo miré con una sonrisa porque tenía razón. Tenía un poco de sed, y él lo sabía; siempre lo sabía.

—Me cuidas de maravilla —aseguré.

Richard esbozó una sonrisa traviesa y preciosa. La auxiliar casi se derritió antes de alejarse, sin duda para contarles a sus compañeras lo que él acababa de decir. Pronto todas se lo estarían comiendo con los ojos.

—Otra admiradora —mascullé.

Él se llevó la taza de café a la boca.

—Quien tuvo, retuvo.

Solté una carcajada.

No había abandonado la arrogancia. La ocultaba mejor y la equilibraba con la humildad. Le sentaba bien.

3

RICHARD

Maddox esperaba junto a la puerta de seguridad, con una sonrisa de oreja a oreja cuando nos vio. Me saludó con nuestra habitual palmada en la espalda y rápido abrazo. Katy recibió un beso en la mejilla y un abrazo mucho más largo.

Cuando apareció Jaxson, mi yerno, solté una carcajada y acepté la mano que me tendía mientras miraba alrededor.

—¿Ni Gracie ni Kylie? —pregunté sorprendido—. ¿No vino la futura novia? ¿Dónde están mis chicas?

Jaxson miró a Katy con un guiño y se inclinó para besarla en la mejilla. Ella le tomó la cara entre las manos y le sonrió.

—Guapísimo. Richard, ¿a que es guapo?

Sorbí por la nariz.

—Si te gusta su tipo, supongo que sí.

Mi yerno me dio un codazo.

—A Gracie le gusta. A Gracie le gusto muchísimo. —Meneó las cejas—. Anoche, dos veces.

—Por Dios, Jaxson, demasiada información. Que es mi hija.

—Solo nos estamos esforzando para darte más nietos, abuelete.

Meneé la cabeza mientras hacía caso omiso de la risa de Maddox.

—Las chicas están en casa. Kylie tenía un poco de fiebre, así que Gracie no ha querido sacarla.

—¿Fiebre? ¿Está bien?

—Es un resfriado. Siempre hay alguien resfriado en la guardería. Tiene muchos mocos.

Eché a andar a su lado mientras Maddox y Katy se adelantaban.

—¿Le habéis dado apiretal?

—Sí, Richard. La ha aliviado un poco, se pondrá bien.

Katy miró por encima del hombro.

—Jaxson es más que capaz de cuidar de nuestra nieta.

—Solo preguntaba. —Bajé la voz—. Las compresas frías también alivian la fiebre.

—Gracias, Richard.

Esperamos a que la limusina hiciera su recorrido por el aeropuerto. Dos mujeres pasaron por nuestro lado y nos miraron de arriba abajo.

—Uf —susurró una—. Un combo de padre e hijo. Me lo montaría con los dos. Menudo sándwich harían.

—No es mi hijo —repliqué pasmado—. Soy demasiado joven para ser su padre.

Jaxson me dio un codazo.

—Vamos, papá. Deja de negarlo.

—¡Está casado con mi hija! Y yo estoy casado —grité, insultado—. Felizmente casado. ¡No estamos disponibles para ser vuestro sándwich!

Las mujeres se echaron a reír, y yo miré a Katy de reojo. Se estaba riendo, al igual que Maddox.

—Qué groseras —mascullé—. Mucho. No soy tan viejo. —Después agarré a Jaxson del cuello con un brazo—. Y tú eres un imbécil.

Jaxson también se rio y se zafó de mi llave con facilidad.

—De tal palo, tal astilla. Pero al menos yo no estoy tan caduco.

Y de repente yo también me eché a reír.

Era estupendo estar de nuevo en Port Albany, entre personas a las que consideraba mi familia. Las casas se levantaban en un terreno que BAM había comprado con la idea de construir un complejo vacacional, pero Aiden y Bentley no fueron capaces de renunciar a ese lugar, ya que se habían enamorado de él. Ni siquiera Maddox, el urbanita redomado, era inmune a sus encantos. Habían comprado más terreno alrededor de la parcela original y después habían construido su propia urbanización. Lo que empezó como un refugio para escapadas veraniegas se convirtió en una comunidad boyante. Habían expandido las inversiones en la zona, revitalizándola, de modo que en ese momento ABC Corp. dirigía varios negocios en el pueblo y en las zonas aledañas. Los viñedos, el hotel, propiedades de alquiler…, todo bajo el mando de alguno de los hijos de BAM, incluidos dos de los míos. Tanto Gracie como Heather trabajaban para ABC. Una gran cantidad de miembros de la familia vivía en la comunidad privada. Otros, como yo, íbamos y veníamos según nos dictaba la vida, pero ese sitio ocupaba un rinconcito especial en mi corazón.

Olí el café recién hecho y bajé la escalera justo cuando se abría la puerta, por la que entró Gracie con mi nieta, Kylie. A pesar de las llamadas por Zoom y por FaceTime, y a pesar de las frecuentes visitas, había crecido y cambiado muchísimo. Cuando me vio, esbozó una sonrisa de oreja a oreja y empezó a aplaudir, encantada, tras lo cual extendió los brazos para que la levantara en volandas y le hiciera pedorretas en la barriga. Me encantaban sus carcajadas de bebé, y le comí la cara a besos, deleitándome con su felicidad. Besé a Gracie y me fijé en lo bien que estaba, y tuve que admitir a regañadientes que Jaxson la hacía feliz.

—Hola, papá. —Mi hija sonrió de oreja a oreja y me devolvió el abrazo con ganas—. Me alegro mucho de verte.

La besé en la frente y le alboroté el pelo tal como hacía desde que era pequeña.

—Hola, tesoro. Tienes buen aspecto.

Ella sonrió.

—Lo sé.

—¿Dónde está tu hermana?

—De camino.

Nos dirigimos a la cocina y, tal como sospechaba, Kylie me abandonó por Katy en cuanto mi mujer saludó a Gracie. La pequeña estaba tan emocionada por ver a su abuela como Katy por verla a ella. Me serví café y le di a Gracie el vaso de agua que me pidió antes de sentarme a su lado.

—¿Todo preparado para la «fiesta nupcial»? —pregunté con sorna.

Ella se echó a reír.

—Reed y Heather lo tienen todo controlado. Es incluso más informal que la boda de Ava y de Hunter el año pasado. —Sonrió a la vez que levantaba el vaso—. Muy relajada y divertida. Muy ellos.

—Mientras ella sea feliz… —Agradecía que se fueran a casar, así que me parecía bien la forma en la que decidieran hacerlo. Intentaba apoyar a mis hijos y compartir sus vidas en vez de dictarles qué hacer, aunque a mi esposa le gustaba recordarme que fracasaba a menudo en ese aspecto.

—Lo es —canturreó Heather cuando entró en la cocina. Me levanté y la abracé con fuerza, meciéndola de un lado a otro.

—Hola, tesoro. —Le tomé la cara entre las manos y la besé en las mejillas—. ¿Cómo está mi

Hedda?

Se echó a reír al oírme pronunciar su nombre como Gracie la llamaba de pequeña. Heather era una palabra demasiado complicada para ella, así que le salía Hedda. Y así se quedó.

—Estoy bien, papá. Estoy estupendamente.

Cogió una taza, se la llenó de café y se sentó.

—¿Dónde está mamá?

—La he dejado en casa. Empezaba a cansarme de sus quejas —contesté con cara seria—. Necesito una sustituta.

Las chicas se echaron a reír, porque sabían tan bien como yo que estaría perdido sin Katy.

Gracie meneó la cabeza.

—Está arriba con Kylie.

Miré a Heather a los ojos.

—Puede que tengas unos regalitos en la maleta.

Heather se echó a reír. Nos bebimos el café, y Katy bajó con una emocionada Kylie, con un osito de peluche nuevo en los brazos y con ropa distinta a la que llevaba cuando subió. Se la arrebaté a Katy, que abrazó y besó a Heather antes de servirse una taza de café y sentarse con nosotros. Hice botar a Kylie en mi rodilla mientras le ponía caras para entretenerla. Era una niña buena y estaba encantada de quedarse sentada con nosotros mientras mordisqueaba una galleta y bebía de su vaso infantil. Tenía la sensación de que el día anterior era un bebé al que acunaba en mis brazos, y en ese momento ya andaba y hablaba… En fin, más o menos. Más bien balbuceaba.

—¿Todo listo? —preguntó Katy.

Heather asintió con la cabeza.

—Sí. Y se supone que va a hacer un tiempo estupendo. Pronunciaremos nuestros votos y luego ¡fiesta!

—¿Hay un pasillo por el que pueda acompañarte? —pregunté.

—Más o menos.

Hice una mueca.

—¿Más o menos?

—La ceremonia será en la misma estancia donde se va a celebrar la fiesta posterior, pero sí, puedes acompañarme hasta Reed.

—Vale. —Bebí un sorbo de café—. ¿Solo familia y amigos cercanos?

Ella asintió con la cabeza.

—Solo nuestros seres queridos. Gracie es mi dama de honor, y el mejor amigo de Reed, Luc, es su padrino.

—¿Cómo le va a Luc? Tengo entendido que maneja el cotarro en la nueva empresa en la que ha empezado a trabajar.

Heather asintió con la cabeza.

—Sí. Y le encanta. Sigue haciendo consultoría informática, pero se mueve más. Ah, y ha conocido a una chica. Lo va a acompañar a la boda.

Gracie se inclinó hacia delante para limpiarle las migajas de galleta a Kylie de la boca. Puso los ojos en blanco cuando yo le dejé otra en la manita. Le chiflaban, y ese día era especial. Además, Jaxson podía lidiar con las consecuencias de que comiera azúcar. A mí me iba bien.

—¿La conoces? —preguntó Gracie.

—Sí. Se llama Ashley. Cenamos juntos hace unas semanas. Es organizadora de eventos, y así fue como se conocieron. Es muy agradable. —Heather soltó una risilla—. Muy alta.

—¿Sí? —musitó Gracie.

—Supongo que sus padres eran muy altos. Me sentí muy bajita al lado de todos ellos, pero quitando eso, estupenda. Al principio, un poco tímida, pero fue abriéndose. Me recordó a alguien, pero no sé bien a quién. En fin, que hubo buenas vibraciones en cuanto empezamos a hablar. Me dio la sensación de que la conocía de toda la vida, ¿me explico? Ha venido un par de veces a los viñedos para echar un vistazo y hemos tomado café. Me cae bien…, nos llevamos bastante bien. Un día almorzamos y me invitó a uno de sus eventos. Fue muy divertido. Pude acompañarla y ver lo que hace. Era un evento de empoderamiento femenino. Muy entretenido. Le dije que deberíamos reservar una mesa para ABC en el siguiente evento. —Hizo una pausa—. Creo que Luc va en serio con ella.

Gracie asintió con la cabeza.

—Parece que habéis intimado.

Heather guiñó un ojo.

—Gracie, sigues siendo mi hermana favorita y mi mejor amiga. —Sonrió con sorna—. Tengo buena relación con Penny…, pero Gavin está por encima de mí con todo el tema de ser mellizos y tal. Así que tú estás en lo más alto.

Gracie se echó a reír.

—Más te vale. Me muero por conocer a Ashley.

—Creo que te caerá bien.

—Seguro que sí.

Katy cogió a Kylie y la acunó. Ella se acurrucó junto a la abuela, toda contenta. Me terminé el café y me acomodé en el asiento mientras echaba un vistazo a la mesa. Me encantaba estar rodeado de mis chicas. Ojalá Penny estuviera con nosotros, ojalá mis hijos al completo estuvieran con nosotros, pero aun así me sentía complacido.

—¿Listo para jubilarte, papá? —me preguntó Gracie.

—Ajá. Tengo dos reuniones mientras esté aquí y luego se acabó.

—Pero Maddox ha dicho que seguirías asesorando a BAM y a ABC —repuso Gracie.

Agité una mano.

—Son de la familia.

—Y Jenna me dijo que le aseguraste que estabas disponible si te necesitaba —terció Heather con sorna.

Me encogí de hombros.

—Más familia. No puedo dejarla en la estacada.

Se echaron todos a reír, y sonreí por sus pullas.

—Voy a reducirlo al máximo. Tu madre dará las gracias cuando Jenna me llame.

Katy se puso en pie, acunando a una Kylie casi dormida.

—Amén —repuso mi mujer con un guiño—. Ahora, chicas, ponedme al día de todas las noticias y de los detalles de la boda.

Las observé con cariño mientras se alejaban. Sabía que se sentarían en la terraza del patio y que hablarían durante horas para ponerse al día. Me puse en pie y me dirigí al Hub, el centro de operaciones. Sabía que los hombres de BAM estarían allí. Katy se reuniría con nosotros cuando acabara con las chicas.

4

RICHARD

Di un paseo por la playa, disfrutando del aire fresco y de la brisa marina. Unas olas lentas y tranquilas rompían en la arena, y la paz de la zona siempre era agradable. La infinita extensión del agua y del cielo. Costaba creer que ese trocito de paraíso existía tan cerca de la bulliciosa ciudad de Toronto. Me encantaba ese sitio, y siempre disfrutaba de la oportunidad de cargar las pilas cuando íbamos. Sabía que Katy quería visitarlo más a menudo para estar con nuestras hijas, y no le ponía pegas. Me di media vuelta y miré hacia las casas que salpicaban el paisaje. En cada una había personas a las que consideraba de mi familia. Tras haber crecido en una familia disfuncional en la que pasaron de mí y me abandonaron, ese grupo de individuos era lo más importante para mí. Esa familia improvisada que habíamos descubierto era una gran parte de nuestra vida, y esas personas significaban tanto para Katy y mis hijos como para mí.

Subí los escalones de entrada al Hub, abrí la puerta y sonreí al oír las voces de Bentley, Aiden y Maddox. Al rodear la esquina, levantaron la vista y me dieron la bienvenida con sonrisas. Después de varias rondas de abrazos y de sacar una cerveza del frigorífico, me quité la chaqueta del traje y me senté con ellos antes de remangarme la camisa.

—Vas muy arreglado para la playa —dijo Maddox.

Solté una carcajada.

—Todavía no me he cambiado. Iba a salir con Katy a cenar.

—Creo que Emmy ya la ha llamado para que os reunáis con nosotros esta noche —dijo Bentley.

—Vamos a comer aquí —terció Aiden—. He pedido comida china.

—¿A Mrs. Yeo? —pregunté al tiempo que se me hacía la boca agua.

—Como si fuera a pedir en otro sitio. Los chicos también vienen.

Bebí un buen sorbo de cerveza para ocultar la sonrisa. Aquello tampoco era una novedad. Lo normal era que todo el mundo se apuntara a la cena cuando se pedía comida…, sobre todo cuando nosotros llegábamos. Era un momento para ponerse al día, para enterarse de las noticias, para reconectar.

—Genial.

—¿Qué tal te va la jubilación? —me preguntó Bentley con una sonrisa torcida.

—Pues más o menos como a ti —contesté.

Nos echamos a reír todos.

—Me quedan un par de reuniones de las que ocuparme en nombre de Jenna y luego se acabó. Katy y yo vamos a relajarnos, a disfrutar del verano, a ir a ver a Penny y después a hacer planes para viajar.

—Suena bien.

Maddox sonrió.

—Creo que Dee y Katy estaban hablando de un crucero en invierno.

Asentí con la cabeza y fui a la cocina en busca de algo que comer. Encontré una bolsa de las patatas fritas que nos gustaban y me la llevé a la mesa después de ponerlas en un cuenco. Le di unos bocados a una, que estaba salada y crujiente.

—Lo que Katy quiera. No tengo pegas.

—¿Crees que os mudaréis aquí? —preguntó Aiden.

Cogí un puñado de patatas y me las comí despacio.

—Creo que vamos a estar a caballo entre los dos sitios. Con Matthew todavía en la Columbia Británica, y Graham y Laura, no nos veo mudándonos de forma definitiva. Puede que vendamos la casa y nos busquemos una más pequeña o un piso. No vamos a apresurarnos. Solo quiero disfrutar del tiempo libre e ir adonde queramos por una temporada.

—Buen plan.

La puerta se abrió y entró Reed, seguido de su padre, Van. Me puse en pie y los saludé a los dos, estrechándole la mano a Van y abrazando a Reed. Iba vestido informal, con unos vaqueros y una camiseta de manga corta, y esbozaba una enorme sonrisa. Se sentó a mi lado después de coger una cerveza. Metió la mano en el cuenco de patatas fritas y se puso a masticar haciendo mucho ruido.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Se le formaron unas arruguitas alrededor de los ojos mientras asentía con la cabeza.

—Ajá. Heather lo tiene todo controlado. Yo hago justo lo que me dicen y no estorbo. —Sonrió con sorna—. Me sorprendió cuando accedió a casarse conmigo, así que no pienso arriesgarme a que cambie de idea. Cualquier cosa que quiera es suya.

Todo el grupo se echó a reír.

—Es un buen lema de vida —advirtió Maddox—. Ahora y después de la boda.

Reed se unió a las carcajadas.

—Estoy seguro de que después de todo este tiempo viviendo juntos, lo tengo controlado.

Resoplé.

—Todavía sois unos jovenzuelos. Espera a que llevéis tanto como nosotros de casados.

Él meneó la cabeza con sorna.

—Me he enterado de que Luc viene con pareja.

Reed asintió con la cabeza.

—Parece loquito por ella.

—A Heather le cae bien. Ha dicho que es…, bueno, alta.

Reed estalló en carcajadas.

—Lo es. Y guapa. Encaja con Luc. Forman una pareja estupenda.

—Es la primera vez que viene acompañado —comenté.

Luc había ido al mismo colegio que Reed en Toronto. Había crecido en un hogar de acogida y había pasado la adolescencia con un matrimonio de edad avanzada que se preocupaba por él de verdad. No tenían mucho, pero eran buenos con él. Reed y él fueron amigos hasta que asistieron a colegios distintos, pero mantuvieron el contacto, ya que el amor que tenían por los ordenadores era un vínculo poderoso. Después de coincidir en el mismo instituto, recuperaron la amistad con más fuerza que antes, y eran uña y carne desde entonces. Luc era un invitado asiduo en Port Albany, y todas las madres lo trataban como a uno más. Había pasado años trabajando en una empresa de software, con unos horarios tan imposibles que a veces transcurrían semanas sin verse siquiera. Trabajaba mucho y caía bien a todos. Me complacía oír que la nueva empresa le ofrecía la oportunidad de una vida normal. Ya tenía un horario más regular, y parecía que lo había aprovechado para encontrar una mujer. Me moría por conocerla.

—Pues sí —convino Reed—. Me ha dicho que a ella le da un poco de miedo conocernos a todos. La crio su madre soltera, y creo que esto —dijo al tiempo que abarcaba la estancia con un gesto de la mano— le resulta bastante fascinante. Tal cantidad de personas en una familia gigante. Le ha dicho que ni se lo imagina. —Fingió que los fulminaba con la mirada—. Espero que os portéis bien todos.

Nos echamos a reír.

Me froté el mentón.

—Seguramente le parecerá abrumador.

—Si es así, no la culpo. Pero no le pasará nada. Les he pedido a mis padres que estén pendientes de ella mientras Luc ejerce de padrino. Hemos eliminado el rollo ese de los discursos y la cena formal, así que se quedará libre en cuanto termine la ceremonia.

—¿No hay cena? —Miré a Van a los ojos por encima del hombro de Reed—. ¿No vamos a comer?

Van se echó a reír.

—¿Con estos? Pues claro que hay comida. Pero será por la tarde, Richard. Canapés, picoteo. —Sonrió—. Un puesto de tacos…

Aiden se animó al oírlo.

—¿Un puesto de tacos?

Reed asintió con la cabeza.

—Para prepararte uno como quieras. Tiene de todo. Además, también hay un puesto de postres. Un montón de comida, pero fácil de comer. Y buena música. Una fiesta para celebrar el amor que siento por Heather. Y el que ella siente por mí. Nunca le ha gustado la idea de casarse. Pero ¿una fiesta nupcial con un puesto de tacos? Se apunta.

Me eché a reír sin remedio. Esa era mi Heather. Siempre distinta.

Y Reed tenía razón. ¿Quién se resistía a un puesto de tacos?

KATY

Me desperté con los brazos de Richard a mi alrededor y su cara enterrada en mi cuello mientras me susurraba mi nombre al oído. Parpadeé a la tenue luz matinal y me desperecé.

—Ah, estás despierta —masculló él.

—Que me estuvieras hablando al oído tal vez tenga algo que ver —repuse.

—Estabas moviendo los dedos de los pies. Sabía que te ibas a despertar pronto. —Hizo una pausa—. He pensado que voy a preparar tortitas para desayunar.

—Richard —dije, incapaz de contener la sonrisa—, no sabes preparar tortitas. Si apenas sabes preparar unos cereales.

—En ese caso, a lo mejor podrías ocuparte tú de las tortitas. —Otra pausa—. Yo busco el sirope.

—Entiendo.

—También te he preparado café. Está abajo.

—Has pulsado un botón de la máquina de café.

—Y me lo he bebido… Se estaba enfriando. —Me dio unos toquecitos—. Y ya que hablamos del tema, ¿qué me dices de esas tortitas?

—¿Tienes hambre?

—Me comería una vaca.

—Muy bien —accedí, incapaz de resistirme a él. Nunca podía—. Prepararé tortitas.

—¿Y beicon?

Me reí porque no podía hacer otra cosa.

—Y beicon.

—Estupendo. Voy a ducharme. —Se detuvo de camino al cuarto de baño y se dio media vuelta. A esas horas de la mañana, con los pantalones del pijama cayéndole por las caderas, el torso desnudo y el pelo revuelto, estaba de muerte—. ¿Hay alguna posibilidad de que hagas café

del bueno mientras estás en la cocina?

Aparté las sábanas a modo de invitación.

—¿Alguna posibilidad de que te vuelvas a la cama conmigo un ratito antes de eso?

Fingió sorprenderse y se llevó una mano al pecho.

—Señora VanRyan…, ¿intenta seducirme?

—¿Funciona?

Él se cubrió la creciente erección con una mano y sonrió.

—Sí.

—Pues ven.

Se detuvo un momento.

—Pero vas a hacer las tortitas, ¿no?

Me eché a reír.

—Con doble ración de sirope.

Se abalanzó sobre mí, envolviéndonos con las sábanas mientras me acariciaba el pecho con las manos.

—Pues sedúceme, esposa. Soy todo tuyo.

Fue un día ajetreado una vez que Richard se fue a Toronto para su reunión. Jenna la había organizado a las dos, de modo que estaría fuera toda la tarde. Cuando por fin llegué al Hub, ya habían decorado para la fiesta que se celebraría esa noche.

Emmy, la mujer de Bentley, me saludó con un abrazo.

—¿Sospecha algo?

—Qué va. Ha estado muy ocupado pensando en la reunión de hoy, en el partido de golf de mañana y en la boda. No creo que ni se le haya pasado por la cabeza que vayamos a celebrar una fiesta por su jubilación.

Se echó a reír.

—Ya debería conocernos.

—Después de todo esto tiempo, debería, sí. Pero es un hombre, así que el gen de la observación… —Dejó la frase en el aire con una sonrisa.

Entrelazó nuestros brazos.

—Los chicos van a preparar las barbacoas. Van ya tiene un trozo de carne enorme en el asador, y Aiden y Maddox tienen costillas y pollo en el ahumador.

—Le va a encantar. ¿Qué hago?

—Estamos haciendo las ensaladas en la cocina. Beth se encarga de las tartas para el postre, así que hay que ir a recogerlas. Salvo por eso, solo tenemos que dar los últimos retoques.

—Genial. Pues vamos a ello.

Pocas horas después, ya estaba todo listo. Teníamos las pancartas y los globos. Las mesas estaban a reventar de comida con los platos preferidos de Richard. Beth, la mujer de Ronan, había preparado varias tartas, todas dispuestas con un aspecto increíble y tentador. El Hub estaba a rebosar de familia que deambulaba de un lado para otro, bebiendo, comiendo y esperando a Richard. Nuestro hijo Gavin había cogido un vuelo muy temprano para darle una sorpresa. Penny iba a trasnochar y hacernos una llamada por Zoom para saludar a su padre. Matthew haría lo mismo por la noche desde la Columbia Británica. Pensaba ir a casa de Graham y de Laura para que también pudieran participar. Estaban muy decepcionados por no poder asistir a la fiesta ni a

la boda, pero a Laura acaban de ponerle una prótesis de cadera y no podía viajar, así que esa era la mejor opción.

Yo había vuelto a casa corriendo para cambiarme de ropa y ponerme un vestido nuevo. Sabía que a Richard le gustaría. El color azul cobalto era bonito y el escote redondo me sentaba bien. Tenía el bajo irregular, de modo que resaltaba mis piernas, y me había puesto unas sandalias de tiras para rematar el conjunto. Me había recogido el pelo de forma que me cayera suelto por la espalda, pero apartado de la cara. Llevaba mi reloj nuevo y otras joyas que me había regalado a lo largo de los años.

Me emocionaba esta nueva fase de nuestra vida: viajar juntos, poder pasar más tiempo con nuestras hijas y con nuestra nieta, poder viajar para ver a nuestros otros hijos cuando quisiéramos, y tener a Richard más tiempo. Todavía nos encantaba compartir vivencias explorando y descubriendo cosas nuevas. Incluso después de tantos años, encontrábamos detalles nuevos sobre el otro. Richard me provocaba una fascinación inagotable: sus pensamientos y sus sentimientos; sus esperanzas y sus sueños; la mera forma en la que veía el mundo que lo rodeaba.

Nuestro matrimonio, que se llevó a cabo por los motivos equivocados, cambió y se convirtió en lo más importante de nuestras vidas. Nos enamoramos, criamos a nuestros hijos, descubrimos nuevos amigos y entablamos un montón de relaciones en Ontario con unas personas que se convirtieron en familia. Y en todos esos momentos estuvo presente el amor. Nuestro amor: el fuerte vínculo que nos animaba a seguir adelante. Nuestra vida en común había tenido sus altibajos, habíamos tenido nuestros problemas, pero los superamos juntos. Seguía queriéndolo con locura, y él sentía lo mismo por mí. La pasión que habíamos descubierto entre los dos no se había desvanecido. Seguía deseándolo, y la pasión que él sentía por mí no era algo que escondiera, para absoluta vergüenza de nuestros hijos.

Terminé de abrocharme los pendientes y me retoqué el pelo antes de regresar a toda prisa al Hub. Richard llegaría pronto, y después celebraríamos esta nueva fase de nuestra vida con nuestra familia elegida, nuestros hijos y nuestros amigos.

Le iba a encantar.

5

RICHARD

Aparqué delante del Hub y apagué el motor. Me pasé una mano por el pelo con un suspiro. Había sido una reunión muy provechosa, y el resultado, exitoso para Gavin Group. Estuve hablando con Jenna durante el trayecto de vuelta a Port Albany, que se me hizo interminable, y ella se quedó satisfecha.

Me alivió bajar del coche. No entendía cómo la gente podía desplazarse todos los días grandes distancias para ir al trabajo y volver. Había llamado a Katy para decirle que el tráfico era espantoso, y ella me dijo que se iba al Hub para tomarse algo y que me reuniera con ella cuando llegara.

Necesitaba un whisky a la de ya. Ojalá alguien hubiera pedido pizza o algo. Me moría de hambre.

Estaba tan sumido en mis pensamientos que no me di cuenta de que pasaba algo raro hasta casi haber cruzado el amplio espacio de la planta baja. De repente, me percaté de que la estancia estaba a rebosar y me detuve mientras todos levantaban los brazos y gritaban:

—¡Sorpresa!

Miré a mi alrededor, estupefacto, y vi la pancarta de feliz jubilación, las caras sonrientes y a mi mujer, que se acercaba con una expresión jubilosa en los ojos.

—Te estábamos esperando —me informó al tiempo que me besaba en la boca.

—Joder, me has vuelto a pillar. —Hacía bastantes años me sorprendió con una fiesta que ni me había olido. En ese momento había vuelto a hacerlo.

Me dio un tironcito de la mano con gesto ufano.

—Tu familia quería ayudarte a celebrar.

Tiré de ella para ponerla de nuevo a mi lado, la estreché entre mis brazos y la besé delante de todos, sin importarme los gritos y los silbidos.

—Te quiero, Katy.

Ella me guiñó un ojo.

—Y yo a ti.

La solté.

—Que empiece la fiesta.

Saludamos a todos, y me abrazó y me besó hasta la última persona que estaba allí. Me quedé de piedra al ver a Gavin salir de la cocina y lo abracé con fuerza, emocionado porque mi hijo hubiera llegado antes de tiempo para unirse a la celebración.

—Aquí está mi niño. Me alegro de verte —dije al tiempo que lo sacudía por los hombros.

Gavin sonrió, casi un calco de cómo yo lo hacía a su edad.

—Papá, hace mucho que no soy un niño —bromeó—. Soy lo bastante mayor como para tener hijos propios.

—Siempre serás mi niño. —Lo abracé de nuevo—. ¿Dónde está Amanda?

—Vendrá para la boda. Yo he llegado un poco antes.

—¿Cabe la posibilidad de que Matthew aparezca?

Meneó la cabeza.

—Demasiado ocupado siendo médico, papá. Ya te sabes la cantinela. Llamará más tarde.

Me eché a reír.

—Para mí que prefiere evitar a toda esta gente.

—Eso también.

Deambulé por la estancia, deteniéndome a hablar con todos. Alguien me había servido un whisky del que bebía a sorbos, y olía algo increíble procedente de la cocina que me hacía la boca agua, porque estaba muerto de hambre. Katy me dio un plato con aperitivos que me comí en nada de tiempo.

—¿No has almorzado? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Había mucho tráfico también en el trayecto de ida, y cuando llegué, solo pude comerme un dónut. A esas horas, las tortitas y el beicon solo eran un lejano recuerdo.

—Pobrecillo. —Me dio unas palmaditas en una mejilla—. Estás casi consumido, sí. —Después se rio—. Voy a buscarte algo más de comer. Pero no tardaremos en cenar.

Me detuve junto a la mesa donde estaban Sandy y Jordan. Ambos tenían buen aspecto, aunque habían bajado el ritmo de forma considerable. Sandy sonreía de oreja a oreja y me saludó con efusividad. La besé en una suave mejilla.

—He visto los bagels en el congelador de la casa —le dije—. Gracias.

Siempre recordaba lo mucho que me gustaban los bagels y siempre se aseguraba de que tuviera algunos esperándome cuando llegara.

—Siempre, muchacho.

Me acerqué a Reed y a Heather; besé a mi hija y a él le estreché la mano.

—¿No basta con una fiesta? —pregunté.

Heather se echó a reír.

—No podíamos dejar pasar este momento histórico, papá.

—A mí me habría encantado.

—Tonterías. Somos solo nosotros, la familia, disfrutando de la noche.

Eso me arrancó una carcajada. «Solo nosotros» con esas personas significaba ocho familias y las familias de sus hijos mezclándose hasta formar un grupo bastante numeroso.

—Y yo —dijo alguien.

Me volví y me encontré con los ojos azules de Luc James, que estaba sonriendo con una botella de champán en una mano.

—Enhorabuena, Richard.

Le estreché la mano y le di las gracias.

—Gracias, Luc. Me alegro de verte.

—Lo mismo digo. Te veo bien.

Fruncí el ceño.

—¿Para un viejo, eso quieres decir?

Él soltó una risilla.

—Eso lo has dicho tú, Richard. Es como si ninguno envejecierais. Todos tenéis el mismo aspecto que cuando era pequeño. —Se apartó un poco y le rodeó la cintura con un brazo a la mujer que tenía al lado—. Te presento a mi novia, Ashley. Ashley, este es Richard, el padre de Heather.

La observé mientras ella saludaba a Heather y a Reed antes de mirarme. Tal como mi hija había dicho, Ashley era alta. Esbelta. Llevaba el pelo largo y liso de color negro azabache. Era elegante, con estilo, y llevaba un vestido ceñido y zapatos de tacón que aumentaban su ya de por sí considerable altura. Tenía una cara preciosa, con pómulos afilados, ojos verdes y un porte perfecto.

—Richard —dijo con una sonrisa—, encantada de conocerlo.

De repente me dio la impresión de que la conocía al verla sonreír. De cerca, sus ojos eran más azules que verdes, y se mostraba reservada, aunque cordial. Acepté la mano que me ofrecía y noté sus dedos largos y elegantes. Ella bajó la mirada y puso los ojos como platos y un breve gesto de sorpresa se reflejó en su rostro. Acto seguido me miró fijamente, pasmada. Yo bajé la mirada mientras me preguntaba si tenía algo en la mano, pero no vi nada raro. Ella se apartó como si la hubiera quemado y se limpió la mano en el vestido con disimulo. Antes de que pudiera reaccionar y preguntarle qué pasaba, apareció Katy con otro plato. Me di un tironcito de la chaqueta, que se me había subido, y acepté el plato que mi mujer me ofrecía.

—Aquí tienes, cariño. No quiero que te mueras de hambre. Ah, ¡hola! Tú debes de ser Ashley. Mi Heather habla maravillas de ti.

Katy extendió una mano para estrechar la de Ashley. La chica de repente parecía nerviosa, porque le dio un rápido apretón de manos a Katy y retrocedió con los hombros tensos y evidente malestar. Capté cierta animosidad mientras miraba a Katy y después a mí. Juraría que hasta vi odio en sus ojos antes de adoptar una expresión neutra. Eso me inquietó y me descolocó.

—Veo de dónde le viene lo guapa que es —repuso Ashley, que se concentró en mi mujer.

Katy sonrió con calidez.

—Creo que ha sacado lo mejor de los dos. Todos nuestros hijos lo han hecho.

Ashley volvió a mirarme, tranquila y fría. Sin duda me había imaginado ese destello de odio. Debía de ser cosa de la luz. Ya parecía más relajada. A lo mejor me lo había imaginado todo. Seguramente tenía hambre. Debía de ser eso.

Heather se colocó a mi lado y me rodeó la cintura con un brazo.

—No te has enfadado, ¿verdad, papá? Queríamos organizarte una fiesta.

La besé en la cabeza.

—Qué va, tesoro. —Luego fruncí el ceño—. ¿No llevas el pelo de colores?

A Heather le encantaban las mechas de color en el pelo y se las cambiaba según su estado de ánimo.

Ella meneó la cabeza.

—Llevo una temporada sin mechas. Quería tener el pelo de mi color para las fotos de la boda. ¿No te gusta?

La besé de nuevo en la cabeza.

—Me encanta tu pelo ahora y cuando tenía mechas de colores. El azul era de mis preferidos.

Se echó a reír.

—Llevo un tiempo sin teñirme, dejándome crecer el pelo. Pero has tardado en verlo. Mamá se dio cuenta enseguida.

Katy y yo nos miramos con sorna.

—Pues claro que se dio cuenta. Tu madre es así de extraordinaria.

Heather se puso de puntillas y me besó en la mejilla.

—Tú también eres extraordinario, papá.

Sonreí.

—Lo sé.

Eso le arrancó una carcajada. Me dio otro beso antes de aceptar la mano extendida de Reed.

—Disfruta de la fiesta, papá. Nosotros seguimos por aquí hablando con los demás.

Me volví hacia Kay y capté la mirada de Ashley, que parecía observarnos con mucha atención. Percibí de nuevo la animosidad en sus ojos y fruncí el ceño, desconcertado. Ella apartó la mirada deprisa, dándome la espalda. Mientras se alejaba, miró por encima del hombro con expresión penetrante. Familiar.

¿La conocía de algo?

Maddox se colocó a mi lado.

—La estrella del espectáculo está demasiado callada, Richard.

Me eché a reír al tiempo que le daba un codazo.

—¿Quieres bailar conmigo o algo, Mad Dog? ¿Para poner esto en marcha? ¿Enseñarles a los niños cómo se hace?

Se echó a reír. En una ocasión intentamos enseñarle a Reid Matthews a bailar para impresionar a Becca, que por aquel entonces era su novia. Aquella noche hubo muchos tacos, pizza, alcohol, risas y pies doloridos. Al menos conseguimos enseñarle lo básico, y la impresionó lo suficiente para que se casara con él.

—Tal vez luego. Primero necesito más whisky. A lo mejor deberías empezar con tu mujer.

—Tienes razón. —Me quité la chaqueta del traje y me aflojé la corbata. Me solté los gemelos y me remangué la camisa mientras le guiñaba un ojo a Katy.

Ella se inclinó hacia mí y me besó.

—Estás igual de guapo quitándote el traje como con él puesto —susurró ella.

—Me lo quitaré después para ti —le prometí al tiempo que me guardaba los gemelos y la corbata en un bolsillo de la chaqueta. Tras dejarla en el respaldo de una silla, tomé a Katy de la mano—. Baila conmigo, preciosa.

Ella sonrió.

—Creía que no me lo ibas a pedir nunca.

6

RICHARD

Me desperté a la mañana siguiente un pelín perjudicado. Me froté la dolorida cabeza con una mano mientras hacía una mueca y me incorporaba. La mañana estaba bastante avanzada, y oía las risas y las voces amortiguadas procedentes del exterior. Al mirar el reloj, meneé la cabeza. No recordaba la última vez que había dormido hasta casi mediodía. Tampoco recordaba la última vez que había bailado y reído tanto. Había sido una fiesta estupenda. Mucha comida, bebidas de primera, risas y amor. Una reunión familiar habitual con ese grupo. Volvimos a casa dando tumbos alrededor de las dos de la madrugada; le eché un brazo a Katy por encima de los hombros y me detuve cada poco tiempo para besarla en la boca y para decirle lo guapa que era o lo mucho que la quería.

Tardamos bastante en recorrer esa corta distancia.

En la mesita de noche había un botella de agua con dos pastillas de paracetamol, que me tomé, agradecido. Como de costumbre, mi Katy sabía lo que iba a necesitar y se ocupaba de todo con discreción, como era típico de ella. Fui al cuarto de baño y me di una larga ducha, de modo que el agua y el calor se llevaran el resto de las molestias que los analgésicos no habían tocado. Me sentí mejor después de afeitarme y de ponerme ropa limpia. Bajé la escalera, me serví una taza de café y me reuní en la terraza del patio con Katy, que estaba con el Kindle en la mano, relajada.

Me incliné y la besé en la cabeza.

—Hola, cariño.

Ella cerró el Kindle con una sonrisa.

—Te has levantado.

Gruñí mientras bebía un sorbo de café.

—A duras penas.

—Anoche te lo pasaste bien.

Me senté.

—Pues sí. Una fiesta estupenda.

Murmuró algo, dándome la razón.

—Ajá. Bailaste mucho.

Asentí con la cabeza.

—Tú fuiste mi pareja de baile preferida.

Se echó a reír por lo bajo.

—No sé qué decirte. Maddox y tú hacíais una pareja preciosa.

Eché la cabeza hacia atrás y estallé en carcajadas. Mad Dog y yo habíamos salido a la pista de baile, haciéndolos reír a todos. Al igual que Reid y Aiden, algo que había sido hilarante de ver mientras procuraban recrear la primera clase de baile. Los cuatro intentamos superarnos los unos a los otros en la pista e hicimos el ganso a más no poder. Bentley puso los ojos en blanco al ver nuestras tonterías, pero ni siquiera él consiguió contener la risa.

Katy me dio un empujoncito en la pierna.

—Nunca me imaginé que el hombre con quien me casé hace tantos años sería tan divertido.

Le cogí el pie y me lo puse en el regazo para masajearle la planta con gesto distraído.

—El hombre con quien te casaste era un capullo. Prefiero al Richard que soy ahora. El Richard en el que me convertí después de que aparecieras en mi vida.

—Eres un hombre totalmente distinto —convino ella. Después me guiñó un ojo, aligerando el ambiente—. También me gustas más ahora.

—Menos mal, porque no te vas a librar de mí. —Apuré el café y me acomodé en la silla—. ¿Pisé a alguien?

—No. Bailaste con un montón de gente y no se vio a nadie cojo. Fuiste maravilloso con Sandy. Muy amable… Todos fuisteis muy amables con ella. Disfrutó bailando.

—Sí, es verdad.

—Tu discurso fue…, esto…, muy conmovedor. Hiciste llorar a Gracie y a Heather. Creí que Maddox también soltaría una lagrimilla.

Recordé algunas de las palabras que pronuncié. Sobre mi familia y mis amigos.

—Tengo que dejar de beber y hablar. Me pongo sentimental —dije con una mueca.

—Solo te abriste y te mostraste sincero. Fue un gran discurso.

—¿Lloraste?

—Solo una vez.

—¿En serio? Debo de estar perdiendo facultades.

Se puso en pie, se inclinó y recogió nuestras tazas. Después me besó en los labios.

—Lloré desde que empezaste hasta que terminaste. Tus facultades están perfectas, Richard.

La calidez del sol y la tranquilidad del día aliviaron la pesadez de cabeza y las molestias de la noche anterior. Katy sacó más café y bagels, y bebimos y comimos en silencio.

—Los de la lavandería han traído tu esmoquin.

—Estupendo.

—Reed llamó antes para recordarte que el partido de golf empieza a las diez mañana. Los coches salen a las nueve.

—Me muero de ganas. —La miré con una sonrisa—. ¿Emocionada por tu día en el spa?

Los hombres iban a jugar al golf mientras que las mujeres disfrutarían de un día de relajación.

—Como siempre. —Se inclinó hacia delante, y le brillaron los ojos por la emoción—. Creo que Gracie está embarazada de nuevo.

Terminé de comerme el bagel.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No. Pero me di cuenta de que no bebió alcohol en toda la noche y de que Jaxson es más protector si cabe. No apartó los ojos de ella en ningún momento.

—Eso sería estupendo. Un hermanito para Kylie.

—Seguramente no quiera quitarle protagonismo a la boda. Estoy convencida de que nos lo dirá la semana que viene si lo está.

Gavin anunció la noche anterior que su mujer, Amanda, estaba embarazada. Estaba entusiasmado por ser padre. Y yo estaba entusiasmado por ser abuelo de nuevo.

Asentí con la cabeza, complacido por las palabras de Katy. Mi familia seguía creciendo.

—Luc parecía feliz anoche —dijo Katy.

Aparté el plato.

—Mmm…, ¿qué te parece su novia?

—Muy agradable. Hablé poco con ella, pero Luc está coladito.

—¿La conocemos de algo? —le pregunté.

—No, creo que no. ¿Por qué?

A la brillante luz del día, las miradas raras y la repentina animosidad que había percibido por parte de Ashley después de que nos presentaran parecían una exageración por mi parte. Seguro

que me equivocaba. No recordaba haberla visto antes. No recordaba haberme relacionado profesionalmente con ella ni nada parecido, así que no habría motivos para nada de eso.

Me encogí de hombros.

—Me pareció que me sonaba su cara de algo, pero no recuerdo haberla visto antes.

—Es organizadora de eventos, a lo mejor la has visto en algunas de tus cenas o algo del estilo.

Eso tenía sentido. La verdad era que me reunía con muchas personas, aunque normalmente se me daba bien recordar caras y nombres. Formaba parte del negocio.

—Puede. Es que… me dio la sensación de que no le caía bien.

Katy frunció el ceño.

—¿Solo con un hola y un apretón de manos? Es posible que estuviera un poco agobiada. El grupo es bastante intimidante si lo conoces de golpe. ¿Te acuerdas de la cara del pobre Hunter la primera vez que vino a una reunión familiar?

Reí al recordarlo. Hunter era el marido de Ava. La primera vez que asistió a una barbacoa familiar parecía que tuviera ganas de darse media vuelta y salir corriendo. Pero se había hecho un hueco entre nosotros y ya era parte de la familia.

—Es posible.

—Incluso cuando era más joven y nosotros éramos muchos menos, a Luc le costó integrarse —añadió Katy—. Estoy segura de que se le ha olvidado, pero para la pobre Ashley lo de anoche fue lanzarse de cabeza al fuego. Había muchas caras y nombres que recordar.

Katy llevaba razón, y lo que decía tenía sentido. Probablemente había confundido los nervios y la ansiedad con animosidad.

Además, si la hubiera visto antes, ¿qué motivos habría para no caerle bien?

Me acomodé en el asiento y apuré el café. Menos mal que tenía a Katy. Ella lo arreglaba todo.

Rebusqué en el garaje la bolsa de golf. Debería haberlo hecho el día anterior, pero Katy y yo pasamos el día de relax para recuperarnos de la fiesta, y también estuvimos con Kylie.

La encontré y di las gracias por haber recordado limpiar los palos antes de guardarlos el otoño pasado. Desde el exterior me llegó la risa de Katy y la sonora voz de Aiden.

Abrí la puerta automática y salí, deteniéndome en seco al ver lo que apareció ante mis ojos.

—¿Se puede saber qué llevas puesto?

Maddox sonrió e hizo una posturita.

—Vestimenta de golf antigua.

Meneé la cabeza. Llevaba un chaleco de rombos sobre una camisa blanca que se había remetido en unos pantalones bombachos…, que le llegaban a la rodilla. El conjunto lo completaban unos coloridos calcetines de rombos a juego. Tenía pompones en los zapatos. Y una gorra en la cabeza.

Por si eso no fuera suficiente, Aiden iba vestido de la misma guisa.

A Maddox, con esa constitución alta y delgada, le quedaba bien. Aiden parecía una salchicha embutida a presión. Sus enormes brazos y su torso estiraban el chaleco y distorsionaban el dibujo. Parecía que llevaba los pantalones pintados, y los calcetines apenas le llegaban al bajo de los pantalones, dejándole las rodillas medio descubiertas.

Empecé a reírme.

—Joder, estáis ridículos.

Maddox sonrió y levantó una bolsa.

—También tengo uno para ti.

—Ni en sueños —repuse.

—Todos vamos a ir vestidos así. Reed no dejaba de llamarnos «vejestorios», así que vamos a vestirnos con algo acorde.

Aiden se crujió los nudillos.

—Y luego le daremos una paliza. Para enseñarle quién es un vejestorio.

—No me creo que Bentley haya accedido a ponerse eso.

—Bentley no está en nuestro equipo. Reed lo eligió para el suyo.

—¿Reed eligió a Bentley y a mí no? Voy a ser su suegro.

—Eligió a Halton y no a Van. El chico es competitivo.

—Juego bien al golf.

—No tanto como Bentley.

—Me cambio de equipo. No pienso ponerme eso.

—No, nada de cambios. Estás con nosotros.

—La madre que me parió —dijo Bentley en voz alta mientras se acercaba, ataviado con un polo y unos pantalones oscuros, parecido a lo que yo llevaba. Pero mi polo era mucho mejor, con un estampado. El de Bentley era blanco—. ¿Se puede saber qué lleváis puesto?

—Eso mismo he dicho yo —mascullé. Luego añadí en voz más alta—: Por cierto, ahora estás en su equipo. Reed ha cambiado de idea.

Bentley se echó a reír.

—De eso nada. Quiere ganar, así que me ha elegido a mí.

—Se suponía que era para pasar un buen rato.

Maddox resopló.

—Esto va de ganar el bote y de poder restregárselo al equipo contrario. Les ha dado la patada a su padre y a su futuro suegro por dinero. Ponte el uniforme y vámonos.

—No pienso ponerme esa monstruosidad.

Katy me tomó de la mano.

—Ve a cambiarte, Richard. Y luego a pasar un buen rato.

—Katy…

Ella me interrumpió.

—Te va a quedar genial. Lo sabes. —Se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla antes de decirme al oído—: Te garantizo hoyo en uno cuando vuelvas a casa.

—¿Tengo que ponerme los calcetines?

—Sí —contestó Maddox con sequedad—. El conjunto completo.

—Retiro mi permiso para la boda —mascullé mientras regresaba a la casa con paso furioso.

—No creo que Reed te lo haya pedido —me gritó Aiden.

Cinco minutos después me miré en el espejo y me eché a reír. Estaba ridículo, pero haría sonreír a Katy, y ese día iba a ser la bomba.

Sin embargo, me vengaría de Reed por haber elegido a Bentley en vez de a mí. Estaba seguro de que contaría con la ayuda de Van.

El chico iba a morder el polvo.

7

RICHARD

Éramos dieciséis para jugar al golf. Cuatro grupos de cuatro con malas intenciones. Maddox, Aiden, Van y yo llevábamos los ridículos uniformes de golf que Maddox había elegido. Aunque Van era tan corpulento como Aiden, al menos él llevaba uno de su talla. A Aiden todo le quedaba demasiado ceñido.

El equipo de Bentley llevaba la ropa normal, un polo y pantalones oscuros. En el equipo de Liam vestían con pantalones cortos. En el de Hunter iban como si fueran carpinteros. Escogimos nombres, creamos juegos y luego procedimos a ponernos en ridículo, disfrutando de cada segundo. Hubo carreras con los carritos de golf, puntuaciones inventadas y un sinfín de idioteces. Incluso Bentley hizo trampas en más de una ocasión, tirando la pelota de Aiden al agua, lo que hizo que este tuviera que agacharse para recogerla. Todos oímos sus pantalones romperse. Se levantó tan deprisa que perdió el equilibrio y acabó en el agua, arrastrando con él a Van, que se había acercado a ayudarlo. Dieciséis adultos estallaron en carcajadas y se pusieron a rodar por el suelo hasta que el gerente apareció para sugerirnos en voz baja que ya habíamos jugado bastante por ese día.

Como nos importaba poco jugar, nos dirigimos al club, y en el trayecto eché a Reed del camino con mi carrito para ganar. Aiden y Van se quitaron los chalecos y los calcetines y compraron pantalones cortos en la tienda; después nos fuimos al bar del club, donde empezamos a consumir a lo loco porque Bentley pagaba la cuenta. Corrieron tanto la comida como la bebida. Y se ofrecieron, discutieron y desecharon consejos a los que sabía que Reed no haría ni caso.

—Recuerda que tú eres el que manda —dijo Aiden con una sonrisilla torcida.

—¿Cami te ha dado permiso para decir eso? —replicó Reed al tiempo que se llevaba un nacho bien cargado a la boca y se lo comía.

Aiden se echó a reír.

—Deja que me lo crea de vez en cuando.

—Tú haz lo que diga ella. La vida es más fácil así —le aconsejó Hunter.

—Claro, como tú obedeces tanto a Ava… —lo pinchó Ronan.

—Creo que lo hago, y eso es lo único que importa —afirmó él. Después suspiró—: Y mi dragoncita suele tener razón, pero no se lo digo.

Nos echamos a reír.

—Todas las mujeres suelen tenerla. Sé que Katy es muchísimo más lista que yo. Y ella también lo sabe. —Apuré el agua del vaso y eché más sobre los cubitos de hielo.

Reed meneó la cabeza.

—Llevamos viviendo juntos bastante tiempo, creo que conozco bien a mi mujer y que sé cómo manejarla.

Lo miré.

—Con eso de «manejarla» te refieres a tratarla como a la diosa que es y a ponerla a ella siempre en primer lugar, ¿verdad? Porque, de lo contrario, podrías tener problemas con tu suegro.

—Y también con tu cuñado —terció Gavin.

—Y con unos primos —añadieron Liam y Ronan.

Reed se echó a reír y levantó las manos.

—Solo quiero decir que la conozco y que sé lo que quiere. Chicos, la quiero. Por favor, que le

he pedido que se case conmigo por lo menos cinco veces. Es mi mundo entero.

Asentí con la cabeza, complacido.

—Pues que siga así.

Volví a casa cansado y dolorido. Katy estaba tumbada en la cama, echándose una siesta. Me duché y me senté en la cama a su lado. La piel le brillaba y su pelo era como seda bajo mis dedos. Me incliné hacia delante y le acaricié una mejilla con la nariz.

—Hola, cariño.

Ella abrió los ojos despacio.

—Hola —susurró—, ¿qué tal el día?

—Ridículo. Nos han echado del campo.

—¡Venga ya!

Me eché a reír.

—No pasa nada. Después de descubrir que Aiden iba sin calzoncillos cuando le vimos el culo, se nos quitaron las ganas de jugar. —Le conté cómo se había agachado para recoger la pelota mientras Van lo sujetaba para que no perdiera el equilibrio, el rasguido de los pantalones demasiado ceñidos y las carcajadas posteriores—. Al final acabó en el agua y arrastró a Van. Cuando Aiden salía del agua, se resbaló de nuevo y les enseñó el culo a otros golfistas. Van se reía tanto que ni siquiera era capaz de salir del agua. Aiden siguió buscando la dichosa pelota, enseñándonoslo todo cada vez que se agachaba. Cuando por fin salió del agua a gatas con la pelota en la mano, ya le habíamos visto las otras pelotas demasiadas veces. —Moví las cejas y vi que Katy se reía a carcajadas—. Acabamos todos revolcándonos por el suelo de la risa como adolescentes. Y entonces fue cuando nos pidieron que nos fuéramos al club.

—Ay, madre —dijo ella con voz entrecortada por la risa.

—¿Tu día ha sido un poco más recatado? —le pregunté a la vez que le recorría la pierna con un dedo a modo de lenta caricia—. Te veo muy relajada y guapa.

—Ha sido un día estupendo. Me han hecho la manicura y la pedicura, una limpieza de cutis y un masaje de cuello. —Agitó los dedos de los pies, y admiré el brillante esmalte rosa—. Y me han depilado las piernas con cera —añadió mientras me colocaba una pierna sobre un hombro.

Le pasé una mano por la pantorrilla, maravillado.

—Como la seda —susurré.

—Me han depilado con cera por entero —susurró con voz sensual.

Observé su cara mientras mi mano ascendía acariciándole esos muslos tan suaves y deslizaba un dedo por sus suaves pliegues.

—Katy —murmuré al tiempo que me fijaba en sus mejillas coloradas y en esos ojos abiertos de par en par—, ¿has estado aquí esperándome? ¿Deseando enseñarme cómo has pasado el día? —Le di un tironcito a la otra pierna para dejarla totalmente expuesta a mi mirada—. ¿Esperando que te tocara y comprobase el trabajo que han hecho?

—Sí —contestó—. He pensado que podrías inspeccionarlo.

Le deslicé los dedos por el clítoris y sonreí al oír su gemido de deseo y notar la prueba de este en los dedos: esa humedad tan dulce e incitante.

—Ya lo creo que lo voy a inspeccionar.

Jadeó cuando me coloqué la otra pierna sobre el hombro y enterré la cara entre sus muslos. En cuanto le di un lametón, arqueó la espalda y, en ese momento, la penetré con dos dedos. Le lamí el clítoris, se lo succioné y la mordisqueé con cuidado. Ella gritó cuando empecé a mover los dedos sin dejar de estimularle el clítoris hasta que se corrió con fuerza, gritando mi nombre y

tirándome del pelo.

Antes de que se le pasara el subidón, se la metí hasta el fondo. Daba igual el tiempo que lleváramos juntos, lo a menudo que hiciéramos el amor, folláramos o nos diéramos placer. Cada vez era novedosa y distinta. Cada sensación, intensa y perfecta. Le aferré las pantorrillas y la invité a que me rodeara la cintura con ellas al tiempo que la penetraba y le lamía la delicada piel del cuello. Ella me clavó los talones en la espalda, y sus gemidos y sus súplicas fueron música para mis oídos.

Gemí al sentirla a mi alrededor. Su calidez, su humedad y esos músculos que se cerraban con fuerza en torno a mí. Su forma de acompasarse a mis movimientos. La sensación de esos dedos que me clavaba para agarrarse bien a mí. La capa de sudor que nos cubría mientras nos movíamos a la par. La expresión de sus ojos cuando nuestras miradas se encontraron. Deseo, pasión y amor. Todo para mí. Jamás sería merecedor de lo que ella me daba, pero lucharía por conservarla como mía. Siempre. Era mi mayor regalo, el catalizador de todas las cosas buenas que me habían sucedido en la vida gracias a ella.

El orgasmo me asaltó por sorpresa. Gruñí cuando las sensaciones me abrumaron y me lanzaron al olvido. Cerré los ojos con fuerza y dejé que el placer me recorriera la espalda como una descarga eléctrica. Se me tensaron las pelotas. La aferré con más fuerza y me corrí. De forma escandalosa. Gritando su nombre. Gimiendo de placer mientras sentía el suyo en torno a la polla cuando estalló.

Y después… el brevísimo instante de paz absoluta que lo siguió. En el dormitorio, solo se oían nuestras respiraciones agitadas, y sus dulces y placenteros suspiros. Noté que me daba tironcitos para que me tumbase a su lado, y eso me devolvió a la realidad. Le solté las piernas, salí de ella y me tumbé en el colchón, estrechándola entre mis brazos.

—Han hecho un buen trabajo —susurré—. Espero que les hayas dado una jugosa propina.

Ella se rio por lo bajo y me dio un beso en la frente.

—No tan jugosa como la que tú me has dado a mí.

Solté una carcajada contra su cuello y le mordisqueé la piel con gesto juguetón.

—Descarada.

Cerré los ojos, cansado de repente. Katy se acurrucó junto a mí, con la cabeza bajo mi barbilla y una mano en mi pecho. A los pocos segundos, ya estaba dormida, y yo la seguí al rato.

En la cocina sonaba música de fondo. Katy me sonrió por encima de la mesa mientras hacía girar la copa de vino entre los dedos. Llevaba una de mis camisas y unos pantalones de deporte, y a la luz de la tarde parecía muchísimo más joven de lo que era. Entre nosotros había un plato con queso y fiambre, galletitas saladas y un surtido de encurtidos que habían sobrado de la fiesta. Bebimos el vino y picoteamos la comida, regodeándonos en la paz. Observé a mi mujer, disfrutando al verla tan relajada. No había nada artificial en ella, era sensual sin pretenderlo.

Me puse en pie y le tendí la mano antes de estrecharla entre mis brazos. Nos movimos por la cocina en perfecta sincronía. Me encantaba bailar con ella. Encajaba bajo mi mentón y su suave pelo me hacía cosquillas en la piel. Su cuerpo se amoldaba al mío, y olía al hogar. Siempre me había encantado su olor y me complacía que nunca hubiera cambiado de perfume. Le sentaba bien. Me sentaba bien a mí.

Suspiró y se pegó más. La besé en la coronilla, y alzó la cabeza. Me incliné y la besé en la boca; nuestros labios se acariciaron con lentitud y languidez. Caricias suaves, leve presión, suspiros entrecortados cargados de palabras que no hacía falta pronunciar.

La puerta corredera del patio se abrió, y Heather gimió al vernos cuando entraba, tras lo cual

se sentó y se sirvió una copa de vino.

—¿Es que nunca paráis? —preguntó mientras intentaba parecer exasperada, sin conseguirlo —. Me sorprende que solo tenga cuatro hermanos.

Me reí y besé a Katy una última vez antes de apartarme de ella.

Me senté junto a mi hija y la besé en la cabeza.

—No sabes la suerte que tienes de que parásemos al llegar a cinco.

—Puaj. —Hizo una mueca y después se echó a reír—. Nadie que no sea de la familia me cree cuando describo cómo os comportáis el uno con el otro incluso después de tantos años.

—La pasión y el amor no están reservados para los jóvenes —dijo Katy, y guiñó un ojo—. Espero que Reed y tú disfrutéis de la misma pasión toda vuestra vida.

Heather sonrió y extendió un brazo para cogerle la mano a su madre. Katy frunció el ceño y me miró a los ojos.

—¿Qué ocurre, Heather? ¿Hay algún problema?

Mi hija negó con la cabeza.

—No, nada. Estoy emocionada esperando que llegue mañana. Es algo sencillo y relajado, justo como yo quería. Solo me he pasado para daros las gracias a los dos.

—¿Las gracias? —repetí—. ¿Por qué?

—Por no protestar por lo de mañana. Por ser tan buenos padres. Por apoyarme siempre, hiciera lo que hiciese. Sé lo afortunada que soy de teneros.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Katy.

—Nosotros somos afortunados de tenerte como hija —repliqué en voz baja.

—Siempre habéis sido increíbles. Me apoyasteis hasta cuando me dabais la turra con Reed. Ayudasteis a Gracie con Jaxson. Nunca os habéis quejado porque yo no quisiera casarme o por lo sencilla que fue su boda. Siempre nos ponéis en primer lugar.

Me encogí de hombros con la mirada clavada en Katy.

—Sencillo no significa menos importante. Tu madre y yo tuvimos una boda bastante sencilla. Incluso cuando renovamos los votos, fue muy tranquilo. Quieres a Reed y él te quiere. Este día es para celebrar ese amor. Cómo lo hagáis es decisión vuestra. —Le guiñé un ojo para aligerar el ambiente—. Además, con una boda sencilla la cartera duele menos.

Heather y Katy rieron, a sabiendas de que estaba bromeando.

—Penny lo compensó con creces —terció Katy con una sonrisa—. Su boda fue de todo menos sencilla.

El marido de Penny era inglés. Lo conoció mientras estaba de vacaciones en Inglaterra, y se enamoraron. Fue después cuando se enteró de que tenía un título nobiliario y un castillo, donde residían en ese momento. Su boda fue pequeña, pero por todo lo alto, y había costado más que las de mis otras dos hijas juntas, incluso después de que el novio pagara algunos gastos por insistencia suya. Aquel día hubo mucha pompa y boato, pero fue muy divertido. Aiden se lo pasó en grande por el nuevo título de Penny, que se había convertido en lady Penelope Pulham, y la llamó «lady PePé» durante el resto de su estancia. Por suerte, a su marido le hizo gracia y se rio con Aiden, aceptando la broma por lo que era: la forma que tenía Aiden de expresar su afecto. Además, el apodo gustó, y gran parte de la familia la llamaba así a veces.

—En fin, que solo quería daros las gracias. Mañana va a ser una locura y seguramente no se parezca a nada de lo que teníais planeado para mí, pero yo estaré delirante de felicidad.

Me incliné hacia delante y le cogí una mano.

—Eso es lo único que nos importa, tesoro. Es lo único que quiero para todos mis hijos. Quiero que estéis rodeados de amor.

—Porque no lo tuviste mientras crecías —susurró ella.

Mis hijos conocían mi historia. Sabían que me había reformado después de enamorarme de Katy. Lo mucho que cada uno de ellos significaba para mí.

—He recibido mucho amor desde entonces —repliqué sin más—. Tengo muchísima suerte.

Se arrojó a mis brazos, y me aproveché del momento y la abracé con fuerza. Heather no era tan efusiva como Gracie, Penny o Katy. Se parecía a mí en ese sentido, así que cuando se mostraba afectuosa, lo aprovechaba al máximo. Me besó en la mejilla antes de sentarse al lado de su madre y apoyarle la cabeza en un hombro. Ella la besó, y yo sonreí, mirándolas. Salí de la cocina y volví poco después. Deslicé una cajita hacia Heather.

—Para mañana.

Sonrió, a sabiendas de lo que contenía. Soltó una exclamación al sacar los preciosos pendientes de aguamarinas oscuras y diamantes; las piedras, de un color entre azulado y verdoso, brillaban a la luz, y la claridad de los diamantes aumentaba dicho brillo. Las aguamarinas sin tratar siempre habían sido sus piedras preferidas, porque le recordaban a sus ojos; un color distintivo que había heredado de mí. Le encantaba la mezcla de azul y de verde. Eran alargados y desenfadados, para combinar con su personalidad.

—¡Me encantan! —exclamó, complacida al ver el colgante a juego. A Gracie no le entusiasmaban los collares, pero a Heather le gustaban los conjuntos de collar y pendientes, así que eso le habíamos comprado.

—Cami me dijo que a tu vestido le vendría bien el colgante con forma de lágrima —explicó Katy.

—¿Los gemelos de Reed van a juego? —preguntó Heather.

—Sí —contesté al tiempo que sacaba la caja y le enseñaba los sencillos gemelos cuadrados.

—Le van a encantar.

—Bien.

Me echó los brazos al cuello.

—Gracias, papi.

La abracé con fuerza.

—De nada, tesoro.

Besó a Katy antes de sentarse de nuevo.

—¿Llegarás a eso de las diez, mamá?

—Sí.

—Nos vestiremos en los viñedos. —Me miró—. Asegúrate de que Reed llega a tiempo.

—No creo que se retrase.

—No lo agotes en la cancha de baloncesto.

—¡Ja! —Meneé la cabeza mientras me echaba a reír—. Diría que va a ser lo contrario.

Se puso en pie, sonriendo.

—Lo dudo, papá. Mis tíos y tú les dais mil vueltas a los chicos.

—Al menos, la única pelota que veré será con la que juguemos en la cancha —dije con un suspiro.

Ella se echó a reír.

—Reed dice que no se va a recuperar en la vida. Le ha parecido lo más.

—¿Seguro que no quieres quedarte aquí con nosotros esta noche? —le preguntó Katy.

Heather sonrió.

—No. Me gusta estar con Reed. No vamos a hacer nada tradicional, así que ¿por qué empezar con eso? —Se inclinó para besarla de nuevo antes de besarme a mí en la mejilla—. Quería hablar

con vosotros a solas un rato. Por si se me olvida decirlo mañana: os quiero y sois los mejores. Gracias por ser mis padres.

Después se fue.

Miré a Katy.

—Lo hemos hecho bien con nuestros hijos —dije.

Sonrió.

—Pues sí.

8

RICHARD

El día siguiente amaneció soleado y precioso. Me levanté temprano y salí a correr por la playa, para disfrutar del aire fresco de la mañana. Maddox se unió a mí, y recorrimos la playa varias veces, hasta que al final nos detuvimos y nos sentamos en las rocas para contemplar las lentas y perezosas olas.

—Un día precioso —dije antes de beber un largo sorbo de agua.

—Increíble —replicó—. ¿Estás bien?

Solté una carcajada seca, volví la cabeza y enfrenté la mirada de mi mejor amigo. Habíamos capeado muchas tormentas juntos a lo largo de los años. Habíamos visto crecer a nuestros hijos y nos habíamos lamentado juntos de que el tiempo pasara demasiado deprisa. Nos ayudamos mutuamente en los momentos difíciles. Dudaba mucho de que hubiera podido llegar adonde estaba de no ser por Maddox Riley.

—Estoy bien, Mad Dog. Anoche dormí como un tronco. No estoy de bajón, ni hecho polvo porque mi hija se casa. Es distinto con Heather que con Gracie.

—¿Por qué crees que es así? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—A lo mejor porque llevan viviendo juntos mucho tiempo. O porque conozco a Reed de casi toda la vida y sé qué clase de marido será. Con Jaxson no lo tenía nada claro.

Maddox se rio entre dientes.

—Jaxson era, y es, una versión más joven de ti.

—Pues ya sabes por qué estaba tan nervioso —repliqué con sequedad. Nos reímos entre dientes y suspiré—. Gracie y yo siempre hemos estado muy unidos. Mi primogénita. La única cosa en la vida que amé al instante y sin reservas. Supongo que con ella aprendí que el matrimonio no cambiaría las cosas entre nosotros. Siempre será mi niña. Me enseñó que no iba a perderla, sino que la estaba dejando vivir su vida. Con Penny fue más fácil, aunque la distancia me molestaba. Y me sigue molestando. Gavin fue un paseo por el parque. Heather no es tan fácil, pero tampoco lo llevo mal. —Sonreí—. Quizá, como me ha dicho Katy, era importante para mí que se casara, así que no estoy nervioso en absoluto.

—Entonces ¿nada de emborracharnos esta noche después de la ceremonia?

Me reí.

—Me tomaré unas copas, pero jamás acabaré como Bentley después de que Addi se casara. Beber con mis amigos es otra tradición. Como el baloncesto. —Miré el reloj—. Por cierto, será mejor que vayamos al Hub a jugar.

Echamos a correr hacia el centro recreativo, situado en el límite de la propiedad.

—Menos mal que hoy no hay uniformes —repliqué con una sonrisa burlona.

—Te refieres a que Aiden no nos va a hacer un calvo sin querer, ¿no?

Me reí al recordarlo.

—Espero que hoy vaya en chándal.

Maddox sonrió.

—Dios te oiga.

—Amén.

Katy salió de la habitación, sonriendo.

—Tu hija está lista y esperándote. Necesitamos unas cuantas fotos, luego bajaré y me sentaré.

—Estás preciosa, cariño —murmuré y la besé en la mejilla, ya que no quería estropearle los labios, que llevaba pintados—. Me gusta este color.

Me gustaba que Katy vistiera con colores intensos. Cuando la conocí, usaba grises y marrones, que reflejaban la vida triste que llevaba. Desde que nos casamos, prefería los tonos vivos como el rojo oscuro o el verde esmeralda, que le sentaban bien. Ese día, sin embargo, había elegido un vestido de color melocotón suave, elegante y sencillo. Llevaba el pelo recogido, con unos mechones ondulados alrededor de la cara. Se había decantado por zapatos de tacón bajo y estaba impresionante.

—Pues no te cuento cómo está nuestra hija.

Entré y contuve el aliento. ¡Heather estaba preciosa! Llevaba un bonito vestido amarillo claro hasta la rodilla, con vuelo y muy femenino, que le dejaba los hombros y los brazos al descubierto. Se había recogido el pelo, de manera que mostraba el cuello. Los pendientes que le habíamos regalado brillaban con la luz, y también llevaba el collar.

Le tomé las manos entre las mías y la besé en una mejilla, mientras decía con voz entrecortada:

—Estás preciosa, Heather. Te pareces a tu madre.

Mi hija se echó a reír.

—Mamá acaba de decirme que me parezco a ti.

—Quizá seas una mezcla perfecta de los dos.

Posamos para unas cuantas fotos y luego Katy bajó la escalera. El fotógrafo la siguió. Después de la ceremonia haríamos más fotos de familia. Heather me miró y, por primera vez, la noté intranquila.

—Reed está abajo, ¿verdad?

—Lo está, esperándote ansioso. Le encantan sus gemelos y estaba tan nervioso que esta mañana no ha dado una en la cancha.

—Y tú te has aprovechado de eso al máximo —dedujo ella.

Me encogí de hombros.

—La venganza es lo que tiene. Perdimos jugando al golf, pero hoy les hemos dado una paliza.

Heather meneó la cabeza.

Le sonreí con cariño.

—Me preguntó dos veces si estabas bien. Si me parecía que ibas a cambiar de opinión. —Le toqué la mejilla con ternura—. Lleva mucho tiempo queriendo casarse contigo, tesoro. No se va a ir a ninguna parte. Está tan nervioso por esto como tú. Quizá más. Los dos estaréis presentes porque vuestro destino es estar juntos.

Sus ojos brillaron a la luz del sol.

—Gracias, papi. Necesitaba oírlo.

Le ofrecí el brazo.

—Bueno, ¿estás preparada para hacerlo? ¿Para dejar a tu padre e irte con el tío que te espera abajo?

Me tomó del brazo.

—Quiero casarme, papá, pero nunca te dejaré.

Le guiñé un ojo.

—Ya lo sé. Por eso estoy tan tranquilo haciendo esto.

Reed llevaba un traje azul oscuro y el pelo peinado hacia atrás, y parecía un novio muy serio.

Era alto y fuerte, y su expresión, normalmente traviesa, era solemne. Su mirada mientras nos acercábamos a él lo decía todo. Quería a Heather y cuidaría de ella. Una vez que llegamos a su lado y dejé la mano de mi hija en la suya, les di un fuerte apretón antes de alejarme.

—Mantenla segura y contenta —murmuré—. Cuídalo como tu madre me cuida a mí —añadí, dirigiéndome a mi hija.

Ambos sonrieron, y Heather me besó en la mejilla. Esperé a decir las palabras para entregarla, a sabiendas de que eran falsas. Nunca renunciaría por completo a ella. Era mi sangre, mi corazón y mi vida. Todos mis hijos lo eran. Pero la dejaría vivir la suya.

Me senté junto a Katy, y nos cogimos de la mano. Ella se inclinó y me susurró al oído:

—Bien hecho, papi.

Gracie le sonrió a su hermana y buscó con la mirada a Jaxson con frecuencia durante la breve ceremonia. Estaba seguro de que Katy tenía razón y de que Gracie nos anunciaría pronto el nuevo embarazo. Parecía radiante de felicidad y muy contenta.

Luc se encontraba al lado de Reed, relajado y feliz. En un par de ocasiones miró con una sonrisa hacia el fondo de la estancia, donde estaba sentada Ashley. Yo la había visto solo un momento, y su mirada fue fría y distante, lo que me hizo pensar que tal vez no me había imaginado la animosidad de la noche anterior, aunque seguía sin encontrarle explicación.

Volví a concentrarme en la pareja que tenía delante, y sonreí al oír sus votos, graciosos y muy tiernos. La promesa de Reed de que recogería siempre sus calcetines y dejaría la tapa del inodoro bajada nos arrancó una carcajada a todos. Y la de avisarla siempre que ella llevara una mancha de tinta en la cara me hizo sonreír. Heather usaba a menudo rotuladores en sus diseños hechos a mano y cuando se tocaba la cara, se dejaba un arco iris en la piel. La promesa de mi hija de no seguir viendo una serie de Netflix que empezaron juntos sin él o, al menos, de fingir que se sorprendía cuando volviera a verla con él provocó más carcajadas. Pero sus últimas palabras me hicieron llorar.

—Prometo estar a tu lado pase lo que pase, porque tú lo vales. Porque lo valemos.

Reed se inclinó y la besó con pasión, aunque no era el momento. Katy se rio a mi lado mientras se enjugaba una lágrima.

—Perfecto —susurró.

Le apreté la mano.

—Sí, lo ha sido.

Al cabo de un instante, los declararon marido y mujer. Me levanté y aplaudí con los demás, y en un momento dado me topé con la mirada feliz de Heather.

—Te quiero, papi —me dijo ella, articulando las palabras con los labios.

—Te quiero, cariño mío —repliqué de la misma manera—. Siempre.

Me encogí de hombros, me quité la chaqueta del esmoquin y le sonreí a Katy.

—¿Una copa?

—Champán.

Me reí y la besé en la nariz.

—Ahora mismo.

Me acerqué a la barra y me dispuse a esperar con paciencia. La mujer que tenía delante se volvió y me encontré con los ojos sorprendidos de Ashley. Su mirada se clavó en mis manos, y esta vez nos encontrábamos lo bastante cerca como para no confundir la frialdad de su expresión cuando levantó los ojos.

—Hola —la saludé.

Ella se apartó mientras asentía brevemente con la cabeza, echando chispas por los ojos.

—Perdona, ¿te he molestado? —pregunté, desconcertado, al tiempo que retrocedía, ya que me daba la impresión de que mi cercanía la incomodaba.

—No —me soltó ella, que se alejó dándome un codazo.

La observé marcharse, confundido.

Pedí una botella de champán, consciente de que todas las mujeres querrían una copa, y un whisky de mi marca preferida. Me lo bebí de un trago y pedí que me rellenaran el vaso. Al volver a la mesa, vi de nuevo a Ashley, sentada al lado de Luc. Parecía muy tensa y tenía una mirada gélida, tras lo cual se volvió hacia Luc para decirle algo. Él frunció el ceño, me miró y se giró por completo para hablar con ella. Sentí un ramalazo de ira. Si nos habíamos visto y la había molestado u ofendido de alguna manera, al menos podría decirme cómo y cuándo y permitirme disculparme.

Bebí un sorbo de whisky, ya sentado a la mesa. Maddox se inclinó hacia mí.

—¿Qué te pasa? Pareces cabreado.

Me volví hacia él.

—Parece que le caigo mal a la chica de Luc.

Miró por encima del hombro en su dirección.

—¿Por algo en concreto?

Negué con la cabeza.

—No que yo sepa. No recuerdo haberla conocido hasta ahora.

—Quizá le recuerdes a alguien.

—Es posible —dije dubitativo—. Parece algo personal.

—Pasa de ella. Si sigue así, puedes preguntarle más tarde. Quizá tenga un mal día.

Miré hacia ella y me topé de nuevo con su mirada hostil. En cuanto nuestros ojos se cruzaron, ella desvió la mirada y me dio la espalda. Pero alcancé a ver el desprecio en su expresión.

Eso me frustró. Porque me dejaba con una sensación incómoda que no me gustaba.

—Quítatelo de la cabeza por ahora —me aconsejó Maddox—. Este día es para Heather. No hagas nada que pueda arruinarlo.

Tenía razón. Le di una palmada en el hombro con una sonrisa.

—No se me ocurriría.

Me puse en pie y le ofrecí la mano a Katy para llevarla a la pista de baile. Por suerte, estaban poniendo una mezcla de canciones lentas y rápidas. Me encantaba bailar con mi mujer. Nos movíamos bien juntos y me gustaba tenerla entre mis brazos.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Muy bien. Y tú, ¿cómo lo llevas?

Me reí entre dientes.

—Lo difícil ya ha pasado. Ahora podemos bailar, comer y disfrutar. Celebrarlo. —La besé en la cabeza—. Cuatro de los cinco ya están, Katy. Solo queda Matthew.

—No estoy segura de que llegue a casarse. Parece preferir su trabajo.

Me reí mientras la hacía girar.

—Yo también lo prefería a su edad. Siempre ha sido un chico decidido. Encontrará a alguien cuando esté preparado. —Tiré de ella para acercarla—. No te preocupes por el polluelo más joven y disfruta del día, Katy.

Ella ladeó la cabeza, y yo me incliné para besar esos labios carnosos. La sentí sonreír contra mi boca.

—Vale —replicó.

Volví a hacerla girar y me encontré con unos ojos que nos observaban. Con una mirada que resultaba gélida incluso desde el otro extremo de la estancia.

Ojalá supiera por qué.

9

RICHARD

Bailé con Gracie y Heather, con las esposas de mis amigos de BAM, varias veces con Katy, hice girar a Sandy con la mayor delicadeza posible e incluso me llevé en brazos a Kylie a la pista de baile y le hice muecas mientras nos movíamos. Sus carcajadas les arrancaron sonrisas a todos.

Pese a la alegría que inundaba la tarde, sentí en todo momento la silenciosa ira dirigida hacia mí. Reflexioné al respecto. Hasta que me harté. Me puse en pie y besé a Katy en la mano cuando pusieron otra canción lenta, y eché a andar hacia la mesa que ocupaban, Luc, Ashley, Reed y Heather.

Ashley estaba tan atenta a lo que Luc decía que no reparó en mí hasta que estuve a su lado. Mi hija me sonrió y me miró con el amor inundándole los ojos.

—Hola, papi. Me duelen demasiado los pies como para seguir bailando —dijo mientras señalaba hacia el suelo, donde había dejado tirados los zapatos.

Me reí entre dientes.

—Tranquila, tesoro. He pensado que podía invitar a Ashley a bailar un rato. Ya la has acaparado bastante, Luc.

La aludida tensó los hombros mientras los demás se reían. Le tendí la mano, a sabiendas de que no la rechazaría.

Se puso en pie y me permitió llevarla a la pista. Estaba tensa e incómoda. La sujeté sin apretarla, y me obligué a sonreír.

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunté con voz amigable.

—De maravilla —respondió ella, con voz seca y la mirada clavada en el otro extremo de la estancia.

—Tengo entendido que eres organizadora de eventos. ¿Te gusta?

—Sí.

—¿Así conociste a Luc?

Solo obtuve un lacónico sí por respuesta.

—Parece coladito por ti.

—¿Algún problema con eso?

La hice girar, atento a su expresión.

—En absoluto. Aunque intuyo que para ti sí podría serlo.

—Mi relación con Luc no es de su incumbencia —masculló y clavó los ojos en mi mano, que estrechaba la suya sin apretarla.

Levanté una ceja por su vehemencia. Para cualquiera que nos viera, solo estábamos hablando, ambos con sonrisas falsas y la voz lo bastante baja como para que nadie pudiera oír lo que decíamos.

—Conozco a Luc desde que era pequeño. Forma parte de esta familia —añadí con suavidad —. Es la primera vez que nos presenta a una chica. Me limito a comentar lo que veo.

—¿Y ha visto algo más? —preguntó ella, con deje cortante.

La miré con atención. Era muy guapa. Elegante. Con un gran porte. Los zapatos de tacón alto que llevaba la dejaban prácticamente a mi misma altura. Era alta incluso sin ellos. Sus ojos rebosaban emoción; una rabia y una inquietud que yo no lograba comprender. Su fascinación por mis manos también me confundía. Cada vez que las miraba, se ponía más tensa, se encerraba en sí misma.

—¿Nos conocemos de algo? —le pregunté sin rodeos.

—No.

—Sin embargo, noto que te caigo mal. ¿A qué se debe? ¿Te he insultado sin querer de alguna manera?

La mano que me aferraba el brazo se tensó, hasta tal punto que sentí sus uñas a través de la camisa de algodón.

—Le aseguro que cuando insulta a la gente no es sin querer, señor VanRyan —contestó, pronunciando mi nombre con retintín.

Me tensé.

—No te entiendo.

Ella se apartó, sin disimular el odio a esas alturas.

—Me lo creo. Nunca lo ha entendido. Siga disfrutando con su familia —me soltó, de nuevo con sorna, acompañando las palabras con una sonrisa falsa. Acto seguido añadió en voz más alta —: Gracias por el baile. Me duele la cabeza. Discúlpeme.

Y se alejó a toda prisa, dejándome más confundido que antes.

Me negué a permitir que esa mujer arruinara el precioso día de la boda de mi hija. Sonreí mientras volvía a la mesa mientras me remangaba la camisa.

—Deber cumplido. Ya he bailado bastante.

—La última ha salido por patas —comentó Aiden con una sonrisa burlona.

—La señorita no me tiene mucho cariño —admití, mirándome las manos y preguntándome qué vería en ellas que tanto la fascinaba. Solo eran dos manos. Tenía los dedos largos y solo llevaba la alianza de platino, que nunca me quitaba. En una de ellas se veía la cicatriz que me quedó después de caerme de un árbol cuando era pequeño. Recorría el dorso por completo desde la muñeca hasta el primer nudillo del dedo índice. Sin embargo, no era nada del otro mundo y no podía decirse que llamara la atención.

Maddox se inclinó hacia mí.

—¿Qué miras?

—¿Qué te parecen mis manos?

—No pienso mucho en ellas, Richard —contestó con sequedad—. Deberías preguntárselo a Katy.

Negué con la cabeza mientras enfrentaba su mirada.

—Ashley las mira fijamente. Siento su ira cuando lo hace. Pero asegura que no nos conocemos. No entiendo qué mira, joder.

Maddox se encogió de hombros.

—Ni idea. Solo son manos.

—Exacto.

—Quizá algún día lo descubras.

Miré hacia el otro extremo de la estancia. Luc y Ashley estaban despidiéndose de Heather y Reed con abrazos. Los observé marcharse y me percaté de que Ashley fruncía un poco el ceño. Era evidente que seguía usando la excusa del dolor de cabeza.

Decidí dejar el tema aparcado. Ya lo analizaría al día siguiente. No sabía si algún día volvería a verla, a menos que se tratara de una reunión a la que Luc asistiese, siempre y cuando siguiera saliendo con ella. Debía de haber mentido al afirmar que no nos conocíamos. ¿Cómo iba a odiarme una completa desconocida?

Esa tarde nos sentamos en la terraza del patio del Hub mientras el sol se ponía tiñendo con su brillo el cielo, bañados por el resplandor de las suaves luces de exterior. Las dos mesas estaban llenas con los socios de BAM al completo y sus esposas, relajándonos tras el ajetreado y feliz día. Heather y Reed iban de camino a Brasil. Reed iba a hacer realidad el sueño de mi hija de ver una selva tropical y poder captar ella misma la belleza de sus colores. Era el mejor regalo de boda que podía hacerle. Nosotros le habíamos pagado el trayecto en limusina a Toronto y la suite donde pasarían la noche de bodas, a fin de que estuvieran más cerca del aeropuerto para su marcha a primera hora de la mañana.

A esas alturas, solo nos quedaba relajarnos sin más. Maddox y Dee bebían bourbon a sorbos. Bentley, Aiden y yo preferíamos whisky. Van y Halton se unieron a nosotros, pero Reid se decantó por una cerveza. Cami, Fiona y Emmy pidieron vino blanco. Katy, Becca y Liv optaron por el tinto. Sandy y Jordan se habían retirado ya. Y la generación más joven estaba en casa. Habíamos repartido por las mesas las bandejas con comida que habían sobrado de la boda y, como era tradición, muchos de nosotros encendimos un puro.

—Una boda estupenda —dijo Van—. Nuestros hijos parecían muy felices.

—Pues sí.

—Todo muy a su gusto —añadió Katy.

—¿Crees que alguno de ellos tendrá alguna vez una boda tradicional y normal? —preguntó Bentley mientras lanzaba una bocanada de humo al aire.

—No —respondimos todos.

—La de Penny estuvo cerca —apostilló Katy.

Todos se rieron.

—Si te parece normal que la realeza asista a una boda… —señaló Maddox.

—La de Addi fue bastante normal.

Aiden se rio.

—Menos por lo de Jaxson.

Todos nos reímos.

—Las bodas han cambiado. Antes eran todas iguales —dijo Katy—. Nuestros hijos nos mantienen expectantes.

—Además, no creo que podamos decir que nuestras bodas fueran muy tradicionales —nos recordó Maddox—. La de Bentley fue quizá la más normal, creo.

—Bentley es muy tradicional —convino Aiden.

—Lo tradicional no tiene nada malo —replicó el aludido, que levantó su copa—. Esta nos ha salido bien.

Todos levantamos nuestras copas con él.

—Por mi hija y su nuevo marido. Otra tachada de la lista —dije.

—Por las bodas increíbles y poco tradicionales —añadió Maddox.

Me acomodé en la silla con un suspiro, sintiéndome reflexivo. Había sido una boda estupenda, desde luego. Había sido fantástico ver a mi hija feliz y casada, pasar tiempo con nuestra familia, reír y compartir la alegría del día. Todo había sido muy bonito, salvo el asunto sin resolver de Ashley.

De repente y como si la hubiera invocado, la puerta del patio se abrió y ella salió a la terraza con una bolsa en la mano. Estaba sola, algo que me sorprendió. Se había cambiado y llevaba unos pantalones anchos y una sudadera. Sin maquillaje ni zapatos de tacón, parecía más joven, más vulnerable. La miré y percibí su determinación. En ese momento se me cayó el alma a los pies sin saber por qué.

Se acercó a la mesa y se detuvo justo a mi lado.

—Señor VanRyan, ¿puedo hablar con usted en privado?

Negué con la cabeza, dejando el puro.

—No, no puedes.

Pareció sorprenderse.

—¿Cómo dice?

—Si tienes algo que decirme, puedes hacerlo delante de estas personas. Son mi familia y con ellos no hay secretos.

De repente se hizo el silencio y la tensión crepitó en el aire.

—Me crio una madre soltera —dijo ella, con los ojos clavados en mí.

Asentí con la cabeza sin saber adónde quería llegar.

—Se negó a decirme quién era mi padre. Solo me aseguró que era un gilipollas engreído, insensible y egoísta al que no quería que me acercase siquiera. También me dijo que, de todas formas, él no querría saber nada de mí. Que no me quería.

Empecé a sentir un zumbido en la cabeza y la sacudí un poco para despejarme.

—¿Y? —le pregunté.

—Mi madre murió hace seis años. Nunca me dijo quién era mi padre.

—Lo siento —dije automáticamente. Katy me cogió la mano y yo le di un apretón, sintiendo la humedad de su palma—. Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—En mi partida de nacimiento consta que se desconoce el nombre del padre. Pero mi madre lo conocía a usted muy bien.

Sus palabras resonaron en mi cabeza.

—¿A mí? —pregunté, sintiendo que se me aceleraba el corazón.

—¿Le dice algo el nombre de Juliet Brennan?

«Brennan».

Un recuerdo se abrió paso en el fondo de mi mente. Débil. Distante. Pero no logré retenerlo y se desvaneció. A mi lado, Katy jadeó, sorprendida.

—¿Debería? —pregunté. Me percaté de que mi voz parecía rara y de que me había puesto en pie.

—Mi madre tenía una camisa guardada. Recuerdo que la vi una vez cuando era pequeña y le pregunté qué era. Me dijo que era de mi padre. La escondió y no volví a verla hasta que murió. —Arrojó la bolsa transparente sobre la mesa y clavé la mirada en la prenda.

Era una camisa básica, que en algún momento fue blanca, pero que había amarilleado por el paso del tiempo. Normal y corriente salvo por las iniciales bordadas de los puños: RVR. Con hilo negro, un detalle atrevido y que todavía resaltaba. Era mi camisa. Era el mismo estilo y el mismo monograma que yo usaba desde hacía casi cuarenta años, y la reconocería en cualquier parte.

Sin embargo, quién sabía si la había conseguido en una tienda de segunda mano. Había desechado suficientes como para que eso ocurriera. Una camisa vieja no era una prueba de paternidad.

Nuestras miradas se encontraron. La suya, echando chispas, furiosa. En mis ojos se veía mi voluntad de defenderme. Salvo que, de repente, entendí por qué me sonaba su cara. Tenía mis ojos, mi frente ancha y el remolino que siempre había detestado. Reconocí la rabia que ardía en su mirada. La había visto en el espejo durante gran parte de mis primeros años de adulto.

Tragué saliva, consciente de los resoplidos de sorpresa y de las palabrotas que pronunciaban a mi alrededor. Abrí la boca para hablar, pero no me salieron las palabras.

—Es mi padre —masculló ella, destilando veneno—. Y lo odio.

10

RICHARD

Todo pareció suceder a la vez. Katy apartó su mano de la mía y se tapó la boca. Los hombres sentados a la mesa se pusieron en pie a un tiempo. Halton la rodeó, se detuvo a mi lado y me puso una mano en el hombro.

Luc salió en tromba por la puerta del patio, y corrió hacia Ashley. Miró alrededor de la mesa y abrió los ojos de par en par al ver la bolsa que contenía la camisa.

—Cariño, ¿qué has hecho? —preguntó en voz baja—. Me dijiste que me ibas a dar la oportunidad de seguir investigando.

—No necesito investigar más —le soltó ella.

Halton me apretó el hombro a modo de advertencia.

—Creo que deberíamos tranquilizarnos un poco —sugirió—. Dejar que los ánimos se enfríen. Y organizar quizá un encuentro en mi despacho.

—¿Y usted quién es exactamente? —le preguntó Ashley.

—El abogado de Richard —contestó con voz serena—. Especializado en derecho de familia.

—¿Cómo no iba a tener un abogado en el bolsillo? —se burló ella—. Lo tiene todo, ¿verdad, señor VanRyan? Familia, amigos, dinero… Finge que su vida es perfecta. Que es perfecto, cuando los dos sabemos que es cualquier cosa menos eso.

Sabía que le caía mal. Que quizá hasta me odiara. Pero el veneno que destilaba su voz me dejó pasmado. Antes de que pudiera replicar, Katy se puso a mi lado y dijo con voz clara y severa:

—Cuidado con cómo le hablas a mi marido, jovencita. No sabes nada de él ni de nuestra familia. Una camisa y unas palabras airadas de tu madre no demuestran nada.

Ashley abrió los ojos de par en par. Luc la rodeó con un brazo y le dijo algo al oído.

Carraspeé, todavía luchando por asimilar todo lo que había dicho. Intentaba ubicar el apellido que tan familiar me resultaba, pero no me venía ningún recuerdo claro. Sí recordé unos ojos oscuros y almendrados mirándome con ira, ya está. Nada más.

—Halton es miembro de esta familia. No lo tengo en el bolsillo —dije.

—Lo que usted diga —replicó ella con desdén.

—Me has estado fulminando con la mirada desde que nos conocimos —seguí con voz tranquila, aunque por dentro distaba mucho de estar sereno—. Ahora entiendo por qué, pero esto no va a resolverse con la ira y señalándome con el dedo. Creo que Halton tiene razón, y quizá debamos encontrarnos en otras circunstancias y no justo después de la boda de mi hija.

Supe que había elegido mal las palabras al ver que la furia volvía a brillar en sus ojos.

—Claro. Ejerciendo de padre cariñoso con los hijos que ha elegido amar. Qué tierno.

—¡Ya vale! —rugió Maddox—. No sabes nada de él ni de la clase de hombre que es. Y, hasta ahora mismo, Richard no tenía ni idea de tu existencia. Te sugiero que te tranquilices. De hecho, insisto en que abandones nuestra propiedad. Cuando estés preparada para hablar…

Levanté una mano para interrumpirlo.

—Ya me ocupo yo, Maddox. Ashley, no voy a discutir contigo ahora. Necesito asimilar esto, y quizá podamos reunirnos en otro momento tal como ha dicho Halton.

—Me parece una buena idea —terció Luc al tiempo que tiraba de ella para acercarla.

—Tal vez sería conveniente una prueba de paternidad —murmuró Bentley.

—Opino igual —replicó Halton.

Ashley meneó la cabeza.

—Lo pensaré.

Fruncí el ceño.

—Si estás tan segura de que soy tu padre, ¿por qué no? Exigiré una prueba antes de ceder y darte lo que estés buscando.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero nada de usted. Puede que sea mi donante de esperma, señor VanRyan, pero nunca será mi padre.

Se dio media vuelta para marcharse y Katy tomó la palabra, en voz baja, casi trémula.

—¿Cuántos años tienes?

Ashley se dio media vuelta y por un instante su mirada no fue tan airada.

—Soy mayor que Grace, señora VanRyan. Nací antes de que se casara con él.

—De acuerdo.

Luc y Ashley se marcharon. El sonido de su coche se desvaneció según se alejaban. Me senté, con las piernas temblorosas. Todos se sentaron sin hablar, ya que la tensión se había adueñado del momento. Yo no sabía adónde mirar, ni qué decir. Quería estar solo. Necesitaba pensar. Necesitaba hablar con Katy.

«¡Katy!».

La miré y busqué sus ojos. Había dolor y confusión en su mirada. Preocupación. Dolor.

Me incliné hacia ella.

—Nunca… —empecé, incapaz de pronunciar las palabras, pero necesitando que ella lo supiera.

—Lo sé.

—Solo has existido tú. Solo tú desde que nos casamos, Katy.

—Vale —susurró.

—Si esto es cierto, debemos afrontarlo.

Ella asintió con la cabeza y luego apartó la mirada. Se puso en pie.

—Creo que me retiro por hoy.

Su mano en mi hombro me impidió acompañarla. Lo dijo bien claro con la presión de sus dedos. Quería estar sola. Se marchó con la cabeza alta y la espalda erguida. Pero noté su dolor. Cerré los ojos al sentir el peso de lo que acababa de ocurrir.

Percibí movimiento y conversaciones en voz baja, pero me mantuve al margen. Intenté calmarme, desacelerar la sangre que me llegaba a la cabeza, haciendo que me empezara a doler. Ralentizar los latidos del corazón, tan rápidos y fuertes que me atronaban los oídos. Detener las lágrimas que se me agolpaban en los ojos por el dolor que acababa de sufrir mi mujer. La desolación que había visto en los ojos de Ashley mientras me miraba fijamente, dando rienda suelta a su odio.

Ashley. Mi hija.

Me sobresalté por mis propios pensamientos.

«¿Mi hija?».

Eso era lo que ella afirmaba, basándose en una camisa y nada más.

Sin embargo, a esas alturas me resultaba imposible negarlo. El parecido entre ella y yo. Entre Heather y ella. Lo había tenido delante de los ojos todo el día, pero me había negado a verlo.

Y, a esas alturas, no veía otra cosa.

Acerqué la bolsa para examinar la camisa. Deshice el nudo en busca de la pequeña etiqueta que Thomas siempre cosía en el costado. Sus iniciales y la fecha. Dos años antes de casarme con Katy.

Alcé la mirada y vi que solo quedaban los hombres.

—Me ha pillado por sorpresa —dije al tiempo que cogía el vaso de whisky y agradecí la quemazón del licor mientras me bajaba por la garganta.

Halton enfrentó mi mirada.

—Cuenta con mi apoyo, Richard.

Reid tomó la palabra.

—Empezaré a indagar. Averiguaré todo lo que pueda sobre su madre. ¿Recuerdas algo?

Intenté hacer memoria.

—Vagamente. —Me encontré con las miradas firmes de los hombres a los que consideraba mi familia—. No fui un buen hombre en el pasado, todos lo sabéis, pero no os podéis imaginar lo insensible que era. Las mujeres no significaban nada para mí. Nada era importante, excepto el dinero y el poder. Salí con muchas mujeres. Ninguna duró. Iban y venían. Algunas duraron más que otras, pero no fue por apego emocional. —Solté una carcajada áspera—. Era un cabronazo.

—Algo bueno debías de tener si Katy lo vio —señaló Bentley.

—Una vez casados, sí. También fui un cabrón con ella. Su dulzura me cambió. —Me froté la cara, cansado de repente, después de que toda la alegría del día acabara eclipsada por ese momento—. El nombre de Juliet Brennan me resulta familiar, pero no tengo ningún recuerdo claro de ella…, al menos, por ahora.

—Estás en estado de shock —terció Maddox, y su mirada comprensiva estuvo a punto de destrozarme.

—Iremos paso a paso. Reid puede conseguir información, yo buscaré en los archivos y tú hablarás con Katy. —Halton hizo una pausa—. Quizá quieras preparar a tus hijos. Katy y tú deberíais decírselo antes de que se enteren por otro lado. Si Reed y Luc están tan unidos, saldrá a la luz.

—¡Por Dios! —murmuré—. ¿Cómo lo hago? ¿Cómo les digo que fui un cabrón insensible en el pasado y que tienen una hermana?

—Supuesta hermanastra —me corrigió Halton.

Negué con la cabeza.

—Tiene mis ojos, mi frente y el dichoso remolino. Heather dijo que le recordaba a alguien. A mí también me resultaba conocida. ¡Me recordaba a mí! —Apuré el whisky—. Siempre que creo que he dejado atrás el pasado, acaba encontrándome de alguna manera. —Me levanté, meneando la cabeza—. Y esta vez existe la posibilidad de que lo destruya todo.

Me alejé, con las manos en los bolsillos y la cabeza llena de los recuerdos de lo que había hecho antes. Eché a andar hacia nuestra casa, extrañado por la tranquilidad del ambiente en comparación con el estruendo de mi cabeza. Me detuve y miré hacia la casa de Gracie. Había una luz encendida en la habitación infantil y sabía que estaría allí, acunando a Kylie.

Estábamos muy unidos. Nuestro vínculo era muy fuerte. Pensé en la desolación que vería en sus ojos cuando se lo dijera. ¿Qué sentiría después por mí?

La casa de Heather estaba a oscuras; ella se encontraba bien lejos de todo ese lío. Gavin y Amanda se alojaban en la casa de invitados, porque su vuelo salía por la mañana. Tenía que ocultárselo a todos hasta estar seguro. Hasta saber cómo debía proceder.

Nuestra casa se hallaba a oscuras, salvo por la tenue luz de la ventana del dormitorio. Me quedé mirándola, preocupado por primera vez en años por la idea de entrar y enfrentarme a mi mujer. Katy era mi mundo. De nuestros comienzos accidentados surgieron unos cimientos fuertes y seguros, unas raíces profundas. Pero ¿cómo lo afrontaría ella? ¿Qué sentiría por mí?

¿Podríamos seguir adelante si llegaba a confirmarse que Ashley era mi hija?

¿Podría Ashley formar parte de nuestras vidas? ¿Podría aceptarla mi familia?

¿Podría hacerlo yo?

Agaché la cabeza y eché a andar despacio hacia mi casa.

Solo había una manera de averiguarlo.

Katy estaba en nuestra habitación, sentada en su butaca preferida. Se había desmaquillado y cambiado de ropa. Vestía unos pantalones deportivos y una camiseta de tirantes con un jersey por encima. Llevaba el pelo recogido y unos calcetines polares. Me di cuenta de que había estado llorando. Tenía las rodillas dobladas y se estaba abrazando las piernas con la frente apoyada en ellas y la mirada fija en la chimenea de gas que debía de tener encendida. Eso hacía cuando necesitaba consuelo. Era su modo de lidiar con el estrés.

Un estrés del que yo era el culpable.

Me detuve en el vano de la puerta, inseguro y nervioso. Levanté la mano y golpeé el marco con suavidad. Katy levantó la mirada y me observó un instante en silencio.

—Es tu casa, Richard. No hace falta que llames.

—Me ha parecido que debía hacerlo —admití.

Ella meneó la cabeza, y volvió a clavar la mirada en la chimenea. Entré y avancé hacia el vestidor, donde me quité el esmoquin. Me metí en la ducha, porque necesitaba que el agua eliminara lo que había sucedido ese día, y deseé poder borrar mi pasado con la misma facilidad. Poder empezar de nuevo el día sin que sus consecuencias me persiguieran.

Me puse unos pantalones de deporte y una camiseta después de secarme el pelo con una toalla. De vuelta en el dormitorio, serví un par de copas de brandi. Katy y yo solíamos relajarnos sentados frente a la chimenea con una copa. Me volví, me encontré con su mirada y me acerqué a ella para darle la suya, tras lo cual me senté en la otra butaca, frente a ella.

El silencio reinó unos minutos. Mi mujer mantuvo la mirada en las llamas y yo clavé los ojos en ella. Al final fui yo quien le puso fin.

—Lo siento, cariño.

Ella ladeó la cabeza para mirarme. Vi la tristeza en sus ojos, pero fue la incertidumbre que atisbé en ellos lo que me golpeó en las entrañas.

—Quiero que tengas claro que jamás se me ocurriría engañarte. Eso fue antes de que nos conociéramos.

—Lo sé.

—Pero has dudado.

—Por la sorpresa. —Se encogió de hombros—. Todavía estoy en shock.

Me incliné hacia delante.

—Katy, dime qué tengo que hacer. Dime qué necesitas oír.

—No tengo ni idea, Richard. Todo esto es nuevo para mí.

—Lo mismo digo.

—Tienes otra hija —dijo en voz baja.

—Supuestamente. —Bebí un sorbo de brandi—. No recuerdo a su madre.

Ella suspiró y se apartó de la cara el pelo que se le había escapado de la coleta.

—A mí me ha costado un poco recordarla con claridad. Saliste con ella durante un tiempo. Unas semanas, quizá un mes. Era modelo. —Soltó una carcajada seca—. Muchas lo eran —añadió, y percibí su deje burlón—. Todas eran guapísimas —sentenció.

—Y la mayoría de ellas insípidas. Solo me interesaba el físico. En aquel entonces no era un buen hombre, Katy.

—Lo sé.

—Todavía no me había enamorado de ti —dije en voz baja—. Tú me enseñaste lo que era la verdadera belleza.

Ella pasó por alto mis palabras.

—Cortaste con ella justo antes de irte a una convención.

—¿Recuerdas a todas las mujeres con las que salí antes de empezar contigo?

—Solo a las que tuve que consolar.

Hice una mueca de dolor. En aquella época acostumbraba a dejar que fuese ella quien lidiara con las consecuencias. Katy enviaba flores o se ocupaba de echarlas de la oficina si iban a verme, incluso pedía que las escoltaran hasta la salida. Fui un cabrón indiferente y frío.

—Lo siento —repetí.

—Formaba parte de mi trabajo.

—No, qué va. Lo cierto es que me comporté como un cobarde. Dejé que te encargaras tú.

Ella negó con la cabeza.

—A estas alturas da igual.

—No —la contradije, enfadado de repente—. El pasado ha vuelto para darme una patada en el culo. —Me puse en pie y empecé a pasear de un lado para otro—. Y ahora afectará a todos mis seres queridos. ¡Como fui un puto gilipollas egoísta, mi familia va a acabar sufriendo las consecuencias! —exclamé, levantando la voz—. ¡Tú ya estás sufriendo! Joder, ni siquiera puedes mirarme. —Katy guardó silencio, así que seguí hablando mientras me pasaba las manos por el pelo—. No lo entiendo. No recuerdo con cuántas mujeres salí, pero siempre usaba condón. Era algo que llevaba a rajatabla. No quería tener hijos. Nunca quise ser responsable de nadie. Las mujeres con las que salía lo sabían. Lo normal era que casi todas usaran también la píldora. Joder. Nada de esto tiene sentido.

—Los anticonceptivos pueden fallar.

Me senté, sintiéndome agotado, y la miré.

—Dime qué tengo que hacer, Katy. Por Dios, no me odies. No dejes que esto sea lo que nos separe. No podría soportarlo.

—No nos separará, Richard. Pero tienes que darme un poco de tiempo para que lo asimile.

—Me defendiste ante ella. Me defendiste.

—Siempre lo haré.

Me agaché junto a su butaca y le cogí las manos, agradecido cuando me permitió estrechárselas.

—Te quiero, Katy. Quiero a mi familia. Todos vosotros sois mi mundo. No sé qué hacer. No sé cómo superar esto. Cómo hablar de ello. —Tragué saliva—. Cómo pedirte ayuda.

Ella ladeó la cabeza y me pasó la mano por el pelo, tirándome de los mechones. Como siempre, su contacto me tranquilizó.

—Lo de hoy nos ha conmocionado a todos, Richard. Necesitamos un poco de espacio para hacernos a la idea.

Dejé caer la cabeza sobre sus piernas, al tiempo que la abrazaba.

—Te necesito.

—Me tienes. Pero lo que ha pasado va a cambiarlo todo. Y lo sabes.

Sus palabras hicieron que se me parara el corazón.

Eso era exactamente lo que me temía.

11

RICHARD

Esa noche apenas dormí. Katy tampoco. La sentía despierta a mi lado, y el pequeño espacio que nos separaba parecían kilómetros en vez de centímetros. Quería darme la vuelta, acercarme a ella, disfrutar de su olor y su calor, buscar su consuelo, pero temía que me rechazara. Ella se mantenía apartada y, aunque comprendía el motivo, me exasperaba.

Toda aquella situación me exasperaba.

Me levanté a las cinco y salí a correr. En vez de hacerlo por la playa, me decidí por la carretera fuera del complejo y corrí hasta quedar agotado. Me esforcé hasta que no pude correr más, y en ese momento fui consciente de que me había alejado demasiado. Sacudí la cabeza y di media vuelta para iniciar el largo camino de regreso, momento en el que un coche se detuvo a mi lado.

—¿Te has perdido? —me preguntó Jaxson con deje guasón mientras miraba desde el asiento del conductor.

—He salido a correr y he llegado un poco lejos.

—Sube y te llevo de vuelta.

Subí y me di cuenta de que ni siquiera había cogido agua.

—Voy al Hub —murmuré.

—Claro.

Vi pasar el paisaje por la ventanilla sin fijarme realmente en nada. Sentí la mirada de Jaxson.

—Has salido pronto —comenté con la intención de romper el silencio.

—Gracie quería un bollo de canela de una pastelería pequeñita de Toronto. Decidí sorprenderla comprándole uno.

Asentí con la cabeza. Si ya estaba satisfaciendo antojos, seguro que estaba embarazada. ¿Cómo le afectaría la noticia? Carraspeé.

—Seguro que se alegrará mucho.

—Richard, ¿estás bien?

—Sí —respondí, sin dejar de mirar por la ventanilla.

—No pareces tú mismo.

—¿Sarcástico y egocéntrico, quieres decir?

Soltó una carcajada seca.

—Más bien parlanchín y mandón. Lo normal es que me estuvieras interrogando sobre el viaje a Toronto. —Frunció el ceño al entrar en el complejo—. ¿Qué te pasa?

Me quedé callado hasta que se detuvo en el Hub.

—Nada —contesté mientras salía del coche.

—Richard.

Me detuve y me incliné para mirarlo a los ojos.

—Sé que decimos muchas chorradas y que nos tomamos el pelo, pero estoy aquí si me necesitas —me dijo.

—Estoy bien.

Meneó la cabeza.

—Pues no lo parece ni de lejos. Te conozco y sé cuándo le estás dando vueltas a algo. Sea lo que sea, debe de ser importante. Tienes muy mala cara.

—Es que he dormido poco.

—¿Katy está bien?

Titubeé.

—Sí.

Él negó con la cabeza.

—Tan bien como tú, imagino.

—Dile a Gracie que vaya hoy a verla con Kylie. Lo necesita.

—¿Y tú qué necesitas? —preguntó.

—Nada que puedas darme —respondí con sinceridad y cerré la puerta para alejarme.

Reid estaba sentado a la mesa, con el portátil abierto mientras sus dedos volaban sobre el teclado. No me sorprendió ver a Maddox y a Aiden. Todos bebían café, y me serví una taza antes de sentarme.

Hasta ese momento, nunca me había sentido incómodo con mis amigos. Nunca me había preocupado lo que pensaran de mí, porque todos nos conocíamos bien. Lo bueno y lo malo. Habíamos compartido todos los altibajos.

—Richard —dijo Maddox—, todos sabemos que estás en estado de shock. Pero nos tienes aquí para ayudarte.

Miré a mi mejor amigo.

—No recuerdo a su madre. Salí con muchas mujeres, Maddox. Ninguna significó nada para mí. Nadie se había preocupado nunca por mí, y yo era igual. Lo único que me apasionaba en la vida era mi carrera profesional. Ganar dinero, conseguir premios, restregárselo al siguiente, subir otro peldaño. No me importaba nada… —Hice una pausa.

—Hasta Katy —terminó Maddox.

—Sí. Al principio, también fui un capullo con ella. Nunca había conocido a nadie como ella. Su dulzura y su calidez me cambiaron. Quería ser ese hombre para ella. Quería su amor.

—Lo entendemos.

—Esto ya le ha hecho daño. Y le va a doler más —añadí con voz ronca, y me vi obligado a tragar saliva antes de volver a hablar—. ¡Por Dios! Les voy a hacer daño a mis hijos con esto. Sabes lo que significan para mí. Me está matando.

Aiden se inclinó hacia mí y me dio una palmada en el hombro.

—Ni siquiera sabes lo que quiere. Y tus hijos entienden que eres humano, Richard. Tampoco es que vayas a decirles que antes eras un asesino en serie y que las pruebas que escondiste acaban de salir a la luz. Vas a comunicarles que tienen una hermana. Que ellos decidan lo que quieren hacer con esa información.

—Y Katy te perdonará. Lo de anoche fue un bombazo para todos —añadió Maddox.

—Dímelo a mí.

Reid se levantó, se sirvió más café y volvió a sentarse. Me miró a los ojos con franqueza y sinceridad.

—Todos tenemos un pasado, Richard. Yo fui a la cárcel. Robé o, mejor dicho, supuestamente robé millones de dólares. Que un espermatozoide tuyo acabe fecundando a un óvulo demasiado ansioso no es ningún crimen. Es biología.

Parpadeé, porque, en realidad, no sabía qué decirle.

Él encogió un hombro.

—Vamos a hablar claro: un hijo es mejor que la cárcel. Además, es guapa y parecía muy inteligente. Una vez que soltó la noticia, vi el parecido entre vosotros. Ya anda sola y habla, así que no es como si la hubieran abandonado y necesitara que la cuidasen. Quizá solo quiera conocerte.

—Me pareció que quería matarme.

—Bueno —dijo—, seguramente en eso se parece a ti. Lo de ser el centro de atención y tal.

A Maddox le temblaron los labios por la risa. Aiden se rio entre dientes, y yo me vi obligado a sonreír.

—¿Qué has encontrado?

—Juliet Brennan. Fallecida. Hija única. Padres fallecidos. Nació en Calgary, vivió allí, luego en la Columbia Británica y al final en Ontario. Tuvo una sola hija, la que conociste anoche. Juliet fue modelo de éxito durante unos cinco años. Luego desapareció. Abrió su propia agencia dos años después. Cerró tras tres años de actividad. Trabajaba de asesora fiscal. —Hizo girar el ordenador—. Muchas fotos.

Fui mirándolas poco a poco. Su cara me resultaba familiar. En la mayoría de las fotos tenía el pelo más oscuro, pero en las últimas lo llevaba más claro, y eso despertó un recuerdo. Había algunas fotos de nosotros dos, y las miré con más atención.

—Jules —murmuré—. Le gustaba que la llamaran Jules.

—¿Te acuerdas de ella?

Suspiré y me froté los ojos.

—Nos conocimos en una fiesta. Conocía a muchas mujeres en fiestas o en cenas. Salimos poco tiempo. Menos de un mes, creo. Era inteligente, ambiciosa y divertida. Hacía imitaciones con muy mala leche de otras modelos. No se tomaba a sí misma tan en serio como lo hacían otras.

—Pero cortasteis.

—Quería lo que todas las mujeres querían de mí. Más de lo que yo podía dar. Más de lo que era capaz de dar. No sentía nada por los demás, y las personas que incluía en mi vida tenían un límite de tiempo. Me llamó frío e insensible. Le dije que tenía razón. Discutimos y corté con ella. —Solté una carcajada—. Nunca duraba mucho con nadie; ya tenían un pie fuera de la puerta antes de que me dieran su número de teléfono. —Solté un largo suspiro—. Corté con ella, la dejé en su casa y me marché a la mía. Un par de días después me fui a una convención. —De repente fruncí el ceño porque me asaltó otro recuerdo—. Le dije a Katy que le enviara flores y que avisara a los de seguridad para que la escoltaran hasta la puerta si aparecía.

—Eras borde, sí —soltó Aiden.

—Exacto. Ese era mi *modus operandi* habitual. No daba segundas oportunidades y no empezaba de cero. Nada.

—Entonces ¿no volviste a saber nada de ella?

Negué con la cabeza y fruncí el ceño.

—No.

—¿Y no sabías lo de Ashley?

—No. —Cerré los ojos mientras pronunciaba la siguiente frase—. No habría cambiado nada. A ver, la habría ayudado económicamente, pero no me habría involucrado.

Se produjo un silencio hasta que Reid habló:

—Ashley trabaja para The Gathering Place. Es una empresa que coordina eventos. Ella es una de las organizadoras principales. Tiene una reputación excelente. Se graduó en Empresariales, comunicaciones y hostelería. La mejor de su promoción.

—Una superdotada, como su padre —murmuró Aiden, guiñándome un ojo.

—Nunca ha tenido problemas, ni multas, ni nada. Conduce un Toyota antiguo y se preocupa de mantenerlo. Comparte una casa adosada de alquiler en Etobicoke con otra chica. Tiene préstamos estudiantiles, pero los paga religiosamente. No tiene otras deudas importantes. Una

pequeña cuenta de ahorros.

—Y está saliendo conmigo —oímos que decía Luc de repente.

Todos nos volvimos. Estaba en pie junto a la puerta, con los brazos cruzados por delante del pecho. Parecía cansado pero tranquilo. Cruzó la estancia, hizo girar una silla y se sentó.

—Puedes preguntarme cualquier cosa que quieras saber sobre ella.

—¿Lo sabías? —le pregunté.

—¿Que creía que eras su padre? —Negó con la cabeza—. No hasta el viernes por la noche. Me di cuenta de que reaccionaba de forma muy rara al verte y, al final, me contó por qué. Le dije que me diera la oportunidad de investigar primero antes de hablar contigo.

Levanté una ceja.

—Es evidente que va por libre.

—Se dejó llevar por las emociones. Te vio con tus otros hijos, Richard. Con Katy. Vio el amor que sentías por ellos. Quería saber por qué a ella nunca la has querido.

—No sabía nada de ella.

—Su madre le dijo lo contrario.

—Pues en ese caso su madre mintió.

Levantó las manos.

—Eso es algo que tenéis que resolver entre vosotros. Solo he venido a ver cómo estabas. —Se inclinó hacia delante—. Es una mujer increíble, Richard. Sea tu hija o no, es maravillosa.

—¿Qué significa para ti? —pregunté—. ¿Hasta qué punto vas en serio con ella?

—Es mi futuro.

—Eso quiere decir que vas en serio.

—Sí. Y la apoyaré. Hemos hablado esta mañana antes de que se fuera. Ya ha vuelto a Toronto, y esperará a tener noticias tuyas. —Hizo una pausa—. Vinimos en coches distintos, y ha tenido que irse esta mañana para trabajar —añadió.

—Quiero una prueba de paternidad y luego hablaremos.

—Sí, es lo que Ashley suponía que ibas a hacer. Dile a Halton que se ponga en contacto con ella. Le he explicado la relación entre vosotros, para que entienda que no tienes a un abogado siempre a mano por lo que pueda ocurrir.

—Piensa lo peor de mí.

—¿La culpas? Ha crecido oyendo que no la querías. Y, de repente, se encuentra cara a cara contigo sin previo aviso. Esto la ha desconcertado. Igual que a ti. No quería entrar aquí anoche y destrozar tu mundo. Quería hablar contigo en privado; pero, como te he dicho, se dejó llevar por las emociones. Y tú le dijiste que hablara delante de todos.

Me froté la cara con las manos.

—Pensé que la había insultado sin querer en algún acto en el que habíamos coincidido. O que había atropellado a su gato y se había quedado con el número de mi matrícula. «Es mi padre y lo odio», eran las últimas palabras que esperaba que dijera.

Se puso en pie.

—Consentiste en que hablara, Richard. Espero que una vez que la prueba dé positivo (algo de lo que estoy seguro), podáis entablar algún tipo de relación.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque tengo ojos. Tiene muchos de tus gestos. Tus ojos. El mismo remolino. Se parece a Heather. Me di cuenta anoche cuando estaban la una al lado de la otra.

Tenía razón, pero no estaba del todo dispuesto a admitirlo.

—El poder de la sugestión —aduje, aunque sin mucha convicción—. Eso es lo que yo hago.

Elaboro una campaña que te hace pensar que necesitas algo, que quieres algo. Si ella no hubiera dicho nada, si no te hubiera metido esa idea en la cabeza, ni siquiera habrías buscado el parecido.

—Pero lo hice —replicó en voz baja—. Y lo encontré. —Acto seguido se puso en pie meneando la cabeza—. Estoy seguro de que nos veremos pronto.

Y se marchó.

Salí del Hub andando como si me pesaran los pies y sintiéndome de repente más viejo de lo que era. Katy no estaba en casa, así que fui a la playa y la vi sentada en las rocas. Le encantaba el agua y las olas, y se tranquilizaba al contemplar su movimiento. Era habitual que se sentara allí para pensar o reflexionar. Que lo estuviera haciendo sobre mi pasado y nuestro futuro no me gustó nada. Me acerqué y me detuve a unos metros. Ella ladeó la cabeza, se protegió los ojos del sol y me miró.

—Esto parece un *déjà vu* —dijo en voz baja—. El día que fuiste a buscarme a la casita de la playa.

—Huiste de mí —le recordé—. ¿Vas a huir ahora?

—No, estoy pensando.

—Supongo que no tengo que preguntarte en qué.

—En lo de anoche, sí. Pero también en otras cosas. Heather parecía muy feliz ayer. Fue un día precioso.

Me acerqué y me senté frente a ella.

—Sí, lo fue. Reed y ella hacen buena pareja. Él la cuidará.

—Gavin tiene buen aspecto. Lo veo feliz.

Suspiré.

—Todos nuestros hijos lo son. Incluso tu niño mimado, Matthew, parece estar bien, aunque no tenga pareja ni vida fuera del hospital. Ahora mismo está contento en su casa, mientras tú te preocupas por él.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé. Pero tengo derecho a preocuparme por ellos. Quiero que todos sean felices, que tengan… —Tragó saliva—. Que tengan lo que nosotros hemos tenido.

—¿Hemos tenido? —repetí—. ¿Ya no hablas en presente? ¿Lo que tenemos?

—No. Saldremos de esta, Richard. Lo único que digo es que quiero verlos sentar la cabeza y ser felices. —Suspiró—. Cosas de madre, creo.

—Yo también quiero eso para ellos. Y lo han conseguido. Todos ellos. Cada uno tiene que vivir su propia vida, Katy. Matthew es feliz. Cuando esté preparado para sentar la cabeza, lo hará.

Enfrentó mi mirada y descubrí que tenía los ojos azules nublados por la emoción.

—¿Qué va a pasar con Ashley, Richard?

Me froté la cara con las manos.

—Me haré una prueba de paternidad. Halton se encargará de todo. —Miré hacia el agua y vi que el viento azotaba las olas—. Luego me reuniré con ella. —Se produjo un silencio—. Reid ha investigado un poco y ha encontrado fotos en las que estamos Juliet y yo.

—¿Ya la recuerdas? —me preguntó en voz baja.

—Vagamente. —Me volví hacia ella y me armé de valor para tomarle las manos entre las mías. Las tenía frías, de modo que se las froté con delicadeza—. Durante mucho tiempo nadie logró hacer mella en mí. Ya lo sabes. No fue más que otra mujer con la que me acosté antes de pasar página. Ashley tiene la impresión de que yo sabía que su madre estaba embarazada y que

las abandoné. Pero no lo sabía. Te juro por Dios que no lo sabía.

—Lo sé.

—Apenas la recuerdo, ni siquiera después de ver las fotos. Fue hace mucho tiempo y… —Tragué saliva porque me costaba admitir la verdad—. No significaba nada para mí.

—Era preciosa. Con mucho estilo —replicó ella—. Alta y elegante. Más inteligente que la mayoría de las mujeres con las que salías.

Fruncí el ceño.

—¿La recuerdas?

—Hablé con ella varias veces. Una vez vino a la oficina porque habíais quedado y tú llegaste tarde. Me resultó más simpática que la mayoría de tus… ligues.

—No salía con ellas precisamente por sus personalidades.

Ella apretó los labios.

—Ya.

—Ese era el hombre que solía ser, Katy. No estoy orgulloso de ello. Pero he cambiado.

—¿Qué habrías hecho si ella te lo hubiera dicho, Richard? ¿Te habría importado?

—No lo sé —contesté con sinceridad—. Siendo como era en aquel entonces… No lo sé. Era egoísta.

—Eso me pareció —repuso ella, que suspiró y miró hacia el agua un instante. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz tan baja que casi no la oí. Fue como si, sin darse cuenta, estuviera expresando sus pensamientos en voz alta—. Le dije que siguiera con su vida. Que no perdiera el tiempo esperando algo que nunca ocurriría.

Algo en su tono de voz me hizo fruncir el ceño.

—¿Qué quieres decir con «le dije»?

Titubeó.

—¿Qué me estás ocultando? —Me puse en pie porque de repente se me ocurrió una cosa y la miré, pasmado—. ¡Por Dios, Katy? ¿Lo sabías? ¿Lo has sabido todos estos años y nunca me lo has dicho? —La idea de que hubiera hecho eso me dejó atónito.

Ella se pasó una mano por la cabeza y se apartó el pelo de la cara.

—No. No supe nada en concreto.

Algo parecido a la ira burbujeó en mi pecho.

—«Nada en concreto» —repetí despacio—. ¿Qué significa eso exactamente?

—Tú te habías ido a la convención y ella se presentó en la oficina. Me dijo que tenía que verte. Le solté el discurso habitual de consolación y le aseguré que la culpa era tuya, no suya. —Puso los ojos en blanco—. Siempre les soltaba el mismo discurso.

La miré con los ojos entrecerrados.

—¿Te dijo que estaba embarazada?

—No. Pero estaba preocupada. Más que las demás. Me dijo que le importabas mucho y que tenía que hablar contigo. Que debía decirte algo importante. Le dije que no querrías verla. Que nunca mirabas hacia atrás, solo hacia delante. Que siguiera con su vida sin más. Ella me dijo que lo suyo era distinto, pero todas decían lo mismo. Todas pensaban que eran especiales, que eran lo que tú necesitabas. Le pregunté si de verdad quería seguir con un hombre que solo se preocupaba de sí mismo y que nunca sería ni un compañero ni un amigo. Guardó silencio un buen rato y luego se puso en pie y me dijo que tenía razón.

—¿Y? —pregunté.

Katy frunció el ceño.

—Nada. Al menos, no en aquel momento. Se fue y volvió poco después con un sobre cerrado

dirigido a ti. Me pidió que te lo diera, pero al día siguiente volví a mi mesa después de pasarme por contabilidad para dejar unos documentos y ella estaba de vuelta. La descubrí registrando mis cosas, casi frenética, preguntando por la carta. El día anterior yo la dejé en tu despacho y cerré la puerta tal como te gustaba que hiciera cuando estabas fuera. Así que entré, la cogí y se la devolví. —Sus palabras me hicieron fruncir el ceño—. Estaba nerviosa, alterada. Le ofrecí algo de beber y la invité a sentarse. Le pregunté si podía hacer algo para ayudarla, pero dijo que no.

—¿Hablasteis de la carta?

—Le pregunté que por qué quería recuperarla. Me dijo que después de una larga reflexión había decidido cortar todo contacto contigo. Nada más.

—¿Y nunca se te ocurrió mencionármelo? —pregunté, alzando la voz por un furor irracional.

Katy frunció el ceño, parecía frustrada.

—¿Qué habrías hecho tú, Richard? ¿Buscarla para hablar con ella? ¿Habrías escuchado siquiera lo que yo te estaba diciendo, aunque lo hubiera solucionado todo? Apenas me tolerabas y hacías caso omiso de cualquier opinión que expresara. Y jamás de los jamases retomabas el contacto con las mujeres a las que abandonabas. Estaban muertas para ti antes de que les dieras siquiera la espalda.

—Supongo que nunca lo sabré. Porque me privaste de la oportunidad de elegir —le solté.

Se puso en pie, sintiendo que la incredulidad y la furia se apoderaban de ella.

—No intentes culparme de esto. La trataste como tratabas a todas los demás. Las personas que entraban en tu vida tenían una fecha de caducidad y la cuenta atrás empezaba nada más saludarlas. Ella solo fue una de las muchas mujeres que me encargaste que consolara después de que las dejases. ¿De verdad vas a decirme con sinceridad que, si te hubiera informado de que estaba embarazada, habrías hecho algo? No te importaba nada ni nadie. Tú mismo lo admites. ¿Crees que un bebé habría supuesto alguna diferencia?

—¡No lo sé! —exclamé encolerizado—. Pero tú la convenciste para que no me dejara elegir. Y ahora me entero de que he tenido una hija y de que me odia por eso. —La fulminé con la mirada—. Me sorprende que, teniendo esa opinión tan mala de mí, la superaras y te casaras conmigo. —Hice una pausa—. Ah, espera, que fue por dinero, ¿no? Como todo el mundo —le solté.

Vi que se le llenaban los ojos de lágrimas y, al instante, me arrepentí de mis duras palabras. Le tendí una mano, pero ella retrocedió.

—No tenía ni idea y no la convencí de nada —replicó con voz trémula—. Fui sincera con ella, igual que lo fui con todas las mujeres a las que dejaste. Las compadecía, aunque fueron ellas las que decidieron ver en ti algo que no había. Me casé contigo para ayudar a Penny. Esa fue mi razón. Prácticamente me obligaste a hacerlo. Soporté que me maltrataras para asegurarme de que la persona a la que quería estuviera segura y cómoda.

—Ya lo sé. No era mi intención, Katy. —Me pasé una mano por el pelo—. Estoy enfadado y nervioso.

—No sabía que estaba embarazada, Richard. Nunca me lo dijo y no tenía motivos para llegar a esa conclusión. Era yo quien se aseguraba de que siempre hubiera condones en tu cuarto de baño, por si se te ha olvidado. Conocía su estilo de vida. Ella se fue, y yo estaba demasiado ocupada intentando sobrellevar mi propia vida como para reflexionar sobre la conversación o sobre tu vida privada. Tenía que hacerlo para sobrevivir a tu lado, para superar tu actitud. Trabajaba y ayudaba a Penny. Me sentía mal por Juliet. Pero yo tenía mis propios problemas, y ella solo era una de las mujeres a las que dejaste tiradas. Si me lo hubiera contado, te habría dicho algo. Te lo juro.

Nos miramos fijamente. De repente se me ocurrió algo y abrí la boca sin pensar.

—Me conoces —dije enfadado—. Conoces al hombre en el que me he convertido. —Al recordar lo que le preguntó a Ashley el día anterior, meneé la cabeza—. O eso creía. Pero lo primero que le preguntaste fue su edad. ¿De verdad me crees capaz de engañarte, Katy? Te quiero, joder. Mi matrimonio, mi familia…, lo eres todo para mí, joder. Creía que confiabas en mí. Nunca te he dado una razón para no hacerlo. Ni una solo.

—Lo sé.

—Pero se lo preguntaste. Dudaste de mí.

—Fue un impulso ridículo. Cuando oí el nombre de su madre, me quedó claro. Pero…

—Querías confirmación, ¿no? —le solté.

—Yo… —Dejó de hablar y meneó la cabeza—. Estaba en estado de shock. Quería… necesitaba…

La interrumpí.

—Necesitabas confirmar mi integridad. Después de tantos años la pusiste en duda.

Se dio media vuelta para alejarse de mí entre lágrimas. Me dejé caer sobre una roca para sentarme, deseando seguirla, pero consciente de que necesitaba darle un poco de espacio. Porque yo también lo necesitaba.

Me pasé las manos por el pelo y tiré de él, agradeciendo el dolor en el cráneo.

Fui un cabrón. Traté fatal a Katy. Y me sorprendió que ella fuera capaz de superarlo y casarse conmigo. Que descubriera al hombre en el que yo me había convertido y lo sacara de las sombras para amarlo. Ella me había enseñado a amar.

Agaché la cabeza. Seguía siendo un cabrón. No debería haberle dicho todas esas cosas.

Apoyé la cabeza en las manos, sin saber qué hacer. Lo estaba empeorando todo.

Tal vez necesitaba guardar silencio y evitar a la gente durante un tiempo. Levanté la cabeza y miré el agua. Quizá debería ir a Toronto. Inventarme otra reunión y aprovechar la oportunidad para calmarme y resolver las cosas.

Giré la cabeza hacia las casas, buscando una en concreto. El lugar que compartía con Katy. Nuestro hogar. La verdad era que no quería dejarla e irme, pero tal vez ella lo prefiriera. Tenía que preguntárselo.

Aunque, como el cobarde que era, me quedé en la playa mirando el agua, demasiado asustado ante su respuesta.

12

RICHARD

Caminé por la playa durante más de una hora, de un lado para otro, intentando ordenar mis pensamientos. Intentando recordar más cosas. Había bloqueado gran parte de mi vida de aquella época. No me gustaba la persona que era entonces. Solo era un caparazón vacío. Pero eso cambió cuando me enamoré de Katy.

Al final me senté agotado en las rocas mirando el agua, con la esperanza de encontrar en las olas la paz que parecía ayudar a mi mujer.

Maddox apareció poco después y se sentó frente a mí.

—¿Qué haces, Richard?

—Escondiéndome —respondí con sinceridad.

—¿De qué?

—De mi vida. De mis pensamientos. De Katy.

—¿Y funciona?

Enfrenté su mirada tranquila y preocupada.

—No mucho.

—¿Sabes? Una vez me diste un buen consejo. Me dijiste que confiara en la gente a la que quiero y que fuera sincero. Dijiste que Aiden y Bentley estarían a mi lado y no me abandonarían como yo temía que hicieran. Tenías razón. Fui sincero y ellos me apoyaron. Me quisieron pese a mis cagadas.

—No es lo mismo.

—Ah, ¿no? Mi pasado amenazaba con destruir el mundo que había creado. Con destrozar el futuro que estaba construyendo.

Suspiré. Tenía razón.

—Katy siempre ha sido indulgente —dije—. Es la persona más buena que conozco. Pero esto es demasiado.

—¿Es peor que como la trataste? Richard, tal como dijo Reid, solo es una hija; adulta, sí, pero una hija tuya. Conociendo a Katy como la conozco, diría que la querrá cuando llegue a conocerla.

Suspiré y le conté que habíamos discutido. Lo que yo había dicho, mi reacción exagerada y mis palabras airadas. Él guardó silencio unos instantes.

—Me resulta difícil conciliar el hombre que eres, el hombre que sé que eres, con el hombre que fuiste hace tantos años —admitió—. Me has contado cosas, pero era como si hablaras de otra persona. —Se inclinó hacia delante—. Sé sincero, Richard. De haber sabido que Juliet estaba embarazada, ¿qué habrías hecho?

Solté un largo suspiro.

—Seguramente nada. Le habría dicho que se deshiciera del bebé. Le habría dado dinero.

—Entonces ¿no te habrías involucrado? ¿No te habrías casado con ella?

—No.

—¿Y si te hubieras enterado después de casarte con Katy?

Reflexioné sobre sus palabras.

—Habría intervenido para ayudar. Habría intentado entablar una relación. Cuando nació Gracie, cambié. A ver, ya había cambiado antes, pero cuando la tuve en brazos, cuando me convertí en padre, algo se abrió dentro de mí.

—¿De verdad crees que Katy te ocultó información?

—No. Tengo claro qué clase de hombre era yo, y ella tiene razón. Aunque me hubiera insinuado un posible embarazo, me habría burlado de la idea y habría pasado página. Habría decidido que era problema de Juliet, no mío. No habría ido a buscarla. Además sé muy bien las veces que Katy tuvo que vérselas con mis ex. Prácticamente formaba parte de su trabajo. —Agaché la cabeza—. Joder, fui un cabrón. —Maddox siguió en silencio y yo me erguí—. Dime qué tengo que hacer, Mad Dog. Estoy al borde del precipicio, joder.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Discúlpate con tu mujer. Habla con ella. Hazte una prueba de paternidad y da la cara. Díselo a tus hijos y prepárate para las consecuencias. Sé el hombre, el marido y el padre que tienes que ser. —Se inclinó hacia delante y me agarró de un hombro—. No es el fin del mundo, Richard. Solo es una persona más a la que amar en tu vida. Deja de mirarla como si fuera el enemigo. Es tu hija. Conócela. Quizá podáis entablar una relación.

—Si deja de odiarme.

—Si dejas de culparla. Sé que su forma de hacerlo no fue la adecuada, pero estoy de acuerdo con Luc. La pilló por sorpresa y reaccionó mal, pero es tu hija. Ha heredado tu gusto por la exageración.

Torcí el gesto al oírlo. Katy siempre decía que yo era muy exagerado y que me gustaba ser el centro de atención. No se equivocaba.

—Quizá debería esperar hasta tener los resultados de la prueba de paternidad.

—¿De verdad los necesitas? —me preguntó en voz baja.

—No —admití—. Pero quiero hacerlo.

—Lo entiendo.

—No sé cómo arreglar esto con Katy.

—Sí que lo sabes. Pero necesitas darle un poco de tiempo, y tú también lo necesitas. Vámonos un rato al gimnasio del Hub. Te hace falta sacarte esto de la cabeza y encontrar el equilibrio; el ejercicio te ayudará.

—He corrido unos quince kilómetros esta mañana.

—Pues te vendría bien correr un poco más. Levantar pesas. Olvidarte del enfado charlando. Y luego ya dejar de hacer el gilipollas y hablar con tu mujer.

Me puse en pie.

—Tienes razón.

Se acercó a mí y me dio una palmada en la espalda.

—Vámonos.

Aiden y Bentley se apuntaron a jugar al baloncesto. Pasamos un par de horas tirando a canasta, soltando tacos y empujándonos en la cancha. Era justo lo que necesitaba. El ejercicio físico y concentrarme en algo distinto a lo sucedido el día anterior. Mis amigos lo sabían, así que me dieron caña sin compasión. Después hicimos unos cuantos largos en la piscina, compitiendo entre nosotros, y me sentí más tranquilo de lo que había estado en las últimas veinticuatro horas. Tenía una muda en la taquilla, como todos, así que me sentí mejor después de una ducha y de ponerme ropa limpia. Me sequé el pelo y subí. Quedaban bandejas de comida del día anterior, y Maddox llenó un plato y me lo acercó.

—Come. Creo que hoy has quemado unas diez mil calorías. No quiero que te desmayes.

Eché un vistazo a mi alrededor, extrañado de que estuviera vacío.

—¿No hay nadie hoy?

Aiden sonrió satisfecho mientras le daba un enorme mordisco a una pita. Masticó y tragó.

—No, les he dicho a todos que hoy no se puede entrar. Que estás enfurruñado y que estaría cerrado hasta que te quitáramos la tontería a golpes.

—Gracias, Aiden —dije con sequedad.

Él se encogió de hombros.

—De nada.

Puse los ojos en blanco y me comí lo que tenía delante. No tenía hambre, pero sabía que Maddox no dejaría que me fuera hasta que comiese.

Me sentía mejor. El ejercicio me había despejado la cabeza. El tiempo que pasé con mis amigos me ayudó a darme cuenta de que mi reacción sería el catalizador de la actitud de los demás. Si yo me enfadaba y me ponía nervioso, mis allegados me imitarían. Lo mejor sería mantener la calma y la lógica. Solo tenía que recordarlo.

Halton entró, se sentó y se sirvió un plato. Me dio una palmada en la espalda.

—Tienes mejor aspecto del que esperaba.

—Estoy bien.

—Tienes cita para hacerte el análisis mañana por la mañana. Ashley se ha hecho el suyo hoy.

—¿Cuánto tardaremos en tener los resultados?

—Una semana, más o menos.

—Vale, pues hasta entonces quietos.

Me miró con atención.

—No te pongas en contacto con ella, Richard. Cuando tenga los resultados organizaré una reunión. Hazme caso. —Guardó silencio antes de añadir—: No sabemos lo que quiere.

—¿Y si solo quiere respuestas?

—En ese caso, habla con ella. Si quiere más, iremos paso a paso.

—No puede demandarme ni nada por el estilo, ¿verdad? —le pregunté, sintiendo náuseas de repente. Eso sería vergonzoso para mi familia y mis amigos.

—No. Si fuera más joven, podría haberte demandado por daños psicológicos, o su madre podría haberte demandado para exigir la manutención, pero ahora es demasiado tarde.

—Su madre nunca me lo dijo.

—Ella asegura lo contrario.

—En ese caso, es mi palabra contra la de una mujer muerta.

—No nos adelantemos. Primero la prueba y luego nos reunimos. Con suerte, Ashley se habrá calmado y podrá decirnos lo que quiere.

Asentí con la cabeza y aparté el plato, ya que mi escaso apetito había desaparecido por completo.

Me puse en pie.

—Me voy a casa. Tengo que hablar con Katy.

Maddox enfrentó mi mirada.

—Buena suerte.

Bentley, que había estado relativamente callado, dijo en ese momento:

—Esto pasará, Richard. Confía en tu mujer, en tu matrimonio. Katy es fuerte. Tus hijos también. No te echarán en cara el pasado.

—¿Por qué estás tan seguro?

Sonrió y meneó la cabeza.

—Sé lo mucho que te quieren. Una hermanastra puede ser algo sorprendente, pero no es motivo para darte la espalda. Quizá incluso puede ser un nuevo comienzo para todos, ¿no?

Guardé silencio y salí del Hub.

Eché a andar hacia mi casa, deseando en parte ver a Katy, pero también nervioso. Detestaba saber que la había disgustado y era consciente de que no podía hacer gran cosa para aliviar la tensión. Teníamos que resolver lo de Ashley e íbamos a tardar mucho en hacerlo, no solo Katy y yo, sino también mis otros hijos. Nos esperaba un largo camino.

Al doblar la esquina, me encontré con Gracie, que llevaba a Kylie de la mano. Esbocé una sonrisa falsa y me acerqué a ellas para agacharme, aupar a Kylie y levantarla por encima de mi cabeza.

—¿Cómo está mi princesa preciosa?

Ella sonrió de oreja a oreja, dejando a la vista los dientes, y me dijo algo con esa lengua de trapo que siempre me hacía sonreír.

—Por Dios, está enorme —dije—. Estoy seguro de que crece por las noches.

Mi hija sonrió.

—Eso dice Jaxson. Quiere que pare.

Le acaricié a Kylie la espalda y sonreí al ver cómo se acurrucaba en mi hombro. Gracie hacía lo mismo cuando era pequeña.

—Creo que está cansada —dije—. ¿La abuela la ha agotado?

—Más bien ha sido al revés. Mamá parece cansada hoy.

Encogí el hombro libre, intentando parecer indiferente.

—Las bodas son emotivas y te dejan exhausto. Si añadimos lo de la jubilación, tu madre está un poco descolocada.

Gracie ladeó la cabeza y replicó con voz suave pero alegre, porque no quería alterar a Kylie:

—No digas gilipolleces, papá.

Fruncí el ceño.

—Esa lengua.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Qué ocurre? Mamá intenta actuar como si no pasara nada, pero es evidente que está muy tensa. Jaxson me ha dicho que te recogió esta mañana a kilómetros de la entrada del complejo y que estabas muy raro. Y Aiden ha cerrado el Hub, pero estabais todos dentro.

—Se me nota el cansancio, Gracie. He pasado el día con los chicos. Lo necesitaba. Hemos jugado al baloncesto, hemos hecho ejercicio en el gimnasio y hemos nadado. Y sí, esta mañana he corrido más de lo que tenía previsto. Estaba pensando y perdí la cuenta de los kilómetros. Estoy cansado físicamente, pero me encuentro bien. —Le regalé una sonrisa con la esperanza de engañarla—. Tu padre es mayor y hoy se ha esforzado más de lo normal. Nada más.

Ella entrecerró los ojos, dejándome claro que no se lo tragaba.

—Me voy a casa y tengo la intención de relajarme con mamá esta noche. Se me ha ocurrido que podemos pedir comida china y abrir una botella de vino. Acostarnos pronto. Han sido unos días muy ajetreados.

Se acercó un poco más.

—Papá, ¿qué pasa?

Le acaricié la mejilla, negando con la cabeza.

—Nada.

—¿Mamá y tú estáis enfadados?

—Estamos bien. Te lo prometo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Está pasando algo. Lo presiento.

—Tu madre y yo estamos bien. —Me reí entre dientes y le di un beso en la frente—. Relájate, tesoro. No te preocupes por nada.

—A mí no me parece «nada». Tú estás muy raro y mamá parece distraída…

La interrumpí, consciente de que debía ser sincero. O, al menos, todo lo sincero que podía ser.

—Gracie, déjalo. Sé que somos tus padres, pero también somos personas, ¿vale? Discutimos muchas veces y luego nos reconciliamos. Igual que Jaxson y tú o que cualquier otra pareja. No pasa nada. Todo va bien. —Sonreí—. Bueno, al menos lo estará cuando me disculpe, y nos besemos y hagamos las paces.

—¿Qué has hecho?

Me reí entre dientes.

—Soy un hombre, Gracie. Dije un par de tonterías. Así que le he dado espacio a tu madre y ahora voy a cumplir mi castigo.

—Deberías regalarle flores.

—Creo que prefiere el vino y la comida china. La casa está llena de flores desde ayer.

Soltó un largo suspiro.

—¿Eso quiere decir que es una simple discusión?

—Es un desacuerdo.

—Vale. No sé si creerte, pero vale. —Me quitó a Kylie de los brazos—. Ve a hacer las paces. Arrástrate si es necesario, papá.

—Ese es mi plan.

Me besó en una mejilla y se marchó. Yo me volví para observarla mientras seguía andando hacia su casa. No me cabía duda de que Jaxson estaría esperándola y de que ella le contaría lo que acababa de decirle. Él le aseguraría que todo iba bien y la distraería durante la noche.

Seguí hacia casa, con la esperanza de conseguir el perdón de Katy si me arrastraba. La necesitaba a mi lado en eso. Sin ella, no estaba seguro de poder soportarlo.

Entré en casa y me envolvió el reconfortante aroma del hogar. Katy siempre tenía velas encendidas y ramos de flores frescas, y la casa olía bien.

La encontré en el salón, acurrucada en el sofá, con una taza de té en las manos y una barrita de chocolate negro a medio comer en la mesa. Fui a la cocina, saqué una botella de su tinto preferido y la abrí. Tras coger dos copas, regresé al salón y me senté frente a ella. Llené las copas y le ofrecí una después de quitarle la taza vacía de la mano. Partí un trozo de chocolatina y me la metí en la boca, dejando que se derritiera para disfrutar del delicioso e intenso sabor.

Ninguno de los dos habló durante un rato. La miré, observando su precioso rostro. Gracie tenía razón; parecía cansada y triste. Esos brillantes ojos azules estaban ensombrecidos. Después de mirarla aparté la vista y examiné mi reflejo en el cristal. Yo tenía el mismo aspecto que ella.

Respiré hondo y solté la copa de vino.

—En primer lugar, necesito que sepas que nunca te he engañado y que nunca lo haré, Katy —dije, hablando despacio—. Tú eres todo mi mundo. Lo construyo todo en torno a ti y a nuestra familia. Necesito saber que lo entiendes.

—Lo hago —me aseguró—. Gracie y ella parecen de la misma edad, así que hice la pregunta antes de poder contenerme. Ni siquiera sé por qué lo pregunté. En cuanto te acusó, supe quién era su madre. Así que creo que… —añadió, tragando saliva—. Supongo que me dejé llevar por las emociones. —Nuestras miradas volvieron a encontrarse y la vi encogerse de hombros—. Antiguas inseguridades, supongo —susurró.

La cogí de la mano.

—No deberías tener ninguna…, al menos en lo referente a mí. Te quiero más de lo que puedo expresar con palabras. Más de lo que puedo demostrarte en esta vida. Incluso después de todos estos años, solo tengo ojos para ti.

—Lo sé —replicó ella—. Es que todo fue tan… —Dejó la frase en el aire.

—Fue un mazazo, lo sé —terminé por ella.

Asintió con la cabeza y bebió un sorbo de vino. Noté que le temblaba la mano y que la que yo sostenía estaba fría, signos de su agitación interior.

—Katy, no puedo cambiar el pasado. Pensé que me había alejado lo suficiente de él como para que el hombre que fui no volviera a tocar la vida de mis hijos ni a hacerte daño. Pero no ha sido así y si esto sale como creo que saldrá, nos hará daño a todos durante un tiempo. —Hice una pausa y tragué saliva—. Lo detesto, pero soy consciente de que mis disculpas no cambiarán nada. —Me llevé su mano a los labios, se la besé y después me la acerqué a la mejilla—. Te necesito a mi lado en esto. Necesito saber que, pase lo que pase, me sigues queriendo y me ayudarás cuando tenga que decírselo a nuestros hijos. Que aceptarás esto lo mejor que puedas y que no me odiarás.

Me acarició la mejilla con los dedos y la miré.

—Nunca podría odiarte, Richard. Te quiero. Siempre te querré.

—Siento lo que te dije antes. No era mi intención. Sé por qué te casaste conmigo. —Solté una carcajada amarga—. No es que te diera muchas opciones.

—Lo nuestro empezó de forma accidentada, pero mira qué bien ha salido —replicó ella.

—Es lo mejor que he hecho nunca. Sin lugar a dudas.

Sonrió y, aunque lo hizo de forma trémula y fugaz, fue una sonrisa.

—Ashley está muy enfadada ahora mismo. Creo que una vez que nos hagamos la prueba, tardará mucho tiempo en asimilarlo. Ni siquiera sé si podremos entablar una relación. Si acaso ella lo quiere, claro.

—¿Qué quieres tú?

—No lo sé, cariño. No me veo sin tener ningún tipo de contacto con ella sabiendo que está ahí. Si es mi hija, eso es lo que quiero…, creo. —La solté y me pasé las manos por la cara, tras lo cual me masajeé los músculos tensos del cuello—. Es posible que ella se niegue. Está convencida de que yo sabía de su existencia y puede que nunca lo supere. —Sacudí la cabeza—. Es posible que entable algún tipo de relación con sus hermanastros, pero no conmigo.

—Seguro que cuando te conozca, querrá verte más. Pero tendrás que ser paciente, Richard. Con ella, con nuestros hijos. Esto supondrá una gran conmoción para todos ellos. Necesitaremos tiempo para adaptarnos y pensar en el futuro.

—Esa es mi Katy, siempre tan sagaz —dije con una sonrisa, y le acaricié la mejilla. Ella intentó sonreír, pero vi que le temblaban los labios—. ¿Qué? Dilo, cariño. Debemos ser abiertos y sinceros, sobre todo ahora.

—No dejo de darle vueltas a un detalle. Sé que parece una locura, pero me he dado cuenta de que Juliet me ha arrebatado lo único que creía que solo yo te había dado. Lo único que nadie más te ha dado.

—¿De qué estás hablando?

—Si Ashley es tuya, es tu primogénita. Pensaba que yo era la única mujer que te había dado hijos. Creo que eso me desconcertó un poco.

Negué con la cabeza, atónito.

—No, cariño. No. Aunque Ashley sea mi hija y yo sea su padre, tú me convertiste en papi.

Hay una gran diferencia. Tu lugar, lo que me has dado, sigue siendo el número uno. Siempre lo será. Dime que no dudas de eso. —Ella asintió con la cabeza, pero vi su preocupación. Me puse de rodillas a sus pies y la miré fijamente—. Me preocupa la imagen que tendrán mis hijos de mí. Lo que van a sentir. Puedo soportar muchas cosas, cariño, pero perder tu amor, tu dulzura, acabaría conmigo. Si nuestros hijos se enfadan conmigo y no cuento con tu fuerza, no sé si podré soportarlo. Si mi pasado me hace perder esta vida que tanto amo, no sé si podré soportarlo.

—No lo harás, Richard. Ayudaremos a nuestros hijos. Yo los ayudaré. Siempre serás su padre, y ellos te quieren mucho. Lo resolveremos en familia.

—¿Sigo teniéndote todavía?

Me colocó una mano en la mejilla y se inclinó para rozarme los labios con los suyos.

—Siempre, Richard.

Ese fue el detonante. Me levanté y la estreché entre mis brazos. Tras inclinar la cabeza, me apoderé de sus labios e introduje la lengua en la dulzura de su boca. La besé con pasión. Con avidez. Con todas las emociones que sentía. Con la preocupación y el miedo. Con la incertidumbre y el nerviosismo que me invadían. La necesidad de estar cerca de ella me abrumaba. La pegué más a mí y hundí la lengua en el calor de su boca, acariciando la suya, gimiendo por su sabor: la acidez del vino, la intensidad del chocolate y su sabor único, que era solo mío. Ella me abrazó con fuerza, me clavó los dedos en la piel y se pegó a mí todo lo que pudo. En su beso sentí el perdón, el deseo que le provocaba y los temores que necesitaba apaciguar.

Me puse en pie y la llevé en brazos por el pasillo, sin separar nuestras bocas. Una vez en el dormitorio, la tumbé en la cama y me aparté para mirarla. Tenía los labios hinchados por los míos, el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas. Se le había acelerado la respiración, como a mí, y volví a inclinarme para besarla.

—Te quiero —dije sin más—. Siempre, Katy.

—Te quiero —replicó ella.

Me saqué la camiseta y me desprendí de las zapatillas y de los pantalones de deporte. Me quedé desnudo, empalmado y deseando metérsela. Ella reaccionó enseguida, incorporándose para liberarse del jersey, y me arrancó una carcajada porque se le enganchó en un codo. Tras ayudarla a liberarse, se lo quité por la cabeza, y luego bajé para acariciarle los pezones a través del encaje de la camiseta de tirantes. Me tomó la cabeza entre las manos, gimiendo y retorciéndose en la cama. Le besé el cuello, acariciando la suave piel con los dientes y la lengua, y eso le arrancó un gemido. Después le acaricié una oreja mientras le susurraba palabras en voz baja.

—Sabes de maravilla. Hueles a gloria, a mi hogar. Te deseo mucho. Te necesito, amor mío.

—Pues hazme tuya —gritó, tirando de mi cara hacia la suya y besándome con una desesperación que igualaba la mía.

Le rodeé la cintura con un brazo y la levanté. Acto seguido aferré la cinturilla de sus pantalones de yoga y se los bajé para quitárselos, tras lo cual los arrojé por encima de un hombro. Me daba igual dónde cayeran. Una vez desnuda, me senté y me la coloqué en el regazo para sentir su húmedo calor en la polla. Separé las piernas, obligándola a hacer lo mismo, a la vez que empezaba a restregarme contra ella en busca de la entrada de su cuerpo. Ella me aferró por los hombros, se levantó un poco y después descendió para metérsela despacio, centímetro a centímetro, hasta que su calor y su humedad me rodearon por completo. Nuestras miradas se encontraron y no se separaron hasta que estuve enterrado hasta el fondo en ella. Luego me rodeó la cintura con las piernas, me echó los brazos al cuello y enterró la cara en mi hombro.

—Por favor —susurró.

La abracé con fuerza, consciente de lo que necesitaba. Sentirme a su alrededor. Sentir cada centímetro de mi cuerpo apretado contra el suyo mientras hacíamos el amor. Le enterré una mano en el pelo, atrapé sus sedosos mechones y empecé a moverme. Adoptamos un ritmo brusco y rápido, moviéndonos como si fuéramos uno solo, sin apartarnos en ningún momento. Katy no paraba de gemir. Yo siseaba y mascullaba elogios.

—Joder, Katy, me gusta. Me encanta.

—Mira lo que me haces. Siéntelo. Solo tú.

—Así. Sí, nena, sigue. Así. Sigue moviéndote.

Me besó el cuello y me mordió para dejarme una marca. Le agarré las caderas para sujetarla sin dejar de acelerar el ritmo. Empecé a moverme con más brusquedad, porque estaba desesperado por llevarla al orgasmo. Por sentirla estremecerse a mi alrededor mientras se corría. Por saber que le estaba dando placer.

Ella gritó, tensó el cuerpo y me estrechó entre espasmos. Grité su nombre y me corrí en su interior. Mi orgasmo fue una explosión de éxtasis y asombro. Sus espasmos se convirtieron en temblores, y mis gritos, en gruñidos de satisfacción.

Poco a poco aminoramos el ritmo, empapados de sudor, con los cuerpos saciados y la mente en paz.

Le di un beso en la coronilla.

—Los polvos de reconciliación contigo siempre son épicos.

Ella rio entre dientes y me miró de reojo. Esos ojos eran de un azul brillante, serenos y rebosantes de amor.

—Y sudorosos.

Me puse en pie, llevándola conmigo.

—En ese caso, una ducha, señora VanRyan. La lavaré para poder ensuciarla de nuevo.

Ella me rodeó el cuello con los brazos.

—Vale, cariño. Lo que tú digas.

13

ASHLEY

Me miré en el espejo mientras me pasaba una mano por el pelo para alisarme las puntas. Esa noche quería estar guapa para Luc. Me iba a llevar a una fiesta para celebrar la jubilación de alguien. Su mejor amigo, Reed, se casaba con Heather el sábado, y la fiesta era algo que habían incorporado a las actividades familiares. Como conocía a Reed y a Heather, me alegré de que me invitaran. Heather me caía muy bien; congeniábamos y había disfrutado del tiempo que habíamos pasado juntas. Tenía la sensación de que la conocía, y conectamos enseguida. Teníamos mucho en común y resultaba fácil hablar con ella. Estaba deseando conocerla mejor; me daba la impresión de que íbamos a ser buenas amigas.

Me había dado cuenta de lo raros que eran sus ojos verdosos. A diferencia de otros, que solían ser una mezcla entre el verde y el castaño, los suyos eran una combinación entre el azul y el verde, como los míos. De hecho, la mayoría de la gente que me conocía pensaba que mis ojos eran de un color o del otro. Dependía de mi estado de ánimo y de la luz. Los de Heather se parecían, y eso me encantó. Era evidente que estaba loca por su padre, porque hablaba mucho de él cuando estábamos juntas. Sentí una punzadita de dolor al preguntarme qué se sentiría siendo partícipe de esa clase de amor.

Siempre había sentido curiosidad por mi padre. Cuando era pequeña, me imaginaba que aparecía de repente y me estrechaba entre sus brazos mientras decía que era su princesa. Podría llevarlo conmigo al colegio el día del Padre. Presentarlo orgullosa como mi padre. Me daba igual a qué se dedicara, eso nunca me había interesado. Lo que importaba era que yo sería como los demás niños y tendría un padre. Hasta los niños con padres divorciados tenían padre y madre.

Yo solo conocía a mi madre. No teníamos más familia. Ella nunca me habló de él cuando yo era pequeña. Cuando crecí y le pregunté, me dijo que nunca formaría parte de mi vida. Que nunca quiso tener hijos y vivía en la otra punta del país. Que no era un buen hombre y que pensó que lo mejor para mí era no tener que soportarlo. Le pregunté qué quería decir con eso, y ella sonrió con tristeza.

—Algunas personas son egoístas y solo piensan en sí mismas. Tu padre era así —me explicó en aquel entonces—. No era un buen hombre. Se habría portado fatal contigo.

—Entonces ¿por qué lo querías? —le pregunté con la curiosidad de una niña.

Se sobresaltó al oír la pregunta.

—¿Cómo?

—Mi compañera Tracy dice que cuando dos personas se quieren, tienen bebés. Yo fui un bebé, así que tú debiste de quererlo.

Ella negó con la cabeza.

—A veces las cosas no son así. —Después se puso en pie—. Tu padre no forma parte de nuestra vida. Es mejor así. No quiero volver a hablar de él. No nos quería a ninguna de los dos.

Aquel día fue la primera vez que la vi con la camisa en las manos, triste y resignada. La camisa con el elegante bordado en el puño. Después de que ella saliera de la habitación, abrí el cajón y la saqué. Era suave y blanca. Las letras bordadas en el puño, con esas curvas, me fascinaron. No tenía ni idea de lo que significaban, pero me gustaban. Cuando mi madre me descubrió con la camisa, me regañó por tocarla.

—¿Es tuya, mamá?

—No. Era…, era de tu padre.

—¿Me la das?

—No. —Me mandó a mi dormitorio y se negó a hablar del tema.

Fui a por la camisa en otro momento, pero ya no estaba. La busqué, pero no di con ella, y al final desistí. Poco a poco, el recuerdo se desvaneció de mi mente. La curiosidad que sentía por mi padre se fue mitigando con el tiempo hasta que no pregunté más. Mi madre y yo estábamos muy unidas, así que dejó de importarme tanto a medida que fui creciendo. Cuando murió mi madre y encontré la camisa guardada en una caja, me quedé mirándola durante mucho tiempo, luego me la llevé a casa y la metí en un cajón junto con sus diarios y algunas fotos antiguas. Nada en ninguna de sus fotos o diarios ofrecía alguna pista de quién podía ser, aunque sus diarios solo empezaron cuando estaba embarazada de unos cuatro meses de mí. Hablaba de su traslado a Ontario, de sus esperanzas y de sueños. De sus miedos. De la emoción de la inminente maternidad. De la preocupación de comenzar con su propio negocio y compaginar ambas cosas. De sus planes de futuro. Pero ni una sola vez hizo referencia a él en todas las notas y recuerdos. En mi partida de nacimiento no figuraba el nombre de mi padre cuando la consulté tras su muerte. Para entonces, supuse que se trataba de una aventura que había salido mal, y en la etapa de mi vida en la que me encontraba, dejé de buscar; ya no me interesaba.

O, al menos, eso creía.

Unos golpecitos en la puerta me sacaron de mis recuerdos, y meneé la cabeza para deshacerme de esos raros pensamientos. Esa noche ni mi pasado ni mis pensamientos eran relevantes. Lo relevante era pasar tiempo con Luc y formar parte de su mundo.

Abrí la puerta y me encontré su mirada de admiración. Lo vi levantar las cejas mientras silbaba por lo bajo.

—Uf, cariño, estás preciosa.

Me eché a reír, extendí un brazo y tiré de él para que entrara, tras lo cual cerré la puerta. Me encantó su traje azul oscuro, que hacía un gran contraste con la camisa blanca y la corbata desenfadada. Resaltaba sus anchos hombros y su torso delgado, además de sus músculos, que se tensaban a cada movimiento. El pelo castaño se le ondulaba en torno a las orejas, y sus pobladas cejas realzaban el intenso azul de sus ojos. Tenía la cara alargada y delgada, con pómulos definidos, y el mentón un poco ensombrecido por la barba que empezaba a asomar. Era alto, un detalle que para mí representaba una ventaja, porque ni poniéndome zapatos de tacón conseguía superarlo en altura, algo que me hacía sentir femenina.

—Tú tampoco estás mal cuando te arreglas.

Pegué la boca a la suya, hurgué con la lengua entre los carnosos labios y gemí de felicidad cuando él hizo lo mismo.

No había conocido a ningún hombre que besara como él. Sus labios me acariciaban con pereza y sensualidad, con intensas acometidas, excitantes mordiscos y lametones para compensar. Me estrechó entre sus brazos, pegándome a él al tiempo que me metía las manos por debajo del vestido para agarrarme el trasero con esos dedos largos y firmes. Cuando se apartó, el deseo le oscurecía los ojos.

—Si eso es un hola, me muero por saber lo que vendrá después.

Sonreí y volví a besarlo, aunque en esa ocasión solo fue una leve caricia.

—Te he echado de menos —le dije sin rodeos. Hacía tres días que no lo veía.

Sonrió con ganas.

—Yo también te he echado de menos. Pero te tengo esta noche y luego todo el fin de semana, ¿no?

—Ajá. Mañana tengo un evento durante un almuerzo, pero el resto del fin de semana soy

tuya.

—Perfecto.

Caminamos hacia el coche cogidos de la mano. Llevábamos saliendo unos seis meses y seguía loquita por él. Tenía todo lo que una mujer podía desear en un novio. Era tierno, gracioso, simpático, guapo y amable. Una fiera en la cama. Intenso y protector. Trabajaba como administrador de red y de sistemas de una empresa de gestión financiera, y estaba al mando de veinte personas. Era un genio con el ordenador y sabía programar, jaquear y hacer un sinfín de cosas con sus maquinitas —de las que yo ni había oído hablar—, aunque me aseguró que no hacía nada ilegal.

«Es bueno saber cómo funciona. Saber a qué estar atento y ganarles en su propio terreno», me aseguró en una ocasión.

Sabía que Reed y él podían pasarse horas hablando de ordenadores.

Conocí a Luc porque asistió a un evento que yo organizaba. Nuestras miradas se cruzaron a través de la estancia, quedándose clavadas mientras nos observábamos como si fuéramos las dos únicas personas del mundo. Nos pasamos toda la velada vigilándonos sin llegar a acercarnos, haciendo crecer la anticipación con cada mirada. Cuando se aproximó a mí y me tendió la mano, tuve la sensación de que algo en mi interior se calmaba al sentir sus dedos en torno a los míos. La llamarada de deseo en su mirada me aceleró el corazón. Llevábamos juntos desde entonces.

—Estás muy callada —dijo él mientras zigzagueaba con habilidad para sortear el tráfico, en dirección a Port Albany, donde se celebraba la fiesta a la que asistíamos.

—Estoy un poco nerviosa —admití.

Meneó la cabeza.

—No tienes por qué. Todos son estupendos. Gente con los pies en la tierra. Y ya conoces a Heather y a Reed.

Asentí con la cabeza, pero no dije nada. Cuando me pidió que lo acompañara a la boda de Reed y Heather, me entusiasmó la idea de hacerlo. Después añadió que dos días antes de la boda celebrarían una fiesta sorpresa por la jubilación del padre de la novia y me alegré de acompañarlo. Pero aun así estaba nerviosa. Esas personas eran importantes para él.

—Sé lo mucho que los aprecias a todos. Quiero causar una buena impresión cuando me conozcan.

Me cogió una mano y se la llevó a la boca para besarme los nudillos.

—Lo harás. Todos van a quererte.

—No sé si seré capaz de quedarme con todos los nombres y las caras. Me crie con mi madre únicamente. Sin más familia.

Luc conocía mi pasado. El hecho de que me crio una madre soltera. Me entendía debido a la infancia tan dura que él mismo tuvo, y eso era algo más que teníamos en común.

Alta, desgarbada, torpe y tímida, fui una inadaptada en el colegio. Se burlaban de mi altura, de lo delgada que estaba y de mi falta de habilidades sociales y de dinero. Se burlaban de mí porque mi madre tenía ascendencia asiática, algo que se reflejaba en mis ojos rasgados, de un color poco habitual, dos características que destacaban todavía más por las gafas que llevaba. Mi tono de piel era más claro que el de mi madre, pero no tan pálido como el de la mayoría de mis compañeras, y les gustaba señalar ese detalle como si fuera un defecto. Soportaba las burlas, a sabiendas de que mi madre no podía hacer nada al respecto. Ella trabajaba mucho, y yo detestaba darle otro motivo más por el que preocuparse. Le costaba llegar a fin de mes. Cambiábamos a menudo de casa, ya que en cuanto subían el alquiler, mi madre tenía que buscar un sitio más barato. Nunca eché raíces. Nunca me sentí segura. Me pasaba la vida preocupada por la siguiente

mudanza. Los pisos nuevos me resultaban cada vez más desagradables. Cada uno era más pequeño que el anterior, más cutre. Ella se esforzaba e intentaba que fueran lo más acogedores posible, de modo que le oculté el miedo y la preocupación que sentía. Cambiar de colegio siempre se me hizo duro, pero al final todos me parecían iguales. Nunca encajé en ningún sitio.

Cuando llegué a la adolescencia, ya no parecía tan desgarbada, aunque seguía siendo más alta que la mayoría de mis compañeros de clase. Ya en la universidad, dejé atrás la timidez y me lancé de cabeza a la vida de cualquier chica joven, pero ya adulta. Empecé a usar lentillas, creé mi propio estilo, aprendí los trucos de mi madre para mostrarme elegante y por fin me enorgullecí de mi ascendencia. Ya no quería pasar desapercibida, sino que disfrutaba destacando entre la multitud. Sin embargo, a veces la inseguridad me golpeaba de repente y volvía a ser aquella niñita perdida.

—Tranquila —me dijo él—. Ya te acostumbrarás. Es raro que nos juntemos todos a la vez, suelo ver más a Reed, a Heather y a sus familias. Pero todos son buenas personas. Richard, el padre de Heather, siempre se ha portado muy bien conmigo. Es uno de los muchos mentores que tiene esta familia. Quería celebrar su jubilación.

—Por supuesto.

—Esta noche los conocerás y así el sábado te sentirás más cómoda en la boda.

—Buen plan. ¿Puedes contarme más cosas de la familia?

—Richard y Katy son estupendos. Él siempre ha sido sincero y amable conmigo, incluso cuando era pequeño. Se sentaba y hablaba conmigo como un adulto, ¿sabes? Y Katy es una madre para todos. Es la personificación de la ternura. Está loco por ella incluso después de todos estos años.

—Parecen personas maravillosas.

Luc asintió con la cabeza, miró para comprobar que no había otro coche y cambió de carril.

—Son una familia maravillosa. Tienen cinco hijos. Gracie es la mayor, luego viene Heather. Después hay unos gemelos y un hijo más. Como Gracie y Heather viven aquí, las conozco mejor. —Me sonrió—. Sobre todo a Heather.

Me eché a reír.

—La novia de tu mejor amigo. No me sorprende.

—Cariño, sé que esta noche va a ser un poco abrumadora, pero te aseguro que son todos muy normales y agradables. Te caerán bien. Y no me alejaré mucho de tu lado.

—Eso me gusta.

Me levantó la mano y me la besó.

—A mí también.

Me quedé asombrada cuando atravesamos la verja de entrada y accedimos al complejo. El edificio donde se celebraba la fiesta era impresionante. Al acercarnos oímos las risas y la música a todo volumen. El interior resultaba espectacular. La sala era grande y espaciosa, con techos altísimos y unas vistas impresionantes. Había comida y bebida preparadas. La gente se movía de un grupo a otro para charlar. Luc se detuvo a menudo, para abrazar y saludar, y después me iba presentando. Todos se mostraron hospitalarios y amables, y me dieron una calurosa bienvenida, pero me resultó abrumador, tal como me había advertido Luc. Nunca me había visto en una situación parecida. Me había explicado que todos eran amigos que se convirtieron en una «familia elegida», tal como él los llamaba. El heterogéneo grupo lo integraban cuatro generaciones. El amor saltaba a la vista; impregnaba la estancia, y su alegría resonaba mientras reían y hablaban, con un volumen de ruido increíble. Me sentí a la deriva, insegura de mí misma, una desconocida en esa habitación llena de gente que se conocía. Le aferré la mano con más

fuerza mientras recorríamos la estancia.

Luc se rio al verme la cara y me dio un apretón en la mano.

—Ah, aquí está el homenajeado.

Richard entró en ese momento, y fue evidente que la fiesta lo sorprendió, porque tenía los ojos como platos mientras abrazaba con fuerza a su mujer y le demostraba su afecto sin reparo alguno. Era sociable y amistoso, abrazaba a todo el mundo, aceptaba palmadas en la espalda y burlas con buen humor. Oí su voz grave cuando habló y capté el afecto que demostraba al saludar a los demás. Era un hombre guapo, alto y fuerte. No paraba de reírse a carcajadas, sonreía de oreja a oreja y saltaba a la vista que lo querían mucho. Me asaltó una sensación extraña mientras lo observaba. Me sonaba su cara. Supuse que se debía a que conocía a su hija Heather, o tal vez a que había asistido a uno de los eventos que yo organizaba. Sin duda era por eso.

Nada me preparó para el surrealismo de lo que sucedió a continuación.

Lo vi abrazar a Luc mientras yo saludaba a Reed y a Heather, agradecida al ver a dos caras conocidas. Después me volví para saludar a Richard. Mientras Luc me lo presentaba, sentí que algo se tensaba en mi interior. Me recorrió de nuevo esa sensación extraña cuando nuestras miradas se encontraron. Me puse nerviosa, sentí miedo. Como si estuviera al borde de un precipicio, a punto de caer sobre algo que no alcanzaba a explicar. Sus ojos me resultaban muy familiares, y tardé un momento en comprender el motivo. Eran tan raros como los míos.

Derrochaba un encanto innato. Saludó a Luc con cariño, y su alegría al verlo fue manifiesta. Yo sabía que Luc los consideraba a todos de su familia, y dado que yo nunca había experimentado nada parecido a lo que se respiraba en esa habitación llena de amor, ya me sentía bastante descolocada y abrumada cuando Richard me tendió la mano para estrechármela. Esa mano grande, cálida y fuerte se cerró en torno a la mía.

Bajé la mirada hacia nuestras manos unidas, y lo que vieron mis ojos incrédulos me golpeó en la misma medida que lo había hecho el parecido de nuestros ojos y cambió mi mundo por completo. A Richard se le había subido la manga de la chaqueta, dejando al descubierto el puño de la camisa. Que llevaba un monograma negro. Una imagen que reconocí porque la tenía grabada a fuego en la memoria.

«¿Es tuya, mamá?».

«No. Era…, era de tu padre».

Esas palabras empezaron a darme vueltas en la cabeza y, por un instante, solo acerté a quedarme mirando, embobada. Era imposible que estuviera viendo aquello. Pero allí estaba. El mismo monograma que había mirado con anhelo de niña y por el que me había preguntado ya de adulta. Miré la mano de Richard, con esos dedos largos y elegantes para un hombre. Se parecían a los míos. Mi madre siempre se había quejado de sus dedos cortos.

Retiré la mano y me la limpié en el vestido antes de enfrentar la mirada desconcertada de Richard. Esos ojos tan iguales a los míos se clavaron en mí, y sentí que me mareaba. Mis ojos eran rasgados, como los de mi madre, pero el color era el de ese hombre. La estancia empezó a dar vueltas a mi alrededor, y se me aceleró el corazón. Se me secó la boca, y solo quería salir corriendo. Quería gritar. Sentía un cúmulo de emociones descontroladas. No sabía qué hacer a continuación, pero la mujer de Richard apareció en ese momento, con un plato de comida para él, y se presentó. Parecía muy agradable y natural. Tanto su hija como su marido la adoraban. Verlos juntos hizo que me ardiera la garganta. Sentir el amor que se profesaban. Y la seguridad de dicho amor me golpeó como una bola de demolición.

Me embargó la ira. Un odio inesperado me corrió por las venas, pero lo controlé. Ver a

Heather rodearlo con un brazo y llamarlo «papi» fue la gota que colmó el vaso. Me disculpé y fui en busca de una copa para calmarme y pensar sobre lo que acababa de suceder. A lo mejor el monograma era solo la marca de la camisa. Había muchas personas con ese color de ojos tan raro que tenían Richard y su hija. A lo mejor todo eran coincidencias. Tal vez solo estaba reaccionando a las ya de por sí abrumadoras sensaciones de verme rodeada por esas personas que se consideraban familia. Pero cada vez que lo miraba y él me miraba a los ojos, algo en mi interior me decía que mi primera reacción era correcta.

Acababa de conocer a mi padre, y él no tenía ni idea de quién era yo.

14

ASHLEY

Otro pensamiento me asaltó mientras caminaba hacia la puerta. Si era mi padre, eso quería decir que allí tenía hermanastros: Heather, con los ojos iguales que los míos, era una de ellos. Eso hizo que me tambaleara, de modo que apreté el paso, porque necesitaba huir de allí.

Salí al patio e inspiré el aire fresco nocturno mientras me decía que no debía sacar conclusiones precipitadas. Seguramente hubiera cientos de ejecutivos que llevaban camisas con los puños bordados. Que tenían los ojos verdosos. Debía calmarme y pensar con claridad. ¿Qué probabilidad había de encontrar a mi padre, así de repente?

Luc apareció a mi lado.

—Oye —susurró—, ¿qué ha pasado ahí dentro?

—Lo siento. Me he mareado. Yo…, es que no he almorzado y, de pronto, ha empezado a darme vueltas la cabeza.

Se preocupó al instante.

—Ahora mismo te traigo un plato con comida. Tú quédate aquí sentada.

Se alejó a toda prisa, y me acerqué a la ventana, donde mis ojos localizaron a Richard de inmediato. Estaba riendo y hablando, y no parecía afectado por nuestro encuentro. Desde luego, no le había afectado como a mí. Me miró a través del cristal, con el ceño fruncido por el desconcierto. Levantó una mano y se la pasó por el remolino que tenía en el pelo, alisándoselo. Otro parecido: tenía el remolino justo donde lo tenía yo. Ese remolino me había frustrado desde siempre, porque era imposible domarlo. A esas alturas de la vida, gracias a un producto muy caro y a la plancha, ya lo había controlado, pero ahí estaba. En el mismo sitio que el suyo.

Tuve que darle la espalda antes de hacer algo estúpido y precipitado. Cuando Luc volvió, nos sentamos, y me obligué a comer y charlar.

—Menudo grupo.

Se rio entre dientes mientras masticaba la carne asada que se había metido en la boca.

—Pues sí.

—No te lo he preguntado antes —dije, intentando parecer indiferente—, pero supongo que todos tienen apellidos distintos.

—Sí. A veces no sé quién es quién. Hay Ridge, Callaghan, Riley, Matthews… —Agitó una mano—. Se me olvidan algunos. Y claro, luego está Reed, que es un Morrison, y los VanRyan.

—Supongo que ese es Richard —repliqué con tranquilidad.

—Ajá.

Richard VanRyan. RVR. Estaba segura de que esas eran las iniciales de la camisa.

—Mmm…, ¿van a venir los otros hermanos de Heather?

—Sí. Acabas de conocer a Gracie, la de la niña y el marido sobreprotector. Gavin estaba escondido para sorprender a su padre. Matthew y Penny no han podido venir, pero harán una aparición vía Zoom más tarde.

Tragué saliva al recordar nuestra breve conversación en el coche. Tenía otros cinco hijos. Cinco a los que quería. Solo uno a quien no quería. A mí.

Conseguí que no se me quebrara la voz mientras preguntaba:

—¿Mañana tienes lo del golf?

Él asintió con la cabeza.

—¿De verdad tienes que trabajar?

—Sí. Debería terminar a eso de las cuatro, así que me reuniré contigo en el hotel.

—Perfecto.

—Deberías haberte quedado aquí a pasar la noche y yo habría vuelto sola, conduciendo.

Negó con la cabeza y se inclinó para besarme.

—¿Y perder la posibilidad de pasar más tiempo contigo? No.

—¿Te quedas conmigo esta noche?

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Como si fuera a negarme a estar contigo, cariño mío. Ni de coña.

—Pues vamos a acabar de comer y luego entramos para charlar con los demás un rato antes de irnos —dije en voz baja. Quería salir de allí cuanto antes. Necesitaba aclararme las ideas.

—En cuanto podamos sin parecer groseros.

—Vale.

Tardamos más de lo que me hubiera gustado. Intenté comportarme con normalidad, aunque no me sentía nada normal. Tenía mil pensamientos dándome vueltas en la cabeza. Estaba intranquila y nerviosa. Aunque procuraba resistir la tentación, no dejaba de mirar a Richard, de observar cómo interactuaba con su mujer y su familia, el amor y la preocupación que les demostraba, la facilidad con la que ofrecía su afecto.

No nos había querido ni a mi madre ni a mí. Mi madre me dijo una y otra vez que él no quería hijos. Que nunca me querría. Que era incapaz de querer a nadie.

¿Qué había cambiado? ¿Por qué nunca fue a buscarme?

Estuve oscilando entre la tristeza y la rabia toda la noche. Si nuestras miradas se encontraban, afloraba la rabia. Quería gritarle, exigirle respuestas, pero sabía que no podía hacerlo. Mi rabia no iba dirigida ni a su mujer ni a sus hijos. Sentía envidia del amor que les demostraba, de la veneración que ellos le tenían. Recordé el sueño infantil de llevar a mi padre al colegio. Richard representaba el ideal que había tenido en la cabeza hacía tantos años.

Fue un alivio cuando Luc se reunió conmigo y me rodeó la cintura con un brazo.

—¿Lista para irnos? —me preguntó con el ceño fruncido—. Sigues un poco pálida, Ash. ¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien. Vámonos.

Ya en el coche, contuve las ganas de sonsacarle más información sobre Richard y su familia. En cambio, hablamos de otras cosas: de lo ocupado que estaba en su nueva empresa, de un nuevo programa informático que estaba desarrollando, de un gran evento que yo iba a organizar dentro de dos semanas.

Cuando llegamos a casa, mi ansiedad se había reducido. No tener que ver a nadie de la familia VanRyan a mi alrededor, seguros del lugar que ocupaban en el mundo, ayudó. Sin embargo, aún estaba nerviosa y, en cuanto entramos, me abalancé sobre Luc, que cayó de espaldas contra la pared, y me apoderé de su boca para besarlo. Él gimió, me abrazó y me levantó del suelo, haciéndose con el control. Sentí el calor de su boca, que todavía conservaba el sabor de la tarta que habíamos comido antes de marcharnos: especias y canela con el dulzor de la cobertura. Me aferré a sus hombros, le tiré del pelo y me pegué a él todo lo que pude.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Cierra la boca y fóllame, Luc —lo interrumpí, metiendo una mano entre los dos para acariciar su erección.

La pasión ardía en sus ojos y su deseo era evidente.

—Tú te lo has buscado.

En un abrir y cerrar de ojos, estaba desnuda en la cama. La ropa de Luc desapareció tras él mientras se tumbaba a mi lado. Nos besamos y acariciamos, sin detener en ningún momento la exploración de nuestras manos. Nos besamos y nos lamimos. Me acarició la clavícula con los dientes y descendió hasta llegar a mis pechos, por los que pasó la lengua tras darme mordisquitos. Me puso una mano entre las piernas y gimió.

—Dios, estás empapada.

—Te deseo —susurré. Necesitaba que me la metiera, que desterrase todo el caos que tenía en la cabeza. Quería perderme en él.

Me acarició el clítoris con movimientos circulares antes de introducirme dos dedos hasta el fondo. Gemí cuando añadió un tercero y empezó a hundírmelos y a sacarlos con fuerza para acariciarme el clítoris con el pulgar con un ritmo intenso. Cuando me metió un dedo en el culo, me tensé por entera y estallé. Grité cuando él se incorporó y me colocó de un tirón sobre sus muslos para metérmela de golpe. Empezó a moverse con frenesí a la vez que me aferraba las caderas con las manos para inmovilizarme. Me perdí en un mar de sensaciones. Su dura e implacable invasión. Esas manos que me sujetaban. La intensidad de su cara mientras me follaba, dándome justo lo que necesitaba en ese preciso momento. Que me sometiera, que me poseyera. Me dobló una pierna, cambiando de postura, para penetrarme más, y eso me provocó otro orgasmo arrollador. Explotó sin previo aviso, como una bomba, y la metralla se me clavó por dentro y por fuera, como tentáculos de placer mezclados con dolor. Grité, y el sonido agudo reverberó en las paredes. Él gimió de placer, echó la cabeza hacia atrás soltando un taco y masculló mi nombre, mientras los músculos del cuello se le tensaban. Dejó de moverse, inclinó la cabeza hacia delante y empezó a respirar con dificultad. Despacio, me bajó la pierna y salió de mí, haciendo que me sintiera vacía sin él. Se quedó justo encima de mí, ya mitigada la pasión. Controlada. Me dio un beso largo en la boca, acariciándome con la lengua. Me dejó un reguero de besos en las mejillas, los ojos y la nariz antes de besarme de nuevo en la boca.

—¿Qué te ha parecido eso? —me susurró con una sonrisa traviesa.

—De diez.

Me acarició el cuello con la nariz, apartándome el pelo para besarme detrás de la oreja. Se acomodó a mi lado y tiró de mí para que me tumbara sobre su torso. Nos quedamos en silencio un rato, mientras nuestras respiraciones se calmaban.

—Te quiero —dijo; unas palabras sencillas y perfectas. Me encantaba su franqueza, su insistencia en decir lo que pensaba—. Sé que es pronto, pero me apetece que lo sepas, Ashley. Te quiero —repitió.

Una sensación cálida se apoderó de mi pecho, porque su declaración borró el dolor y la confusión que me habían abrumado durante las últimas horas. Me hicieron sentir completa. Perfecta. A salvo para decirle lo que sentía. Le besé un hombro y me acurruqué contra él.

—Yo también te quiero.

Luc se fue a primera hora de la mañana y se despidió dándome un beso en un hombro. Durante la noche me hizo el amor de nuevo, despacio y con ternura, expresando una vez más lo que sentía por mí. Después de marcharse, repasé sus palabras mentalmente, atesorándolas como si me abrazaran con fuerza. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien me dijo algo así. Mi madre era maravillosa, y estuvimos muy unidas, pero no le resultaba fácil expresar sus sentimientos. De modo que aprendí a enseñarle al mundo una versión más reservada de mi persona, pero con las personas con quienes mantenía una relación más estrecha me mostraba más abierta. Me gustaban los abrazos, las caricias y las palabras. Luc me lo daba todo sin

limitaciones. Tuve que apartar la idea de que había visto a Richard hacer todo eso con su familia. Yo no me parecía en nada a ese hombre.

Me levanté, me preparé café y cogí el portátil. Escribí el nombre de Richard en el motor de búsqueda y esperé mientras se cargaban los resultados. Descubrí un montón de cosas relacionadas con su trabajo: sus premios y sus logros. Su brillante carrera en publicidad. Pero mantenía en privado su vida personal. Había alguna que otra foto de él con su mujer, Katy; con su jefe, Graham Gavin; o con otros compañeros de trabajo. Algunos artículos sobre sus hijos. Grace era abogada. Heather, diseñadora. Las dos trabajaban para ABC Corp., una filial de BAM. Richard y Katy tenían otra hija casada con un aristócrata inglés vagamente relacionado con la monarquía. Un hijo que era director de operaciones en Alberta, en una empresa que no tenía nada que ver con BAM ni con ABC. El hijo menor era médico. Prácticamente no había nada sobre su mujer. Analicé las fotos que había de ellos juntos. Katy VanRyan se había mostrado amable y natural conmigo. De una belleza sutil al lado de su apuesto y fuerte marido. Afectuosa con sus hijos, con sus amigos y con su marido. Parecía feliz…, todos parecían felices. Contentos con sus vidas. Ajenos a mi existencia.

Me froté la cara con las manos y cerré el portátil. Necesitaba más información… y había una persona que sabía que podía ayudarme. Aunque no iba a hacerle gracia que se lo pidiera.

Mi evento se alargó más de la cuenta y, cuando por fin terminé, hice el trayecto en coche hasta Port Albany y me reuní con Luc; estaba agotada. Él había alquilado una suite para el fin de semana y me preparó un baño cuando llegué, allí me llevó una copa de vino, que dejó en el borde de la bañera.

—He pedido pizza. Esta noche podemos relajarnos.

—¿No quieres salir? ¿No hay despedida de soltero?

Negó con la cabeza.

—Hoy ha sido la despedida de soltero. A Reed no le van las cosas normales…, creo que a ninguno de ellos les van. El día de golf ha sido muy entretenido. —Se sacó el móvil y empezó a revisar las fotos para enseñarme algunas, arrancándome carcajadas mientras me explicaba las chorradas que se veían en ellas. Se me atascó la risa en la garganta cuando vi una foto de Reed y Luc con Van y Richard. Todos miraban muy sonrientes a la cámara, cuatro hombres guapísimos, despreocupados y divirtiéndose. Miré fijamente la foto, y de alguna manera me vi reflejada en la cara de Richard.

¿Cómo era posible que nadie más lo viera? ¿Me lo estaba imaginando?

—¿Qué pasa? —me preguntó Luc.

—Nada.

Me quitó el móvil y miró la foto.

—Ashley, cariño, se me da muy bien interpretar las caras de los demás, así que sé que mientes. Es Richard. Ayer creía que te ibas a desmayar cuando lo conociste, y acabas de ponerte mala de nuevo con solo ver una foto suya. ¿Lo conoces de antes?

—No.

—¿Y a qué viene esa reacción? ¿Te dijo algo que te molestó?

—No.

—Pero es Richard quien te tiene así.

Tomé una honda bocanada de aire.

—Sí.

Él levantó una ceja, a la espera de que continuase.

Doblé las rodillas y me llevé las piernas al pecho, haciendo que el agua rebosara por el borde de la bañera.

Lo miré a los ojos. Solo vi cariño y comprensión. Preocupación.

—Creo… —Tragué saliva—. Creo que Richard VanRyan es mi padre.

15

ASHLEY

Luc estaba sentado delante de mí, con la vista clavada en la camisa que yo me había llevado de casa, acariciando la tela amarillenta con gesto pensativo. Escuchó todo lo que dije sin hacer comentarios ni interrumpirme. Al final me quedé callada y esperé a que lo asimilara todo.

—Tu madre vivía en Ontario.

—Vivió en la Columbia Británica unos años. Viajaba mucho como modelo.

Levantó la manga de la camisa.

—Podría haberla comprado en una tienda de segunda mano.

—O se la quitó a Richard.

Me miró fijamente.

—Tienes los ojos del mismo color, desde luego.

Levanté la mano.

—Tengo el mismo remolino en la frente. Tengo los dedos larguísimos. Y él también. Mi madre los tenía cortos.

—Todo esto podrían ser coincidencias.

Negué con la cabeza.

—No lo creo.

Se acomodó en el asiento.

—Uf, esto no me lo esperaba. Con razón anoche estabas tan mal.

—Lo supe en cuanto me estrechó la mano.

—¿Por qué no te dijo tu madre su nombre?

—Mi madre siempre se negó a darme información sobre él. Solo me dijo que no nos quería y que era un hombre horrible.

Luc frunció el ceño.

—Ese no es el Richard que yo conozco, pero Heather ha dicho en más de una ocasión que su padre tuvo un pasado tumultuoso.

Suspiré.

—Creo que ese pasado me incluye a mí. No tuvo nada que ver conmigo, la hija no deseada. Pasó página y se casó con otra. Tuvo una gran familia feliz. Mi madre y yo estuvimos solas. Pasando apuros —dije con voz amargada, y las palabras me dejaron un regusto triste y pesado en la boca—. No retomó su carrera de modelo después de tenerme. Ya no era perfecta. —Solté una carcajada seca—. Supongo que también arruiné eso.

—Ya vale. —La firmeza de su voz hizo que levantase la cabeza—. Tú no arruinaste la vida de tu madre. Y si Richard no formó parte de tu vida, él se lo perdió. —Se inclinó hacia delante—. Admito que me cuesta imaginarlo rechazándote, porque sé la clase de hombre que es hoy. Pero no sé cómo era antes de que tú nacieras. En cuanto a tu madre y su vida, solo ella podría explicarlo. Tomó sus decisiones, pero dudo que se arrepintiera de haberte tenido.

Suspiré y me envolví mejor con el albornoz. La pizza llegó poco después de que yo soltase mi bomba. Salí de la bañera, y aunque Luc sirvió más vino, ninguno había tocado la caja de la pizza.

—¿Qué necesitas? —me preguntó.

—Tu pericia. En internet solo encuentro cosas actuales. Necesito información sobre Richard y mi madre. Tiene que haber fotos antiguas. Mi madre era una modelo de bastante éxito. Él era un máquina en publicidad. Seguro que hay algo… —Dejé la frase en el aire.

Asintió con la cabeza.

—Investigaré. —Se echó hacia atrás en el asiento mientras tamborileaba con los dedos—. ¿Has buscado sus nombres juntos?

—No —contesté—. Por separado.

—Empezaré por ahí.

—De acuerdo.

Me observó con detenimiento.

—¿Quieres echarte atrás en lo de la boda? Lo entenderé si lo haces.

—No, iré. Soy capaz de controlarme. Esta vez estaré preparada.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó—. Si puedes demostrar que es tu padre, quiero decir. ¿Enfrentarte a él?

—No lo sé —contesté con sinceridad—. Ha sido todo muy repentino. —Miré la camisa—. Si no hubiera visto el monograma bordado, no lo habría sabido nunca. Habría pensado que lo del color de los ojos y cualquier otro parecido eran simples coincidencias. —Me froté los ojos—. Casi me gustaría no haberlo visto. Detesto esta rabia.

—¿Por qué te sientes así? Explícamelo.

—Porque rechazó a mi madre. Me rechazó a mí. Mi madre dijo que no quería hijos. Que no los deseaba y ahí está, rodeado de su gran familia, todos muy seguros del lugar que ocupan, de su amor. Pero por algún motivo decidió no amarme a mí. Me siento como un niño delante de un escaparate de una tienda de caramelos, incapaz de entrar para comprar algo. Viendo a todos los demás. —Se me quebró la voz—. No sé por qué no fui lo bastante buena.

—Puede que haya algo más en la historia. A lo mejor él se puso en contacto. A lo mejor no pudo encontrarte. A lo mejor ni siquiera lo sabía —replicó Luc en voz baja.

—Eso no es lo que dijo mi madre. Dijo que no nos quería —insistí—. Mi madre jamás me habría mentido.

Luc se puso en pie, se inclinó y me besó en la coronilla.

—No estoy defendiendo a Richard, cariño, pero el hombre que describes no es el mismo hombre que yo conozco. Y siempre hay dos versiones de la misma historia. Intenta recordarlo.

Echó a andar hacia la mesa y abrió la caja de la pizza. Se sentó y abrió el portátil con una porción en una mano.

Bebí un sorbo de vino, sin rastro de hambre.

La parte racional de mi mente me decía que tenía razón. Sin embargo, mi corazón y las emociones desgarradoras que sentía iban por libre.

Heather era una novia preciosa, y Reed estaba tan contento que me hizo sonreír. Observé con disimulo a Gracie y a Heather, fijándome en lo unidas que estaban a la vez que reparaba en más parecidos entre nosotras.

Mis hermanastras. Qué idea más rara. Descubrir que había unas personas que podían ser mi familia era desconcertante.

Katy parecía feliz y relajada, pero la aparente emoción de Richard me sorprendió. No me lo imaginaba como una persona de las que lloraban en las bodas. Sostuvo la mano de su esposa durante toda la ceremonia y no se apartó de ella una vez que terminó.

Me sentía tensa, pero me relajé un poco cuando Luc se reunió conmigo después de la sesión de fotos. Agradecí que no fuera la típica boda con cena y largos discursos. Luc se sentó, me besó la mejilla y me pasó los dedos por el mentón.

—¿Cómo vas, cariño?

—Estoy bien.

—Estás preciosa. Este vestido te sienta de maravilla.

Sus palabras me arrancaron una sonrisa. Siempre me hacía cumplidos, me pusiera lo que me pusiera. Pero ese vestido me gustaba. Era elegante y bonito. Ajustado en el torso, con un escote alto y mangas abullonadas en los hombros y ceñidas en los brazos, rematadas con un coqueto volantito justo por debajo del codo. La tela era de color gris perla con un estampado de toile francés azul y una raja muy sexy en un lado. Llevaba el pelo suelto y, como de costumbre, pocas joyas; unos sencillos pendientes que eran de mi madre y una pulsera en la muñeca. Los zapatos de tacón alto me hacían más alta todavía. Me había maquillado un poco más de lo normal para disimular la noche en vela y los nervios.

Me esforcé a conciencia para obviar el secreto a voces, pero mis ojos se desviaban una y otra vez hacia el feliz clan VanRyan. Observé con detenimiento a todos y cada uno de ellos, reparando en los parecidos entre nosotros. Cada uno de ellos tenía alguna característica de su padre que parecíamos compartir. Un rasgo común era el remolino en la frente que teníamos todos. Por mucho que lo planchara, nunca conseguía que ese mechón de pelo quedara tan liso como el resto. Al parecer, ninguno de ellos podía lograrlo tampoco. Mi mirada se cruzaba a menudo con la de Richard; la suya interrogante y desconcertada, y la mía furiosa y acusadora. Bailé con Luc, picoteé un poco del plato que tenía delante y me obligué a sonreír. Pasé de ellos y de él lo mejor que pude.

Hasta que me resultó imposible.

Heather y Reed se acercaron y se sentaron a charlar con nosotros. Me mostré educada y tranquila, y les dije que la ceremonia había sido muy bonita y que ella estaba muy guapa. Luc le preguntó a Reed por algo, y Heather aprovechó ese momento para sonreírle a alguien que había detrás de mí mientras negaba con la cabeza.

—Hola, papi. Me duelen demasiado los pies como para seguir bailando. —Señaló el suelo, donde estaban sus zapatos, abandonados.

Richard se rio por lo bajo.

—Tranquila, tesoro. He pensado que podía invitar a Ashley a bailar un rato. Ya la has acaparado bastante, Luc.

Se me tensaron los hombros mientras los demás se reían. Richard me tendió una mano, una especie de reto silencioso que esperaba que yo rehuyera.

Me puse en pie y lo seguí a la pista de baile. Apenas me sujetó, sin duda porque percibió mi tensión.

—¿Te lo estás pasando bien? —me preguntó como si tal cosa.

—De maravilla —mascullé mientras miraba por encima de su hombro.

—Tengo entendido que eres organizadora de eventos. ¿Te gusta?

—Sí.

—¿Así conociste a Luc?

Me tragué la rabia que empezaba a ahogarme.

—Sí.

—Parece coladito por ti.

—¿Algún problema con eso?

Me hizo girar antes de acercarme de nuevo a sus brazos. Debía reconocer que era un buen bailarín.

—En absoluto —negó—. Aunque intuyo que para ti sí podría serlo.

—Mi relación con Luc no es de su incumbencia —mascullé al tiempo que le miraba la mano,

atisbando un trocito del monograma negro oculto por la manga de la chaqueta.

Él levantó una ceja, sorprendido por mis palabras.

—Conozco a Luc desde que era pequeño. Forma parte de esta familia —replicó—. Es la primera vez que nos presenta a una chica. Me limito a comentar lo que veo.

—¿Y ha visto algo más? —pregunté con sarcasmo.

Nuestros ojos se cruzaron por un momento, de un color muy parecido. Los suyos se veían más verdes en ese momento, y estaba segura de que los míos también. Siempre parecían verdes si estaba enfadada.

—¿Nos conocemos de algo? —me preguntó sin rodeos.

—No.

—Sin embargo, noto que te caigo mal. ¿A qué se debe? ¿Te he insultado sin querer de alguna manera?

Tuve que cerrar la mano con fuerza para no abofetearlo.

—Le aseguro que cuando insulta a la gente no es sin querer, señor VanRyan.

Se tensó por completo.

—No te entiendo.

Dejé de bailar y me aparté de él, pero seguí hablando en voz baja y mantuve una sonrisa falsa en la cara.

—Me lo creo. Nunca lo ha entendido. Siga disfrutando con su familia —dije, casi con ferocidad. Después añadí en voz más alta y con una falsa alegría—: Gracias por el baile. Me duele la cabeza. Discúlpeme.

Me alejé a toda prisa, rezando para que no me siguiera.

Luc me llevó de vuelta al hotel, y subimos la escalera en silencio. Una vez en la habitación, me volví hacia él.

—Vuelve a la fiesta y pásatelo bien.

Meneó la cabeza.

—Me quedo contigo. La boda es informal y terminará dentro de un par de horas más o menos. La feliz pareja se va ya a Toronto, y la fiesta se dividirá en grupitos. Los padres siempre se quedan un rato más y beben, llorando porque sus niñas se han casado. Son…

Dejó de hablar de repente, pero yo negué con la cabeza.

—No pasa nada, Luc. No me molesta que hables de tus amigos.

Se sentó, se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata.

—Es raro. Me he descubierto mirando a Heather y a Gracie, incluso a Richard, buscando el parecido entre vosotros.

—¿Y has notado algo?

—Sí. Los ojos, un no sé qué en la sonrisa, el remolino de tu pelo. Veo más parecido con Heather que con Gracie. Creo que ella se parece más a Katy.

Asentí con la cabeza.

—Tú eres más alta y delgada…, tu constitución se parece más a la de Richard.

—Mi madre también era así.

Abrió su portátil y me hizo un gesto para que me sentase a su lado. Cuando lo hice, esperé a que el ordenador arrancara y después me enseñó algunas imágenes.

—Son antiguas, y tuve que rebuscar mucho, porque la prensa no les prestó mucha atención. Pero he encontrado algunas fotos de tu madre y de Richard…, juntos.

Miré las fotos que había guardado. Una versión mucho más joven de Richard y de mi madre

aparecía en las tres fotos, tomadas sin duda en eventos nocturnos. Mi madre tenía el pelo de un color castaño dorado en dos de ellas y en otra se veía más oscuro, como el mío. En todas llevaba unos vestidos preciosos, iba maquillada a la perfección y estaba guapísima. Richard la acompañaba ataviado con un traje oscuro y con corbatas de colores apagados sobre el blanco níveo de las camisas. La última imagen me dejó sin aliento. Era evidente que la habían hecho al final de la noche. Richard llevaba la chaqueta doblada sobre un brazo, y la cámara había captado el monograma bordado en el puño, el hilo negro sobre el blanco.

Estaban posando en todas las fotos, mi madre relajada y segura delante de la cámara. Richard era guapo, pero de aspecto estoico y serio. La sonrisa no le llegaba a los ojos. Estaban el uno al lado del otro, con él rodeándole la cintura sin apretar demasiado, pero nada indicaba una relación estrecha ni afecto entre ellos. Se me hacía raro pensar que estaba viendo fotos de mis padres.

—Richard tenía reputación de mujeriego por aquel entonces —susurró—. También de ser una persona muy difícil con la que trabajar.

—¿Debería preguntar cómo las has encontrado?

—Tengo mis métodos. Su pasado era mucho más agitado que su presente.

Miré de nuevo la pantalla, concentrándome en las imágenes.

—Estas son del año que te concibieron —siguió él en voz baja—. He investigado un poco más y he descubierto que tu madre rescindió su contrato con la agencia de modelos y con su agente ese mismo año, y que se trasladó a Ontario. Abrió su propio negocio dos años después, pero solo funcionó unos tres años. Después trabajó en el sector público.

Asentí con la cabeza, incapaz de apartar los ojos de las fotos.

—Quería mejorar el mundo de las modelos. En cuanto se quedó embarazada y empezó a engordar, la tacharon de «inservible». Quería representar a las modelos embarazadas, a las de tallas grandes, a las que no eran totalmente perfectas. —Suspiré—. En aquel entonces era demasiado pronto para ese cambio. Perdió muchísimo dinero y tuvo que cerrar. Empezó a trabajar como asesora fiscal. Ya tenía experiencia en el ramo: sus padres insistieron en que tuvieran un plan B para lo de ser modelo. Trabajó allí durante el resto de su vida.

—¿Qué pasó?

—Cáncer —contesté sin rodeos.

Me frotó el brazo.

—Lo siento, cariño. Sé que esto debe de ser duro para ti.

—Es… inesperado —repliqué.

—Déjame investigar un poco más. Después hablaremos y te ayudaré a trazar un plan.

Asentí con un gesto distraído de la cabeza, con la mirada clavada en las fotos de mi madre. Era jovencísima, guapísima. Richard sin duda era guapo, hasta estaba bueno de joven, pero parecía distante. Frío.

Tal como mi madre lo había descrito.

Luc se puso en pie.

—Necesito nadar un rato en la piscina del hotel para despejarme y luego una siesta. ¿Te apetece acompañarme? —me preguntó, levantando una ceja.

—Puede que en la siesta —contesté—. No me he traído bañador.

Me besó en la cabeza.

—Vale. Vuelvo dentro de un rato.

La habitación del hotel parecía demasiado silenciosa. Me cambié y me senté, mirando de nuevo las fotos, con la cabeza llena de preguntas. Miré la camisa. ¿Se la habría llevado mi madre después de una noche de pasión o se la habría dado Richard?

Me froté las sienes. Necesitaba respuestas.

Llevada por un impulso, me levanté y cogí la camisa. Solo había una persona que podía ofrecerme las respuestas que quería, y estaba a poca distancia. Le escribí una nota a Luc, con la esperanza de que no se enfadara mucho, y me subí al coche.

Diez minutos después estaba de vuelta en el Hub. Oía las voces y las risas procedentes del patio, de modo que salí antes de perder el valor y cambiar de opinión.

Las parejas se habían sentado alrededor de dos mesas, en una los hombres y en otra las mujeres. Había botellas de vino y de licor abiertas, y platos de aperitivos. Todos los hombres estaban fumando puros, y en el aire flotaba el fuerte olor del tabaco.

Me acerqué a la mesa de Richard mientras él me observaba con expresión atenta. Levanté la barbilla y le pregunté:

—Señor VanRyan, ¿puedo hablar con usted en privado?

Para mi sorpresa, negó con la cabeza.

—No, no puedes.

—¿Cómo dice?

—Si tienes algo que decirme, puedes hacerlo delante de estas personas. —Agitó una mano—. Son mi familia y con ellos no hay secretos.

Por un instante se hizo el silencio y la tensión crepitó en el ambiente.

—Me crio una madre soltera —dije, sin dejar de mirarlo un solo momento.

Él se mantuvo en silencio.

—Se negó a decirme quién era mi padre. Solo me aseguró que era un gilipollas engreído, insensible y egoísta al que no quería que me acercase siquiera. También me dijo que, de todas formas, él no querría saber nada de mí. Que no me quería.

Un ceño fruncido sustituyó a la expresión desconcertada.

—¿Y? —preguntó.

—Mi madre murió hace seis años. Nunca me dijo quién era mi padre.

—Lo siento —replicó—. Pero ¿qué tiene que ver eso conmigo?

—En mi partida de nacimiento consta que se desconoce el nombre del padre. Pero mi madre lo conocía a usted muy bien.

—¿A mí? —preguntó él en voz baja.

—¿Le dice algo el nombre de Juliet Brennan? —le pregunté.

Su mujer jadeó, y él mantuvo la expresión desconcertada, aunque impasible. Se puso en pie.

—¿Debería?

—Mi madre tenía una camisa guardada. Recuerdo que la vi una vez cuando era pequeña y le pregunté qué era. Me dijo que era de mi padre. La escondió, y no volví a verla hasta que murió.

Arrojé la bolsa transparente a la mesa, y él clavó la mirada en la camisa doblada, con el monograma bien a la vista. Tocó la bolsa, con la cara demudada por la rabia, antes de apartarla con un dedo.

Nuestras miradas se encontraron, furiosas y vehementes, y me preparé para soportar su ira. Las personas que había insistido en que presenciaran la conversación reaccionaron con resoplidos de sorpresa y soltando palabrotas, y todos los hombres se levantaron de la mesa.

Richard guardó silencio. Por la culpa o por la conmoción, todavía no lo tenía claro.

—Es mi padre —mascullé—. Y lo odio.

Su mujer se tapó la boca. Uno de los hombres se acercó a toda prisa y se colocó a su lado al tiempo que le ponía una mano en un hombro. Lo reconocí de las celebraciones, pero no recordaba su nombre. En ese preciso momento, Luc entró corriendo y se puso a mi lado. Miró

hacia la mesa y dijo en voz baja y trémula:

—Cariño, ¿qué has hecho? Me dijiste que me ibas a dar la oportunidad de seguir investigando.

—No necesito investigar más —repliqué.

—Creo que deberíamos tranquilizarnos un poco —dijo con voz serena el hombre que se había colocado al lado de Richard—. Dejar que los ánimos se enfríen. Y organizar quizá un encuentro en mi despacho.

—¿Y usted quién es exactamente? —le pregunté.

—El abogado de Richard —me contestó—. Especializado en derecho de familia.

Me entraron ganas de reír por la absurda situación. Solo él tendría a un abogado de familia cerca.

—¿Cómo no iba a tener un abogado en el bolsillo? —dije con desdén—. Lo tiene todo, ¿verdad, señor VanRyan? Familia, amigos, dinero… Finge que su vida es perfecta. Que usted es perfecto, cuando los dos sabemos que es cualquier cosa menos eso.

La mujer de Richard se puso en pie.

—Cuidado con cómo le hablas a mi marido, jovencita. No sabes nada de él ni de nuestra familia. Una camisa y unas palabras airadas de tu madre no demuestran nada.

Su voz no admitía discusión, y retrocedí por la furia y el afán protector que demostró a favor de su marido. Luc me rodeó con los brazos y me dijo en voz baja:

—Ashley, respira hondo, por favor. Sé que estás alterada, y tienes todo el derecho a estarlo, pero esto no nos va a servir de nada. —Me acarició la sien con los labios—. Respira, cariño, respira.

Tenía razón, de modo que me obligué a respirar hondo un par de veces. Me abrazó con más fuerza para darme apoyo.

—Halton es miembro de esta familia. No lo tengo en el bolsillo —dijo Richard con voz rara. Pastosa.

—Lo que usted diga —repuse, haciendo caso omiso de sus palabras y, en ese momento, recordé haber oído el nombre del abogado antes.

—Me has estado fulminando con la mirada desde que nos conocimos —siguió Richard con voz más clara—. Ahora entiendo por qué, pero esto no va a resolverse con la ira y señalándome con el dedo. Creo que Halton tiene razón, y quizá debamos encontrarnos en otras circunstancias y no justo después de la boda de mi hija.

Sus palabras hicieron que el dolor me asaltara con más fuerza.

—Claro. Ejerciendo de padre cariñoso con los hijos que ha elegido amar. Qué tierno.

—¡Ya vale! —rugió Maddox de repente—. No sabes nada de él ni de la clase de hombre que es. Y, hasta ahora mismo, Richard no tenía ni idea de tu existencia. Te sugiero que te tranquilices. De hecho, insisto en que abandones nuestra propiedad. Cuando estés preparada para hablar…

Richard levantó una mano, interrumpiéndolo.

—Ya me ocupo yo, Maddox. Ashley, no voy a discutir contigo ahora. Necesito asimilar esto, y quizá podamos reunirnos en otro momento tal como ha dicho Halton.

—Me parece una buena idea —convino Luc al tiempo que me pegaba más a él.

—Tal vez sería conveniente una prueba de paternidad —murmuró Bentley.

—Opino igual —dijo Halton.

Eché la cabeza hacia atrás.

—Lo pensaré.

Richard parecía confuso.

—Si estás tan segura de que soy tu padre, ¿por qué no? Exigiré una prueba antes de ceder y darte lo que estés buscando.

Negué con la cabeza, furiosa.

—No quiero nada de usted. Puede que sea mi donante de esperma, señor VanRyan, pero nunca será mi padre.

Me volví para marcharme, y en ese momento Katy me preguntó con voz temblorosa:

—¿Cuántos años tienes?

Me volví y la miré a los ojos. Vi dolor y preocupación en ellos, y me sentí mal. Esa mujer no me había hecho nada para merecer aquello. Estaba enfadada con su marido, no con ella.

—Soy mayor que Grace, señora VanRyan. Nací antes de que se casara con él —le aseguré, ofreciéndole el único consuelo que podía.

—De acuerdo.

Luc tiró de mí, y permití que me llevara al interior. Volví la cabeza para encontrarme con los ojos de Richard una última vez. Lo había hecho, me había enfrentado a mi padre.

Tuve que apartar la mirada mientras me preguntaba por qué me sentía tan vacía.

16

RICHARD

Halton me estrechó la mano y besó a Katy en la mejilla. Señaló los sillones que había delante de su mesa.

—Sentaos —dijo.

Los días de espera hasta obtener el resultado de la prueba de paternidad se nos hicieron eternos. Katy y yo intentamos comportarnos como si todo fuera normal. A ratos estuvimos incluso a punto de conseguirlo. Entre otras cosas, Gracie y Jaxson nos confirmaron lo del embarazo, momento aquel en el que abracé a mi hija con fuerza.

—Qué noticia tan maravillosa, tesoro —dije con entusiasmo—. ¿Va todo bien? ¿Te encuentras bien? ¿Jaxson te cuida como es debido?

Ella se echó a reír al oírme.

—Papá, casi no me deja hacer nada. Estoy bien. El médico dice que todo va bien.

Jaxson puso los ojos en blanco.

—¿Crees que no iba a cuidarla, Richard?

Le di una palmadita en la espalda.

—Solo quería asegurarme.

Vi que Katy abrazaba a Gracie con lágrimas de felicidad en los ojos. Su emoción me arrancó una sonrisa.

—Vamos a tener niños por todas partes. —Solté una risilla—. No podremos estar nunca en casa con tanta visita.

Jaxson se rio.

—¿Y lo que vas a disfrutar?

—Pues sí.

—¿Ya estás bien? —me preguntó en voz baja.

—Sí, estoy bien —respondí, obligándome a mantener un tono de voz distendido. No pensaba hablar del tema hasta que tuviera el resultado de la prueba.

—Si me necesitas, aquí estoy.

Lo miré a los ojos. Aunque discutíamos y nos poníamos verdes el uno al otro, apreciaba a mi yerno. No debería haberme sorprendido que Gracie se casara con alguien que me recordaba a mí mismo. Era a lo que mi hija estaba acostumbrada. Y Jaxson era un marido excelente.

—Gracias. Y aquí me tienes para enseñarte a ser un buen padre.

Resopló.

—Lo que tú digas.

Hubo más momentos de alegría. Ratos compartidos con nuestros amigos. Otra reunión satisfactoria para Gavin Group. Al concluir esta, di un rodeo y terminé sentado delante de la casa que Ashley compartía con una amiga. El césped estaba verde, había flores atendidas con esmero en un parterre y su viejo Toyota estaba en el camino de entrada, limpio y bien cuidado. Me asaltó con fuerza el impulso de llamar a la puerta. De pedirle que hablara conmigo sin el rencor y la amargura que distorsionaban la imagen que tenía de mí. Pero me contuve y me alejé, extrañamente reconfortado al ver dónde vivía. Era una zona tranquila y bonita, y su casa parecía bien cuidada. Había leído cuanto Reid había encontrado sobre ella, deteniéndome en todos los detalles. Se graduó con honores. Reid encontró algunas fotos, y las examiné, y dado que por fin veía el parecido, me sorprendió no haberlo notado desde el principio. Era una mezcla de su

madre y de mí. El color de mis ojos y mi remolino destacaban al lado de las facciones más femeninas que había heredado de Juliet. Aunque su sonrisa se parecía más a la mía. Ancha y con los dientes bien a la vista. Tenía mi altura y mis manos. Recordaba que Juliet protestaba por sus dedos cortos. Nunca se ponía anillos y llevaba las uñas cortas, a diferencia de muchas modelos que las llevaban largas y pintadas, y a las que les encantaba lucir anillos y pulseras. Juliet prefería los pendientes y los collares para resaltar su largo y elegante cuello, y sus orejas. A medida que pasaban los días, fueron aflorando recuerdos en mi mente, incluido su sentido del humor, y me pregunté si algún día podría compartir esos recuerdos con Ashley.

Halton carraspeó, de modo que dejé mis reflexiones. Necesitaba concentrarme en el presente.

—Tengo el resultado de la prueba de paternidad. Ashley llegará dentro de un instante. ¿Queréis saberlo antes de que esté aquí?

Sentí que Katy me apretaba más la mano.

—¿Soy su padre?

—Sí. La prueba es concluyente, Richard. Eres su padre. ¿Qué quieres hacer ahora?

Sus palabras reverberaron en mi cabeza. Aunque una parte de mí ya conocía la respuesta, la confirmación me sobresaltó de todas formas. Miré a Katy y solo vi amor y comprensión en sus ojos. Le di un apretón en la mano.

—Creo que debemos saber lo que quiere Ashley, Halton.

—¿Qué quieres tú?

Carraspeé y bebí un sorbo del café que su asistente nos había llevado cuando nos sentamos.

—Que no me odie. No quiero ser su enemigo.

—Eso depende de ella.

Asentí con la cabeza para darle la razón.

Sonó el interfono, y Halton se puso en pie.

—Supongo que pronto lo sabremos.

Inspiré hondo y controlé la ansiedad.

—Ya me encargo yo de hablar, Richard. Tú mantén la calma. —Nos miró a Katy y a mí—. Los dos.

Ashley entró, con la espalda muy recta y la cabeza alta. Como era lógico, Luc la acompañaba. Iban de la mano. Ella estaba preciosa, vestida de punta en blanco y parecía tranquila, aunque sus ojos delataban los nervios que sentía. Me puse en pie, al igual que Katy, y los saludé con un gesto de la cabeza.

—Luc, Ashley —dije.

Luc me tendió la mano, y se la estreché. Ashley mantuvo las distancias, de modo que no le tendí la mano, a sabiendas de que no quería relacionarse conmigo.

Nos sentamos todos, y Halton nos miró a los cuatro antes de decir con voz pausada y tranquila:

—Todos sabemos por qué estamos aquí. Tengo el resultado de la prueba, y no te sorprenderá saber que Richard es tu padre, Ashley. —Le acercó un trozo de papel deslizándolo por encima de la mesa—. Esto demuestra la relación. Ya se lo he comunicado a él.

Ella cogió el papel con mano temblorosa. Leyó las palabras y la información de la prueba, después asintió con la cabeza.

Halton se acomodó en su asiento.

—¿Qué te gustaría hacer ahora, Ashley?

—¿Me pregunta en su papel de abogado? —replicó ella al tiempo que se apartaba el pelo por

encima del hombro.

Él extendió los dedos.

—Estoy aquí como miembro preocupado de la familia, de la que ahora formas parte, por cierto. Richard no ha contratado mis servicios, solo me ha pedido que haga posible este encuentro.

Ashley me miró de repente, y nuestros ojos se encontraron por primera vez. Vi recelo y nerviosismo en ellos. Estaba segura de que ella veía lo mismo en los míos. Carraspeé antes de decir:

—Ashley, sé que todo esto te ha pillado por sorpresa. Como a mí. —Me incliné hacia delante con expresión sincera—. No sabía que tu madre estaba embarazada.

—¿Por qué iba a mentirme?

—No lo sé —contesté con sinceridad—. Pero ella tenía razón en algo: cuando me conoció, yo era un hombre frío. Insensible. No era una buena persona, y supongo que quería protegerte de mí.

—¿Qué cambió? —me preguntó, desafiante.

—Conocí a Katy. Me enamoré. Me convertí en una persona distinta.

Puso los ojos en blanco.

—¿El amor lo hizo cambiar? —repuso—. Qué peliculero.

—No sé si es peliculero o no, pero sí sé que tener a Katy en mi vida me hizo mejor hombre.

—No sé si creerlo. Mi madre era una persona honesta. Nunca me mintió.

—En este caso, sí lo hizo.

Ella negó con la cabeza.

—¿Espera que me lo crea?

—No —respondió—, no espero que me creas. No me conoces. Solo conoces el odio que sientes. El odio que las mentiras de tu madre han alimentado durante todos estos años.

—Ni se le ocurra hablar mal de mi madre —masculló.

Levanté las manos.

—No lo hago. Solo cuento mi verdad, de la misma manera que tú cuentas la tuya.

Se inclinó hacia delante con los puños tensos.

—Mi verdad es que crecí sin padre. Vi a mi madre luchar sin descanso. Nunca conocí la seguridad de una familia. Mi verdad es muy distinta de las de sus otros hijos.

Contuve el exabrupto que quería soltar.

—Te repito que no lo sabía.

—¿Y qué habría hecho de saberlo?

Fui sincero.

—En aquel entonces, nada emocional. Le habría dado dinero a tu madre. Quiero creer que te habría buscado cuando tú crecieras y yo hubiera madurado. Que habría intentado ayudar. Tal vez habría procurado entablar una relación contigo. —Me eché hacia atrás, observándola—. No lo sé, Ashley. Nos mintieron a los dos y nos privaron de esa oportunidad.

Ella apretó de nuevo los puños.

—No se atreva —me advirtió.

Luc le cubrió las manos con las suyas.

—Ashley —susurró.

Ella se zafó de sus manos.

—No pienso tolerar que le falte el respeto a mi madre.

—No sé por qué tu madre te dijo que yo lo sabía. No lo sabía —le aseguré con firmeza—.

Tendría sus motivos, y estoy seguro de que para ella eran válidos. Pero ya no está con nosotros para poder preguntárselo. Aunque eso no cambia la situación actual. Ahora conozco de tu existencia. Tú conoces mi identidad. Así que la pregunta es adónde quieres llegar a partir de ahora.

Me fulminó con la mirada.

—¿Qué me ofreces, Richard? —me preguntó, usando mi nombre de repente—. ¿Vas a darme la bienvenida al clan? ¿Organizarás una fiesta en el Hub para anunciar mi existencia? ¿Crees que tus otros hijos me recibirán con los brazos abiertos?, ¿al error secreto de tu pasado?

Sus palabras dieron en el clavo. Me preocupaba la idea de contárselo a mis hijos. Su reacción. Lo que sentirían cuando se lo dijera.

Antes de que pudiera contestar, lo hizo Katy. Con voz serena:

—Nuestros hijos se llevarán una sorpresa al enterarse, pero lo solucionaremos como la familia que somos, porque es lo que hacemos siempre. —Ladeó la cabeza para mirar a Ashley—. Hablé con tu madre varias veces. Era muy guapa. Amable. Hablé con ella después de que Richard… —Tragó saliva—. Después de que tu padre y ella cortaran. Fue a verlo, pero él no estaba en la ciudad. Creo que sabía que estaba embarazada y decidió no decírselo. Se fue de la Columbia Británica poco después. Nunca volvió a ponerse en contacto con él.

—Pues claro que lo defiendes —repuso Ashley.

—Solo te cuento los hechos que conozco.

—Perdona si considero que tus hechos están un poco distorsionados —replicó Ashley con retintín y un tono desdeñoso.

Me puse en pie.

—No pienso tolerar que le faltes el respeto a mi mujer —dije con firmeza, usando las mismas palabras de Ashley—. Sé que estás enfadada y herida. Yo también, así que lo entiendo. Pero necesitamos un punto de partida desde el que podamos avanzar.

Halton nos interrumpió.

—¿Os parece que nos tomemos un momento? Richard, siéntate. —Clavó la mirada en Ashley —. Tú has empezado esto, Ashley. Aunque sospecharas que Richard era tu padre, podrías haberte marchado, y no lo hiciste. Te enfrentaste a él y accediste a una prueba de paternidad, así que supongo que algo quieres. Tienes que decirnos qué es.

Ashley se quedó callada un instante.

—¿Es dinero? —le pregunté, incapaz de mantener la boca cerrada.

—No necesito tu dinero —masculló ella, echando chispas por los ojos.

—¿Qué necesitas entonces? —Me incliné hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas—. ¿Qué quieres, Ashley? —Sacudí la cabeza—. ¿Podemos mantener una conversación sincera?

Ella miró a Luc, que le tocó la mejilla, una caricia íntima y elocuente. Ashley inspiró hondo.

—Siempre he tenido mucho genio. No sabía de dónde me venía, porque mi madre tenía una paciencia infinita.

Esbocé una sonrisilla casi sin querer.

—Supongo que, al igual que el remolino, lo heredaste de mí.

—Estoy furiosa, Richard. Confusa. No sé lo que quiero —reconoció—. Reaccioné al ver tu camisa y darme cuenta de quién podías ser. No debería haber hecho lo que hice.

—¿Y ahora?

—Necesito tiempo para pensar. Ahora que sé que tenía razón, necesito asimilar todo esto a mi modo.

Me eché hacia atrás en el asiento.

—Así que quieres que me aleje de ti. Y ¿qué más? ¿Que espere a que te pongas en contacto?

—Sí. Solo pido algo de tiempo para procesar mis emociones y ordenarlas.

También se parecía mucho a mí en ese aspecto, pero me mordí la lengua y no se lo dije. Asentí una vez con la cabeza.

—¿Te gustaría que nos reuniéramos de nuevo con Halton presente?

—No. Creo que, a partir de ahora, deberíamos mantener las reuniones entre nosotros.

Miré a Halton a los ojos, que me observaba con una ceja levantada con gesto interrogante.

—¿Qué buscas legalmente, Ashley? —preguntó él con voz serena—. ¿Lo tienes claro?

Ella negó con la cabeza.

—Legalmente, nada. No quiero ni tu dinero, ni tu apellido, ni que anuncies mi existencia al mundo ni nada parecido. Solo…

—Solo ¿qué? —insistí, aunque con voz amable.

Algo en sus ojos hizo que el corazón me diera un vuelco. Me recordó a Heather cuando era pequeña y necesitaba consuelo. A Gracie cuando extendía los brazos en busca de un abrazo. Necesitaba seguridad. Seguridad paternal. Pero no estaba preparada para que yo se la ofreciera.

Lo más sorprendente de todo era que tal vez yo sí lo estuviera.

—En ese caso, dejamos la pelota en tu tejado. —Le ofrecí una tarjeta de visita que me saqué del bolsillo—. Tienes mis datos de contacto personales al dorso. Espero tener noticias tuyas.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó, y por primera vez no parecía tan furiosa.

Elegí con cuidado las palabras.

—Voy a tener unas conversaciones complicadas con mis otros hijos. A contarles quién eres.

—¿Y si decido no relacionarme con ninguno de vosotros?

Ladeé la cabeza.

—Eso quiere decir que no lo has pensado con detenimiento. Tu novio es el mejor amigo de mi yerno. Heather ya te caía bien. Tu mundo va a estar muy ligado al mío, al nuestro, aunque solo sea de vez en cuando. —Me puse en pie y ayudé a Katy a hacer lo mismo—. Aunque decidas odiarme el resto de tu vida, deberías conocer a tus hermanastros. Son unas personas increíbles. Podrían formar parte de tu vida, aunque yo no lo haga. —Miré a Katy—. Mi esposa sería otro ejemplo de persona a quien deberías conocer. Es la mejor parte de mí. —Miré a Halton—. Ya hablaremos.

—Nos vemos en el Hub —replicó él con tranquilidad.

—Muy bien. —Hice una pausa para mirar a Ashley y a Luc—. Cuídala, Luc. Es lo que precisa ahora mismo.

Él asintió con un gesto serio de la cabeza.

Ashley no dijo nada.

Salí del despacho con las emociones a flor de piel.

Tenía otra hija. Otro trocito de mí en el mundo.

Una hija que me odiaba.

Y no estaba seguro de cómo cambiarlo.

ASHLEY

Richard y su mujer se marcharon y, durante un momento, el despacho se quedó en silencio. Luc se inclinó hacia mí y me tiró de los dedos, lo que hizo que me diera cuenta de lo fuerte que había estado agarrando los brazos del sillón en el que estaba sentada.

Halton me miró a los ojos, con una expresión que me sorprendió por su amabilidad y comprensión.

—¿Tienes alguna pregunta, Ashley?

—No —mentí. Tenía un millón de preguntas en la cabeza.

Se levantó, rodeó su mesa y se puso delante. Apoyó la cadera en la madera oscura y me ofreció una tarjeta de visita mientras sonreía.

—Este es mi teléfono. El del despacho y el personal. Si se te ocurre algo, llama. A cualquier hora.

—¿Es apropiado? ¿Al ser su abogado y tal?

—¿Estás pensando en emprender acciones legales?

—No.

—En ese caso, recuerda que no actúo como el abogado de Richard. Actúo como un miembro preocupado de la familia que intenta ayudarlo —dijo antes de hacer una pausa—, y también ayudarte a ti en este momento tan difícil y emotivo.

Acepté la tarjeta, incapaz de ocultar el temblor de la mano.

—Ashley —dijo, y esperó a que lo mirase de nuevo a los ojos—. Sé que intentas aceptar todo esto. Pero no estás sola. A pesar de lo que crees, de lo que te han dicho, Richard no es un mal hombre. Siente devoción por su familia.

—Yo no pertenezco a su familia.

Me miró fijamente.

—Creo que, si quisieras, podrías ser un miembro más de ella. Tienes cinco hermanastros. No rechaces conocerlos. Son personas increíbles. Una vez que formas parte de esta amplia familia, es para siempre. No puedo explicarlo. —Miró a Luc—. Creo que Luc podría ayudarte con eso. Si estás dispuesta.

Asentí con la cabeza y me puse en pie.

—Gracias por su tiempo, señor Smithers.

—Halton. O Hal. No hay que ser tan formales. —Me tendió una mano, y titubeé antes de estrechársela—. Si necesitas algo, ya tienes mi tarjeta. —No me soltó la mano—. No rechaces a Richard tan deprisa, Ashley. Te perderías conocer a un buen hombre.

Nos fuimos. La cabeza me daba vueltas y empezaba a dolerme detrás de los ojos.

Una vez en el coche, Luc se mantuvo en silencio, dejándome con mis pensamientos. Llegamos a mi casa, y se volvió en el asiento.

—¿Puedo entrar, cariño?

—Claro.

Una vez dentro, fui a la cocina para preparar café. Pese al soleado exterior, me sentía helada y necesitaba calidez. Luc se sentó tras la alta encimera que separaba la cocina del salón, observándome.

Le ofrecí una taza deslizándola por la superficie, y bebimos en silencio; él sentado y yo, apoyada en la encimera.

—Es raro que estés tan callada, Ashley —me dijo después de soltar la taza.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Quieres compartir lo que piensas?

Me froté los ojos.

—Siempre he querido un padre. Soñaba con eso. Veía que los padres de los otros niños iban a buscarlos al colegio y me ponía celosa. Odiaba el día que los padres iban a clase para hablar delante de todos. —Encogí un hombro—. En mi caso iba mi madre, pero era la única mujer. Eso

hacía que me sintiera más fuera de lugar. Nunca se lo dije porque no quería lastimarla… —Dejé la frase en el aire.

—Y ahora has encontrado a tu padre.

—Creo que, ahora mismo, lo considero un donante de esperma, no mi padre.

Luc soltó un largo suspiro.

—Y eso es lo único que será si no le das una oportunidad.

Solté la taza de café con un golpe seco.

—Sé que lo conoces, Luc. Que Halton lo conoce. A los dos os parece lo más. Yo no estoy preparada para sumarme al club. Abandonó a mi madre. Pasó de mí. No puedo olvidarme de todo como si no pasara nada.

—Dice que no lo sabía.

—Muy conveniente. Mi madre está muerta, así que no hay nadie que pueda llevarle la contraria. A lo mejor lo sabía y solo intenta quedar bien con vosotros.

—A lo mejor deberías dejar de verlo como el malo y darle el beneficio de la duda.

—¿Por qué? —mascullé—. ¿Porque lo veneras? ¿Porque, válgame Dios, es imposible que el hombre al que tanto admiráis haya sido un desalmado? Estoy harta de que cantéis sus alabanzas.

Él negó con la cabeza.

—Nunca te había visto tan enfadada. No escuchas ni piensas más allá de lo que sientes.

Me enderecé.

—¿Qué has dicho?

—Sé que estás alterada, pero acabas de admitir que siempre has querido tener padre. Has encontrado al tuyo. —Meneé la cabeza—. Algunos nunca podremos hacerlo, jamás de los jamases. En vez de intentar verle el lado bueno, estás furiosa y amargada.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Creía que lo comprenderías.

—Y lo hago, cariño, pero creo que tú tienes que entender que no todo es malo en esta situación. Tienes la oportunidad de formar parte de una familia. De conocer a Richard y a su mujer. A tus hermanos.

—Hermanastros —lo corregí—. Siempre seré una intrusa para ellos.

Se alejó de la encimera.

—Estás dejando que la rabia te ciegue. Deja de ser tan negativa. Así no funciona esta familia. Créeme.

—Te estás poniendo de su parte, de la de todos ellos, en vez de ponerte de la mía.

—¡No me estoy poniendo de parte de nadie! —Sacudió la cabeza—. No me escuchas. No estás preparada.

—No sé si lo estaré alguna vez.

—Esta no es la Ashley que conozco, la Ashley a la que quiero —susurró.

—Quizá no soy quien creías que era —repliqué. Nos miramos a los ojos, con la ira y la confusión crepitando entre nosotros—. Creo que deberías irte. Necesito estar sola y pensar.

Él frunció el ceño y abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—Ya sabes dónde encontrarme —dijo sin más.

Asentí mientras intentaba contener las lágrimas.

Se dio media vuelta para alejarse y después me miró por encima del hombro.

—Piénsalo bien, cariño. No desperdicies la oportunidad de tener algo que siempre has querido porque tienes miedo.

—No tengo miedo.

Meneó la cabeza.

—Cariño, ahora te estás mintiendo a ti misma. Tienes tanto miedo que te impide ver la realidad. Me estás echando de tu lado.

—Eres tú el que se va —puntualicé.

—Pídeme que me quede. Prométeme que serás sincera sobre tus sentimientos, y solucionaremos esto juntos.

—Estoy siendo sincera —le dije—, eres tú el que no me escucha.

No le pedí que se quedara conmigo. Vi que el dolor asomaba a su cara y tuve que apartar la mirada.

—La ira y la sinceridad son dos cosas distintas. Cuando estés preparada, ya sabes dónde encontrarme. Vendré tan rápido como pueda para estar contigo. —Hizo una pausa, cruzó la estancia y me colocó una mano en la nuca para acercarme a él. Me besó en la frente y prolongó la caricia de sus labios—. Vuelve conmigo, Ashley —susurró—. Déjame entrar.

Acto seguido se marchó.

17

ASHLEY

Un par de días después, mis pies avanzaban por el pavimento a buen ritmo, con suavidad. Los latidos de mi corazón eran rápidos pero constantes. Me concentré en las zancadas y bloqueé todo lo demás.

En cuanto Luc se hubo marchado, me arrepentí de haber dejado que se fuera. Quise correr tras él, suplicarle que volviera. Que me abrazara. Que me ayudara a contener la ira que me ahogaba y que anulaba los demás elementos de vida. Que me ayudara a controlar mis emociones.

Sin embargo, no lo hice. Me quedé donde estaba, aferrada a la encimera que tenía detrás como si eso fuese lo que me detenía. Oí el chirrido de los neumáticos de su coche cuando se fue. Nunca lo había visto enfadado, aunque una parte de mí sabía que su ira estaba justificada.

Me detuve en la acera, respiré hondo, me saqué la botella de agua del cinturón y bebí un poco, disfrutando de su frescor. Me tomé el pulso mientras me enjugaba la frente. Llevaba un rato corriendo. Por suerte, ya iba de regreso a casa. Cambié el ritmo y empecé a andar deprisa, porque necesitaba un poco de aire. Siempre tenía la cabeza más despejada cuando corría.

Y precisaba claridad. No podía pensar en Richard sin que me consumiera la rabia. De hecho, me costaba pensar en él de otra forma que no fuera un simple «Richard». No sabía si eso cambiaría con el tiempo o si el resentimiento y la cólera empañarían para siempre mi sentido común, impidiéndome entablar cualquier relación con él o con su familia.

«De la que tú no formas parte», susurró una voz en mi cabeza. Intenté pasar de ella.

Los dos últimos días habían sido horribles, e incluso había llamado al trabajo para decir que estaba enferma, algo que los desconcertó, ya que en todos los años que llevaba trabajando con ellos nunca había llegado tarde y jamás me había pedido un día libre. Pero no podía concentrarme y sabía que sería inútil intentarlo. Por suerte, no había grandes eventos y mi equipo podía encargarse de los pequeños almuerzos previstos. Mi compañera de casa, Joyce, era auxiliar de vuelo y estaba en una de sus largas ausencias, sin duda tomando el sol en Hawái entre vuelo y vuelo. Llevaba una temporada que apenas paraba en casa y debía admitir que, en ese momento, lo agradecía. No estaba de humor para ser simpática.

Esa mañana recibí una llamada de Halton Smithers que me sorprendió. Solo quería saber si me encontraba bien y si tenía alguna pregunta. Fruncí el ceño mientras lo sopesaba y luego le hice la única pregunta que tenía en mente.

—¿Te ha pedido Richard que me llames?

—Sí —contestó sin más—. Está preocupado, pero quiere darte espacio.

—Estoy bien —mentí—. Que deje de preocuparse. No es asunto suyo.

—Él no lo ve así —replicó Halton y luego hizo una pausa—. Está a tu disposición siempre que quieras hablar. —Y añadió en voz más baja—: Le gustaría hablar contigo.

—No estoy preparada. —Corté la llamada, más confusa si cabía. El gesto hacía que Richard pareciera cariñoso. Mi madre decía que era cualquier cosa menos eso.

¿Cuál era el verdadero Richard?

El pasado y el presente conformaban un bucle constante en mi mente. Mi madre y sus afirmaciones de que mi padre era frío, egoísta, insensible, de que nunca nos quiso ni a ella ni a mí. Las rotundas afirmaciones de Richard (de mi padre) de que no sabía de mi existencia, de que habría ayudado a mi madre hasta cierto punto. Admitió que había sido cuanto mi madre lo acusaba de ser, pero aseguraba haber cambiado. Desde luego, parecía ser todo lo que Luc y

Halton decían que era. El hombre al que Heather había elogiado como «el mejor padre del mundo».

Sin embargo, la pregunta que me asaltaba era: ¿de verdad no lo sabía? ¿O decidió conscientemente darme la espalda? ¿Intentaba ocultar sus errores pasados para salvar las apariencias delante de la familia a la que sí quería?

La niña insegura que aún habitaba en algún lugar profundo de mi interior estaba demasiado asustada como para admitir que quería que la conocieran y la quisieran. La mujer en la que me había convertido se negaba a admitir que lo necesitaba.

Y me había desquitado con Luc. Me había enfadado con él. Era consciente de que se encontraba entre la espada y la pared. El hombre con el que estaba enfadada formaba parte de la familia que lo había aceptado y acogido. Le habían dado un lugar al que pertenecer. Y él los admiraba a todos, Richard incluido. Con mi ira, le estaba pidiendo que eligiera entre ellos y yo.

La mujer racional y fuerte que era antes nunca habría hecho eso.

A esas alturas era un hervidero de contradicciones y sentimientos.

Ninguno bueno.

Doblé la esquina y me detuve al ver el Audi azul oscuro en la entrada de mi casa y al hombre alto apoyado en él, mirando el móvil.

Luc.

El sol se reflejaba en su pelo y las puntas se le veían doradas. Llevaba pantalones de pinzas y una camisa azul, con la corbata aflojada y el botón del cuello desabrochado. Sabía que dentro de su coche estaría su americana negra de cuero. Estaba buenísimo, con esa cara tan seria y el ceño fruncido mientras miraba el móvil. Me encantaba que siempre fuera tan elegante al trabajo en vez de optar por los vaqueros y las camisetas que preferían algunos de sus compañeros. El tipo de ropa que usaba para trabajar, que aunque formal era moderna, le sentaba fenomenal. Le gustaban las corbatas estrambóticas y las camisas de colores. Los zapatos extravagantes. Cuando se ponía traje, estaba para morirse, pero su estilo personal le sentaba mejor. Era atrevido, moderno y atractivo. Al menos para mí, aunque estaba segura de que sus compañeras de trabajo opinaban igual.

Me quedé sin aliento mientras lo observaba. Lo había echado muchísimo de menos. Había cogido el teléfono como cien veces para llamarlo y disculparme, y lo había vuelto a soltar. Pero él había ido a verme. Sentí que respiraba de forma entrecortada, incapaz de dejar de mirarlo.

Él levantó la mirada, me vio y se apartó del coche. Echó a andar por el camino de entrada sin dejar de mirarme, en silencio.

Al llegar a la acera, extendió los brazos y yo eché a correr lo más rápido que pude para llegar a su lado.

Se preparó para sostenerme cuando me vio saltar el último par de metros y sus brazos me rodearon al instante, pegándome a su cuerpo. Se me escapó un sollozo, y me estrechó con más fuerza.

—No pasa nada, cariño. Estoy aquí.

—Lo siento —sollocé—. Lo siento mucho.

—Lo sé —dijo para tranquilizarme—. Lo entiendo.

—Fui muy desagradable.

Me dejó en el suelo y me acarició la cara.

—Estabas molesta y dolida. Todavía lo estás. —Se inclinó y me rozó los labios con los suyos —. No aguantaba más sin verte.

Le agarré las muñecas.

—Por favor, perdóname. No te vayas. Te necesito, Luc.
Volvió a rodearme con sus brazos.
—Sí, cariño. Me quedaré. Lo resolveremos.
Dejé que me llevara a casa.

18

ASHLEY

Luc me empujó con suavidad en dirección a mi dormitorio.

—Ve a ducharte y a cambiarte.

—Pero…

Meneó la cabeza.

—No voy a moverme de aquí. Voy a prepararte un bagel y un té.

Me encantaban los bagels. Siempre tenía una reserva en el congelador. Eran perfectos para el desayuno, la merienda, los bocadillos…; para todo.

—Vale, no tardaré.

Me besó la punta de la nariz.

—Aquí te espero.

Me quedé allí plantada, mirándolo. Él esbozó una sonrisa comprensiva y me acarició la mejilla.

—Tranquila, cariño. No voy a irme a ningún sitio.

Ya más serena, me duché y me puse ropa limpia. Me recogí el pelo en un moño, y elegí unos pantalones informales y una camisa.

Cuando regresé, Luc estaba en la cocina, con una taza de té humeante esperándome y un bagel cubierto de queso crema en un plato. Me lo colocó delante, cogió un plato para él y se sentó a mi lado. Comimos en silencio, y su presencia fue un bálsamo que me reconfortó el alma. Me miró mientras comía y protestó al ver que me dejaba la mitad.

—Un poco más. Los bagels son tu comida preferida.

Negué con la cabeza.

—Es que he perdido el apetito.

Él suspiró y me cogió una mano.

—¿Has comido algo desde que me fui el otro día?

—Sí.

—¿Aparte de galletas, café y un poco de yogur?

—¿Cómo lo sabes?

Ladeó la cabeza.

—Te conozco. Tienes que cuidarte.

Lo miré a los ojos, deleitándome con su dulzura. La rabia que nos inundaba el otro día había desaparecido por completo.

—Creí que te había perdido.

—No. Solo fue un desacuerdo. Me fui porque quería darte tiempo para pensar, pero no para siempre. —Me acarició una mejilla—. Tendrás que seguir aguantándome, cariño.

Cubrí su mano con la mía, volví la cabeza y le besé la palma.

—Me encanta estar contigo. Te he echado mucho de menos.

—Yo también te he echado de menos.

—Quería llamarte… —se me escapó una especie de sollozo—, pero mi testarudez me lo impidió.

Se rio entre dientes.

—Normalmente me encanta que seas tan cabezona.

—Lo siento. La ira y la frustración se apoderaron de mí. —Meneé la cabeza, incapaz de

expresar todo lo que quería decir—. Nunca había estado tan enfadada.

—Háblame. Explícamelo. ¿Estás enfadada con Richard? ¿Con tu madre? ¿Por la situación? ¿Por el hecho de que ahora lo sabes? ¿Por cómo te has enterado? Necesito entenderlo.

Solté un largo suspiro.

—¿Por todo? ¿Por nada? Es que no lo tengo claro. Lo último que esperaba cuando me llevaste a la fiesta aquella era encontrarme de repente cara a cara con mi padre. —Me levanté y empecé a pasear de un lado para otro, incapaz de quedarme quieta—. Mi irritación es irracional, lo sé. Estoy enfadada con él porque pasó de mí por completo. Estoy horrorizada porque es posible que mi madre me mintiera. Estoy resentida por el amor que vi que siente por sus otros hijos. Habría dado cualquier cosa por haber tenido eso mientras crecía, en vez de la sensación de no ser suficiente para el hombre imaginario que tenía en la cabeza. Porque eso era él para mí. Me da coraje que Heather, Grace y los demás crecieran conociendo ese amor.

—Creo que todas son reacciones bastante normales —dijo él.

—Y luego me enfadé contigo porque tú sí lo conociste. Tú conociste a mi padre y yo no. Recibiste el beneficio de la madurez, de su sagacidad, de su afecto. Conseguiste entrar en ese círculo que parece tan unido y tan fuerte. Y yo volví a quedarme fuera. —Levanté las manos—. ¿No te parece irracional?

—¿Sigues enfadada?

Dejé caer los brazos.

—Estoy cansada, Luc. Estoy cansada de las preguntas sin respuesta. De darle a todo vueltas y vueltas en la cabeza, intentando decidir quién miente. Por qué tuvieron que mentirme. Por qué me siento tan enfadada y tan dolida. —Me senté, agotada de repente—. Estoy aterrada —admití.

Luc se puso en pie al instante y se agachó delante de mí.

—¿Por qué?

—Por la posibilidad de querer conocerlo. De conocerlos a todos ellos. Y de que me rechacen.

—¿Qué más?

—Por si después me arrepiento de no haberlo intentado. Por pasarme la vida preguntándome qué habría pasado si… —Dejé la frase en el aire.

—¿Si te convirtieras en parte de la familia? ¿Si pudieras entablar una relación con tu padre y tus hermanos?

—Sí.

—Debes ser valiente para intentarlo, Ashley.

—No sé si lo soy.

—No estoy de acuerdo. Creo que eres una de las mujeres más fuertes que conozco.

—Ahora mismo no me lo parece.

Luc sonrió.

—Ha sido todo un cúmulo de emociones. Y todavía estás reaccionando. En este asunto no hay límites de tiempo. Nadie espera que empieces a llamar «papá» a Richard y a asistir a las reuniones familiares esta semana, ni siquiera este mes. Puedes avanzar a tu ritmo. —Hizo una pausa—. O no hacerlo. Eso depende de ti, pero creo que te arrepentirías si no lo intentaras por lo menos.

—Le ha dicho a Halton que me llamara esta mañana para ver cómo estoy.

—Típico de él. A mí me ha mandado un mensaje de voz para decirme que, si necesitabas algo, se lo dijera.

Me pasé una mano por la cara.

—Todo esto es muy confuso.

—Lo sé. Pero quizá las cosas no sucedieran tal cual tú has pensado siempre. Al menos deberías considerar esa opción —me sugirió Luc con voz amable.

Tenía razón, pero yo seguía desconfiando.

—¿Y si me caen mal? ¿Y si me dan la espalda?

Se encogió de hombros.

—Heather ya te caía bien. Todos son buenas personas, pero debes darles una oportunidad. Tienes que permitirles sentir lo que sienten y tú has de darte la oportunidad de descubrir quiénes son y qué serán para ti. Quizá lo único que ocurra es que conozcas a gente agradable a la que verás de vez en cuando. Quizá descubras un significado totalmente nuevo de la palabra «familia». —Me cogió una mano y me la besó—. Quizá llegues a conocer a tu padre y entables una relación con él. ¿Te parece mal?

—No —admití—. Es que no sé si puedo confiar en él.

—Eso llevará tiempo. Estoy seguro de que Richard siente lo mismo. Es consciente de la aversión que te provoca. De tu enfado. Seguro que también está preocupado.

—¿Crees que se lo dirá a…, mmm, a ellos? ¿A sus…, a ver, a sus hijos?

—Estoy seguro. No será fácil para él, pero lo hará. Estoy seguro de que todos tendrán que aceptarlo también a su manera. Debes prepararte para la posibilidad de que no quieran verte, aunque conociéndolos como los conozco, lo dudo. Pero es una posibilidad. —Sacudió la cabeza —. Todos tendréis que aceptarlo y descubrir dónde encajáis como grupo y como individuos. Puede que sea diferente para cada persona.

Asentí con la cabeza.

—Todo eso me da miedo.

—No es de extrañar. —Me pasó las manos por los brazos y me dio un apretón en los dedos—. Pero no lo harás sola, cariño. Estoy a tu lado y te apoyaré.

—Esto te pone entre la espada y la pared. Sé lo unido que estás a Reed y a Heather.

—Mi relación con Reed no se resentirá. Hemos pasado por demasiadas cosas a lo largo de los años como para que se rompa. En cuanto al resto, ya me las apañaré, igual que tú.

—No puedo pedirte que elijas. Sé que han sido tu familia…

—Ya les he dicho que estaría de tu parte —me interrumpió—. Te quiero, Ashley. De corazón. Por completo. Sin condiciones ni cláusulas. Te apoyaré pase lo que pase.

Me dejó sin palabras.

—¿En serio?

—¿No te has dado cuenta de que haría cualquier cosa por ti? Solo tienes que pedírmelo.

Le eché los brazos al cuello. Él me estrechó, me pegó a su torso y me besó. Fue un beso largo, apasionado y arrollador que me transmitió su disculpa, su afán protector y su anhelo. Su amor me atravesó y me calentó por dentro y por fuera. Su cercanía atenuó las dudas que me invadían y me relajó al rodearme con su fuerza. Gimió mientras me enterraba la cara en el cuello.

—Te deseo.

—Sí —repliqué—. Te necesito. Haz que me olvide de todo menos de ti, Luc. Por favor.

Me estrechó entre sus brazos, me levantó del suelo y me llevó a mi dormitorio.

—¿Hoy estamos solos?

—Sí, Joyce no está.

—Menos mal.

Una vez en mi dormitorio, me dejó en el suelo, me acarició la cara y me besó sin parar. Aunque solo me estaba tocando la cara con las manos y los labios con los suyos, sentía sus caricias en todas partes. Nuestras lenguas se rozaban, despacio y de forma sensual, invadiendo

nuestras bocas para excitar y juguetear. El sabor único de Luc saturó mis sentidos. Su olor, tan cálido y rico, me envolvió, me calmó y me centró, como siempre hacía. Nos besamos hasta que la cabeza empezó a darme vueltas por la intensidad del deseo. Le di tirones de la camisa para sacársela de la cinturilla de los pantalones. Acto seguido se la desabroché y busqué a tientas el cinturón. Mientras tanto, él agarró mi camiseta y se apartó lo justo para pasármela por la cabeza. Le quité la suya y me rodeó de nuevo con los brazos, pegándome a su cuerpo, de manera que sentí los firmes músculos de su torso. Me hizo retroceder hasta la cama y una vez que estuve tumbada en el colchón, él se colocó sobre mí y la intensidad de los besos aumentó. La pasión. Su afán de dominarme. Se retiró lo imprescindible para quitarme los pantalones y arrojarlos al suelo por encima de un hombro. En ese instante me miró, tan alto y tan fuerte. Le subía y le bajaba el pecho por la respiración agitada. Esos hombros tan anchos daban paso a un torso poderoso con una cintura estrecha, resaltada por los pantalones desabrochados y a medio bajar por las caderas. Se le habían hinchado los labios y tenía los ojos entrecerrados. En ese momento, mientras se pasaba un dedo por los labios al tiempo que me devoraba con los ojos, me pareció la personificación del sexo.

—Eres preciosa —susurró a la vez que me ponía la mano en el abdomen para acariciarme la piel con esos dedos tan largos—. Cada centímetro de ti está hecho para mí. —Me tocó un muslo, y el roce de su piel sobre la mía fue como una llamarada. Colocó la mano libre en mi otra pierna y me las separó—. Joder, estás mojada para mí, Ashley.

—Solo para ti —repliqué—. Por favor, Luc, tócame.

Su intensa mirada se encontró con la mía.

—Claro que te voy a tocar. Por todas partes. Con las manos y con la boca. Y luego voy a follarte hasta que se te olvide cualquier cosa que no sea yo. Nosotros. ¿Entendido?

Jadeé cuando se colocó de rodillas y enterró la cara entre mis muslos. El placer me invadió cuando me dio un lametón en el clítoris, y me agarré a las sábanas, apretándolas entre mis puños.

—¡Luc! —grité.

Al cabo de un instante se dispuso a hacer exactamente lo que me había prometido. No existía nada fuera de los confines del dormitorio. Solo existíamos él y yo. Esa lengua tan diabólica y esos dedos tan habilidosos. Me lamió para excitarme, me acarició y me mordisqueó. Me penetró con uno de esos largos dedos, al que se sumó otro más, y empezó a moverlos a la vez que la lengua, provocándome un torbellino de sensaciones que me arrastró. Grité su nombre al llegar al orgasmo y experimentar un placer ardiente, arrollador e intenso. Arqueé la espalda, desesperada por estar más cerca de él, ansiosa. Luc se puso en pie, me levantó por la cintura y me colocó en el centro de la cama. Acto seguido me levantó una pierna y se la apoyó sobre un hombro. Me la metió sin pérdida de tiempo, con un certero movimiento de las caderas. Su invasión fue ardiente, plena y perfecta. Se inclinó hacia delante y me miró a los ojos mientras se agarraba al cabecero, metiéndomela tan adentro que lo sentía por todas partes.

Empezó a moverse, despacio pero con firmeza, rozándome justo donde más lo necesitaba. Al instante me tensé de nuevo, lista para otro orgasmo.

—Eso es, cariño. Dame otro. Córrete con mi polla —me dijo. Me agarró la otra pierna y se la colocó en el otro hombro, metiéndomela todavía más. Aumentó el ritmo de sus embestidas. El sudor empezó a cubrirle la piel, y sus gruñidos y gemidos reverberaron por la habitación. El cabecero de la cama chirriaba por la presión, al igual que el somier.

Sentía que me ardía todo el cuerpo, que las sensaciones me inundaban. El placer provocó miles de chispas que me quemaron por dentro. Luc empezó a moverse más deprisa y a respirar de forma entrecortada y superficial.

—Córrete conmigo —jadeó—. No puedo… ¡Joder, Ashley, ya! Córrete ya. —Echó la cabeza hacia atrás mientras soltaba un largo gemido, y eso me catapultó.

Me sentía atrapada en el ojo de un huracán mientras el mundo giraba a mi alrededor. Lo único que me ataba a la tierra era la mano de Luc en mi cadera y el sonido de su voz en pleno orgasmo.

Y luego llegó la maravillosa paz posterior. Me quedé flotando en el espacio, con el cuerpo saciado y la mente serena. Luc se apartó de mí, se tumbó y me estrechó entre sus brazos. Respirábamos a la par y nuestros torsos no paraban de subir y bajar. Cogió la sábana para cubrirnos con ella, y agradecí el suave roce del algodón sobre mi piel hipersensible. Me dio un beso en la cabeza.

—Uf —murmuró.

—Sí —repliqué.

—El mejor polvo de reconciliación de la historia de los polvos de reconciliación.

Me reí entre dientes y le di una palmada en el torso.

—Qué exagerado.

—Es verdad. —Echó un vistazo por el dormitorio mientras murmuraba algo.

—¿Qué haces?

—Busco algo que pueda criticar para que te enfades y tengamos que reconciliarnos de nuevo.

Eso me arrancó una carcajada.

—Mira que eres tonto.

Se dio media vuelta y me aprisionó con su peso sobre el colchón. El calor de su piel se fundió con el mío.

—Eres increíble —dijo—. Ha sido alucinante. —Me rozó una mejilla con un dedo. Una caricia ligera—. Te quiero, Ashley. Y vamos a superar esto… juntos. ¿Me oyes?

—Sí —susurré.

—Tú eres mi futuro. Lo tengo clarísimo. Ya no estás sola. Nunca volverás a estarlo. Me tienes a mí.

Le rodeé el cuello con los brazos y tiré de él hacia abajo. Su cabeza se apoyó en mi pecho, y enterré los dedos en ese pelo tan abundante.

—En ese caso, no necesito nada más.

19

LUC

Ashley dormía a mi lado, pegada a mi cuerpo. Estaba agotada por las intensas emociones de los últimos días y, sobre todo, por nuestra discusión. No debería haberla dejado sola, pero cuando me presionó, cedí a la rabia que sentía. Tendría que haberme mantenido firme y dejar que desahogara su furia y su odio hacia las personas que yo consideraba mi familia hasta soltarlos del todo; en cambio, la había dejado sola para que se las arreglara como pudiese. Me fui antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme y que tal vez dañara de forma irreparable nuestra relación, que todavía era muy nueva.

Fue un error que no volvería a cometer. Me quedaría a su lado y lucharía. Lograría hacerla entrar en razón. Ella significaba demasiado para mí.

El día que la conocí, mi vida cambió. Por regla general, rehuía ese tipo de eventos, pero había asistido a un acto que organizaba mi empresa, porque mi nuevo jefe me lo había pedido:

—Solo serán una cena y unos cuantos apretones de manos. Así conocerás a algunos clientes con los que luego vas a relacionarte. Y podrás escabullirte pronto.

No pude negarme.

Tuve que admitir que era un acto bien organizado. La comida estaba rica y la gente con la que me senté era amable y graciosa. Pero yo tenía la cabeza en otro lado. Nada más llegar, me fijé en la mujer que estaba al cargo. Era preciosa: alta, esbelta como un sauce, con un vestido ceñido que resaltaba su figura y mostraba sus torneadas piernas. Crucé la estancia en dirección a la barra, donde ella estaba dándole instrucciones al personal. Cuando se volvió, nuestras miradas se encontraron y esos ojos, hechizantes y seductores, se abrieron de par en par. De cerca era impresionante. Su tono de piel era como el del marfil y esos ojos rasgados brillaban con una inusual mezcla de azul y verde en un rostro ovalado. Era alta para ser mujer, y los tacones de sus zapatos añadían más centímetros a su ya escultural figura. Pese a ser delgada, tenía una buena delantera y unas caderas marcadas, que ya me imaginaba aferrando mientras me la tiraba. Se había recogido el pelo, que tenía liso y oscuro, en una coleta que le caía por la espalda, y los dedos que sujetaban su portapapeles eran elegantes y largos. Estilosa y con clase. Sensual.

Sonrió por la sorpresa, demostrándome la calidez y dulzura que había debajo de esa eficiente ejecutiva.

—Perdona —murmuró.

—Tranquila —repliqué, hipnotizado por su excepcional belleza.

Pasó junto a mí, y su olor quedó suspendido en el aire. Flotaron las notas cítricas y a jazmín, exóticas y especiales como ella. Me miró por encima del hombro, con una expresión confusa, aunque incitante, en esos ojos tan bonitos.

Jugamos al gato y al ratón el resto de la velada. No podía quitarle los ojos de encima, y tal parecía que ella me encontraba igual de fascinante. Me negué a marcharme hasta conseguir su nombre y su número de teléfono; solo tenía que encontrar la oportunidad adecuada para obtenerlos.

Al final, la vi salir de la estancia para enfilar uno de los largos pasillos. Para variar, estaba sola, no la acompañaba ningún miembro del personal. Me puse en pie y corrí tras ella. La alcancé a mitad del pasillo, aunque mis pasos resonaron en el silencio.

Ella se giró al oírme y no pareció muy sorprendida de verme.

—Hola —dijo con su voz grave y sensual—. ¿Necesitas algo?

—Sí.

Ella esperó un momento, y levantó una ceja con curiosidad.

—¿El qué?

—Tu nombre.

—Mi nombre —repitió.

—Necesito saber el nombre de la mujer a la que voy a invitar a cenar el sábado.

Hizo una mueca.

—El sábado trabajo.

—Un nombre poco corriente, pero me sirve —bromeé.

Ella se rio, y yo levanté las manos.

—El viernes, entonces. El domingo. El lunes. No me importa qué día, pero te invito a cenar.

—¿Tan claro lo tienes? —Sonrió con satisfacción.

Dios, estaba buenísima cuando sonreía desafiándome.

Le cogí una mano y le dejé mi móvil en la palma.

—Pues sí.

—Ashley —murmuró mientras nos mirábamos a los ojos—. Me llamo Ashley.

Me llevé su mano a los labios y le besé los nudillos.

—Un placer, Ashley. Yo soy Luc. El hombre que va a salir contigo durante los próximos meses.

—¿Unos meses? —repitió con sequedad—. ¿Tengo límite de tiempo?

Me acerqué, incapaz de mantenerme alejado de ella.

—No. Para entonces ya seremos una pareja consolidada. Solo quería que lo supieras.

—Ah —replicó ella, que agachó la cabeza, ocultando su expresión.

Sin embargo, vi la sonrisa en sus labios.

—Tu teléfono, cariño. Necesito tu número de teléfono.

Tecleó los números y me devolvió el móvil. Marqué y oí su tono.

—Ya tienes el mío.

Sonrió.

—¿Estás cansada? —pregunté.

Ella frunció el ceño.

—No. ¿Lo parezco?

—Estás preciosa. Pero creo que eso es lo habitual en ti.

Ella negó con la cabeza.

—No estoy cansada, Luc.

Me gustó oírla decir mi nombre. Quise oírlo entre gemidos.

—En ese caso, te esperaré y luego iremos a tomar un café.

Ella parpadeó antes de echarse a reír, un sonido suave y femenino.

—Te veo muy seguro de ti mismo.

Levanté la mano y le coloqué un mechón de pelo detrás de la oreja. No entendía esa atracción inmediata hacia ella, ni siquiera entendía por qué actuaba como lo estaba haciendo, pero me gustaba.

—¿Prefieres que te deje tranquila?

—No. Estaré lista dentro de veinte minutos.

Retrocedí un paso.

—Te esperaré.

Y llevábamos juntos desde entonces, reflexioné, volviendo al presente.

Ashley se movió y abrió los ojos despacio.

Incliné la cabeza y la besé.

—Hola, preciosa.

—Hola. ¿He dormido mucho rato?

—No, solo una hora. Estabas cansada.

—Me has dejado agotada. —Me clavó un dedo en el pecho—. Como siempre.

Le agarré el dedo y se lo besé.

—Nunca te quejas.

Sonrió, mientras me acariciaba el mentón.

—No tengo ninguna queja. Siempre me dejas satisfecha.

Me reí.

—Soy como una chocolatina, ¿verdad?

—Mejor.

—Me alegro de saberlo.

—Deberíamos levantarnos.

La arropé mejor.

—No, aquí estoy fenomenal.

—¿No tienes que volver al trabajo?

—No. Me he tomado la tarde libre. Mis esbirros están al mando.

—Ay, madre.

Me reí entre dientes.

—Saben dónde localizarme si me necesitan. Son buenos. Tengo un equipo de primera.

—Pues claro, tú los contrataste y los formaste.

—Sí, pero este grupo es espectacular. Uno de los chicos nuevos, uf… Lleva un mes conmigo. Le da mil vueltas a cualquiera…, hasta a mí. Su cerebro va mil años luz más rápido que el de los demás. Y tiene veintiún años. Te juro que dentro de poco dominará el mundo. —Me reí entre dientes—. Tiene la mesa llena de cosas de *La guerra de las galaxias*. De imágenes de videojuegos. Sale con la misma chica desde que tenía quince años. Tiene una foto de su baile de graduación enmarcada en la mesa. Ella le lleva el almuerzo algunos días. Son monísimos, tan jóvenes… —Me pasé una mano por la cara—. No recuerdo haber sido tan joven.

Ashley suspiró.

—Creo que yo nunca lo fui. —Se quedó callada un momento, mientras me acariciaba el pecho —. ¿Fuiste a tu baile de graduación?

—No. Algunos no podíamos permitírnoslo. Quedamos en otro lado para jugar y ver películas. Reed tampoco fue. Se quedó con nosotros.

—¿En serio?

—Sí, en aquella época era bastante casero. Ahora que lo pienso, todos lo éramos.

Se rio entre dientes.

—Bueno, todos habéis mejorado mucho con la edad —respondió ella.

—Sobre todo yo, ¿verdad? —bromeé.

—Mmm… —murmuró, arrancándome una sonrisa.

Le pasé un brazo por debajo de la cabeza y empecé a jugar con su sedoso pelo.

—¿Cómo fue tu baile de graduación? —le pregunté, imaginándomela con un vestido de satén sin tirantes mientras algún adolescente le miraba el canalillo.

—Yo tampoco fui.

—¿No fuiste con un grupo de amigas? En mi instituto muchas chicas lo hicieron.

Guardó silencio un momento.

—No tenía muchas amigas, Luc. Desde luego, ninguna lo bastante íntima como para ir al baile o quedar esa noche en otro sitio. Había un par de chicas bastante agradables, pero ninguna que pudiera considerar una amiga de verdad.

—¿Por qué? —quise saber.

Ella ladeó la cabeza.

—Era una marginada. No era blanca, no era asiática…, era una mezcla. Me decían cosas que jamás se me ocurriría repetir. Heredé de mi madre lo justo para ser diferente. Era más alta que todas las demás chicas del colegio, no solo de mi clase. Era torpe, tímida, inteligente. Se burlaban de mí todo el tiempo.

—Los adolescentes pueden ser crueles.

—Lo eran. Recuerdo que un chico nuevo se trasladó a mitad de curso. Era japonés y me nombraron su compañera de instituto; una labor que consistía en enseñar los alrededores a la persona nueva y ayudarla a adaptarse. Parecía muy simpático y pensé que seríamos amigos, y durante unos días lo fuimos. Pero luego empezó a juntarse con la gente guay y, como yo no era miembro del grupo, me dio la espalda. Nunca lo entendí. No se parecía a ellos, ni tampoco tenía la imagen que ellos buscaban en los demás. Pero lo aceptaron y toleraron su diferencia porque era «un tío guay». Yo solo era una marginada. Fue al baile de graduación con la chica que más me insultaba.

—Lo siento.

Ella negó con la cabeza.

—No pasa nada. En aquel momento me sentí triste. Quería ponerme un vestido bonito, bailar con un chico, besarlo quizá, beber ese ponche asqueroso y admirar los ridículos globos y las serpentinas con las que decoraban el gimnasio. Quería sentir que formaba parte del grupo, aunque solo fuera una vez. Pero solo era un sueño. Fingí que no quería ir para que mi madre no se enfadara, pero me quedé llorando en mi habitación toda la noche. Al día siguiente fui a la biblioteca y empecé a buscar universidades.

—Y ahora estás más que guapa y eres una mujer de éxito. Seguro que el chico japonés dejó embarazada a la chica mala y ahora son unos desgraciados juntos.

Ella soltó una risilla.

—Es posible. No mantuve el contacto con nadie. Ni siquiera compré el anuario. —La risilla se convirtió en una carcajada—. Es que ni recuerdo la mayoría de sus nombres.

—Me alegro. Solo es el pasado. Mira hacia delante. Tienes un hombre que te quiere. Que quiere bailar contigo y llevarte a todas partes. —Me moví para colocarme sobre ella—. Que quiere besarte a todas horas.

—En ese caso, no necesito más.

Le rocé los labios con los míos.

—Yo tampoco.

20

RICHARD

El tintineo del hielo en el vaso me sacó de mis cavilaciones. Katy me observaba con preocupación, acurrucada en un rincón del sofá.

—¿Te lo vas a beber o vas a dejar que se derrita el hielo? —murmuró.

Puse el vaso sobre la mesita y me tiré del remolino de mi pelo.

—Ahora mismo no me apetece mucho —confesé.

—Llevas sumido en tus pensamientos desde que salimos esta mañana del despacho de Halton —señaló ella.

—Lo sé. Hoy no soy buena compañía. Lo siento.

Se inclinó hacia delante y me colocó una mano en una pierna.

—No lo sientas. Pero quiero que hables conmigo.

Suspiré. Hice el trayecto a casa de vuelta del despacho de Halton perdido en mis pensamientos. Después salí a correr, evité a mis amigos, me encerré en mi despacho y fingí que estaba trabajando. Intenté cortar el aluvión constante de preocupaciones que me asaltaba la cabeza.

No lo conseguí.

Apenas comí durante la cena y luego encendí la chimenea y nos sentamos en silencio. Katy sabía que necesitaba aclararme las ideas antes de hablar. Sin embargo, me resultaba imposible analizar y entender la situación.

—Ashley es mi hija —dije en voz alta y me resultó raro hacerlo—. Tengo otra hija, que no es una niña, sino una adulta.

—Sí.

—Y me odia. ¡Por Dios, no puede ni verme!

—No creo que te odie de verdad, Richard.

Enfrenté la serena mirada azul de mi mujer.

—Pues lo parece. En el despacho de Halton casi se podía palpar su desprecio.

Katy deslizó su mano por la mía y entrelazó nuestros dedos. Como de costumbre, su contacto me tranquilizó, y le di un apretón en señal de silencioso agradecimiento.

—Está reaccionando así por lo que siempre le han dicho y lo que cree que es verdad, cariño. Cree que la has abandonado.

—Pero yo no sabía… —Dejé la frase en el aire mientras ella negaba con la cabeza.

—Tú lo sabes. Yo lo sé. Su madre le contó lo contrario. Se ha pasado la vida entera oyendo decir que eras un cabrón. ¿Y su forma de descubrir que eres su padre? —Meneó la cabeza—. Tú y tus dichosas camisas. Siempre supe que nos acarrearían algún problema —bromeó en un intento de hacerme sonreír.

Me temblaron los labios por la risa. Katy siempre había pensado que llevar mis iniciales bordadas en las camisas era una exageración. Tenía razón, pero a mí me encantaban. Maddox tenía su propio estilo de chalecos, corbatas y calcetines. Yo tenía el mío: puños con monogramas.

—Está sobrepasada, Richard —siguió—. Nerviosa y alterada. Conmocionada. Estoy segura de que lo último que esperaba al venir a conocer a la «familia» de Luc era encontrarse contigo. Descubrir que el hombre que tenía delante era el padre que ella cree que la abandonó.

—Ya lo sé. Pero ¿qué se supone que debo hacer? ¿Qué hago para que crea que no sabía que Juliet estaba embarazada?

Guardó silencio un momento.

—¿Qué quieres de ella, Richard? ¿Cuáles son tus expectativas?

—¿Expectativas? —repetí—. No tengo ninguna.

—Seguro que sí —insistió ella—. Seguro que sabes qué tipo de relación quieres tener con ella.

—Simplemente me gustaría que no me odiara.

—No, debe de haber más. ¿Qué ves en el futuro? ¿Quedarías con ella para tomar café? ¿Quieres que cene con nosotros? ¿Que forme parte de la familia? ¿O prefieres limitarte a enviarle una felicitación de Navidad todos los años y a llamarla de vez en cuando?

Me pasé la mano libre por el pelo.

—No lo he pensado tan a fondo. —Guardé silencio un momento—. No me veo sin tener ningún tipo de relación con ella sabiendo que está ahí —admití—. De qué tipo, no lo sé. Pero… —Dejé la frase en el aire y cerré los ojos—. ¡Joder, qué duro es esto!

—¿Por qué? —preguntó Katy en voz baja.

Me volví hacia ella y me deslicé por el sofá para acercarme.

—Porque lo que digo podría hacerte daño. Lo que quiero podría perjudicar a mis hijos. Lo que espero podría no llegar a pasar nunca.

Sonrió con tristeza.

—Quizá tengas que correr ese riesgo, Richard. Habla. Cuéntamelo.

—Quiero conocerla, siempre que ella me lo permita. Me gustaría presentársela a nuestros hijos como su hermanastra, siempre que ella me lo permita. Quizá, aunque no sea capaz de tener una relación conmigo, pueda entablar una con ellos. Ella y Heather ya son amigas. —Le tomé las manos entre las mías—. Sé que no puedo ser su padre. No como lo soy de Gracie, pero quizá si ella lo permitiera, podría ser su amigo, al menos para empezar. Por lo que ha dicho, tuvo una infancia muy solitaria. Quizá podríamos hacer que su vida actual lo fuera un poco menos. —Respiré hondo—. Lo que temo es que no quiera saber nada de mí. De nosotros. Pensar que hay una persona, un trocito de mí, en este mundo y que no me permita llegar a conocerla me inquieta. No importa la edad que tenga.

Katy siguió callada.

—¿Cómo lo ves? —le pregunté.

—Estoy preocupada a muchos niveles. Me preocupan las reacciones de nuestros hijos. Me preocupa lo que esto pueda suponer para nuestra dinámica familiar.

—Tal vez no suponga nada si se cierra a relacionarse conmigo.

Ella negó con la cabeza.

—Richard, no es solo eso, es mucho más complejo. Está saliendo con Luc. Está enamorado y, por lo que he visto, la cosa va muy en serio. Existe la posibilidad de que también lo perdamos a él.

—Mierda —murmuré—. Tienes razón. Reed se enfadará.

—Todos nos enfadaríamos. Todo el mundo le tiene cariño. Forma parte de nuestra gran familia desde hace muchos años y, aunque no lo veamos tan a menudo como a los demás, su ausencia dejaría un vacío.

Me puse en pie y me acerqué a la ventana para clavar la mirada en las distintas casas que salpicaban el paisaje de la comunidad que habíamos construido. Todas conectadas por una cosa común: el amor. Cuando Katy y yo nos casamos, solo éramos nosotros dos. Graham y Laura nos acogieron en su familia, pero hasta que no conocí a Maddox y a sus compañeros de BAM no encontré mi lugar. Mi amistad con él fue una de las más importantes de mi vida. Acabaron

convirtiéndose en nuestra familia, y habíamos compartido muchísimas cosas a lo largo de los años de amistad. Muchas risas. Muchas lágrimas. Esperanzas, miedos, consejos. Cuando nuestros hijos eran pequeños, compartíamos constantemente momentos graciosos, preocupaciones y los conocimientos que tanto necesitábamos. Siempre podía contar con su apoyo.

Sin embargo, lo de Ashley me parecía demasiado personal y me sentía perdido, incapaz de darles voz a mis sentimientos y de hacer partícipes de ellos a los demás. Me encontraba a la deriva en un mar de dudas y preocupaciones.

—¿Sigues enfadada conmigo? —pregunté, incapacitado para girarme y mirarla a los ojos. Katy había sido paciente, comprensiva y había estado demasiado callada la semana anterior. Había reparado en sus ojeras cuando creía que no la miraba. Habíamos hecho de tripas corazón delante de Gracie y de los demás chicos, que no tenían ni idea de lo ocurrido; habíamos evitado el Hub y pasado poco tiempo con los que sí lo sabían, preparándonos de algún modo en silencio para la noticia que habíamos recibido ese día. Sabía que, cuando se lo contáramos, nos ofrecerían ayuda al instante, pero no podrían hacer mucho. Y esa conversación no era nada comparada con la que debía mantener con mis hijos.

—No, no estoy enfadada —respondió ella.

Me di media vuelta y enfrenté su mirada.

—¿Decepcionada? —Eso era lo que más temía.

Me tendió la mano y yo me acerqué a ella para aceptarla. Katy tiró de mí y me senté a su lado.

—Richard, no lo sabías. Si Juliet te lo hubiera dicho y la hubieras apartado y te hubieras negado a ayudarla, sí me habrías decepcionado, pero no fue así. Así que no estoy decepcionada.

—Pero estás preocupada por la reacción de nuestros hijos.

Suspiró.

—Sí. Creo que a algunos les costará más que a otros. Pero, en resumidas cuentas, tenemos que decírselo. Deben saberlo. —Frunció el ceño—. Has de prepararte para sus reacciones, Richard. Cada una será diferente, y debes dejarlos sentir lo que sientan. Tenemos que presentar un frente unido y ayudarlos.

—¿Estamos unidos? —pregunté, con la duda todavía carcomiéndome. El miedo a perder a la mujer que tenía a mi lado parecía haberse apoderado de mi pecho y se negaba a abandonarme—. No puedo hacer esto sin ti, Katy.

—Estamos unidos para siempre, cariño. Cuando prometí que estaría contigo hasta que la muerte nos separe, lo dije en serio. Te quiero, eso no ha cambiado ni cambiará nunca. Pero el futuro más inmediato va a ser difícil. Me temo que la jubilación tranquila que habías planeado será un poco diferente.

—Lo sé.

—Pero iremos paso a paso. Y yo estaré a tu lado.

Le levanté la mano y le besé la palma, mientras apretaba esta contra la mejilla.

—Gracias.

—Pero… —Dejó la frase en el aire y tragó saliva.

—¿El qué, cariño? Dilo.

—No persigas a Ashley a costa de olvidarte de los demás. Has estado tan absorto en los resultados de la prueba y tan preocupado que apenas has pasado tiempo con Gracie o Kylie esta semana. Gracie lo ha notado y está molesta. Tienes que encontrar el equilibrio. No puedes forzar una relación con Ashley ni volcarte tanto en ella como para acabar haciéndoles daño a nuestros otros hijos.

La miré fijamente, horrorizado.

—No era mi intención. Es que he estado tan ensimismado…

—Lo sé —me interrumpió—. A mí también me estaban desquiciando las posibilidades y las dudas. Pero ahora ya lo sabes. Y Ashley dijo que se pondría en contacto contigo. Dale tiempo. Vuelve a retomar tu vida aquí. Lo necesitas para afrontar el futuro.

—Me da miedo decírselo a nuestros hijos. Ver su reacción.

—Lo sé, pero debes hacerlo. Tienes que ser tú quien se lo diga antes de que se enteren de otra manera. Por chocante que te parezca lo que te voy a decir, cariño, tus hijos saben que tienes un pasado y que no eres perfecto.

Sus palabras me arrancaron una sonrisa.

—Lo sé.

—Pues confía un poco en ellos.

Asentí con la cabeza.

—¿Espero a que vuelva Heather?

—Deberías decírselo pronto a Gracie. Sabe que algo va mal. No quiero que se enfade más de lo necesario estando embarazada.

—Vale. Pues se lo diré primero a ella. Luego haré una videollamada con los demás y los pondré al día. —Me pasé las manos por la cara—. Por Dios, creo que me encuentro mal.

—Esto no es el fin del mundo, Richard. Solo es otra persona que añadir a la familia, si eso es lo que ella quiere. Otra persona a la que amar. Debes dejar de pensar en ella como si fuera a destruir tu vida y empieza a pensar en las demás posibilidades. Las chicas tienen otra hermana. Los chicos tienen otra hermana a la que tomarle el pelo. Tú tienes a alguien más a quien agobiar.

—¿Y tú qué consigues?

—Otra pequeña parte de ti a la que amar. Quiero darle la bienvenida si ella lo permite. Que sepa que no está tan sola como cree. Estoy deseando compartir nuestra historia, escuchar la suya. Encontrar un terreno común.

La miré pasmado.

—¿Cómo es posible que hayas acumulado tanta sabiduría? ¿Por qué eres tan asombrosa?

Ella se encogió de hombros.

—Siempre lo he sido. Solo que a veces se te olvida.

La abracé.

—Te quiero, Katy VanRyan.

—Te quiero.

Le di un beso en la cabeza.

—Gracias —murmuré con la voz entrecortada—. No sé qué haría sin ti.

—Nunca tendrás que averiguarlo —me prometió.

Me aferré a esas palabras como a un salvavidas.

21

RICHARD

Al día siguiente de habernos reunido con Ashley en el despacho de Halton, Gracie y Jaxson llegaron a nuestra casa cogidos de la mano. Gracie parecía nerviosa, así que me incliné y la besé en la mejilla.

—Hola, tesoro.

—Papá —replicó ella.

—Mamá ha hecho café. He pensado que podemos hablar en la cocina. Te ha preparado una infusión porque ahora no tomas cafeína.

Me regaló una sonrisa tensa.

—¿Kylie está con Addi y Bray?

—Sí, las niñas están jugando —contestó Jaxson con una sonrisa—. Bueno, Kylie más bien está mangoneando a su prima pequeña.

Me reí entre dientes.

—No es tan mala. Se llevan bien.

—Sigo sin saber por qué nos has pedido que vengamos solos —dijo Gracie con un deje preocupado.

—No es por nada alarmante. Mamá y yo necesitábamos un poco de privacidad contigo para hablar.

—Por eso me da tanto miedo —murmuró y echó a andar hacia la cocina.

Miré a Jaxson, que se encogió de hombros.

—Ya te lo he dicho antes, está muy sensible. Le pasó en el embarazo de Kylie, y esta vez se le nota más. —Me puso la mano en el hombro—. Prepárate.

Había quedado antes con Jaxson y se lo había contado. Él había levantado las cejas, asombrado, y había guardado silencio un momento:

—¿Ashley? ¿La novia de Luc? —Hizo una pausa—. ¿Es tu hija? —preguntó despacio.

—Sí.

—¿Y te acabas de enterar?

—La prueba de paternidad lo confirmó ayer.

—Por Dios, Richard. ¿Y te lo echó en cara después de la boda?

—Sí. —Me pasé una mano por el pelo—. Estaba muy enfadada.

—¿Qué le pasa a esta familia con las bodas? —se preguntó—. Gracie y yo. Ahora Ashley y tú. Qué espectáculos montamos. —Frunció los labios—. El denominador común eres tú, el padre.

Me gustó su intento de bromear.

—¿Qué quieres que te diga? Nos va la marcha.

Se rio entre dientes, pero después se puso serio.

—Salta a la vista que esto ha sido estresante. ¿Katy está bien?

—Es estupenda. Me apoya y me comprende.

—¿Y tú?

—Estoy hecho una mierda.

—Y me lo dices a mí primero porque te preocupa la reacción de Gracie.

—Sí.

—¿De verdad no lo sabías? —preguntó en voz baja.

—De verdad.

—Entonces lo aceptará. Te apoyaré, y a ella también.

—Gracias, Jaxson.

—¿Ahora soy tu yerno favorito?

—Supongo.

—Genial. —Me dio una palmada en la espalda—. Todo irá bien, Richard. —Hizo una pausa —. Al final.

Esas palabras no me reconfortaron, la verdad.

Volví al presente y lo seguí en silencio hasta la cocina. Katy y Gracie estaban sentadas a la mesa, con las bebidas ya servidas y un plato de galletas que estaba seguro de que nadie tocaría.

Me detuve junto a Katy y me incliné para plantarle un beso en la coronilla. Ella levantó una mano y me aferró la que yo le había colocado en un hombro para darme un apretón. Me senté a su lado y me encontré con la mirada ansiosa de Gracie. Le sonreí.

—Tranquila, tesoro. No pasa nada.

No me creyó ni por asomo.

—¿Mamá y tú os vais a divorciar?

—¡Qué va! —exclamé.

—¿Alguno de los dos estáis enfermos?

Katy tomó la palabra.

—Gracie, tu padre y yo estamos muy bien. Nuestro matrimonio está bien. No nos pasa nada malo.

—Pero algo va mal. Y es desde la boda. ¿Heather está bien?

—Todo el mundo está bien. Nadie está enfermo, nadie va a divorciarse —me apresuré a asegurarle.

Jaxson le pasó el brazo por los hombros, la acercó y le dio un beso en un lado de la cabeza.

—Relájate, Gracie. Deja hablar a tu padre.

Ella me miró. Tenía los mismos ojos azules que su madre, con mirada serena y firme, pero preocupada. Era evidente que no habíamos logrado engañarla durante todos esos días, fingiendo que todo era normal.

—Tengo que decirte una cosa y necesito que me escuches con atención.

Ella asintió con la cabeza, y vi que acercaba la mano hacia la pierna de Jaxson. Él se arrimó más, ofreciéndole la protección y la fuerza de su cuerpo. Le agradecí su apoyo silencioso.

—Acabo de enterarme de que, antes de casarme con tu madre —añadí, recalcando ese dato—, una mujer con la que tuve una relación tuvo una hija. —Tragué saliva—. Mía.

Gracie parpadeó.

—¿Qué?

—Tengo otra hija. Tienes una hermanastra.

Gracie nos miró mientras asimilaba despacio mis palabras.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—Ayer recibimos los resultados de la prueba de paternidad. Es mi hija.

Gracie se puso en modo abogada al instante.

—¿Qué quiere la madre? ¿Intenta sacarte dinero? ¿Has hablado con Halton? ¿Qué buscan?

Levanté la mano.

—No buscan nada, Gracie. La madre murió hace unos seis años.

—Entonces ¿tu supuesta hija te ha estado buscando? ¿Te está chantajeando o algo así? ¿Qué quiere?

—¡Para! —exclamé sorprendido—. Me encontró por casualidad.

Ella resopló.

—¿Por casualidad? ¿Cómo se encuentra a un padre por casualidad? —Abrió los ojos de par en par—. Ay, Dios. ¿Ha usado uno de esos kits caseros de ADN? ¿Cómo es posible que tuvieran tu ADN en la base de datos? —Levantó la voz—. ¿Lo mandaste tú porque sospechabas que tenías otros hijos? ¿Se puede saber qué has hecho, papá?

Parpadeé ante sus palabras, desconcertado por el rumbo que tomaban sus pensamientos.

—Gracie, deja que tu padre te lo explique —terció Jaxson.

Se giró hacia él.

—¿Tú lo sabías?

—Solo lo básico. Tu padre estaba preocupado por tu reacción —respondió con sinceridad.

La mirada que compartimos fue de lo más elocuente. «Hice bien en preocuparme», le transmití.

Gracie se volvió hacia mí.

—Bueno, ¿y qué quiere?

—No tengo ni idea —respondí—. Ahora mismo solo sé que la prueba de paternidad ha demostrado que es mi hija. Ayer nos reunimos en el despacho de Halton y fue él quien nos dio la noticia. Tiene mi información de contacto, y voy a dejar que sea ella quien dé el siguiente paso.

—¿El siguiente paso?

—Si quiere conocerme. Conocer a nuestra familia —contesté con delicadeza.

—Pues a lo mejor yo no quiero conocerla —replicó ella, resoplando—. ¿Cuántos años tiene?

—Es mayor que tú. Fue antes de que tu madre y yo estuviéramos juntos —repetí—. No la engañé.

—¿Y por qué ha esperado hasta ahora para ponerse en contacto contigo? Seguro que quiere dinero.

—Ella no sabía quién era yo.

—Esto no tiene ningún sentido, papá —me soltó.

Me encontré con la mirada de Katy, porque no sabía cómo manejar el enfado de Gracie. Mi hija y yo estábamos tan unidos que era raro que me demostrara otra cosa que no fuera afecto. A veces se enfadaba, pero nunca tanto.

Katy se inclinó hacia delante.

—Deja que tu padre te lo explique, cariño. Hay más cosas de las que crees.

—Estoy deseando oírlo —repuso Gracie con sarcasmo—. Historias de la juventud desenfrenada de mi padre. Será divertido.

—Ojito con lo que dices —la regañó Katy—. Esto no ha sido fácil para tu padre. Ni para ninguno de nosotros.

Gracie cruzó los brazos por delante del pecho y se mantuvo en silencio, sin arrepentirse.

Bebí un sorbo de café para ganar tiempo y miré a Katy, detestando su expresión preocupada.

—No me enteré de que Juliet estaba embarazada. Ella no me lo dijo. Por un extraño cúmulo de circunstancias, su hija me reconoció y me contó su historia —expliqué, pasando por alto los detalles, consciente de que solo lograría enfadar más a Gracie—. Les dije a Halton y a Reid que comprobaran algunos datos. Halton organizó lo de la prueba de paternidad y confirmó lo que ya sabía. Lo que podía ver con mis propios ojos. —Inspiré hondo y lo solté despacio—. Ashley es mi hija.

Gracie puso los ojos como platos.

—¿Ashley? —repitió—. ¿La mujer que conocimos en la boda? ¿La que vino con Luc?

—Sí.

—¿Ashley es tu hija?

—Sí.

—No lo entiendo. ¿Cómo se las arregló para encontrarse contigo y contarte esto?

Me froté la cara con las manos.

—No fue así, cariño. Reconoció el monograma de la manga de mi camisa porque era idéntico al de una camisa mía que había guardado su madre. Ella le había dicho que era de su padre.

Gracie resopló.

—¿Decidió que eras su padre al ver un monograma? Un poco flojo, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Vio el parecido entre nosotros. Lo mucho que se parecía a Heather porque las dos tienen mis ojos. ¡Hasta yo lo vi sin atar cabos! Los ojos, el remolino, algo en su sonrisa. ¡Hasta tiene las manos como yo! Las fechas en las que su madre vivió en la Columbia Británica también encajaban. —Hice una pausa—. Es mi hija, Gracie.

Ella se revolvió y cruzó las piernas, tras lo cual empezó a mover el pie por los nervios.

—¿Y ahora qué quiere exactamente?

—No le pongas la etiqueta de la mala de la película —la amonesté con suavidad—. No me ha pedido nada.

—¿Y cuando lo haga?

—En ese caso, tu madre y yo nos encargaremos de todo. —Guardé silencio un instante—. Ella también está enfadada.

—¿Y se puede saber por qué? Acaba de descubrir que su padre es un empresario con mucha pasta. Que el novio con el que sale tiene una familia repleta de millonarios con empresas. Le ha tocado el premio gordo.

—No lo planeó, Gracie. Sucedió de un momento para otro. Creo que está tan conmocionada como nosotros. Y por ahora no quiere saber nada de mí. Su madre le dijo que las abandoné, así que me odia. Es probable que no quiera saber nada de mí ni de nosotros como familia.

—Bien.

Katy meneó la cabeza.

—Gracie, no seas así. Ahora mismo estás enfadada, nada más.

—¿La abandonaste, papá? Siempre nos dices que fuiste un gilipollas antes de conocer a mamá. ¿Dejaste embarazada a su madre y te largaste? ¿Lo has sabido todo este tiempo sin hacer nada, esperando que nunca saliera a la luz?

Me pilló desprevenido el ramalazo de ira que me recorrió.

—No, las cosas no son así —contesté al tiempo que daba unos golpecitos en la mesa—. Gracie, me conoces y sabes que jamás haría eso. Sabes la clase de padre que soy.

—Pero no sé lo cabrón que eras antes. ¿Cuántos otros errores del pasado van a aparecer de repente?

Katy jadeó y yo me puse en pie, con la rabia tan caliente que me quemaba y chisporroteaba bajo la piel. Cuando hablé, lo hice con voz fría y distante.

—Sé que estás disgustada, Grace. Sé que todo esto te ha sorprendido. Como a mí, joder. Y como a tu madre. Sí, fui un gilipollas. Un egoísta. Pero no sabía lo de Ashley. Si lo hubiera sabido, habría buscado a su madre y las habría ayudado. Tu madre me enseñó a amar, y eso habría incluido a una niña inocente. —Me incliné hacia delante y apoyé las manos en la mesa—. Todavía es inocente y tiene la idea equivocada de que las abandoné. Ya me dolió bastante saber que eso era lo que ella pensaba, que lo sigue pensando, pero ¿oírte a ti plantearlo siquiera? —

Negué con la cabeza con un nudo en la garganta—. Siento haber tenido que decirte esto. Siento no haber sido entonces el hombre que soy ahora. Cometí errores. Pero esto es culpa mía, no suya. Ella no es la mala de la película. La cuestión es que tienes una hermanastra. Lo que ocurra entre ella y yo está en el aire. ¿Lo que ocurra entre ella y todos vosotros? Eso es cosa vuestra. Pero la Grace que conozco abriría su corazón y sus brazos, y le daría una oportunidad. —Me enderecé —. Quizá esa Grace aparezca cuando se te pase el enfado.

Ella no dijo nada y siguió moviendo el pie, disgustada y con una expresión gélida.

—Creo que deberías irte a casa —añadí, con el corazón destrozado al pronunciar esas palabras—. Cuando quieras hablar, aquí estaré. —Suavicé la voz—. Siempre me tendrás aquí, Gracie. Eso nunca cambiará. Mi amor por ti nunca cambiará.

Vi que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero no se echó atrás.

—¿Se lo has dicho a los demás?

—Lo haré hoy más tarde. Con Reed y Heather hablaré cuando vuelvan, iré a recogerlos al aeropuerto. Te agradecería que no te pusieras en contacto con ninguno de ellos antes de que yo tenga la ocasión de hacerlo.

Por un instante titubeó. Capté su indecisión. Luego se puso en pie.

—No lo haré. Dios me libre de robarte el protagonismo, Richard —replicó, pronunciando mi nombre con retintín, y salió de la cocina. El portazo que dio al salir de la casa resonó en el silencio.

Me senté, con las piernas temblorosas por el esfuerzo de mantener el cuerpo erguido.

—Vete con ella, Jaxson —le dije—. Te necesita.

Mi yerno se puso en pie.

—Entrará en razón —dijo, aunque no parecía muy seguro. La vehemencia de mi hija también lo había sorprendido.

Asentí con la cabeza y cerré los ojos. Nunca había visto a Gracie tan furiosa. Tan fría y mordaz. Sus hirientes palabras resonaron en mi cabeza.

Oí que se cerraba la puerta y sentí que los brazos de Katy me rodeaban. Me volví hacia ella, agotado por completo.

¿Había perdido a la hija con la que más apego tenía al ganar una nueva?

¿Qué pasaría cuando se lo contara a los demás?

Era un pensamiento que no podía soportar.

22

RICHARD

Esa misma tarde se lo conté a Penny, a Gavin y a Matthew en una llamada conjunta de Zoom. Heather seguía de luna de miel y no quería interrumpirla. Se lo diría cuando volviera a casa.

Katy estuvo de nuevo a mi lado, ofreciéndome su apoyo y serenidad. Gavin frunció el ceño al oír mis noticias, y negó con la cabeza cuando Penny le preguntó si recordaba haberla conocido en la boda de Heather.

—Lo siento, princesa PePé, estaba ocupado bailando con mi mujer y pasándomelo bien. Recuerdo vagamente haber conocido a una chica guapa que iba con Luc —admitió, rascándose la cabeza—, pero nada concreto. Era alta, creo.

—Deja de llamarme así.

—No. Te pega.

—Pues hazlo bien. Es lady PePé. Y no me puedo creer que hayas conocido a nuestra hermanastra y no tengas nada que contarme.

—Ya he dicho que es alta. No sabía que era de la familia. Habría tomado más notas.

—Menuda ayuda tengo contigo…

Él se rio entre dientes antes de ponerse serio.

—Papá, no sé qué quieres que te diga.

Me pasé una mano por el pelo, agradecido al verlos bromear como siempre.

—No espero que digáis nada. Sé que es algo absolutamente inesperado y que supone todo un shock. Lo ha sido para mí y para vuestra madre —le cogí una mano a Katy y se la besé—, que ha sido un pilar de fortaleza para mí.

Penny sonrió, mirando a su madre.

—Lo es para todos nosotros.

—¿Qué esperas que hagamos? —preguntó Matthew, con voz fría.

—No espero nada. No sé lo que va a pasar. No sé si intentará entablar una relación conmigo o con alguno de vosotros.

—¿Y si alguno no quiere? —preguntó Matthew, sin rastro de su habitual aplomo.

—¿Por qué no vemos lo que pasa antes de que decidas eso? —preguntó Katy.

—¿Has oído hablar de los preservativos, papá? Las enfermedades de transmisión sexual existen desde hace mucho tiempo. ¿Siempre fuiste tan descuidado? —me preguntó—. ¿Debemos esperar que aparezcan otros hermanos?

Torcí el gesto al oír su pregunta, ya que sus palabras se parecían demasiado a las de Gracie. Katy me apretó la mano en señal de advertencia, pero se inclinó más hacia la cámara.

—Cuidado. Estás hablando con tu padre. El hombre que te ha apoyado en cada bache del camino durante toda tu vida. A todos vosotros —añadió con tono severo.

Matthew parecía escarmentado.

—Lo siento. Solo era una pregunta. Es el médico que hay en mí.

Carraspeé.

—Siempre he utilizado preservativos. Supongo que alguno falló. Es una posibilidad.

Matthew resopló.

—Sí, desde luego.

—Siempre tuve cuidado con las mujeres con las que salía. Tenía claro lo que esperaba de una relación y no ocultaba que no quería tener hijos en ese momento de mi vida. La única persona de

la que me enamoré y con la que quise tener hijos fue tu madre. Siempre me protegí y mantuve relaciones sexuales seguras.

Vi que su enfado se evaporaba al oír mis palabras.

—Vale, entendido.

Me froté la cara con las manos.

—A ver, sé que esto ha sido muy inesperado. No me gusta tener que decíroslo por videollamada. No me gusta tener que deciros algo así. No estoy orgulloso del hombre que fui, pero no puedo cambiarlo. Y tenéis derecho a sentiros como queráis. A enfadaros conmigo. Bien sabe Dios que vuestra hermana se ha enfadado.

—¿Gracie? —preguntó Penny.

Asentí con la cabeza.

—Mucho. No quiere hablarme.

—Lo siento, papá —murmuró Penny—. Sé que debe de dolerte.

Asentí de nuevo con la cabeza, incapaz de hablar durante un minuto. En las horas transcurridas desde que se lo había dicho, el impulso de ir a verla había sido fuerte, pero Jaxson me advirtió de que no lo hiciera. Había llevado a Kylie de visita y, aunque no me sorprendió, la ausencia de mi hija me pareció enorme.

—Déjala un par de días, Richard —me había aconsejado mi yerno—. Ha dicho muchas palabras fruto del enfado y necesita ordenar las ideas. —Hizo una pausa—. Lo resolverá. Te quiere demasiado como para no hacerlo.

Ojalá tuviera razón.

—Yo no estoy enfadada —dijo Penny, devolviéndome al presente—. Tenemos una familia tan ecléctica, que ¿qué más da una hermana más? Si Luc está enamorado de ella, debe de ser estupenda. Has dicho que a Heather también le caía bien, así que me reservaré mi opinión y decidiré por mí misma. —Me sonrió—. Gracie entrará en razón, papá. Ya sabes que es muy sensible. Y ahora tiene que compartirte con otra persona. No le va a gustar. —Se rio.

Le sonreí, deseaba poder abrazarla. Llevaba razón. Gracie y yo teníamos un vínculo único y especial. Un vínculo que, hasta ese momento, creía irrompible. Debía confiar en él.

—Yo tampoco estoy enfadado, papá —dijo Gavin—. Sorprendido, sí. Pero, al igual que lady PePé, opinaré por mí mismo si ella decide conocernos. Tiene razón. ¿Qué más da una más en el grupo? —Hizo una pausa—. ¿Cómo lo llevas tú?

Roté los hombros y moví la cabeza para aliviar un poco la tensión.

—Estoy confundido, frustrado. Preocupado. Entiendo por qué está tan enfadada, pero no sé cómo convencerla de que no la abandoné ni le di la espalda. Simplemente no lo sabía.

—¿Quieres tener una relación con ella? —me preguntó.

—Es mi hija, Gavin. No puedo pasarlo por alto ni quiero hacerlo. Espero al menos que podamos ser civilizados y que mantengamos el contacto. Pero una parte de mí desea que ella pueda encontrar un lugar en nuestro mundo, sí. Que se dé cuenta de que ahora tiene familia.

Penny expresó su acuerdo con un murmullo y Gavin asintió con la cabeza. Katy me acarició el dorso de la mano trazando círculos reconfortantes, y su contacto me resultó cálido y afectuoso.

La mirada de todos se centró en Matthew. Siempre era el callado del grupo, pasara lo que pasase, pero ese día su silencio me pesaba. El comentario furioso de antes me había puesto en guardia y me pregunté si estaba a punto de tener otro hijo enfadado conmigo.

—Matthew —dije—, di lo que estás pensando.

—Creo que he tenido una suerte increíble al teneros a ti y a mamá como padres. Por lo que nos has dicho, Ashley no tuvo tanta suerte. Así que, si es una persona decente y quiere sumarse

al amor con el que hemos sido bendecidos, por mí estupendo. Estoy abierto a conocerla algún día. —Carraspeó—. Como médico, soy consciente de lo importante que es la familia. Veo a demasiada gente que no tiene a nadie. La familia es esencial. Y la nuestra es estupenda.

Sus palabras me aturdieron y oí el sollozo ahogado de Katy. Tuve que secarme las lágrimas y después miré de nuevo la pantalla.

—Gracias, hijo mío.

Él asintió con la cabeza.

—Y, papá, Gracie se tranquilizará. Hablaré con ella más tarde.

—Yo también —añadió Penny.

—No la presionéis. Ahora mismo no es ella misma —les dije—. Si os aliáis contra ella, solo conseguiréis que se atrinchere mejor.

—¿Te suena de algo, papá? —bromeó Gavin—: ¿De tal palo, tal astilla?

Me vi obligado a reírme. Todos mis hijos compartían mi testarudez. Por suerte, solo Gracie parecía haber heredado mi carácter. El resto salió a Katy. Gracias a Dios. De otro modo, habría sido imposible lidiar con tanto niño temperamental.

—Os mantendré informados de lo que pase.

De repente, Matthew bajó la mirada.

—Me llaman. Tengo que irme. Luego hablamos. —Y desapareció.

Gavin se rio entre dientes.

—La vida de un médico. Te llamaré más tarde, papá, ¿vale? Tengo algunas preguntas, pero nada importante. Ya hablaremos.

—Claro. Dale recuerdos a Amanda.

—De tu parte. Os quiero a los dos —dijo mirándonos—. Siempre.

Y solo quedamos Katy, Penny y yo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Katy a Penny—. ¿Seguro que no quieres que vaya?

—No, estoy bien. Philip me está volviendo loca. No me deja poner los pies en el suelo. Puedo levantarme a ratos para moverme, pero él no para de darme la tabarra. Estoy bien, en serio. Duermo, como y leo. Mi suegra y mis cuñadas están aquí todo el tiempo, así que no me aburro.

—¿Me avisarás si cambias de opinión?

—Sí. Voy a necesitar ayuda después del parto. Quiero que estés conmigo entonces, ¿vale?

—Por supuesto.

—Estupendo. —Penny me miró—. ¿Estás bien, papá? Tienes muy mala cara.

—Ha sido duro, pero estoy bien.

—A Gracie se le pasará el enfado. No te preocupes.

Sonreí.

—Eso espero.

—Ya lo verás. Te quiere con locura. Así que dejará de hacer el tonto e irá a verte. Sabe que es tu preferida —bromeó—. No querrá perder el puesto.

Todos mis hijos se burlaban de nosotros por nuestra estrecha relación, pero lo hacían sin malicia ni ira. Y aunque los quería a todos, Gracie y yo teníamos un vínculo inexplicable.

—Eso espero.

Volví a cambiar de tema y le pregunté a Penny por el bebé. Sostuvo el teléfono para que pudiéramos ver el movimiento de su barriga y escuché su emoción por el inminente nacimiento. Philip entró, nos saludamos, y acabé sonriendo mientras ella le contaba la noticia.

—¡Tengo otra hermana, Philip! ¿Te lo imaginas? Gavin y Matthew están todavía más en minoría. Otra tita para que mime a nuestro bebé.

Sus palabras y su aceptación me arrancaron una sonrisa, incluso después de que cortáramos la llamada. Eso ayudó a aliviar el escozor de la reacción de Gracie. Sabía que habría otras conversaciones entre nosotros, algunas difíciles, pero al menos ellos no estaban furiosos conmigo.

Cuatro menos, falta una.

La reacción de Heather me resultaba un misterio. Solo esperaba poder decírselo antes de que viera a Gracie.

Porque de lo contrario, sería un desastre.

Un par de días después fui al aeropuerto para recoger a Heather y a Reed. Ambos llegaban bronceados y parecían muy contentos y sorprendidos de verme, aunque me saludaron con abrazos y no pararon de hablar en el coche sobre el viaje. La selva tropical, las fotos, los pájaros y el resto de la fauna que habían visto. Escuché e hice preguntas, encantado de saber que habían disfrutado del viaje y que eran felices.

Había poco tráfico, ya que llegaron por la noche, y el trayecto de vuelta a Port Albany fue rápido. Los ayudé a sacar el equipaje del maletero y a dejarlo en el salón.

—¿Estás cansada? —le pregunté a Heather.

Ella levantó una ceja, un truco que había aprendido de su madre y perfeccionado.

—Papá, nos recoges tú en vez de que lo haga Luc, mamá no viene contigo… ¿Crees que no sé que pasa algo? —Me miró a los ojos, nerviosa de repente—. ¿Mamá está bien?

—Sí. Si quieres verla, le decimos que venga.

Reed se tiró en el sofá.

—Tío, qué bien sienta estar en casa. Suéltalo, Richard. Cuando Luc llamó para decir que irías a buscarnos tú y no él, supuse que se estaba cociendo algo. Se negó a hablar, pero lo conozco.

Le había enviado dos mensajes a Luc desde la reunión en el despacho de Halton. Uno para saber cómo estaba Ashley, con la esperanza de que pudiera contarme algo más que lo que Halton me había dicho —que era nada—, y otro para decirle que yo recogería a Heather y a Reed. Solo obtuve una breve respuesta en ambos casos.

«Ashley está bien. Se pondrá en contacto contigo cuando esté preparada, si llega a estarlo, Richard. Dale tiempo».

Y al segundo: «Sin problemas. Se lo diré a Reed».

Seguía sin saber qué pensaba Ashley o cómo se encontraba. Una parte de mí se sentía reconfortada sabiendo que Luc le era tan leal, pero otra parte de mí quería más información. Resultaba agotador.

Heather se sentó con Reed en el sofá y se cogieron de la mano. Me senté frente a ellos, asqueado por el riesgo de disgustar a mi hija, pero también deseando que todo acabara para que las fichas cayesen donde tuvieran que caer.

—Tengo una noticia.

—Ya nos lo imaginábamos, papá. ¿Qué te pasa? Pareces… agotado.

Manteniendo de manera permanente el contacto visual con mi hija, le conté la versión abreviada de la historia. Ella puso los ojos como platos varias veces, pero no me interrumpió en ningún momento. Reed se inclinó hacia delante, con evidente interés, incrédulo y sorprendido a la vez.

—¿Ashley es mi…, nuestra… hermanastra? —me preguntó Heather—. ¿Ashley, la novia de Luc?

—Sí.

—Qué fuerte, joder —susurró Reed.

Heather guardó silencio un instante, y yo me preparé para las preguntas.

—¿Mamá está bien?

No me sorprendió que la primera fuese sobre Katy. Heather y ella compartían un vínculo especial, muy parecido al mío con Gracie.

—Tu madre está bien. Genial. Ha sido un gran apoyo. Si quieres que venga a verte, díselo. Si no, ve tú.

—¿Qué opina Ashley de esto?

Encogí un hombro.

—Está disgustada y confusa.

—Porque cree que le diste la espalda.

—Sí.

—Tú nunca harías eso, papi.

Sonreí al oírla defenderme. Me encantaba que todavía siguiera llamándome «papi» después de tantos años.

—El hombre que tú conoces no lo haría.

Ella negó con la cabeza.

—Tampoco lo haría el hombre que fuiste. Seguro que al menos habrías ayudado económicamente.

—Me gusta pensar que sí, pero nunca lo sabré.

—Claro que lo habrías hecho. Mamá sacó lo bueno que había en ti, pero era obvio que estaba ahí. Habrías hecho algo.

Que me juzgara con esa benevolencia me llegó al corazón y me relajé un poco.

—Gracias, cariño.

Mi hija frunció el ceño.

—Debe de querer una relación o algo así. Si no, ¿por qué decir nada? Podría haberse dado cuenta de que eras su padre y dejarlo estar. No era necesario que volviera a verte si tanto te odia.

—Olvidas su relación con Luc, cariño —le recordó Reed con suavidad—. Tendría que ver mucho a tu padre. No podía mantenerlo en secreto.

—Es verdad. —Se mordió el labio, pensativa—. Entonces ¿es posible que recapacite?

—Eso espero. Me gustaría pensar que al menos aceptará la amistad de sus hermanastros. Que entablará algún tipo de relación con vosotros.

Heather asintió con la cabeza.

—Me cae muy bien. Y le parecía muy bonito que yo estuviera tan unida a mi familia. Seguro que acaba viendo la luz. —En ese momento frunció el ceño de nuevo—. ¿Cómo se lo ha tomado Gracie?

—No muy bien.

—¿Está enfadada?

—Furiosa.

—Pero no es culpa tuya, papi.

Me froté la cara con las manos.

—Está… muy sensible.

—¿Por el embarazo?

—Ah, ¿ya lo sabes? —Había preferido no decirle nada por si acaso.

Heather asintió con la cabeza.

—Me lo dijo antes de la boda.

—Vale. Sí, el embarazo la tiene más sensible de la cuenta. Esto la ha afectado mucho, y tuvimos una discusión. Cuando le di la noticia, yo seguía muy enfadado y ella captó mis emociones. Le voy a dar un poco de tiempo y espero poder aclarar las cosas después.

—Hablaré con ella.

—Seguro que tendrá mucho que decir —repliqué con una sonrisa triste. Mis dos hijas mayores eran amigas íntimas además de hermanas. Si había alguien a quien Gracie estaba dispuesta a escuchar, era a Heather.

Ella se inclinó hacia delante y me cogió una mano.

—Se le pasará.

Me limité a asentir con la cabeza.

—¿Puedo ponerme en contacto con Ashley?

—No veo por qué no. Tu situación es especial porque ya habías establecido una relación con ella. Erais amigas. Esperaba que eso fuera un punto de partida en su caso —admití—. Pero no insistas en el aspecto familiar. Limítate a ser su amiga. —Levanté la mano en señal de advertencia—. Puede que al principio no responda.

—No pasa nada —repuso ella—. Insistiré.

—Llamaré a Luc y quedaremos con ellos. En plan relajado —sugirió Reed—. Llegará a conocerte, Richard. Os conocerá a todos. Ha tenido mucha suerte al encontrar a esta familia.

—Gracias, Reed.

Heather me miró.

—Te preocupaba mi reacción.

—Sí. Penny, Gavin y Matthew lo aceptaron una vez superada la sorpresa inicial. Gracie se lo ha tomado fatal y estáis tan unidas que me preocupaba que te pusieras de su parte —admití.

—No creo que esto sea cuestión de bandos. Debemos mantenernos unidos.

—Tienes razón.

—¿Y mamá? —preguntó en voz baja—. ¿Cómo reaccionó?

—Al principio le costó, pero lo hablamos. Tu madre es increíble. —Me puse en pie, tiré de ella y la abracé—. Tú también lo eres, tesoro.

—Todo saldrá bien, papi. Te lo prometo.

Volví a abrazarla, agradecida por su cariño.

—Gracias, cielo.

23

ASHLEY

Repasé la pantalla, para comprobar de nuevo que todos los detalles del evento que había organizado para el viernes estaban listos. Era una fiesta multitudinaria de casi quinientas personas. Contábamos con dos enormes salones de baile, ocho barras, diez puestos de comida y un sinfín de personal para garantizar que todo saliera a pedir de boca. Era una empresa que ya había contratado nuestros servicios antes y que siempre quería que me encargara yo de todo. El lugar donde iba a celebrarse era uno de mis favoritos, con un servicio de primera, una comida deliciosa y unos detalles que siempre hacían que el festejo fuera espectacular. Que la empresa contara con un presupuesto tan elevado también ayudaba mucho. Todos los años organizaban esa fiesta para sus empleados y siempre resultaba muy agradable. Había que trabajar mucho para planificarla, pero el ambiente era estupendo.

Satisfecha, me volví hacia el montón de mensajes y demás tareas que me esperaban en el escritorio. Ojeé los mensajes e hice una mueca al ver que tenía dos de Heather Morrison. Al principio el apellido me desconcertó, pero luego me di cuenta de que era Heather VanRyan, que ya utilizaba su apellido de casada.

No le había devuelto las llamadas perdidas ni los dos mensajes de voz que me había dejado en el teléfono. Todavía no me sentía preparada para verla cara a cara. Su voz parecía alegre y optimista en los mensajes, pero yo aún no había asimilado las cosas. Sabía que tenía que llamarla, o al menos enviarle un mensaje y pedirle que me diera un poco más de tiempo, pero no lo había hecho. Heather me cayó bien desde el principio y habíamos empezado lo que yo creía una bonita amistad. Si había alguien en la familia VanRyan con quien quisiera establecer una relación, era ella.

Sin embargo, no me sentía preparada para afrontarlo todavía. Así que aparté sus mensajes y me concentré en los relacionados con el trabajo.

Richard había guardado silencio después de sus intentos de acercarse a través de Halton y Luc, y eso era de agradecer. Aunque, teniendo en cuenta lo que había visto y lo que sabía de él, me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que volviera a tenderme la mano. No me sentía preparada. No sabía si alguna vez lo estaría.

Regresar al trabajo había sido lo mejor para mí. Me mantenía ocupada y me ayudaba a olvidar todo el follón de los últimos días mientras me dedicaba a lo que mejor se me daba. Hice algunas llamadas, programé reuniones y abrí unos cuantos expedientes nuevos. Además, me ocupé de unos problemas que habían surgido con un proveedor de catering muy informal y con una florista malhumorada, y concerté un par de entrevistas con dos nuevos candidatos para sustituir a algunos miembros del personal que se habían marchado hacía poco. El cambio era una constante en el negocio en el que trabajaba, y había aprendido a encontrar rápidamente a la persona adecuada para el trabajo, a formarla y a tratarla bien para que se quedase un tiempo. No me gustaba nada perder buenos empleados, pero era algo que sucedía a menudo.

Mientras ojeaba un currículum, me llamaron por teléfono y sonreí al ver el número en la pantalla, porque era el de mi compañera de casa.

—Hola, Joyce.

—Hola, guapa. ¿Cómo te va?

—Pues no me aburro, la verdad —respondí.

—Estoy en casa.

—Estupendo. ¿Cuánto te quedas?

Se rio.

—No mucho. ¿Pasarás la noche aquí?

—Pues sí.

—¿No tienes noche de pasión con el buenorro de Luc?

Me reí entre dientes.

—Está liado con una catástrofe informática. Algo se ha estropeado o ha explotado o lo que sea. Así que esta noche estoy sola.

—Genial. Podemos ponernos al día. Tengo novedades, y seguro que tú también tienes mucho que contarme. Pediré una pizza y abriremos una o dos botellas de vino. ¿A las seis?

Miré lo que se acumulaba en mi mesa.

—Que sean las siete.

—Vale, nos vemos en casa.

—Hasta luego.

Colgué con un suspiro. Joyce llevaba más de un mes sin parar en casa. Viajaba mucho con la compañía aérea y aprovechaba al máximo los destinos lejanos. Le encantaba explorar y descubrir nuevos lugares, y sabía cómo usar los vuelos de trabajo y su tiempo libre para encajarlo. Era raro verla en casa más de una o dos veces al mes, y a veces menos. Sería estupendo estar con ella y ponernos al día.

Y llevaba razón en algo: tenía mucho que contarle. Desde luego que sí.

Joyce me miró por encima del borde de la copa.

—¿Te estás quedando conmigo? ¿¡Tu padre!?

Asentí con la cabeza mientras bebía un sorbo de vino. Me había sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y Joyce estaba en el sofá, con la mesita entre ambas. Ese era nuestro lugar habitual para sentarnos, desconectar y reconectar cada vez que volvía de uno de sus largos viajes.

—Me pilló de sorpresa. Y me quedo corta —repliqué.

—¿Y de verdad te enfrentaste a él? ¿Delante de todos los demás?

—Me dijo que lo hiciera. —Solté el aire de golpe—. Analizándolo ahora, no debería haberlo hecho así. Pero estaba… —Dejé la frase en el aire.

—Enfadada —concluyó ella por mí.

—Sí.

—Sigues estándolo —comentó.

—Asegura que no sabía nada de mí. Mi madre me dijo que sí lo sabía. A ella no puedo preguntarle y no tengo motivos para confiar en él. —Me pasé las manos por la cara—. Ya no sé ni quién soy. No sé a quién creer. Luc lo aprecia muchísimo, a toda la familia en realidad. Cree que debo darle una oportunidad a Richard, llegar a conocerlo. Formarme una opinión personal y decidir.

Joyce se limpió los dedos en la servilleta después de soltar la porción de pizza.

—Es difícil cuando la persona que supuestamente te abandonó pasó página y formó otra familia. Entiendo tu enfado. —Bebió un sorbo de vino—. Pero ¿por qué te mintió tu madre? Podría haberte dicho que nunca se lo contó a tu padre debido a su ruptura o algo así. No tiene ningún sentido.

—Lo sé.

Joyce guardó silencio un momento, con expresión pensativa.

—Lo conozco.

—¿A quién? —pregunté, confusa.

—A tu padre. Richard VanRyan. Lo veía cuando hacía el trayecto Toronto-Vancouver porque él viajaba a menudo. En primera clase, por supuesto.

—Por supuesto —respondí con sequedad—. No creo que viaje con la gente corriente.

Ella frunció el ceño.

—Siempre fue muy educado. Simpático, incluso. Recuerdo un día en concreto. Detrás de él había una mujer con un bebé que no había manera de que dejara de llorar.

—¿Y él protestó?

Joyce negó con la cabeza al tiempo que esbozaba una sonrisilla.

—No, esa fue la parte agradable. Los demás empezaron a quejarse, pero él se levantó, cogió a la niña en brazos y empezó a mecerla mientras hablaba con la madre. Se quedó dormida en sus brazos, muy contenta. Dijo que había aprendido con su hija que el sonido de su voz al oído la relajaba.

Cogí la copa de vino y la apuré.

—Joder. No era la anécdota adecuada para compartir, ¿verdad? —me preguntó, torciendo el gesto.

—No, no pasa nada. Es evidente que adora a sus hijos.

—Pero quieres saber por qué ese no fue el caso contigo —dedujo.

—Sí.

Joyce se sentó en el borde del sofá con semblante serio.

—Como no le des una oportunidad para poder conocerlo, nunca lo sabrás, guapa.

—Ya lo sé. Solo necesito un poco de tiempo.

—Normal —replicó antes de sonreír—. En cuanto a la genética, seguro que te ha tocado la lotería. Por las fotos que tienes, tu madre era espectacular y en cuanto al señor VanRyan, uf. —Se abanicó con la mano—. Solía fantasear con él a menudo. Es un buen ejemplo de un madurito follable.

La miré boquiabierta y luego sacudí la cabeza mientras me reía.

—¡Qué horror! Estás hablando de mi supuesto padre.

—Mis partes femeninas no lo sabían en aquel entonces. Tampoco sé si les habría importado. Ese hombre está cañón. —Me miró con atención—. Tienes sus ojos.

—Lo sé.

Levantó las manos.

—Vale, muy bien. Lo entiendo.

Rellené las copas con lo que quedaba de vino en la botella.

—¿Y tú? Dijiste que tenías novedades.

—Sí, así es.

Algo en su tono me alertó.

—¿Qué pasa?

—Me han ofrecido un trabajo.

—Ah, ¿sí?

—En Europa.

—¡Ostras! Mmm, qué bien, ¿no?

Sonrió, consciente de mi titubeo.

—He aceptado, así que voy a mudarme. Viviré en Italia.

—¡Joyce, ese es tu sueño!

—Lo sé. Ha sido todo muy repentino. Esa pequeña agencia de viajes que tanto me gusta. He

participado en muchos de sus vuelos. Y he llegado a conocerlos tan bien que me han ofrecido el puesto y no he podido negarme.

Me estiré por encima de la mesa y le di un apretón en una mano.

—Pues claro.

—Así que, lo siento, pero me mudo.

Eché un vistazo por la salita. No era gran cosa, pero era lo único que podía permitirme y necesitaba alguien con quien compartir la casa.

—Ya encontraré a alguien.

—Pagaré mi parte hasta que lo hagas. No pienso dejarte tirada. Además, solo voy a llevarme mis objetos personales. El resto puedes quedártelo o tirarlo si no lo quieres.

—Ya se nos ocurrirá algo. —Sonreí con tristeza—. Te echaré de menos. Aunque pasas mucho tiempo fuera, siempre acabas apareciendo.

—Puedes venir a visitarme. Ya he encontrado un sitio que comparto con otras dos chicas. Es una casita a las afueras de la ciudad, con mucho espacio.

—Parece increíble. —Desterré la tristeza por su marcha—. Descríbemela con pelos y señales.

Me llamaron por teléfono sobre las once y lo cogí de la mesita de noche con una sonrisa al oír el tono que Luc había asociado a su número. *El último mohicano* era una de mis películas preferidas.

—Hola —contesté—. ¿Qué tal la noche?

—Muy solitaria.

Me reí.

—Pobrecito.

Se rio entre dientes.

—En realidad, he cenado tarde con Reed después de arreglar el problema en el trabajo.

De repente sentí que se me tensaban los hombros, pero mantuve la calma.

—¿Y qué te ha contado? ¿Se lo han pasado bien en la luna de miel?

—Tiene un aspecto estupendo, viene moreno y muy contento. Dice que el viaje ha sido increíble y me ha enseñado unas cuantas fotos. Unos paisajes espectaculares.

—Genial.

—Ha estado liado desde que llegaron a casa.

—Me lo imagino —murmuré, con la mirada clavada en el bloc de notas que tenía sobre el regazo. Había estado haciendo una lista con las cosas que destacar en el anuncio para encontrar una nueva compañera. La idea de que Joyce se fuera me repateaba. Además de haber congeniado estupendamente, estaba acostumbrada a sus ausencias, y la idea de vivir con una desconocida que estaría más en casa no me hacía mucha gracia. Luc pronunció un nombre conocido, y eso me devolvió al presente—. Perdona, ¿qué has dicho? Se me ha ido el santo al cielo.

—He dicho que Reed me ha comentado que Heather ha intentado ponerse en contacto contigo.

—Sí, me ha dejado un par de mensajes. —Me froté los ojos—. Déjalo, por favor. Ya la llamaré cuando esté preparada. Ahora tengo muchas cosas entre manos. —Bajé de nuevo la mirada a la lista que había hecho—. Sobre todo después de esta noche.

—¿Qué ha pasado?

Le conté las noticias de Joyce.

—Me alegro mucho por ella, pero me entristece que se vaya. Ahora tengo que encontrar otra compañera de casa. No puedo permitirme vivir aquí sola, y aunque no es el Taj Mahal ni nada

parecido, me gusta estar aquí. —Suspiré—. Ojalá pudiera comprar una casa, pero hasta que no acabe de pagar mis préstamos estudiantiles y ahorre un poco es imposible. De verdad que no quiero mudarme.

—Entonces ¿qué opciones tienes?

—Buscar a otra persona que quiera compartir casa. Estoy intentando escribir un anuncio.

—¿Piensas vivir con una desconocida?

—Joyce y yo lo fuimos al principio. No conozco a nadie que quiera mudarse. Preguntaré en el trabajo, pero tampoco estoy segura de querer hacerlo. Prefiero separar la vida laboral de la personal. —Suspiré—. Tengo un tiempo para pensarlo bien. Joyce pagará su parte del alquiler durante los próximos dos meses.

—Tenemos un tablón de anuncios en la sala de personal en la oficina —me dijo Luc—. Cuando hayas redactado el anuncio, lo pondré allí. Es habitual oír a la gente decir que está buscando casa.

—Sería estupendo. Son unos mil doscientos al mes por persona, con agua, electricidad y demás gastos incluidos. Y los dos dormitorios tienen cuarto de baño privado.

—Vale, es bueno saberlo. —Hizo una pausa—. Lo siento, cariño. Sé que te gusta Joyce.

—La echaré de menos.

—Ya lo sé. Lo solucionaremos —me tranquilizó.

Sus palabras me reconfortaron. Que usara el verbo en plural hizo que me sintiera un poco menos sola.

—Gracias.

—Mañana cenamos, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Quieres venir a mi casa?

Hice una pausa. Luc vivía con tres compañeros. Todos eran unos empollones informáticos, y había ordenadores, chismes y mesas de trabajo por todos lados. Los chicos eran bastante simpáticos, pero tanto desorden me desquiciaba. La habitación de Luc estaba ordenada, pero llegar a ella era a veces como atravesar un campo de minas.

—Joyce irá mañana a Toronto a ver a su amiga Bonnie. Seguro que correrá el vino, así que pasará allí la noche.

—Estupendo. Haré la maleta.

Me reí. La idea que tenía Luc de hacer la maleta era meter un cepillo de dientes y una camisa limpia en la mochila. Sobre todo si iba a pasar la noche un jueves, ya que el viernes era día informal en su oficina.

—Tienes aquí un cepillo de dientes y un par de camisas —le recordé.

—Pues mejor. Nos vemos mañana, cariño.

—Me muero de ganas.

—Bien. Y ahora duerme un poco. —Hizo una pausa—. Lo vas a necesitar.

Y, con esa promesa, colgó.

24

ASHLEY

No debería haberme sorprendido descubrir a Heather esperándome en mi despacho cuando volví al día siguiente de una reunión en una posible localización.

Estaba distraída cuando entré en el despacho, y mi asistente no estaba sentada a su mesa. La clienta y su hija me habían acompañado, y aunque la madre se había emocionado y había insistido en que ese sitio era perfecto para lo que tenía en mente, me di cuenta de que la hija no estaba convencida. No me cabía duda de que la madre quería una boda espectacular y grandiosa que dejara claro que tenían pasta, mientras que la hija se sentía incómoda con toda esa fanfarria. Era tímida, guapa y sencilla, y yo sabía que justamente sencillez era lo que querría para su boda. Me había confesado en privado que buscaba algo mucho menos exagerado que lo que planeaba su madre y sin muchos de los «adornos», como los llamaba. Necesitaba ayudarla a encontrar un punto medio. Detestaba la idea de que la hija temiera el día de su propia boda por agradar a su madre. Había que dar con una localización lo bastante espectacular para complacer a la madre, pero no tanto como para intimidar a la hija. Necesitaba crear el plan adecuado para equilibrar ambas cosas. Ya lo había visto antes y sabía que las novias se arrepentían a menudo de las decisiones que las obligaban a tomar. Por suerte, la organizadora de la boda era una mujer con quien ya había trabajado antes. Habíamos acordado reunirnos la semana siguiente para hallar una solución.

Rodeé mi mesa y solté el bolso, y en ese momento me sobresaltó una voz.

—Por fin apareces. Empezaba a creer que habías desaparecido de la faz de la tierra.

Sorprendida, me encontré con la mirada de Heather y, una vez más, esos ojos tan parecidos a los míos me paralizaron. Estaba sentada en el pequeño diván del rincón, así que no había reparado en su presencia hasta que habló. Me quité la chaqueta.

—¿Cómo has entrado?

—Tu asistente no se encontraba en su mesa y la puerta estaba abierta.

—No era una invitación para que entraras —repuse con frialdad.

Se encogió de hombros, sin arrepentirse.

—No me has devuelto los mensajes.

—Estoy hasta arriba de trabajo, Heather.

—O me estás dando largas.

Crucé el despacho y cerré la puerta, ya que no quería que nadie oyera esa conversación privada. En el trabajo nadie sabía lo que estaba pasando, y quería que siguiera así. Mi vida personal era eso, personal. Me senté enfrente de ella.

—Estoy ocupada —repetí—. Tengo un montón de eventos en marcha, más los nuevos que estoy negociando. —Me froté las sienes—. Acabo de volver de una reunión precisamente de uno de estos últimos.

—Pareces alterada —dijo.

Agité una mano.

—Alterada no, preocupada. —Después, por algún motivo, le conté la historia de la chica y su madre—. Es muy dulce, y sé que su madre la quiere, pero no le hace ni caso. Creo que intenta darle a su hija la boda que ella querría, no la que su hija quiere de verdad. Y la hija intenta complacer a la madre y no perderse por el camino.

Heather asintió con la cabeza.

—Pasa a menudo. ¿Cuándo es la boda?

Suspiré.

—En primavera, lo que empeora las cosas. Aunque barajan varias fechas, muchas de las localizaciones ya están reservadas.

—¿Qué me dices de los viñedos?

—¿Cómo?

—Shoreline Winery, los viñedos con bodega donde me casé.

—No es lo bastante grande.

—Hay un salón muchísimo más espacioso que el que yo usé. Podría comprobar las fechas disponibles. Es un lugar muy exclusivo. —Me guiñó un ojo—. Podrías tirar de tus contactos familiares.

—Ni se te ocurra ir por ahí —la corté.

Levantó las manos.

—Oye, sé que es una sorpresa enorme. Desde luego que lo fue para mí. Pero el asunto es que eres mi hermanastra. Ya éramos amigas antes de descubrirlo, así que ¿por qué no seguir siéndolo? —Ladeó la cabeza mientras me observaba con detenimiento—. Papá dice que estás cabreada con él, y eso es cosa vuestra.

Se me escapó una carcajada.

—¿Quieres que seamos amigas, aunque odie a tu padre?

Hizo una mueca.

—«Odio» es bastante fuerte. No lo conoces, en serio. Si te concedieras la oportunidad de hacerlo, te darías cuenta de que es increíble.

—Eso cree él. —Sorbí por la nariz.

Ella sonrió mientras meneaba la cabeza.

—Es todo fachada. Tampoco tuvo una infancia fácil. Se convirtió en su escudo, todo eso de «Soy la leche, miradme». Solo es una máscara. Es un padre increíble y haría cualquier cosa por nosotros, por sus hijos.

—Yo no formo parte de ese «nosotros…, sus hijos» —le recordé.

—Pero podrías.

Me negué a que viera la chispa de alegría que me provocaron sus palabras. Me deshice de la sensación.

—¿Lo sabéis todos?

—Sí. Nos los ha contado. Y la familia adoptiva también lo sabe. Ha sido muy sincero con todos. —Hizo una pausa—. Nos pidió que nos abriéramos a la idea de conocerte.

—No tengo claro que vaya a haber muchas oportunidades para conocer a los demás, o para que ellos me conozcan a mí.

Frunció el ceño.

—Luc es el mejor amigo de Reed. Tú formas parte de la vida de Luc. Él forma parte de nuestra familia. Así que, para mí, te equivocas en eso.

Se me escapó un sonido a caballo entre resoplido y suspiro.

—Heather, ahora no dispongo de tiempo. Tengo demasiadas cosas encima.

Miró su móvil.

—Anna, nuestra organizadora de eventos, dice que el salón más grande tiene varios huecos libres en primavera. Podrías llevar a tu clienta a verlo, si quieres. Te mando el número. —Levantó la cabeza y me miró a los ojos—. A lo mejor así te baja un poquito el estrés.

La bodega y los viñedos eran preciosos. El decorado perfecto para una boda primaveral. La

comida había sido fabulosa, y recordaba las impresionantes tartas que comimos. La chica me había dicho que un requisito era contar con postres estupendos, porque a su novio le encantaban los dulces. El lugar era lo bastante exclusivo como para complacer a la madre. Aun así titubeé.

Heather me observaba con una sonrisa tristona.

—Si no fuera tu padre, ¿seguirías rechazando mi ayuda? —Meneó la cabeza—. No tengo nada en tu contra, Ashley. Me caes bien. Creía que yo te caía bien; y con independencia de que ahora compartamos padre, por mi parte no ha cambiado nada. Creo que, en cierto sentido, sabía que eras más que la novia de Luc. Conectamos tan deprisa porque compartimos ADN.

Cerré los ojos y solté un largo suspiro.

—Lo siento, Heather. Todavía estoy que no me lo creo. —Extendí un brazo y le di un apretón en una mano—. Me caes bien. Eso no ha cambiado. Y sí, me encantaría ver el salón y enseñárselo a mis clientas.

Sonrió de oreja a oreja.

—Genial. Te mando los datos de contacto de Anne.

—Gracias.

—¿Podemos cenar una noche de estas? ¿Los cuatro? Nos llevamos muy bien.

—Claro —accedí—, siempre que hablemos de cualquier cosa menos de tu padre.

—De nuestro padre —me corrigió—. Desde luego que tienes su vena terca. Como Gracie.

—¿Qué quieres decir?

—Todos somos testarudos…, de eso ya te darás cuenta tú solita, pero Gracie tiene su carácter…, más su temperamento. Las dos cosas juntas pueden ser mortales de vez en cuando. Está cabreadísima… —Dejó la frase en el aire.

—¿Por mí? —le pregunté.

—Sí. Discutieron. También discutió conmigo. Está embarazada de nuevo, así que eso también influye.

—Lo siento.

Agitó una mano.

—No es culpa tuya. Papá admite que se lo contó cuando no estaba en su mejor momento.

—¿A qué te refieres?

—Se lo contó estando alterado. Debería haberse calmado antes de hacerlo. Ella se contagió de su preocupación y se le echó encima. Ahora no se hablan. —Frunció el ceño mientras tiraba de un hilo suelto del brazo del diván—. Él parece un alma en pena. Ella está en un sinvivir. Jaxson no deja de tirarse de los pelos, y yo estoy en medio.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Como te he dicho, me caes bien, Ashley. Te defendí hablando con Gracie, y ella se enfadó conmigo. Hablé con papá, y él se enfadó por cómo se está tomando las noticias. Así que no puedo hablar con ninguno de los dos. Menos mal que está mi madre. Me dijo que dejara que se calmasen las aguas. Ella fue la que me animó a ponerme en contacto contigo.

—¿Por qué?

Heather sonrió.

—Porque sabe que no eres el enemigo, Ashley. Mi madre es la personificación del amor y la bondad. Te darás cuenta en cuanto la conozcas.

Antes de que pudiera decirle que no tenía la menor intención de conocer a su madre, se puso en pie.

—Muy bien, ya te he entretenido bastante. Llámame para quedar un día a cenar o dile a Luc

que hable con Reed. Le comentaré a Anne que vas a llamarla y tal. A lo mejor podríamos tomarnos un café cuando vayas a ver el salón. Sería un placer acompañaros a tus clientas y a ti en la visita y contestar a cualquier pregunta. —Me guiñó un ojo—. Podría ayudar como clienta satisfecha que soy. Lo mismo que Addi, Beth o… —Dejó la frase en el aire y la tristeza asomó a su cara—. En fin, vamos a dejarlo ahí.

Sabía que había estado a punto de decir Gracie, pero se mordió la lengua. Se marchó con una sonrisa, sin intentar abrazarme ni pedirme nada más. Después de que se fuera, me quedé mirando la puerta. Por algún motivo, me inquietaba que su hermana estuviera alterada por mi culpa. Que Richard no se hablara con su hija mayor por mi culpa.

Luego me di cuenta de repente de que Gracie no era la mayor, lo era yo. Me pasé una mano por el pelo, presa de un extraño sentimiento de culpa. No había pensado en cómo les afectaría la noticia a los miembros de la familia de Richard. No había pensado en nadie más que en mí.

Por alguna razón, eso me inquietaba más de lo esperado.

Luc me recogió a las seis, guapísimo con una camisa con el cuello desabrochado, remangada hasta dejarle al descubierto los antebrazos. Sonreía de oreja a oreja cuando abrí la puerta y me estrechó entre sus brazos para besarme con ganas.

Me encantaba besarlo. Jamás me cansaría del roce de sus labios en los míos. Se apartó un poco y me besó en la frente.

—Hola, cariño. Estás preciosa. Ese vestido es la leche. Me encanta verte de rojo.

Siempre me halagaba y se fijaba en lo que llevaba puesto.

—Hola.

Frunció el ceño.

—Pareces cansada. Estás preciosa pero cansada.

—Ha sido una semana de locos. Daré gracias cuando acabe el día de mañana.

—Pues vayamos a cenar para acostarnos prontito.

—Esto…, necesito dormir un poco esta noche, campeón.

Se echó a reír.

—Por eso nos vamos a acostar pronto, cariño. Yo te tengo para mí y tú tienes la oportunidad de dormir. Y me aseguraré de que mañana te vayas a trabajar con una sonrisa en la cara.

Cogí el bolso, incapaz de contener la sonrisa.

—Por la boca muere el pez…

Sujetó la rebeca para que pudiera meter los brazos y después me la subió hasta los hombros.

—Siempre cumplo mis promesas —me advirtió—. Soy de fiar.

Le acaricié el mentón con un dedo antes de seguir por sus labios.

—Sí que lo eres.

Me dio un mordisco juguetón en la punta del dedo.

—Pues vámonos. Me muero por comerme el postre.

Me dio un tirón de la mano, y lo seguí.

Tenía la sensación de que lo seguiría a cualquier parte.

Luc cortó un trozo de entrecot y me acercó el tenedor.

—Tienes que probarlo.

Dejé que me metiera el tenedor en la boca y mastiqué despacio la ternera tierna antes de tragar.

—Está buenísimo.

—Deberías haber pedido el entrecot. Necesitas proteínas.

Puse los ojos en blanco al oírlo.

—El pollo está riquísimo. Y también tiene muchas proteínas.

Soltó el tenedor, cogió la copa de vino y me miró por encima del borde.

—Estoy preocupado por ti, cariño.

—No tienes por qué. Estoy bien.

—Has adelgazado, pareces cansada y percibo tu ansiedad. Además, no dejas de darle vueltas al pollo, no estás comiendo nada.

Suspiré y solté los cubiertos. Tenía razón en todo, pero creía que lo estaba ocultando bien.

Esperó con paciencia.

—Lo llevo como puedo —dije.

—Quiero ayudarte.

—No creo que puedas. Todo el asunto de padre-hija es entre Richard y yo. Tengo que decidir qué hacer al respecto.

—Me he enterado de que ayer tuviste visita.

—Sí, Heather se coló en mi despacho y me esperó. Al parecer, la paciencia no es su fuerte.

—Me di cuenta de ese detalle hace ya un tiempo.

—¿Sabías que ha discutido con Grace?

Asintió con la cabeza y bebió un sorbo de vino.

—Me lo contó Reed. También me ha dicho que Grace está cabreada con Richard. Sabes que esto no es solo entre Richard y tú, cariño. Tiene otros cinco hijos y una esposa. Tu presencia afecta a todo el mundo.

—No tengo que estar presente en nada —insistí.

—Claro que sí. Estás presente desde que le arrojaste la camisa a Richard.

—No fue mi mejor momento —admití—, pero mi presencia no es constante.

—No —convino en voz baja—, pero creo que, en el fondo de tu corazón, te gustaría que lo fuera, aunque estás demasiado asustada como para admitirlo.

Pinché un trozo de pollo y lo mastiqué despacio. Después pinché un trozo de espárrago y me lo comí. Tampoco lo saboreé, pero retrasó el momento de tener que hablar.

—¿Por qué voy a relacionarme con alguien que nunca me ha querido? ¿Por qué exponerme a eso?

—Eso no se ha demostrado.

—Mi madre…

Levantó una mano para interrumpirme.

—Tu madre tenía sus motivos, pero al menos deberías considerar la posibilidad de que tergiversase la verdad. Y ahora te mientes a ti misma, cariño. Si no te importara ni quisieras una relación, no te sentirías culpable por el hecho de que Grace y Heather hayan discutido. O de que Grace y Richard no se hablen.

—¿Quién dice que me siento culpable? —repliqué al tiempo que me apartaba el pelo.

Sonrió.

—Te olvidas de que te conozco muy bien, Ashley. Sé cómo intentas ocultar tus emociones, pero las veo. Te veo a ti. Conozco el trozo de pan que tienes por corazón en el pecho. Sé lo que te preocupas por los demás. —Extendió un brazo por encima de la mesa—. No pasa nada por querer conocer mejor a Heather. Por sentarte a hablar con Richard. Eso no disminuye el amor que sientes por tu madre ni daña su recuerdo. No estás siendo desleal.

Lo miré boquiabierta. ¿Cómo sabía que estaba sintiendo todas esas trampas emocionales?

Ladeó la cabeza y me contestó como si lo hubiera preguntado en voz alta:

—Te repito que te veo, Ashley. Te veo como eres en realidad. No hace falta que me ocultes nada, cariño. No te juzgo. Solo quiero ayudar.

Le di un apretón en los dedos.

—Siempre lo haces.

—Y seguiré haciéndolo. No dejo de decirte que no vas a librarte de mí. —Apartó la mano y siguió comiendo—. La vida es demasiado corta para guardar rencor. Solo te pido que no destruyas lo que era una prometedora amistad. El hecho de que estés emparentada con Heather es un extra. No tienes que entablar una relación con cada uno de ellos inmediatamente. Puedes tomártelo con calma. Pero no te cierres en banda a esa posibilidad. —Después me acercó su tenedor a la boca—. Y come, por favor.

Acepté el entrecot porque, a ver, estaba buenísimo. Después cogí mi tenedor y me llevé un trozo de pollo a la boca, que mastiqué antes de tragar. Su placer al verme comer fue evidente, y me sorprendió lo mucho que deseaba complacerlo.

Se terminó el entrecot y cogió de nuevo la copa de vino.

—Puede que tenga una solución a tu problema con la casa.

—¿Ya? ¿Alguien ha visto el anuncio que te envié?

Esbozó una sonrisa tan grande que le salieron arruguitas alrededor de los ojos.

—Sí, y esa persona está ilusionadísima.

—A ver, no echemos las campanas al vuelo, que todavía no la conozco.

Agitó una mano.

—No hay ni que pensarlo. Esa persona es perfecta para ti. —Apuró el vino antes de rellenarse su copa y también la mía—. Una cosa menos de la que preocuparte.

—¿Quién es? —pregunté, muerta de la curiosidad por saber por qué estaba tan seguro.

Levantó la copa, se la llevó a los labios y me guiñó un ojo.

—Yo.

25

LUC

Había vuelto a sorprender a Ashley hasta el punto de dejarla muda. Nuestra cena tranquila había tomado unos derroteros interesantes, pero por mí no había problema.

—¿Perdona? —preguntó con incredulidad—. ¿Qué acabas de decir?

Solté la copa y extendí los brazos para quitarle hierro al asunto.

—Te presento a tu nuevo compañero.

—¿Qué dices?

—Es perfecto, Ash. Estoy harto del ambiente de fraternidad universitaria de mi casa. Estaba pensando en mudarme, pero, al igual que te pasa a ti, vivir solo en esta provincia cuesta un riñón a menos que te gusten las cajas de zapatos o los sótanos tétricos. Necesitas alguien con quien compartir gastos. Tu casa es preciosa. Nos gustamos. —La miré con expresión ardiente y añadí un guiño exagerado—. Se puede decir que nos gustamos muchísimo en muchos aspectos. Joyce se va y llego yo. Ella se ahorra dinero, porque tengo disponibilidad inmediata. Tú te ahorras estrés, porque me conoces. Es una situación en la que todos salimos ganando, a mi parecer.

—Así que ¿quieres que vivamos juntos? ¿Como pareja? —me preguntó con el ceño fruncido —. ¿Estamos preparados?

Acepté la pregunta con una sonrisa comprensiva.

—Puedo quedarme en la habitación de Joyce si lo prefieres. Podemos compartir casa con derecho a roce. Pero si te preguntas lo que siento al respecto: sí, estoy preparado. ¿La idea de vivir contigo, de despertarme a tu lado todos los días, de estar relajado en el sofá a sabiendas de que no tengo que volver a casa a una cama vacía o a aguantar a tres idiotas que acaban de pedir pizza y que piensan quedarse jugando toda la noche a un juego nuevo? Me encanta.

—Quieres a esos idiotas —me recordó ella.

—No tanto como te quiero a ti. Eres mi futuro, Ashley. Quiero empezar mi futuro ahora, aunque tengamos que ir despacio. Aunque me quede en la habitación de Joyce, te tendré más tiempo.

Me eché hacia atrás en la silla y cogí el vaso de agua, que bebí despacio. La dejé asimilar lo que acababa de decirle. Ya le había dado muchas cosas en las que pensar esa noche, pero, para mí, esa era de cajón. Yo la quería y sabía que ella me quería. En lo que a mí se refería, era el amor de mi vida. Vivir juntos tenía sentido y, tal como le había dicho, estaba preparado.

La pregunta era: ¿estaba preparada ella?

Prácticamente oía sus pensamientos mientras le daban vueltas a toda velocidad en la cabeza y ella los catalogaba como «ventajas» y «desventajas», sopesando los pros y los contras, tratando de tomar la decisión correcta, descubriendo un millón de preguntas e intentando averiguar cómo formularlas. Desesperada por acceder sin más, pero demasiado asustada como para aceptar la felicidad por lo que era.

Le habían negado algo durante toda la vida: la sensación de estar a salvo. Yo lo entendía, ya que había vivido lo mismo al crecer en el sistema de casas de acogida. Pero mientras yo me había aferrado a la felicidad con ambas manos cuando la encontré y la disfrutaba al máximo, ella temía aceptarla, presa del miedo de que se la arrebatasen de nuevo. Para una mujer que parecía tan segura de sí misma, en su interior seguía siendo una niña pequeña que rezaba por obtener el amor de un padre que no tenía, la seguridad de una casa que no tendría que abandonar y el tiempo de una madre tan ocupada intentando dárselo todo a su hija que se olvidaba de estar con

ella. Ashley le había ocultado muchas cosas a su madre: el acoso constante en el colegio, la preocupación por decepcionarla, el miedo de que algo llegara a sucederle y ella se sintiera más sola si cabía. Todo la afectó, y en ese momento, ya adulta, enfrentada a la posibilidad de ser feliz, permitía que los miedos ocultos desterraran la alegría que debería estar sintiendo.

Abrí la boca para decir algo, pero ella me sorprendió.

—¿Eso quiere decir que te tendría todos los días?

—Sí.

Bajó la voz antes de añadir:

—¿Todas las noches?

—Desde luego. Y si juegas bien tus cartas, tres o cuatro veces los fines de semana.

Le temblaron los labios por la risa.

—¿Cómo se te da lavar los platos?

—Mejor los seco.

—¿La colada?

—Sé separar la ropa blanca de la de color. Incluso sé bajar la tapa del inodoro y dejo los calcetines en la cesta de la ropa sucia. Te lo estoy diciendo: soy perfecto.

—Pues haz las maletas, Luc. Te vienes a vivir conmigo.

—¿Sí? —susurré.

—Sí.

—Creo que tengo que llevarte a casa… ya.

Apuró el vino.

—Yo también.

Pedí la cuenta. Había llegado la hora de celebrar.

La acorralé contra la puerta mientras intentaba meter la llave en la cerradura. Ella se echó a reír y me dio un codazo.

—Como no consiga abrir la puerta, no va a pasar nada, campeón.

—Que te lo crees tú. Yo no tengo problema en hacerlo aquí mismo.

—Ay, Dios —susurró ella.

—Dirás «Ay, Luc», ¿no? —la corregí sonriendo encantado una vez que abrió la puerta y entramos.

Cerré de un puntapié, eché el pestillo y abracé a Ashley. Ella soltó un gemido ronco cuando la besé, estrechándola contra mi pecho mientras le devoraba la boca. Adoraba que fuera tan alta. Que nos complementáramos tan bien. Que su pecho se pegara de esa forma al mío. Gemí cuando introdujo las manos entre nosotros para tocármela. La levanté en brazos con un gemido y la llevé a su dormitorio, en la planta alta. La tiré en la cama y me quedé mirándola, de pie, con la respiración entrecortada y la polla durísima por la necesidad. La necesidad de enterrarme en ella.

Ella sonrió, dobló las rodillas y separó las piernas. La falda suelta del vestido cruzado que llevaba se abrió, dejándome ver las bragas rojas de encaje a juego con el vestido. Le di un tironcito a la lazada que tenía en la cadera.

—¿Para qué sirve esto? —Sonreí cuando el vestido se abrió y vi toda la sensualidad del encaje y del satén que ocultaba—. Dios, eres preciosa, Ashley —le dije—. Eres maravillosa, joder.

Se incorporó y movió los hombros hasta que se le cayó el vestido por los brazos, de modo que se quedó solo con el encaje y el satén rojos.

—Lo he comprado para ti.

—No sé si me quedará bien, pero puedo probármelo —repliqué con guasa.

Empezó a reírse, y yo me quité la camisa y los pantalones. Se le cortó la risa en cuanto me la agarré, grande y dura, para acariciármela.

—Quiero que te quites esa lencería tan bonita. Lo que esconde es mucho mejor. —Le levanté una pierna y le pasé un dedo por el tacón de aguja que llevaba—. Pero estos se quedan, nena.

Ella levantó las cejas.

—¿Vas a follarme con los zapatos puestos? ¿Me quieres boca abajo para tener acceso a todo mi cuerpo? ¿Jugar con mi clítoris y meterme el pulgar en el culo?

Joder, cómo me gustaba cuando hablaba en plan guarro.

—Ajá. De rodillas con el culo levantado para mí. Después de espaldas, clavándome esos tacones. Vas a disfrutar de cada segundo.

Le coloqué una mano en la nuca y tiré de ella para acercar su cara. La besé con pasión. Con lujuria. Usé la lengua para explorarle la boca por entero. Le acaricié los voluptuosos pechos, jugueteando con sus pezones y pellizcándolos hasta que se le endurecieron. La besé hasta que me clavó las uñas en los hombros y después me aparté para tirar de los finos tirantes de la parte superior del conjunto de encaje, que desgarré por el centro. Le lamí y le chupé los pechos, y jugué con su clítoris, alternando entre caricias livianas y otras más firmes de los dedos. Seguí hasta tenerla empapada, retorciéndose, suplicándome que la tocase.

Después le di media vuelta e hice justo lo que había prometido.

Una vez que tuvo ese escultural culo en pompa, lo palpé y empecé a acariciárselo. Le deslicé los dedos por la columna, demorándome sobre las delicadas vértebras, y sonreí al ver que se estremecía. Me subí a la cama para ponerme detrás de ella y me incliné para besarle la delicada piel de la espalda mientras le deslizaba las manos por el torso y le cogía las tetas, frotándole los pezones con los dedos. Gimió cuando le metí una mano entre las piernas.

—Estás empapada para mí —gruñí—. Me encanta que te mojes tanto.

Gimoteó y se pegó a mi mano.

—¿Quieres que te toque, Ashley?

Ella se aferró con fuerza a las sábanas.

—Sí, Luc. Tócame. Acaríciame.

Le acaricié el clítoris en círculos, torturándola.

—¿Así?

—Más —me suplicó—, quiero más.

Se lo di. La acaricié con más fuerza, atento a sus jadeos de placer, encantado al ver que se retorcía bajo mis dedos. Le metí primero uno y después otro, penetrándola despacio al tiempo que le acariciaba el clítoris con el pulgar. Jadeó y empezó a mover las caderas mientras levantaba el culo. Me incliné y besé esa piel tan tersa, mordiéndola y dejándole una marca en ambos cachetes. Ella empezó a temblar y se le aceleró la respiración, de modo que me aparté y disfruté de su grito airado.

Después la penetré, y su calor y su deseo me rodearon. Empecé a moverme con embestidas largas y firmes. Gritó cuando volví a acariciarle el clítoris y, usando su humedad, le metí el pulgar en el culo, al compás de los movimientos de mi polla.

—Dios, me encanta verte así —mascullé—. Mientras te meto la polla y los dedos, pidiéndome más.

—Más rápido —suplicó—. Más.

Cambié de postura y doblé una rodilla para acercarme más a ella y penetrarla a fondo. Ashley gritó al sentirme tan adentro y sentí que se mojaba todavía más. Le saqué el pulgar del culo y me incliné sobre ella, rodeándole la cintura con un brazo al tiempo que aumentaba el ritmo de mis

movimientos hasta el punto de que empecé a golpearla con mis pelotas. Sentí el sudor en la frente y en la espalda, la tensión de los músculos. Gimió mi nombre, se tensionó en torno a mí y apoyó la cabeza en el colchón. Sus músculos se tensaron a mi alrededor, aprisionándome mientras alcanzaba el orgasmo con un grito agudo que resonó en el dormitorio.

Antes de que pudiera recuperarse, salí de ella, le di media vuelta, la coloqué en posición y volví a penetrarla.

—Rodéame con las piernas. ¡Ahora! —le ordené.

Me obedeció, y sentir el roce de los tacones me enloqueció. Tiré de ella para acercarla; nuestros cuerpos sudorosos se frotaban mientras nos comíamos la boca y nuestras lenguas se batían en un duelo para ver quién dominaba a quién, todo ello sin dejar de metérsela una y otra vez para llevarla de nuevo al orgasmo. Se aferró a mis hombros, me chupó la lengua, gimió mi nombre y me clavó esos tacones tan eróticos en el culo. Mi orgasmo empezó como una lenta y enorme ola, que creció a toda velocidad. Eché la cabeza hacia atrás sin dejar de gritar su nombre, perdido en el tsunami de sensaciones. El placer me cosquilleaba en la piel, y era como si tuviese los nervios fuera del cuerpo, estallando y corriéndome por todas partes. Ashley se corrió de nuevo, tensándose a mi alrededor y arrebatándome todo lo que podía darle. Me clavó las uñas y gimió mi nombre como un mantra que fue como música para mis oídos. La intimidad de estar unido a ella mientras compartíamos algo tan profundo era increíble.

Poco a poco volvimos a la realidad. Retiró las piernas de mis caderas y yo me bajé de la cama para quitarle los zapatos de tacón. Le masajeé los pies con delicadeza y después fui en busca de una toalla para asearnos.

Nos acurrucamos bajo las sábanas, con ella abrazada a mí. Le encantaba que la abrazase, y a mí me encantaba hacerlo. Nos besamos con ternura en los labios, en las mejillas, en la frente y en la nariz. Me acarició el mentón y gimió al sentir la barba que ya me había crecido a esas horas.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Mmm —murmuró ella—. Suave, pero pincha un poco. Me gusta su tacto.

—Seguro que te gusta sentirlo en otra parte después.

Se rio por lo bajo, un sonido alegre en la penumbra de la habitación.

—Ya veremos.

La pegué a mí y la besé en la cabeza.

—Pues sí.

Ella suspiró y dijo:

—Pronto podremos hacer esto todas las noches.

—Todas las noches.

—Podré despertarme contigo.

—Ajá.

Nos quedamos callados un momento.

—Podré oírte roncar y resoplar a todas horas.

—No ronco —protesté.

—Claro que sí. Y resoplas y mascullas. Tiene sus momentos interesantes. Aunque a lo mejor tengo que invertir en tapones para los oídos.

La tuve debajo de mí en un abrir y cerrar de ojos.

—Retíralo.

Me miró con ojos chispeantes a la tenue luz.

—¿Y si no…? —preguntó.

La besé en un lateral del cuello y le di un suave mordisco.

—Tendré que castigarte.
Estallé en carcajadas cuando ella se levantó de repente, apartándome. Salió de la cama.
—Antes tendrás que atraparme.
Acto seguido echó a correr.
Sonreí al tiempo que me bajaba de la cama. Estaba seguro de que me iba a gustar ese juego.
Roté los hombros a modo de preparación.
Allá que iba.

26

RICHARD

Estaba amaneciendo cuando salí de la cama, cogí mi ropa de deporte y me vestí en el cuarto de baño del dormitorio, porque no quería despertar a Katy. En los días posteriores a la reunión con Halton y a la discusión con Gracie, el sueño era esquivo. Bastante tenía con no poder pegar ojo, pero lo que no quería era molestar a Katy todavía más. Le estaba contagiando mi nerviosismo, y esas últimas noches habían sido casi de insomnio para los dos. Había logrado dormirse más o menos una hora antes y quería dejarla descansar.

Una vez en la planta baja, me até las deportivas y salí al patio. Me quedé en la terraza, donde inspiré hondo. Rodeado de silencio, cerré los ojos y dejé que el fresco aire matutino me despejara la cabeza. Oía el rumor de las olas romper en la orilla, y solté un largo y reparador suspiro.

Hice estiramientos, dejé atrás la terraza y empecé a correr. Adopté un buen ritmo, recorriendo la carretera con paso firme de camino a la playa. El sol ya empezaba a asomar cuando llegué a la arena y, por un momento, me detuve para ver la explosión de color a medida que los rayos se reflejaban en el agua, iluminando la arena y el cielo a su alrededor. Dejé que la paz de ese momento penetrara en mi agotada mente y borrara todas mis preocupaciones.

No me sorprendió oír pasos que se acercaban, ni tuve que volverme para saber de quién se trataba. Maddox se colocó a mi lado; mi mejor amigo se reunía conmigo al amanecer, preparado para correr, para conversar, para hacer lo que yo necesitase. Había estado allí todas las mañanas durante los últimos días y, aunque pocas veces hablábamos, apreciaba su silenciosa compañía y su apoyo.

—Buenos días —me saludó en voz baja.

—Hola —contesté.

—Juro que tenemos los amaneceres más hermosos de toda la Tierra.

Asentí con la cabeza.

—Es espectacular, sí.

Noté que me miraba fijamente.

—¿Has dormido algo esta noche?

—Unas horas.

—Mmm. ¿Grace y tú seguís sin hablaros?

—Eso parece. La vi ayer. Fue educadísima. —Resoplé—. Me sentó como una patada en el culo.

Gracie salía del Hub cuando Katy y yo entrábamos. Kylie iba delante de ella y se emocionó al vernos, balbuceando y extendiendo los brazos para que la cogiéramos. Me incliné y la levanté en volandas antes de besarla en una de esas mejillas regordetas. Gracie nos observaba, en silencio y tensa. Dejé a Kylie en el suelo y miré a mi hija a los ojos.

—Hola —la saludé con ternura. Parecía cansada y tenía mala cara. No estaba feliz y radiante como la semana anterior, cuando nos contó que estaba embarazada. El sentimiento de culpa me carcomía, porque sabía que yo era el responsable.

—Hola —replicó con sequedad.

Katy resopló con impaciencia y cogió a Kylie en brazos.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté.

Se apartó el pelo hacia atrás.

—Bien.

Me acerqué más a ella.

—Creo que los dos sabemos que eso es mentira, Gracie.

Mi hija entrecerró los ojos.

—En fin, supongo que lo de mentir me viene de familia. —Cogió a Kylie de los brazos de su abuela—. Ven a casa luego si quieres, mamá. Tengo que irme.

Se alejó, y el dolor de su rabia me atravesó.

Katy me cogió de la mano.

—Hablaré con ella.

Negué con la cabeza.

—Nada cambiará hasta que ella esté lista para hacerlo. Se parece demasiado a mí. Pero me repatea verla así. No es bueno para ella ni para el bebé.

—Lo sé —susurró Katy.

Observé a Gracie doblar la esquina, con el corazón encogido porque no se detuvo ni se volvió ni una sola vez. Era como si un trozo de mí se estuviera rompiendo en pedazos.

Pensar en ese breve encuentro me alteró, así que eché a correr. Maddox se puso a mi altura, y nos dirigimos hacia la verja y la carretera por las que se accedía al complejo. Corrimos en silencio y, llegados a un punto, nos dimos la vuelta para regresar. El sol ya brillaba en el cielo y la mayoría de las casas seguían en silencio cuando nos dirigimos al Hub. Una vez dentro, usamos la Nespresso para prepararnos un café y nos sentamos en una mesa.

—Tienes que arreglar las cosas, Richard —dijo Maddox al cabo de un rato.

—Pues dime cómo. Se niega a hablar conmigo. No puedo obligarla, ya es mayorcita.

—Es tu hija. Imponte. Oblígala a sentarse y a escucharte.

—¿Que me imponga? —repetí con una carcajada seca.

—Eres su padre. Ejerce tu poder y oblígala a entrar en razón.

Resoplé.

—¿No conoces a Jaxson? Como intente hacer algo, me deja guapo.

—Vamos, como si tú no le hubieras dado algún que otro puñetazo. Seguramente te lo deba.

Sonreí a mi pesar. Cuando descubrí que Grace y Jaxson se habían casado en secreto, mi puño acabó en la mandíbula de Jaxson… varias veces.

—Está embarazada —dije—. No quiero alterarla más.

Maddox silbó.

—Dee llevaba razón. Me dijo que Gracie estaba más sensible de la cuenta y se preguntó si había motivos para ello…, además de lo de la ampliación familiar y tal.

Apuré el café y preparé otros dos más. Me senté mientras bebía el oscuro brebaje.

—Es una sensación rara.

—¿Lo de tener otra hija?

—Eso también, sí. Pero me refiero a que cada uno ha reaccionado de una forma distinta. Heather lo ha aceptado, casi podía decirse que está emocionada por tener otra hermana. Penny parece tranquila, aunque muestra más reservas. Gavin tenía preguntas, pero parecía casi indiferente. Matthew se mostró preocupado, pero no molesto. Me hizo un montón de preguntas sobre Ashley, de las que pude contestar muy pocas. Y luego está Gracie. —Meneé la cabeza—. Explosiva y furiosa.

—Ya se le pasará. Compartís un vínculo increíble. Esto la ha descolocado. —Levantó la taza —. A lo mejor le preocupa que Ashley le quite el sitio.

—¿El sitio? —pregunté.

—Era tu primogénita. A lo mejor tiene la sensación de que la está reemplazando.

Lo miré boquiabierto.

—Tiene claro que eso no va a pasar nunca.

Maddox levantó las cejas con gesto interrogante.

—Es una mujer embarazada, Richard. —Hizo una pausa y bebió otro sorbo mientras me dejaba asimilar esas palabras—. ¿Estás seguro de que lo tiene claro?

Salí de la ducha y me sequé el pelo con la toalla. No dejaba de darle vueltas a la conversación con Maddox. Me puse unos vaqueros y una camisa antes de bajar. Oía voces, una de ellas masculina, y me pregunté quién estaba de visita.

En la cocina encontré a Jaxson y a Kylie sentados con Katy. Una sonrisa iluminó la cara de mi nieta antes de que levantara los brazos.

—¡Upa, upa! —me ordenó, así que la levanté y la besé en la mejilla.

Me topé con la mirada intensa de Jaxson y fruncí el ceño.

—¿Dónde está Gracie?

—En casa.

Katy se puso en pie y cogió a Kylie.

—Vente con la abuela, preciosa mía. Vamos a ver una cosita.

Miré a Jaxson.

—¿Está bien?

Él me fulminó con la mirada mientras se ponía en pie.

—Escucha con atención, VanRyan.

Parpadeé al oír la hostilidad de su voz. Desde que dejamos atrás los puñetazos y las discusiones, Jaxson y yo nos llevábamos bien. Nos pinchábamos y discutíamos, pero era nuestro rollo. Gracie decía que nos parecíamos mucho. En mi opinión, se debía a que Jaxson era más terco que una mula.

Sin embargo, aquello era distinto. Estaba furioso.

—A ver, dime.

—Esto se acaba hoy. Gracie y tú tenéis que hablar. —Levantó una mano antes de que yo pudiera replicar—. Me importa una mierda si ella está cabreada, y tú, dolido. Vas a ser tú quien ceda y vaya a buscarla. —Aferró el respaldo de la silla con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos—. Mi mujer embarazada está hecha polvo. No es bueno para ella ni para el bebé. No voy a permitir que tus días de pichabrava la hagan infeliz.

—¡Oye…! —protesté, pero me interrumpió.

—Como no aclares las cosas con Gracie, nos vamos.

—¿Cómo dices?

—Me la llevo con Kylie a un viaje sin fecha de vuelta.

—¿Adónde?

—Adonde tú no estés —contestó sin rodeos—. Ella es mi prioridad. Cuando no tenga que verte todos los días, podrá pasar página. Haré lo que sea con tal de protegerla a ella y a mis hijos.

—No las alejes de Katy —le supliqué—. Me volveré a la Columbia Británica. O iré a ver a Penny antes de tiempo.

Negó con la cabeza.

—Ya me has oído. Tu hija se arrepiente de la discusión que tuvisteis y la culpa la está afectando. Está alterada y asustada. —Golpeó la mesa con una mano—. Han pasado días, Richard. ¡Días! Nunca la he visto así. Y yo no puedo arreglarlo. Solo puedes hacerlo tú. Ve a hablar con ella. Ayúdala, Richard. —De repente agachó la cabeza con un largo suspiro. Cuando

la levantó de nuevo, me miró a los ojos y añadió con voz triste y tranquila—: Te necesita. Y yo la necesito de vuelta.

—No era mi intención hacerle daño. No era mi intención que nada de esto pasara, Jaxson. No sabía nada de Ashley.

—Te creo.

—¿Por qué está tan enfadada Gracie?

—Eso se lo tienes que preguntar a ella. —Se pasó una mano por la cara—. Ve a hablar con tu hija.

—¿Dónde está?

—Sentada en las rocas de la cala, creo. Últimamente va mucho.

Era un lugar al que Gracie siempre iba cuando quería estar sola y pensar.

—Muy bien.

Eché a andar hacia la puerta, pero me detuve al oír la voz de Jaxson.

—Lo he dicho en serio, Richard. O lo arreglas, o nos vamos. Tengo que protegerla.

Asentí con la cabeza, consciente de que tenía razón, agradecido de que la quisiera tanto como para hacer algo tan drástico y, al mismo tiempo, odiándolo porque pudiera llevársela lejos para ayudarla.

No podía permitir que eso sucediera.

27

RICHARD

Gracie estaba en la cala, sentada en su roca preferida. Se había desprendido durante una tormenta y había acabado encajada con otra roca, formando una ancha ele. El tiempo, el agua y la arena habían pulido la superficie, dejando romos los cantos. Una silla diseñada por la naturaleza. Gracie había apoyado la espalda en la lisa superficie y estaba sentada con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Parecía muy tranquila con los ojos cerrados, pero movía un pie con rapidez y se aferraba la falda con las manos.

Me abrí paso entre las rocas para llegar hasta ella. Abrió los ojos al oír mis pasos y me miró con expresión recelosa.

Me senté junto a ella, en el borde de la roca.

—Hola, tesoro.

Empezaron a temblarle los labios.

—Hola.

—Sigues disgustada conmigo.

No me contestó, pero los temblores se intensificaron.

—Tienes que hablar conmigo, Gracie. Ese hombretón que tienes por marido está en mi casa y ha amenazado con llevaros lejos a Kylie y a ti a menos que arregle esto. —Extendí un brazo y le coloqué un mechón de pelo suelto detrás de la oreja—. Pero, como no me expliques a qué viene el enfado y lo que tengo que hacer, no puedo arreglar nada. —Tomé una honda bocanada de aire —. Y tu silencio me está matando, preciosa.

Ella parpadeó, con los ojos como platos y brillantes por las lágrimas.

—Eres lo más grande para mí, Gracie. Tu nacimiento me cambió tanto como el amor de tu madre. No entiendo tu rabia ni soy capaz de soportarla mucho más tiempo.

—No sé si soy capaz de decir algo que tenga sentido —dijo ella y después guardó silencio mientras meneaba la cabeza con gesto triste.

Me incliné hacia ella y miré sus ojos, que estaban anegados de lágrimas.

—Se acabó. Voy a imponerme, Gracie. Soy tu padre. Háblame. Ahora mismo —le ordené con mi tono de voz más serio.

De repente me arrojó los brazos al cuello, me enterró la cara en el hombro y se echó a llorar. La estreché entre mis brazos y la acuné tal como hacía cuando era una niña y se hacía daño. Con fuerza. Con seguridad. Rodeándola con mi protección y mi amor. Si me dejaba abrazarla, podía ayudarla a sanar.

En ese momento recordé el día que se perdió. Se mantuvo agazapada y asustada, a la espera de que la rescatase. La abracé durante horas después de encontrarla, temblando y con demasiado miedo a soltarla por si la perdía de nuevo.

Lo hice entonces y podía hacerlo otra vez.

Era un paso en la dirección correcta.

Dejé que llorase y me aparté cuando los sollozos cesaron. Le retiré el pelo de la frente y la besé en la húmeda mejilla.

—Si tu madre estuviera aquí, tendría un pañuelo.

Sorbió por la nariz y se metió una mano en un bolsillo.

—Yo tengo uno —susurró antes de secarse las mejillas y sonarse la nariz.

—¿Ya estás preparada para hablar?

Asintió con la cabeza.

—¿Por qué estás tan enfadada, Gracie?

—Me dejaste de piedra.

Levanté las cejas.

—Esta puta situación también me dejó de piedra a mí.

—Lo sé.

—Cuando era joven, no era el mismo hombre que conoces, no era tu padre. No estaba conectado al mundo, ni siquiera a la vida. Usaba a las personas. La madre de Ashley y yo estuvimos saliendo, pero no era nada serio. Nunca era serio para mí.

—Hasta que conociste a mamá.

Asentí con la cabeza.

—Hasta que conocí a mamá. Pero siempre era sincero con mis parejas y usaba protección. No tenía ni idea de que Juliet estaba embarazada. Hasta que Ashley apareció, ni se me pasó por la cabeza que podría tener más hijos por ahí. —Hice una pausa—. Ni siquiera vi el parecido hasta que habló.

Se mordió el labio y se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Se parece a ti. Tiene tu mismo color de ojos y tu remolino. Es alta como tú.

Fruncí el ceño.

—¿Y eso te molesta? —Le acaricié una mejilla—. Tú también tienes mi remolino, Gracie. Y mi sonrisa. Te pareces a tu madre, que creo que es la mujer más hermosa del mundo. Me alegro de que te parezcas a ella. —Le di un golpecito en la punta de la nariz, con la esperanza de hacerla sonreír—. Evidentemente, tienes mi temperamento.

Apartó la mirada y tragó saliva.

—Yo… Siempre hemos tenido un vínculo especial, papá. Me lo has repetido una y otra vez. Era tu primogénita, y eso hacía que fuera especial. —Clavó la mirada en las mangas del jersey, evitando mirarme a mí—. Ya no lo soy.

La miré boquiabierto, pasmado por esa conclusión. Maddox había estado en lo cierto.

—Gracie —la reprendí. Le puse los dedos en la barbilla y la obligué a mirarme a los ojos—. Ashley no te va a sustituir, cariño. Puede que sea la mayor cronológicamente hablando, pero tú eres mi primogénita. La primera que nació del amor. La que me convirtió en padre. Lo primero que hice que era perfecto y que estaba bien desde que llegaste a mi vida. Siempre tendrás ese sitio. Siempre tendremos ese vínculo. —Meneé la cabeza y añadí con la voz ronca—: Siempre serás mi Gracie. Mi chiquitina.

—Estaba celosa —soltó de repente—. Creía que ocuparía mi sitio. Que a lo mejor ibas a quererla más que a mí. Por aquello de intentar compensarla por haberte perdido su infancia. Con Ashley aquí, ya no sería la hermana mayor. ¿Y si también ocupaba mi sitio con mis hermanos? Y le hiciste daño a mamá. Eso me alteró. Y me preocupaban Penny y Gavin. Y Matthew. Heather… —Se le quebró la voz—. Sabía que ellos se preocuparían, y eso me cabreó. Toda la situación me cabreó. Y me cayó mal Ashley. Su mera existencia me cabreaba. La discordia que había sembrado me cabreaba.

—Jamás podría querer a nadie más que a ti —le aseguré en voz baja—. Todos lo saben. Os quiero a todos con toda el alma, pero tú y yo compartimos algo que nada ni nadie podrá romper jamás. Me sorprende que pensaras eso, Grace. Nunca te he dado motivos para creerlo.

—Lo sé…, pero era lo que sentía. Y justo cuando empezaba a calmarme, discutí con Heather.

—¿Has discutido con Heather?

Suspiró.

—Sí. Vino a verme la otra noche. Yo pensaba que íbamos a unirnos en la antipatía hacia Ashley, pero ella la defendió. Me dijo que era yo la que estaba montando un pollo, no Ashley. Dijo que Ashley era una chica estupenda y que yo debería dejarme de gilipolleces y no ser tan egoísta.

No sabía que mis hijas habían discutido.

—No parece una conversación muy agradable.

—La cosa se calentó. Le dije que era desleal y ella me dijo que yo estaba siendo una cabrona. Estábamos a punto de tirarnos de los pelos cuando Jaxson intervino.

—¿Qué hizo?

—Le dijo a Heather que, si volvía a insultarme, tendría que decirle que se fuera. Ella le contestó que estaba siendo un vejestorio sobreprotector que necesitaba cerrar el pico y no meter las narices donde no lo llamaban.

Intenté contener la sonrisa, pero se me escapó.

—Dudo mucho que a Jaxson le hiciera gracia.

—No. Se quedó de piedra. Luego Heather le dijo que era peor que tú y que eso no era un halago. Le dije que se fuera.

—Por favor, dime que se quedó y que hicisteis las paces.

—Ya las haremos.

—No dejes que mi pasado te separe de tu hermana. Tenéis que hacer las paces. Es una orden.

Levantó una ceja.

—¿Imponiéndote de nuevo, papá?

—Sí. —La cogí de una mano—. Gracie, Heather ya conocía a Ashley de antes, estaban haciéndose buenas amigas. Le caía bien antes de saber que había un vínculo familiar. Luc la adora. Pese a nuestras reuniones hostiles, creo que es inteligentísima e independiente. Lo que pasó tampoco es culpa suya. No pidió nacer.

—Ya lo sé. —Tragó saliva—. ¿Qué quieres que haga, papá?

—No te pido que le organices una fiesta de bienvenida a la familia. Solo que te abras a la idea. Que dejes de estar enojada conmigo y me hables. Que hables con tu madre. Tal vez algún día puedas hablar con Ashley. Nunca te reemplazará, ni tampoco reemplazará a tus hermanos. Pero tampoco tiene que ser el enemigo. —Suspiré—. Ella también está cabreada conmigo. No sé si alguna vez querrá relacionarse con nosotros como familia. Si llegará el momento en el que se sienta cómoda conmigo, en el que me acepte como padre. O si siempre me tratará como al enemigo.

—Tiene suerte de que seas su padre.

Esbocé una sonrisa triste al oírla.

—Ella no opina lo mismo. Me odia por lo que considera que es la verdad. No puedo luchar contra una mujer muerta. No puedo cambiar el pasado. Solo espero que, cuando se le pase el enfado, podamos avanzar. —Le di un apretón en los dedos—. Creo que descubrirá que tiene los mejores hermanos del mundo.

—Y el mejor padre.

—¿De verdad lo crees, Gracie?

—Lo siento —se disculpó—. Sé que no tengo perdón por mi comportamiento, pero lo siento, papá.

—¿Eso quiere decir que ya no estás cabreada?

—No. Tengo que asimilar lo que siento por Ashley, pero no estoy cabreada. —Hizo una

pausa—. Siento lo que te dije, papá. No lo decía en serio.

Me llevé su mano a los labios y se la besé.

—Perdonada. Pero prométeme que vendrás a casa de nuevo. Que pasarás tiempo con nosotros.

—Sí.

—Y haz las paces con Heather.

—Iré a verla ahora.

—Te he ahorrado el viaje. —La voz de Heather sonó a mi espalda. Estaba en la pedregosa orilla, mirándonos, con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Parecía triste y preocupada—. Lo siento, Gracie —dijo.

Gracie se levantó de la roca y se acercó corriendo a su hermana. La rodeó con los brazos, y las dos empezaron a hablar en susurros. Me puse en pie, me sacudí los vaqueros y me acerqué a ellas. Las besé a ambas en la frente.

—Venid a casa cuando terminéis de hablar. Mamá tendrá café preparado y podremos estar un rato tranquilos de una puta vez, ¿vale?

—Voy a decirle a mamá que has soltado un taco —dijo Heather.

—Te doy cinco dólares si te callas.

Sorbió por la nariz.

—Papi, cinco dólares estaban bien cuando era pequeña. Ahora necesito veinte.

Le guiñé un ojo.

—Hecho. —Me alejé y les grité por encima del hombro—: No volváis a casa hasta haberlo solucionado todo.

—¿Se puede saber qué le pasa? —preguntó Heather.

—Creo que Maddox le ha dado un discursito. No deja de hablar de imponerse y tal.

—Ah. Como si pudiera imponernos algo. En fin.

Volví a casa entre carcajadas.

Era estupendo poder reírme.

28

RICHARD

Llamé a la puerta y esperé a que Luc levantase la cabeza. Su expresión lo dijo todo. Parecía sorprendido de verme y no precisamente para bien según parecía.

Sonreí en un intento por ocultar el nerviosismo.

—Hola, Luc.

Se puso en pie y rodeó su mesa. Me estrechó la mano que le había tendido.

—Richard —dijo al tiempo que se rascaba la cabeza—, te…, esto, ¿habíamos quedado?

Le puse una mano en un hombro.

—No, y tranquilo. He venido en son de paz.

Soltó el aire, y me eché a reír.

—Ya me he pasado otras veces cuando he venido a la ciudad, Luc. He tenido una reunión cerca y se me ha ocurrido venir a ver tu despacho nuevo. —Eché un vistazo a mi alrededor—. Muy bonito.

—Sí que lo es. ¿Cómo te han dejado pasar los de seguridad?

—Les he dicho que iba a ser tu suegro, que estaba en la ciudad y que quería sorprenderte. —Le guiñé un ojo.

—¡No me jodas! —exclamó.

Me eché a reír.

—Es broma. Les pregunté a un par de chicos que parecían ser de los tuyos. Me indicaron dónde estaba tu despacho y he subido en el ascensor con ellos.

—Pues parece que voy a despedir a un par de críos hoy.

Negó con la cabeza.

—Ni hablar. Cuando me preguntaron, les enseñé una foto del torneo de golf. Les dije que estábamos emparentados.

—¿Torneo de golf? ¿Así es como llamas a aquel desastre? —preguntó con sorna.

—Lo llamo «recuerdos». De los buenos.

Cruzó los brazos por delante del pecho.

—¿Para qué has venido, Richard? No es para hablar de golf ni para ver mi despacho.

Guardé silencio un momento.

—¿Cómo está? —le pregunté, sin molestarme en fingir.

—No puedo hablar de ella contigo. Creía que ya lo sabrías.

—No te estoy pidiendo que me hables de un secreto de Estado, Luc. Estoy preocupado. Sé que ella no quiere hablar conmigo, así que tengo que preguntarte a ti. ¿Está bien?

Apretó los labios y me hizo un gesto para que me acomodara en una silla delante de su mesa. Me senté enfrente de él. Luc se sentó también, colocó un tobillo sobre la rodilla opuesta y me miró fijamente.

—Tengo la sensación de que soy yo quien debería preguntarte eso a ti. Pareces… cansado.

Agité una mano.

—Ha sido una locura, Luc: la escena con Ashley, la confirmación de que es hija mía, contárselo a mis hijos, lidiar con las consecuencias de eso, asegurarme de que mi mujer lo acepta todo. —Me incliné hacia delante con expresión sincera—. Pero con ellos podía comprobar cómo estaban…, hasta en el caso de Gracie, que, aunque dejó de hablarme, sabía que estaba bien porque Jaxson me ponía al día. Sin embargo no puedo llamar a Ashley ni ir a verla. Lo único que

puedo hacer es preguntarte a ti si está bien. Así que te lo pregunto. ¿Cómo está?

—¿Te importa de verdad?

Me pasé una mano por el pelo, exasperado.

—Pues claro que me importa, joder. Es mi hija, por el amor de Dios.

Luc sonrió de repente.

—¿Qué pasa? —mascullé.

—Ella hace eso mismo cuando se cabrea. Se da tirones del pelo y frunce el ceño exactamente igual que tú. Me fulmina con la misma intensidad. Es alucinante.

Eso me gustó, aunque no podría explicar el motivo.

—¿Está bien? —pregunté de nuevo.

—Está… mejor. Ha vuelto a trabajar, está muy ocupada.

—Dime cómo entablar una relación con ella, Luc.

Meneó la cabeza.

—Eso tenéis que decidirlo vosotros dos.

—¿Cómo vamos a hacerlo si no me habla? ¿Cómo puedo convencerla de que no soy el cabrón que ella cree que soy?

Se encogió de hombros.

—Supongo que con tiempo.

—La paciencia no es mi fuerte.

—Es cosa de familia. Gracie y Heather tampoco es que sean muy pacientes. Y si no me falla la memoria, Penny tampoco. —Hizo una pausa—. Supongo que todas tus hijas lo han sacado de ti.

—Supongo.

Frunció el ceño y se sumió en sus pensamientos un momento.

—No voy a hablar de ella a sus espaldas. Pero te puedo decir una cosa: la quiero. Pienso casarme con ella algún día. Va a formar parte de mi vida, así que, si es posible, me gustaría que solucionarais esto entre los dos. Pero si ese no es el caso, la elegiré a ella.

—Bien. Así debe ser. Pero, Luc, quiero solucionar esto. A ver, no sé qué clase de relación podremos tener, pero me gustaría pensar que al menos seríamos capaces de estar en la misma habitación sin que ella destile odio. Me gustaría que conociera a sus hermanos. Al igual que ella, son inocentes en todo esto.

—Reed me contó que Heather y Grace han tenido una buena bronca.

—Heather nos defendió a Ashley y a mí, y a Gracie no le hizo gracia. Pero ya han hecho las paces. Gracie y yo volvemos a hablarnos. Me gustaría tenderle una rama de olivo a Ashley; así, si decide que quiere conocerme, conocernos a todos, será bienvenida. —Me froté la cara con las manos—. Pero no sé cómo hacerlo.

Guardó silencio un momento.

—Hoy está en la oficina. Acaba de terminar un evento enorme que ha organizado ella y que ha ido muy bien. Seguramente se merezca un premio. Pienso llevarla a cenar.

—¿Tal vez un ramo de flores sea apropiado?

Encogió un hombro.

—Si fueran rosas rosas, que son sus preferidas, sin duda se llevaría una alegría.

—Vale.

—Si las acompaña un expreso doble con espuma de leche, puede que incluso sonría. —Después levantó las manos—. Solo estoy pensando en voz alta.

Me levanté y le estreché la mano.

—Lo he pillado.

Me volví para marcharme, pero oí que me llamaba.

—Richard.

Me detuve junto a la puerta.

—A Ashley le cuesta aceptar la felicidad porque teme que, cuando se la arrebaten, le dolerá mucho más.

—No voy a hacerle daño. Y ahora que sé de su existencia, no pienso darle la espalda.

—Bien. Porque, aunque te aprecio y te respeto muchísimo, no dudaré en ponerte en tu sitio.

—Entendido. Me alegro de que te tenga, Luc. Se merece esa clase de amor. —Sonreí—. Y para que lo sepas…, no pienso quitarte el ojo de encima. Es prerrogativa paterna…, incluso de los padres recién descubiertos. Lo llevamos en los genes.

Luc sonreía cuando me marché.

ASHLEY

Decir que me sorprendió ver a Richard en la puerta de mi despacho, sin anunciarse y con un ramo en la mano, sería quedarme cortísima.

Levanté la cabeza al oír el golpecito en la puerta y lo miré boquiabierta. En primer lugar, me fijé en el precioso ramo de rosas rosas que tenía en una mano y en el vaso de café para llevar en la otra; y después, en el hombre que llevaba ambas cosas.

—Richard —dije con voz titubeante—, ¿qué haces aquí?

Entró y me ofreció el ramo.

—Bueno…, he venido a verte. Quería saber cómo estabas.

—¿Y las flores?

Pareció incómodo un segundo, pero después se cuadró de hombros.

—Antes me he pasado a ver a Luc. Comentó que acababas de terminar un evento con mucho éxito. Quería felicitarte.

—Supongo que también te dijo cuáles son mis flores preferidas.

Soltó el vaso.

—Y cómo te gusta el café. —Se sentó sin esperar a que se lo indicara—. Pero no soltó ninguna de las dos cosas a la ligera. Me dijo que iba a contarte que había ido a verlo, así que se me ha ocurrido que deberías descargar tu ira en mí antes.

Miré las flores, sin saber muy bien qué sentir. Era un gesto muy bonito. Atento.

Recordé las palabras de Luc: «No te cierres en banda a esa posibilidad». Richard estaba allí, tendiéndome una rama de olivo. Parecía tan nervioso como yo me sentía, y supe que tenía dos opciones: devolverle las flores y el café, y decirle que se fuera…, o aceptarlo todo y hablar.

Hablar no sería desleal con mi madre. Richard debía de tener algo que a ella le gustó, algo en lo que confió, algo que la atrajo. De lo contrario, no estaríamos ahora en tal situación. Ni yo existiría.

—No estoy enfadada.

Sonrió. La primera sonrisa auténtica que me regalaba desde que nos presentaron y que logró que su expresión seria se transformase en una cálida y afectuosa.

—Estupendo —repuso—. Eso está bien. —Deslizó el vaso de café hacia mí—. Expreso doble con espuma de leche —me sobornó.

—¿No tienes uno para ti?

Volvió a sonreír y dijo en tono desenfadado:

—Me ha parecido que uno ya era bastante peligroso. No sabía si ibas a tirármelo a la cara por venir.

Cogí el vaso, le quité la tapa y aspiré el delicioso aroma.

—No haría eso en la vida.

Él asintió con la cabeza mientras me observaba beber un sorbo.

—Nunca desperdiciaría un buen café —añadí—. Te tiraría un vaso de agua.

Parpadeó durante un segundo antes de echarse a reír, una carcajada que resonó por sorpresa en el despacho.

—Es bueno saberlo.

Se acomodó en la silla y cruzó las piernas.

—Luc me ha dicho que te has encargado de un evento muy importante. ¿Me cuentas de qué se trataba?

El siguiente cuarto de hora fue surrealista. Estaba en mi despacho con mi padre hablándole del evento, describiéndole los detalles y la planificación. Me escuchó con atención, haciendo preguntas a menudo y con la cabeza ladeada mientras se concentraba en lo que le decía. Tardé un momento en darme cuenta de que yo hacía lo mismo cuando él hablaba. Fue muy raro.

—Eres muy detallista.

—Tengo que serlo.

—Tu madre también lo era. Hacía muchas listas.

Parpadeé.

—¿Te acuerdas de ella?

Suspiró.

—Pues sí. Era estupenda, Ashley. Demasiado buena para alguien como yo en aquella época. Era amable y simpática. También graciosa. Era muy distinta de la mayoría de las modelos con las que salía por aquel entonces.

Tenía que preguntárselo.

—¿Por qué cortasteis?

—Empezó a sentir algo por mí. Por aquel entonces, los sentimientos no iban conmigo. —Se frotó la nuca—. Discutimos, y yo corté con ella. —Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los muslos—. Nunca volví a verla y nunca me enteré de tu existencia.

Me pasé los dedos por el pelo.

—Ese es el problema, ¿no? Ella me dijo que sí estabas al tanto, pero tú dices que no. Cada uno tiene su verdad.

—Tú has vivido con la tuya toda la vida. Entiendo que no me creas, pero, si es posible, me gustaría tener la oportunidad de conocerte. De que me conozcas.

—¿Para qué? —le pregunté, con una sensación muy rara en la garganta.

—No estás tan sola en el mundo como creías, Ashley. Tienes hermanastros. Una familia adoptiva que da la casualidad de que está relacionada con el hombre al que amas. Si nos das una oportunidad, puede que descubras que te caemos bien. —Hizo una pausa—. Sin duda, es algo que deseas. Porque, de lo contrario, ¿por qué me dijiste quién eras?

—Quería castigarte por haberme abandonado. Quería obligarte a admitirlo —confesé.

—No puedo admitir algo que no hice…, porque no lo sabía. —Se puso en pie y empezó a moverse por el despacho, echándoles un vistazo a algunos de los objetos que lo decoraban. Se volvió para mirarme—. Admito sin tapujos que, de habérmelo dicho tu madre, es muy probable que la hubiera dejado de todas formas, pero la habría ayudado económicamente. Y creo que, en cuanto dejara de portarme como un imbécil, me habría implicado tanto como me hubiera

permitido tu madre. Pero no tengo la menor idea, porque no me dijo nada.

—¿Por qué iba a mentir mi madre?

Se sentó de nuevo.

—Hizo bien al protegerte del hombre que yo era por aquel entonces. No conocía otra cosa de mí. ¿Por qué te dijo que yo lo sabía? —Se encogió de hombros—. A lo mejor creyó que, si te decía eso, nunca vendrías a buscarme y así yo no podría hacerte daño. No sabía que yo había cambiado. No lo sé, la verdad. —Me observó un instante en silencio—. Y no tengo palabras para expresar lo mucho que lo siento.

Durante un segundo nos miramos a los ojos. Unos ojos verdosos muy similares, pero con perspectivas muy distintas. No sabía qué decir. Qué responder.

Como si percibiera mi desconcierto, Richard se puso en pie.

—Gracias por haberme permitido interrumpirte y pasar unos minutos contigo. —Esbozó una sonrisilla—. Y por no tirarme el café, o el agua, a la cara.

—Gracias por las flores.

Asintió con la cabeza y echó a andar hacia la puerta.

—Richard —lo llamé.

Se volvió, y parecía complacido de que lo hubiera llamado.

—Heather me ha dicho que se lo has contado a tus hijos.

—Sí.

—También me ha dicho que Grace y tú habéis discutido.

—Estamos solucionando las cosas.

—Y que ella también ha discutido con Grace. —Tragué saliva—. No era mi intención destrozarte la familia. —Negué con la cabeza despacio—. No lo pensé bien cuando me enfrenté a ti. Lo siento.

—Gracias por disculparte. Todos lo estamos solucionando.

—Mañana he quedado con Heather. Voy…, voy a llevar a una clienta a los viñedos para ver si le gustan y quiere celebrar allí su boda.

—Es un sitio precioso para una boda. Estoy seguro de que a tu clienta le encantará. —Sonrió —. Y me alegro de que sigáis siendo amigas. —Se detuvo con una mano en el pomo de la puerta —. Ojalá nosotros también podamos serlo algún día, Ashley. Me gustaría mucho. —Frunció el ceño antes de añadir—: Y aunque lamento cómo sucedió, no lamento haberte conocido.

Acto seguido se marchó, dejándome a solas con mis pensamientos.

29

ASHLEY

Teniendo en cuenta que Richard y Heather se habían presentado sin avisar en mi despacho, el comité de bienvenida que me recibió a la mañana siguiente en los viñedos no debería haberme sorprendido.

Heather estaba junto a la puerta y me abrazó cuando entré con mis clientas. Tras ella se encontraban Addison Riley, presidenta de ABC, y para mi sorpresa, observándome con cautela un poco apartada, estaba Grace. Controlé los nervios que me asaltaron y me preparé para comportarme de manera profesional y agradable. Hice las presentaciones con mis clientas, que se quedaron impresionadas cuando Addison les dijo que quería mostrarles las instalaciones en persona. Me di cuenta de que Ellen, la hija, se iba emocionando conforme lo veía todo y reparaba en la decoración y en las vistas. Su madre escuchaba con atención absoluta a Addison, que les contó la historia de Shoreline Winery y de la relación con su familia. Addison me miró con una sonrisa:

—Ashley me dijo que buscáis un sitio único y bonito. Sé que Anne puede trabajar con vuestra organizadora de bodas y con Ashley para crear algo así.

—No entiendo cómo es posible que esté disponible —dijo Ellen—. Es perfecto.

—Es un salón nuevo. Y somos muy selectivos a la hora de aceptar eventos en nuestras instalaciones —repuso Heather. Sus palabras hicieron sonreír a la madre de Ellen. Le gustaba la idea de que fuera exclusivo.

—Ashley dice que quieres varias tartas.

—Sí —dijo Ellen—, a Ronald le encantan.

—Tenemos las mejores de la ciudad. Puede que incluso de la provincia —se jactó Heather.

—Podemos organizar una cata si te parece bien —terció Grace, que habló por primera vez.

—¡Oh, eso sería estupendo! —Ellen miró a su madre—. Este es el sitio, mamá. Aquí es donde quiero celebrar el banquete.

Sonreí al oírla. Era la primera vez que la veía involucrada de verdad en el proceso. Me gustaba saber que era feliz. Se trataba del día de su boda, y debería tener lo que deseara.

Su madre asintió con la cabeza.

—Me gustaría reservar el salón. Para cualquier fin de semana de abril que esté libre.

—Por supuesto —repuso Addison—. Si me seguís, empezaremos con el papeleo.

Salieron de la estancia, dejándonos a Heather, a Grace y a mí solas.

Nos miramos en silencio un instante. Tres mujeres, todas desconocidas pero emparentadas. Curiosas. Cautelosas. Sin saber por dónde empezar.

Observé sus caras mientras preguntaba si ellas buscaban lo mismo que yo: un parecido.

Lo encontré en los ojos de Heather. En la sonrisa de Grace. En el remolino que teníamos las tres. Yo era la única que había heredado los dedos largos de Richard.

—En fin, parece el comienzo de un chiste malo —dijo Heather.

—De chiste tiene poco —replicó Grace con voz tranquila, aunque un poco tirante.

—Pues sí —convine—. Iré en busca de mis clientas para despedirme. Pueden firmar los documentos y Anne ya se pondrá en contacto después.

Grace dio un paso hacia delante.

—No. Espera…, no tienes por qué irte.

—¿Y qué quieres que haga, Grace?

—Tómate un café con nosotras.

Me quedé de piedra.

—¿Quieres que nos tomemos un café?

Grace tragó saliva, con expresión titubeante y nerviosa. Me di cuenta de que movía los dedos y de que golpeaba el suelo con un pie. Pero carraspeó y enderezó la espalda.

—Sí.

Empezó a darme vueltas la cabeza y, de nuevo, me sentí al borde de un precipicio. Podría negarme, irme y rechazar la rama de olivo. O podía aceptarla y sentarme con esas dos mujeres con quienes compartía un lazo de sangre y tal vez forjar un nuevo comienzo.

Ambas me observaban con detenimiento, cada una con un sentimiento distinto. Heather estaba complacida y esperanzada. Grace, nerviosa y preparada para el rechazo.

Experimenté una nueva emoción en mi interior. Me sobresalté al darme cuenta de que casi era un afán protector. No quería hacerles daño a ninguna de las dos.

—Me aseguraré de que todo va bien con Ellen y su madre, y luego, sí, me tomaré un café con vosotras. ¿Dónde nos vemos?

Heather me miró con una sonrisa de oreja a oreja, la viva imagen de la felicidad.

—Hay una cafetería muy bonita aquí detrás. Acaban de abrirla, así que no la conoce mucha gente y es bastante íntima. —Señaló el pasillo que tenía a su espalda—. Al final del todo a la izquierda. Cogeremos una mesa y te esperamos.

Tomé una bocanada de aire.

—Muy bien.

Me aseguré de que todo iba bien con Ellen y su madre, y me complació verlas tan contentas. Hablé un rato con Anne, que llegó tras otra reunión y con quien pensaba hablar de nuevo en otro momento. Con ella y con la organizadora de bodas, mi participación sería mínima, pero me alegraba de haber ayudado a Ellen a ser capaz de alzar la voz en cuanto a lo que quería para su boda.

Mientras recorría el pasillo, oí que me llamaban y, cuando me di media vuelta, vi que Ellen me seguía. Me dio las gracias repetidamente, y sonreí por su evidente felicidad.

—He convencido a mi madre para que me deje tener más control —me dijo—. Voy a decirle a la organizadora de la boda que será una ceremonia muy distinta de lo que le pidió mi madre. Su visión y la mía no se parecen en nada, y creo que al final cederá. Esperaba que trabajases con Anne.

—Estoy segura de que Anne es capaz de encargarse de todo.

Meneó la cabeza.

—Quiero que formes parte de todo. Tú…, tú me entiendes, Ashley. Me siento más fuerte cuando estás presente, sin tanto miedo a plantarle cara a mi madre. —Se inclinó hacia delante y añadió en voz baja—: Se lo puede permitir. Por favor.

Solté una risilla.

—Claro, ya veremos cómo lo hacemos.

Me abrazó.

—¡Gracias!

Acto seguido se alejó a toda prisa. Enderecé los hombros y fui a reunirme con Grace y Heather.

Una vez dentro de la bonita cafetería, me permití echar un vistazo a mi alrededor. Las luces, la madera cálida y la decoración antigua hacían que fuera preciosa. Un lugar perfecto para

organizar fiestas, almuerzos o banquetes pequeños e íntimos. Me acerqué a la mesa donde me esperaban las hermanas, con una jarra de café entre ellas y un plato con pastas que me tentaban mucho. No había comido en todo el día, así que el estómago me rugía. Controlé los nervios y me senté antes de aceptar una taza de café y una pasta.

La mesa se quedó en silencio unos minutos. Bebí y mastiqué antes de limpiarme los dedos y acomodarme en la silla. Nos miramos con expresión cautelosa, hasta que Grace por fin rompió el silencio.

—En fin, esto es muy raro.

—Ha sido idea tuya —dijimos Heather y yo a la vez. Después nos echamos todas a reír y suspiramos.

—A ver, chicas, no tengo ninguna experiencia en estas cosas.

Grace levantó una ceja.

—Ni nosotras.

No supe cómo replicar a eso.

—Reed me ha dicho que Luc se va a mudar contigo —dijo Heather—. Qué emocionante.

—Me muero de ganas —repuse.

—Ha sido rápido, ¿no? —preguntó Grace.

Heather resopló.

—Eso lo dice la mujer que se casó con su jefe a los pocos meses de conocerlo. —Me miró con un guiño guasón—. Borracha en Las Vegas. ¿Es un topicazo o no?

—Eso son cosas íntimas —protestó Grace—. Cierra la boca, Heather.

—No le hables así —repliqué, porque no me gustó ver la expresión dolida de Heather—. Solo intentaba hacerte ver la situación. Además, ya conocía la historia.

Grace sorbió por la nariz y fijé la mirada en ella.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunté sin rodeos.

Ella apretó los labios y se apoyó en el respaldo de la silla, tras lo cual empezó a mover la pierna que tenía cruzada sobre la otra.

—Dado que tú eres quien ha puesto esto en marcha, supongo que eres la que quiere algo de nosotros.

—Nada. No quiero nada.

—Pero aquí estás.

—No he pedido venir —protesté.

—Mmm —murmuró ella.

—Tu hermana se ofreció.

—También es hermana tuya —masculló Grace.

Nos quedamos heladas las tres.

Heather levantó las manos.

—Vamos a ver. Os agradecería a las dos que dejarais de lanzaros pullas un momentito. —Meneó la cabeza y se pasó una mano por pelo—. Que sepáis que me estáis poniendo entre la espada y la pared.

La miramos sin comprender.

—Me caes muy bien, Ashley. Empezábamos a ser buenas amigas. Y Grace, sabes que te quiero. Eres mi amiga y mi hermana mayor. Nada va a cambiar eso. Y ahora tú también lo eres. El hecho de que os llevéis tan mal hace que yo esté en medio. ¿No podemos intentar llevarnos bien? ¿Buscar algo en común?

—No sé si tenemos algo en común —repliqué.

—Pues claro que lo tenemos: nuestro padre.

—No —protesté—. Vosotras tenéis a vuestro padre. Yo no formo parte de esa ecuación.

—Si dejaras de comportarte como una imbécil, podrías hacerlo —masculló Grace.

—¡Gracie! —exclamó Heather.

Pasé de ella y me concentré en Grace.

—Perdona, pero tú no eres precisamente miss Simpatía.

—Al menos, lo intento.

—A mí no me parece que esto sea «intentarlo».

—Y a mí no me parece que tú estés siendo muy agradable.

—Ya vale —dijo Heather entre dientes—. Callaos las dos. ¿Os estáis escuchando? Por Dios, os parecéis a papá discutiendo consigo mismo.

Heather y yo nos fulminamos con la mirada; en ese momento me llamaron por teléfono y el sonido interrumpió el silencioso duelo. Bajé la mirada con el ceño fruncido.

—Perdonad, tengo que contestar.

Me alejé para hablar. Diez minutos después volví a la mesa, furiosa y casi incapaz de hablar.

—Tengo que irme.

—¿Estás bien? —me preguntó Heather.

—Tu padre… —empecé, pero me contuve.

Grace me miró con los ojos entrecerrados.

—También es tu padre. No puedes pasar página si no lo aceptas. ¿Siempre eres tan cabezota?

—Sí, lo he heredado de «papi» —mascullé con retintín.

Cogí el bolso y me fui.

Poco después abrí la puerta del coche con brusquedad y puse rumbo a la casa de Richard. Llamé a la puerta con fuerza, a la espera de que abriesen. Katy parecía muy sorprendida de verme, pero me sonrió.

—Ashley, qué alegría verte, preciosa.

Le devolví la sonrisa a duras penas.

—¿Richard está en casa?

—Sí. Pasa.

Entré mientras la rabia me consumía.

—¿Quieres un café?

—No —contesté entre dientes—, me gustaría hablar con él.

—Claro. Creo que está hablando con Gavin por teléfono, pero iré a buscarlo. Ponte cómoda.

Cuando se fue, eché un vistazo a mi alrededor. La planta principal era un gran espacio abierto. Había una enorme chimenea de piedra, paredes blancas y suelos de madera cubiertos por mullidas alfombras. Los sencillos muebles y la cocina clara le otorgaban un aspecto acogedor y cálido. Me acerqué a la chimenea y miré las fotos de familia. Mi rabia fue creciendo poco a poco mientras pasaba de una a otra y veía a Richard, a menudo en el centro, con el brazo por encima de los hombros de sus hijos mientras sonreía de oreja a oreja.

«Cabrón».

La casa apestaba a amor. Fotos, recuerdos, pequeños recordatorios de las vidas que mis hermanos habían llevado sin mí.

Richard apareció vestido con ropa informal y una sonrisa en la cara, pero capté la cautela en sus ojos.

—Ashley —dijo—, qué sorp…

Lo interrumpí.

—No te hagas el sorprendido de verme.

Su sonrisa desapareció.

—Estás alterada.

—¿Cómo te atreves? —mascullé.

—Supongo que estás molesta.

—¿Cómo creías que iba a reaccionar?

Se frotó la nuca.

—¿Agradeciéndomelo?

Katy apareció y nos miró, primero a uno y luego al otro.

—¿Hay algún problema del que debería estar al tanto?

—Sí que lo hay —mascullé—. Su marido se las ha apañado para acceder a mis datos personales, ha pagado mis préstamos estudiantiles y me ha ingresado dinero en la cuenta.

Katy puso cara de sorpresa y se quedó boquiabierta.

—Es un regalo —se defendió Richard—. He pagado la educación de todos mis hijos. Como no pude hacer lo mismo por ti, he corregido la situación. Quería facilitarte la vida, así que he pagado tus préstamos. Como ya habías hecho pagos, he ingresado la cantidad completa en tu cuenta. —Cruzó los brazos por delante del pecho—. Viene a ser la misma cantidad que para tus hermanos. Quería ser justo.

Sus palabras resonaron en mi cabeza: «Justo… Hermanos… No pude».

Él meneó la cabeza como si supiera lo que estaba pensando.

—No pude porque no sabía de tu existencia.

Me entraron ganas de poner los ojos en blanco, pero me resistí. Estaba segura de que mi cara lo decía todo.

—Quiero que recuperes ese dinero.

Él negó con la cabeza.

—No.

Di un paso hacia él.

—No te he pedido dinero. No lo quiero.

—Te he dicho que es un regalo.

—Pues no lo quiero.

Se encogió de hombros.

—Ya está hecho.

—Pues ya estás tardando en deshacerlo, joder —mascullé.

—Cuidado con esa lengua y ese tono —me ordenó.

—¿Y si no lo hago? ¿Me vas a mandar a la cama sin cenar? ¿Me vas a castigar sin salir? Pues deja que te diga algo, gilipollas: no soy una niña. No puedes decidir lo que puedo hacer y lo que no. Y no puedes sobornarme con tu dinero para meterte en mi vida.

La rabia afloró a su cara y entrecerró los ojos.

—No era mi intención. Solo quería facilitarte un poco las cosas. Creía que te gustaría.

—¿En qué universo alternativo? No quiero nada de ti.

—Eso lo has dejado clarísimo. —De repente se puso a gritar—. Fuiste tú quien empezó todo esto. Y me has estado castigando desde que se confirmó que soy tu padre. No puedes entrar en tromba en mi vida, ¡en nuestras vidas!, y luego darnos la espalda. —Se empezó a pasar la mano por el pelo—. Siento no haber estado contigo cuando eras pequeña, joder. Pero estoy aquí ahora y no me pienso ir a ninguna parte. Eres mi hija ¡y estoy intentado compensarte!

Lo miré fijamente.

—No puedes.

—¡Porque no me dejas!

—Creo que los dos necesitáis tranquilizaros —terció Katy—. Voy a preparar té y, luego, podremos solucionar esto.

—Sin ánimo de ofender, señora VanRyan, no quiero un puto té. Y esto no es asunto suyo.

Richard dio un paso hacia mí.

—A mi esposa le hablas con respeto. Esto es asunto suyo porque también le afecta a ella tanto como al resto de la familia. Siempre ha sido muy amable contigo y no merece tus borderías.

Sentí que me ardían las mejillas. Lo cierto era que estaba siendo muy borde, pero no podía contenerme.

—Anula la transferencia, Richard. No quiero tu dinero.

—Qué pena que ya esté hecho.

—Lo donaré.

—Pues hazlo —masculló él—. Haz lo que te salga de las narices con el dinero.

—No te metas en mis cuentas. Y no te metas en mi vida.

Me fulminó con la mirada un instante antes de sacudir la cabeza.

—Muy bien, Ashley. Si eso es lo que quieres, ya no te molestaré más.

Me di media vuelta y salí en tromba. Una vez en el coche, suspiré aliviada.

Ya no tenía que preocuparme por ver a ninguno de los VanRyan.

Alejé la oleada de dolor que amenazaba con engullirme entera.

Luc soltó el vaso con cuidado después de que le contara lo que había pasado.

—Así que ¿Richard ha pagado tus préstamos estudiantiles?

—Sí. ¿Qué te parece? Menuda cara tiene.

—¿Y las chicas te invitaron a tomarte un café con ellas?

—Sí.

—¿Y básicamente acabaste mandándolos a todos a la mierda?

Me removí en la silla, incómoda de repente al oírlo.

—En fin, es un poquito más complicado.

—Pero, en resumidas cuentas, es eso.

Suspiré, doblé las rodillas y me pegué las piernas al pecho.

—Supongo que sí.

Luc negó con la cabeza.

—Ashley, cariño, no te entiendo.

—Estaba furiosa. Parece que Grace y yo sacamos lo peor la una de la otra. Y me cabreó que Richard hiciera eso. Es una invasión tremenda de mi intimidad. —Sorbí por la nariz.

—Y un gesto muy generoso.

No le hice caso.

—¿Cómo sabía siquiera mi situación bancaria?

Sacudió la cabeza.

—Puestos a suponer, diría que Reid Matthews le proporcionó la información. O tal vez le pidió a Halton que se enterara. —Meneó de nuevo la cabeza—. Ashley, ¿te cabrea que haya pagado los préstamos o que, al hacerlo, tal vez te haga pensar que ya no es tan malo?

—Déjate de chorradas.

Me observó fijamente un momento.

—Voy a decirte lo que me parece. En cuanto lo haga, seguramente me pidas que me vaya, y no pasa nada. Pero voy a decirlo.

—¿El qué?

—Creo que estás saboteando de modo deliberado los intentos de tu familia de ser amables y de conocerte.

—Menuda tontería. ¿Por qué iba a hacer eso? —le pregunté de mala manera.

—Porque —dijo en voz baja al tiempo que se inclinaba hacia delante y me acariciaba una mejilla con los dedos— estás asustada. En el fondo quieres conocerlos. Quieres pertenecer a la familia, pero te da miedo que te rechacen, así que los rechazas tú primero. Y sigo con mi teoría de que te da miedo serle desleal a tu madre si Richard te cae bien.

Lo miré en silencio dejando que sus palabras resonaran en mi cabeza. Pensé en la súplica de Heather. En la mueca de dolor en la cara de Richard cuando lo acusé de intentar sobornarme. En la invitación de Grace a que me tomara un café con ellas. Al aceptar el regalo de Richard, ¿no le estaba dando munición a Grace? ¿No era una forma de demostrarle que, en realidad, quería dinero?

Se lo dije a Luc, pero él negó con la cabeza.

—Todo el que conoce a Richard sabe que cuida de su familia. No me sorprende que haya hecho eso. El asunto es que no puedes preocuparte por la reacción de Grace. Eso es problema suyo, no tuyo, cariño. Ella se limita a reaccionar. —Hizo una pausa—. Igual que tú. Estás buscando excusas para discutir que puede que no existan.

Fruncí el ceño mientras sopesaba sus palabras. Era cierto que había empezado todas mis interacciones con ellos con afán combativo. Preparada para marcharme, para que no me cayeran bien. Y comparaba sus vidas con la mía a la menor oportunidad. Comparaba todo lo que ellos tenían con todo lo que nos había faltado a mi madre y a mí.

Por Dios, ¿tenía razón Luc?

Tragué saliva y me abracé las piernas con más fuerza.

—En fin, pues creo que esta vez ya los he espantado para siempre.

Meneó la cabeza.

—Dales un poco de espacio y espera un poco. El tiempo lo cura todo.

—No creo que en este caso lo haga.

Se inclinó hacia mí y me miró con expresión intensa.

—Ashley, te quiero.

—Y yo a ti —le aseguré.

—Reflexiona con tranquilidad. Siempre has querido una familia. Has encontrado una. Intenta superar la rabia y aceptarlos por quienes son ahora. Personas que quieren conocerte, que lo están intentando.

—No sé si puedo.

—En ese caso, creo que vas a perderte a unas personas estupendas. Y los recuerdos maravillosos que puedes crear con ellas.

No supe bien qué decir a eso.

Me besó en los labios con ternura.

—Inténtalo, cariño. Deja que conozcan a la Ashley que quiero tanto. Ellos también te querrán. —Hizo una pausa—. Creo que están listos para hacerlo, pero tú insistes en frenarlos.

Sus palabras me persiguieron durante días.

El móvil de Luc sonó de nuevo. Llevaba toda la tarde haciéndolo, y él empezaba a impacientarse.

Había llevado sus cosas a casa y estábamos sacándolo todo entre llamada y llamada. Contestó, escuchó con atención e hizo unas cuantas preguntas a toda prisa. Al final suspiró.

—Muy bien, buscaré el vuelo que salga antes.

Colgó y se frotó la cara con las manos.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Adónde vas?

—Hay un problema en la oficina de la Columbia Británica. Tengo que ir y ocuparme en persona.

—¿Estarás fuera mucho tiempo?

—Con suerte, no.

—Acabas de mudarte y ¿ya sales huyendo? —bromeé—. Joyce solo lleva fuera unos días y ¿ya te has hartado de mí?

Soltó una risilla.

—Créeme, cariño, no me apetece. Y nunca me hartaré de ti. —Frunció el ceño—. Detesto la idea de irme, pero tengo que estar presente para solucionar el problema. Nadie más es capaz de averiguar qué pasa, y es un problema recurrente. Les dije que necesitaban centralizarlo todo. A lo mejor, cuando solucione esto, me dan el presupuesto para hacerlo.

—En fin, reserva el vuelo y luego preparemos tu maleta.

Me besó.

—Vale. Lo siento. —Frunció el ceño—. Con todo lo que está pasando, no quiero dejarte.

Agité una mano.

—No pasa nada. Estoy bien.

No había tenido noticias de nadie y tampoco lo esperaba. En el banco me dijeron que no había manera de devolver los fondos y que, una vez pagados, los préstamos no se podían reactivar. Saqué el dinero extra de mi cuenta en forma de cheque que le mandé a Richard, junto con un calendario de pagos para devolverle el dinero que había pagado en mi nombre.

No me había contestado.

Hablé con Anne un par de veces, y se mostró amable y simpática. No recibí más llamadas ni mensajes de texto de Heather ni de Grace.

Debería estar contenta.

Sin embargo, no era así.

Detestaba admitirlo, pero empezaba a pensar que Luc tenía razón. Mi miedo al rechazo era muy fuerte. Se imponía al deseo de conocer a Richard y a su familia, por si decidían que yo no valía la pena. Al rechazarlos yo, les llevaba ventaja.

Aunque tenía la sensación de haber perdido algo.

Y no sabía cómo recuperarlo.

30

ASHLEY

Un par de días después, les eché un vistazo a las pocas cajas que quedaban sin desembalar de las que Luc había llevado a casa antes de marcharse por trabajo. Ya había colgado su ropa en el armario y colocado sus camisetas y su ropa interior en la cómoda que Joyce había dejado y que decidimos trasladar a mi —nuestro— dormitorio. No había llevado ningún mueble y me aseguró entre carcajadas mientras meneaba la cabeza que ninguno se había salvado después de años de maltrato por su parte y por la de sus compañeros de piso.

«Elegiremos juntos algunos nuevos cuando estemos preparados».

Joyce me había dejado los pocos muebles que tenía, ya que solo se llevó la ropa y sus objetos personales. Me había ofrecido a comprárselos, pero ella se negó, diciendo que estaba contenta de saber que iban a usarse y que los consideraba un regalo. Así que su dormitorio pasó a ser la habitación de invitados, y no tuve que cambiar las mesitas de noche ni la mesa de la tele. El sofá y el sillón los había comprado yo, al igual que el televisor, así que fue una transición fácil para todos.

Fue duro despedirme de ella, pero estaba tan emocionada que no pude entristecerme. Esa era la vida que ella quería, y me alegré de que pudiera vivirla. Luc y yo la llevamos al aeropuerto, y hubo muchos abrazos, besos y algunas lágrimas, y después se despidió con un gesto despreocupado y se fue. Sabía que volvería a verla, pero iba a echarla de menos. Agradecí que Luc estuviera conmigo, abrazándome con fuerza por la cintura. Siempre podía contar con su apoyo, pasara lo que pasase, y cada día me enamoraba un poco más de él.

Se había mantenido firme como una roca durante toda esa situación. Me había apoyado incluso sin estar seguro de que mis decisiones fueran las correctas. Su serenidad y su amor fueron constantes. Despedirme de él en el aeropuerto me resultó tan duro como hacerlo de Joyce, y eso que solo estaría fuera unos días. Iba a echarlo de menos, aunque estuviéramos separados tan poco tiempo. Resultaba extraño volver a la casa sin él. Me pareció curioso que su presencia hubiera convertido la casa en un hogar. Que echara de menos su compañía tan pronto.

Cogí con un suspiro una de las cajas que contenían más ropa de Luc, con la intención de colgarla en el armario de la habitación de invitados. Necesitaba estar ocupada y no pensar en mi última discusión con Richard. No había tenido noticias de él ni de nadie desde nuestro sonoro desencuentro. Había sido tan desagradable que no tenía claro que alguien quisiera volver a hablar conmigo en el futuro. Me sorprendió lo mucho que me molestaba esa idea.

Distraída como estaba, me volví demasiado deprisa con la caja en los brazos y tiré un marco de la mesita de noche. Jadeé consternada cuando cayó al suelo y vi que el cristal se hacía añicos. Dejé la caja en el suelo y me agaché para recogerlo. Era un recuerdo de mi madre. Un collage de fotos en las que salíamos juntas desde que yo era una recién nacida. La foto ovalada del centro me la hicieron cuando tenía unos veinte años. Las más pequeñas eran de mi infancia. A ella le encantaba y siempre lo tenía junto a la cama. Cuando murió, yo también lo coloqué en mi mesita de noche, y las fotos siempre me habían parecido un recuerdo agridulce.

Dejé la caja de Luc donde estaba y llevé el marco a la planta baja. Por suerte, los trozos de cristal se mantenían unidos, pero el marco se había llevado un buen golpe. Tras quitarle la parte posterior y sacar las fotos inferiores, lo sostuve sobre el cubo de la basura para que cayeran los trozos de cristal. Después le eché un buen vistazo al marco y decidí que no tenía salvación. Acto seguido, me dispuse a sacar la foto del centro y me sorprendió encontrar un sobre de color

marrón entre la parte posterior y la propia foto. Lo aparté todo y me quedé mirando el sobre. Vi mi nombre escrito en él con la letra menuda y meticulosa de mi madre.

Me senté, sin poder quitar los ojos del sobre. Experimenté la misma sensación extraña que me asaltó cuando vi a Richard por primera vez; esa expectación burbujeante, producto de los nervios, por la certeza de que lo que estaba a punto de ocurrir cambiaría mi vida de nuevo. Abrí el sobre con dedos temblorosos. Dentro había otros dos más pequeños. Uno era más viejo que el otro y estaba amarillento por el paso del tiempo. Llevaba escrito el nombre de mi padre. El otro iba dirigido a mí y era más grueso.

Lo abrí y desdoblé las páginas que contenía, examinando las palabras con atención. El tiempo se detuvo a mi alrededor mientras leía el contenido.

> Mi querida Ashley:
>
> Si estás leyendo esto, es que me he ido. Siempre he querido decirte esto en persona, pero al final no he sido capaz. siento mi cobardía.
>
> Descubrir que estaba embarazada de ti fue una sorpresa tremenda. Siempre tuvimos cuidado, tu padre siempre usó protección, pero parece que el universo tenía otros planes para mí y fui elegida para ser tu madre.
>
> La idea me alegró muchísimo. me emocionó.
>
> Estaba locamente enamorada de un hombre que sabía que nunca me correspondería. Tu padre era un ejecutivo frío, cruel y egoísta. También era un hombre carismático, simpático y fascinante. Inteligente. Gracioso, aunque a veces su humor era cortante. había algo en él que me atraía. Tenía un lado cariñoso tan oculto que casi nadie llegaba a verlo. Yo lo vi muy pocas veces, pero había ocasiones en las que aparecía. Esperaba que ese lado se apoderara de él cuando le hablé de ti.
>
> Ahí es donde empezó la mentira. Porque nunca se lo dije.

Las páginas se me escurrieron de las manos y cayeron al suelo mientras jadeaba y asimilaba el significado de sus palabras.

¿Nunca se lo dijo?

Me empezó a temblar la mano con más fuerza cuando recogí la carta y seguí leyendo.

> Tenía intención de hacerlo. Fui a su oficina para hacerlo, pero estaba de viaje por motivos de trabajo. Le dejé una nota a su asistente, pero cuanto más lo pensaba, más claro tenía que no querría saber nada de nosotras, aunque se lo dijera. Y al decírselo me convertiría en lo que él más despreciaba. En una persona que lo perseguía por lo único que podía ofrecer: dinero. Yo no quería su dinero. Quería su amor y su afecto, algo que sabía que nunca conseguiría. Una vez que decidí ser sincera conmigo misma, me di cuenta de que él rara vez me acompañaba, ni siquiera cuando nos encontrábamos en la misma habitación. Sus ojos tenían una expresión ausente y sus pensamientos estaban a mil kilómetros de distancia. Cumplía con sus obligaciones, pero nunca se involucraba de verdad en el momento. Yo era una distracción para él, nada más. Y nunca sería nada más por la sencilla razón de que era incapaz de ofrecerme otra cosa. Se mostró sincero y honesto al respecto durante toda nuestra relación. Fui yo quien decidí no hacerle caso. Los atisbos que veía del hombre que llevaba dentro eran solo eso, atisbos. Nunca sería ese hombre, al menos no para mí.
>
> Así que me fui, llevándome mi secreto, y empecé una nueva vida, dejando atrás esa parte de mi pasado.
>
> Me ha encantado ser tu madre. Fuiste el mayor regalo de mi vida. Nunca lo dudes. Nunca dudes de mi amor por ti. Y rezo para que tu amor no cambie después de que leas la siguiente parte.

Tuve que detenerme para respirar hondo. Oía una vocecilla en la cabeza que repetía una y otra vez la misma frase. Él no lo sabía. ¡Richard no lo sabía!

Volví a la carta.

> Vi a tu padre de nuevo cuando tenías cuatro años más o menos. Supongo que estaba en Toronto por trabajo. Me quedé de piedra cuando me di cuenta de que iba con su mujer. Su actitud me demostró que

estaba enamoradísimo de ella. Me costó reconocerlo, sobre todo por su comportamiento. Estaba lo bastante cerca como para poder oír cómo hablaba de su hija recién nacida, pero él no reparó en mí. Solo tenía ojos para ella.

Debería haberme acercado. Debería haber hablado con él y contarle de tu existencia. Seguro que te preguntas por qué no lo hice. La respuesta simple y compleja a la vez es que tenía miedo. Richard era rico, poderoso. El hombre que yo había conocido podía ser cruel.

Me aterrorizaba la idea de que decidiera intervenir si le hablaba de ti. De que te apartara de mi lado. No podía correr ese riesgo. Si decidía luchar contra mí, yo perdería. No tenía armas con las que pelear.

Así que no dije nada. Y volví a desaparecer.

Y cuando preguntaste por él, mi miedo resurgió y te mentí.

Te dije que él no te quería. La verdad era que no me quería a mí.

Dejé caer la carta, incapaz de contener los sollozos más tiempo.

Mi padre nunca había sabido de mí. Mi madre nunca se lo había dicho por el miedo a perderme. Richard decía la verdad.

Por extraño que pareciera, no sentía ira hacia mi madre. Solo sentía una profunda tristeza por el miedo que la había acompañado. Por el dolor que soportó todos aquellos años al amar a un hombre que no la correspondía. Por la preocupación que debió de sentir al preguntarse si, por algún otro cauce, Richard se enteraría e iría a buscarla. Si iría a buscarme a mí.

Richard.

El hombre con el que me había enojado tanto que la rabia me parecía insuperable. Recordé las palabras airadas y desdeñosas que le dije. Mi negativa a creerlo cuando insistía en que nunca había sabido de mí.

Me incliné y mis ojos atisbaron los últimos párrafos de la carta.

Tu padre se llama Richard VanRyan. Tienes sus ojos, sus manos, su inteligencia. De algún modo, también tienes esa parte oculta de él, esa bondad que ni él mismo sabía que tenía. He seguido su trayectoria durante los últimos años, y es un hombre distinto. Un hombre que merece conocerte. Búscalo, Ashley, y conócelo. Eso es lo que deseo para ti. Él ya no puede hacerme daño, pero yo temo habértelo hecho a ti con mi decisión. Siento haberte alejado de él. Por favor, perdóname.

Mi egoísmo te hizo la vida más difícil de lo que tendría que haber sido. Te quería demasiado como para arriesgarme a que él lo supiera. Sin embargo, al hacerlo, temo haberte privado de la oportunidad de conocer al hombre que yo deseé que fuera. He vivido con ese remordimiento durante tanto tiempo que ya no recuerdo un momento de mi vida en el que no me acompañara.

Sin embargo, cada vez que intentaba decírtelo, me detenía por temor a tu reacción. Por temor a perder el amor de la única persona por la que daría mi vida.

Por favor, no me odies.

TU MADRE

—Ay, mamá, nunca podría odiarte —susurré, con las lágrimas deslizándose por mis mejillas.

Miré a mi alrededor, sintiéndome vulnerable y sola. Arrepintiéndome de las últimas semanas. De la ira y de la amargura. De mi insistencia en reprimir cualquier actitud positiva en lo referente a Richard o a su familia. Había dejado que las emociones negativas me alimentaran y me había negado a darles una oportunidad real.

Y no estaba segura de que fueran a brindarme otra.

Cogí el teléfono para llamar a Luc, pero saltó directamente el buzón de voz. Meneé la cabeza y corté la llamada. Sin duda estaría trabajando en una sala llena de servidores, con los dedos volando sobre el teclado mientras intentaba encontrar el error recurrente y solucionarlo. No quería que oyera mi voz alterada cuando hiciera una pausa para mirar el teléfono. Tenía trabajo que hacer y si se enteraba de lo que estaba pasando, sabía que se subiría al siguiente avión y

volvería a casa para ayudarme. Solo me faltaba cargar con esa culpa además de todo lo que estaba sintiendo.

Me quedé mirando el móvil, insegura. Necesitaba hablar con alguien.

Había una persona con la que podía hablar, pero ya no estaba segura de que aceptara la llamada.

Dudé, pero acabé pulsando la lista de contactos y lo llamé.

Contestó al primer tono.

—¿Ashley? ¿Eres tú, cariño?

Empecé a llorar de nuevo cuando oí su voz. No estaba enfadado ni se mostraba distante.

—Richard —dije entre sollozos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado? —me preguntó—. ¿Dónde estás?

—En casa —respondí.

—Voy para allá.

—¿Puedes traer a Katy?

—Llegaremos lo antes posible.

Y colgó.

31

ASHLEY

Llegaron en un tiempo récord, ambos con cara de preocupación. A esas alturas, yo había leído varias veces la carta de mi madre, llorando en ciertos momentos, sintiendo su miedo, su arrepentimiento y su amor en las palabras. Me decía todo lo que había sentido y que nunca había expresado. Aseguraba que se arrepentía y me suplicaba que no siguiera su ejemplo.

> Si quieres a alguien, díselo. Si tienes cosas que compartir, dilas. No vivas lamentando lo que no has hecho. No cometas mis errores. Te quiero muchísimo y no te lo he dicho lo suficiente, no te lo he demostrado bastante. Así me educaron, y debería haberlo hecho de otra manera.

A mi modo de ver, sí que lo había hecho de otra manera. Siempre supe que me quería, aunque siempre había anhelado más abrazos y besos. Más mimos y cuentos antes de dormir. Nunca supe lo profundos que eran sus sentimientos. Siempre me pregunté si se arrepentía de haberme tenido. Su carta me lo había dejado claro. Me crio de la única forma que sabía, aunque a esas alturas sospechaba que me había demostrado más afecto del que sus padres le habían mostrado a ella. Había luchado a diario para mantenerse a flote en el mundo que la rodeaba, pagando facturas, trabajando, asegurándose de que me alimentaba y estaba a salvo.

Abrí la puerta, ya más tranquila, pero rompí a llorar en cuanto me encontré con la mirada preocupada de Richard. Él entró, me estrechó entre sus brazos y me meció como si fuera una niña. Por primera vez disfruté de la sensación de estar cerca de mi padre. De sentir su reconfortante abrazo. De aspirar su olor, tan cálido y agradable. Le murmuró algo a Katy, que entró en la casa y se acercó a mí para colocarme un brazo en la cintura y acariciarme una mejilla con la mano libre.

—Ashley, ¿qué te pasa? ¿Te ha hecho daño Luc? ¿Has tenido un accidente? ¿Tenemos que llevarte al hospital?

Negué con la cabeza, pero, como era incapaz de hablar, empecé a llorar con más fuerza.

Richard me llevó al sofá, se sentó y me atrajo hacia él. Me siguió abrazando y meciendo mientras me murmuraba palabras para tranquilizarme y me acariciaba rítmicamente la cabeza y el brazo. Me dejó llorar, sin impacientarse ni decirme que dejara de hacerlo. Cuando por fin pasaron los sollozos desgarradores, me puso unos pañuelos de papel en la mano.

Me limpié las lágrimas y me soné la nariz.

—Lo siento —murmuré.

—No tienes nada por lo que disculparte. Sin importar lo que te haya afectado tanto, te agradezco que me hayas llamado. Que nos hayas llamado. Dinos cómo podemos ayudarte —dijo.

Sorbí por la nariz y levanté la cara, y me encontré con su mirada. Era tierna y comprensiva. Preocupada. Katy estaba sentada en la mesa del sofá, con una bandeja a su lado. Capté el olor del té que se estaba infusionando. Su ligero aroma perfumaba el aire. Ella nos observaba en silencio, también preocupada. Me miró a los ojos e hizo un gesto con la cabeza.

—Ya estamos aquí, cariño.

—¡He sido horrible contigo! ¿Cómo puedes ser tan amable? —le pregunté.

Intercambió una mirada con Richard.

—Eso es lo que hacen las familias —respondió.

—¿Me consideras de la familia? —pregunté, sorprendida por sus palabras.

—Eres parte de mi marido, por lo tanto, sí. —Encogió un hombro—. Aunque sea familia por elección.

—Lo siento —susurré—. Lo siento mucho por todo. Estaba muy equivocada.

Richard se volvió para mirarme de frente. Cediendo al instinto paternal, cogió otro pañuelo y me enjugó los restos de las lágrimas. Por un momento pensé que iba a colocármelo también en la nariz para sonármela, pero no lo hizo.

—¿Por qué te arrepientes, Ashley? ¿Qué ha provocado esto?

—Se cayeron al suelo unas fotos mientras movía una caja de Luc —le expliqué—. Cuando quité la parte posterior del marco para tirar el cristal roto a la basura, encontré dos sobres. Uno iba dirigido a ti, el otro a mí. Eran de mi madre. Ella…, ella me lo contaba todo en la carta.

—¿Todo? —preguntó—. ¿Qué quieres decir?

—Que no lo sabías. Que te escribió una carta y nunca te la dio.

Katy jadeó e intercambiaron una mirada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Recuerdo que tu madre dejó una carta para tu padre y que luego volvió a buscarla, diciendo que había cambiado de opinión. Se lo conté a Richard después de que aparecieras. Se me había olvidado por completo después de tantos años.

Me incliné y saqué el sobre amarillento de debajo del marrón que lo ocultaba.

—¿Era esta?

Ella sonrió.

—Fue hace mucho tiempo, pero creo que sí.

—¿Qué te decía exactamente tu madre? —me preguntó Richard con la voz tensa.

Cogí las páginas dobladas y se las ofrecí.

—Léelo tú.

RICHARD

Lo último que esperaba aquella tarde era una llamada de Ashley. Oír su voz al borde de las lágrimas me provocó el mismo afán protector que sentía cuando me llamaba Grace o cualquiera de mis hijos. Era algo instintivo y fuerte.

Abrazarla cuando nos abrió la puerta, todavía llorando, me resultó maravilloso por extraño que pareciera. Era la primera vez que ella aceptaba algún tipo de contacto físico conmigo, y se acurrucó contra mí, desesperada por la seguridad de mis brazos. Katy preparó té mientras yo abrazaba a Ashley y la dejaba llorar. No sabía qué le había pasado, pero estaba claro que era algo importante.

Junto con la curiosidad, la preocupación y lo repentino del asunto, también estaba la triste satisfacción de que, estando Luc lejos, había acudido a mí en busca de ayuda. Eso le dio alas a mi esperanza de poder entablar una relación con ella. Se había enfadado tanto conmigo la última vez que nos vimos que había decidido retroceder y cederle espacio antes de hacer otro movimiento. Puesto que hasta el momento no había dado ni una, decidí dejarlo todo en sus manos. Con la esperanza de que hubiera un acercamiento por su parte. Rezando por ello. No esperaba que ocurriera tan rápido.

Le tembló la mano cuando me ofreció la carta, que acepté, rodeando sus dedos con los míos.

—No pasa nada, cariño. Sea lo que sea lo que diga la carta, lo resolveremos.

Katy se levantó, retiró una manta del respaldo del sofá y se la colocó a Ashley sobre los hombros.

—Tómate el té. Estás temblando —le dijo en voz baja y tranquilizadora.

Ashley aceptó la taza que le ofrecía con una sonrisa trémula. Me daba la impresión de que necesitaba ese toque maternal.

Me levanté y cogí la carta, que leí en silencio. Leerla me provocó una especie de terremoto que me recorrió por entero. Leer las palabras de Juliet, sus miedos, sus luchas y su sentimiento de culpa me provocó un gran remordimiento. Saber que había estado enamorada de mí no me sorprendió, pero verlo escrito me incomodó. Por aquel entonces no tenía ni idea de lo que era el amor. No podía aceptarlo en ninguna de sus formas. No lo comprendía.

No era un buen hombre. Nunca demostré amabilidad ni sentimentalismo. No entendía cómo Juliet pudo ver en mí algo distinto del hombre frío y distante.

Terminé la carta y doblé las hojas mientras me acercaba al sofá.

—¿Puedo leer la otra?

Ashley asintió con la cabeza.

—Es para ti.

Cogí el sobre y lo abrí. Hacía tiempo que el adhesivo se había secado y desaparecido. Era una nota concisa y sencilla.

> Querido Richard:
>
> Como sé que te gusta ir al grano, seré directa. Estoy embarazada y tú eres el padre. No quiero nada de ti, aunque mi mayor esperanza es que te alegres de esta noticia tanto como yo y formes parte de la vida de nuestro hijo. Es lo único que te pido. Que seamos una familia.
>
> Soy consciente de que esto te va a dejar a cuadros (te aseguro que yo no doy crédito), pero espero que cuando se te pase, te pongas en contacto conmigo
>
> Te quiero,
>
> JULIET

Me senté y guardé silencio. Acepté la taza que me ofreció Katy y bebí el té caliente y dulce. Le había echado azúcar. Siempre lo hacía cuando creía que alguien se había llevado una impresión. Insistía en que ayudaba, y nunca había podido convencerla de lo contrario.

Le entregué la nota a Ashley. Ella la leyó rápidamente y me la devolvió. Se la pasé a Katy, que la leyó y volvió a meterla en el sobre.

—No la odies —susurró Ashley.

Me volví hacia ella y tomé sus manos entre las mías. Me alegró comprobar que ya estaban más calientes y que el temblor había disminuido. Pero sus ojos seguían brillantes, y tanto la ansiedad como el miedo eran evidentes.

—Cometió un gran error juzgándote de esa manera… —Dejó la frase en el aire y carraspeó—. Era joven y tenía miedo.

—No la odio, cariño. No estoy enfadado. Entiendo su dolor y su preocupación. —Le toqué la mejilla—. Tu madre hizo bien en no decírmelo. Yo no era un hombre agradable, y lo más probable es que la hubiera rechazado. No habría querido saber nada de ti, al menos emocionalmente. Habría exigido una prueba de paternidad después de tu nacimiento y me habría ocupado de tu manutención una vez confirmado que eras mía. Pero no habría estado a su lado ni al tuyo.

Ella parpadeó al oírme hablar con esa sinceridad.

—No sé cómo habría reaccionado si me lo hubiera dicho más tarde. Seguramente le habría ofrecido apoyo y no creo que hubiera intentado alejarte de ella. O, al menos, eso quiero creer. —Miré a Katy, que sonrió y asintió con la cabeza para tranquilizarme. Solté una carcajada amarga

—. Juliet sabía de lo que yo era capaz. Había sido testigo de mi crueldad. No la culpo por tener miedo. Pero sí lamento que sus miedos te hicieran la vida más difícil. Que cargara sola con esa culpa y esa responsabilidad. —Suspiré y me froté los ojos, momento en el que sentí el cansancio provocado por el cúmulo de emociones—. Y también lamento no haberte conocido mientras crecías. Me habría gustado hacerlo.

Ella me cogió una mano y le di un apretón en los dedos.

—Yo también lo siento. Siento mis acusaciones y mi ira —susurró.

Hice un gesto para restarle importancia.

—Tenías todo el derecho a estar enfadada. Lo entiendo. —Suspiré al tiempo que me mesaba el pelo y me tiraba del remolino—. La cuestión es: ¿qué hacemos a partir de ahora? —Enfrenté su mirada. Me estaba observando con atención.

—Yo también lo hago —dijo.

—¿El qué?

—Tirarme del remolino cuando estoy enfadada. Me he dado cuenta de que Grace y Heather también lo hacen.

Katy se inclinó hacia delante.

—Todos tus hermanos lo tienen. Y también has heredado su forma de fruncir el ceño. Y sus ojos. Y cómo gesticula con las manos para expresar sus emociones. Os parecéis mucho.

Ashley soltó un trémulo suspiro.

—¿Quieres saber lo que vamos a hacer a partir de ahora? Me gustaría conocerlos. —Guardó silencio un momento—. Y también quiero conoceros a vosotros dos.

A Katy se le llenaron los ojos de lágrimas y enfrentó mi mirada.

—Nos encantaría —dijo.

—No soy la persona horrible por la que seguro que me tenéis —murmuró Ashley.

Negué con la cabeza.

—No pensamos eso en absoluto. Sabemos lo duro que ha sido.

—También lo ha sido para vosotros, pero no lo he tenido en cuenta —señaló con sinceridad.

Me encogí de hombros.

—No eres vieja y sabia como yo.

Ella se rio, tapándose la boca mientras lo hacía. Meneé la cabeza y le aparté la mano de la cara.

—Ríe. Sonríe. Llora. Haz lo que necesites hacer, no pasa nada.

—¿De verdad? ¿No estás enfadado conmigo?

—¿Cómo voy a enfadarme, Ashley? Estabas defendiendo a tu madre y su recuerdo. No puedo enfadarme por eso. Ella hizo lo que creía que tenía que hacer para proteger a su hija. Tampoco puedo culparla por eso.

—Entonces ¿cómo lo hacemos? —me preguntó.

—Creo que deberíamos empezar de cero —respondí.

—¿Una segunda oportunidad? —replicó ella.

—Sí, las segundas oportunidades son habituales en nuestra familia. A veces son muy necesarias. Sustituyes un mal recuerdo por uno bueno.

—¿Qué sugieres?

Katy se inclinó hacia delante, sonriendo.

—¿Trabajas el domingo? ¿Tienes algún evento? —le preguntó.

—No. Tengo uno el viernes y otro el sábado, pero libro el domingo —contestó Ashley.

—Gracie y Heather vendrán a almorzar el domingo a casa, con Jaxson y Reed, por supuesto.

—Y Kylie —añadí.

Katie se rio por lo bajo.

—Por supuesto, Kylie también. ¿Por qué no te unes a nosotros? Trae a Luc. Es habitual que Penny o Gavin, o incluso Matthew, a veces hagan una videollamada por Zoom para charlar. Así tu padre podrá presentarte como es debido y podremos conocernos.

—¿Habrá vuelto Luc para entonces? —le pregunté.

—Eso espero —contestó con una sonrisa triste—. Es increíble lo mucho que lo echo de menos, y solo hace un par de días que se fue.

—Eso es lo que pasa cuando quieres a alguien. Echas de menos a esa persona cuando no está —dijo Katy, mirándome—. Yo detestaba que tu padre tuviera que viajar por el trabajo.

—¿Ya se ha mudado? —curioseé.

—¿Cómo lo sabes?

—Heather —contesté sin más.

—Sí, no tenía muchas cosas que traerse. Vamos a comprar muebles juntos. Justo iba a colgar su ropa extra en el armario de la habitación de invitados cuando tiré las fotos de la mesita de noche.

—¿Ya estás bien? —pregunté con delicadeza. Parecía más tranquila, pero no pensaba marcharme hasta estar seguro de que se había recuperado.

Ella tomó una bocanada de aire y luego lo soltó despacio.

—Estoy mejor. Tengo mucho que asimilar, muchos sentimientos que poner en orden.

—¿Por qué crees que tu madre no te comentó lo de la carta? ¿Por qué no te dijo todo eso en persona?

Ashley cogió el sobre y acarició su nombre escrito con las yemas de los dedos.

—Creo que planeaba decírmelo. Cuando estaba enferma, recuerdo que intentó decirme algo varias veces, pero cambió de tema. El cáncer avanzó muy deprisa y su muerte fue repentina. Fui a verla al hospital por la mañana y estuve con ella, que estaba consciente y hablando. Me dijo que quería decirme una cosa, pero se fatigaba y le dije que ya me lo diría después cuando hubiera descansado un rato. —Le temblaron los labios al llegar a ese punto—. Entró en coma y ya no despertó. Murió dos días después. Se fue con su mano en la mía mientras le hablaba.

Katy se levantó, se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—Seguro que sabía que estabas allí.

—Eso espero —replicó ella.

—Eras la persona a la que más quería del mundo. Sin duda sintió tu presencia —le aseguró Katy, que me miró a los ojos.

Sabía que estaba pensando en el día que murió su tía Penny. En lo mucho que la lloró. Que la lloramos los dos. Ashley había tenido que pasar por eso sola. Había pasado por muchas cosas de la vida sola.

Si por mí fuera, eso no volvería a ocurrir.

Vi que Ashley aceptaba la ternura y la atención que le ofrecía Katy. Le estaba hablando en voz baja de la tía Penny y de Juliet, mientras le acariciaba el pelo con el mismo gesto maternal que empleaba con nuestras hijas. Me daba la impresión de que Ashley necesitaba dicho afecto maternal en ese momento.

—¿Quieres que nos quedemos? —le preguntó Katy—. ¿O prefieres venirte a casa con nosotros hasta que vuelva Luc?

Ashley parpadeó al oír su pregunta.

—¿Os quedaríais aquí?

—Por supuesto, cariño.

—Creo que no hace falta. Necesito tiempo para asimilar todo esto, y lo hago mejor en soledad.

Katy se rio entre dientes.

—Otro rasgo que compartes con tu padre. Aunque él se enfurruña.

—No —respondí, mintiendo como un bellaco; los enfurruñamientos eran algo habitual en mí.

—Se enfurruña, se encierra en sí mismo y frunce el ceño —le susurró Katy a Ashley, arrancándole una carcajada—. Muy a lo *Cumbres borrascosas*.

Se me escapó una risilla mientras ellas se reían a carcajadas.

—Ya vale. Deja de darle a mi hija una idea equivocada de mí. En realidad, soy la puta alegría de la huerta —mascullé.

—Ah, y luego está ese vocabulario que usa —señaló Katy.

Ashley sonrió y extendió un brazo para cogerme de una mano.

—No pasa nada, Richard. A partir de ahora me formaré mi propia opinión de ti. De momento, lo estás haciendo bien.

Le guiñé un ojo.

—Me alegro.

32

ASHLEY

Katy y Richard se marcharon al cabo de un rato, después de obligarme a prometerles que los llamaría si cambiaba de opinión. A Richard no le hizo ninguna gracia marcharse, y su sincera preocupación me llegó al alma. Era agradable tener una figura paterna que se preocupara por mí.

Era agradable no odiarlo.

Me senté en el sofá y releí la carta de mi madre. Richard no se había llevado su nota y, al poco, lo guardé todo junto en el sobre marrón y lo dejé donde lo había encontrado. Al día siguiente sustituiría el cristal y lo devolvería a mi mesita de noche. Las cartas tenían que estar con las fotos. Eran un testimonio de mi vida con mi madre, y su historia estaba relacionada con esas fotos. Debían seguir juntas.

Luc llamó durante un descanso y capté el deje preocupado de su voz al instante.

—Ashley, cariño, ¿me has llamado? ¿Va todo bien?

—Estoy bien —le aseguré y después le conté todo lo que había pasado.

—Joder —murmuró un par de veces durante mi explicación, pero por lo demás permaneció en silencio y me dejó hablar.

Cuando terminé, silbó.

—Siento mucho no haber estado ahí contigo. —Hizo una pausa—. Pero me alegro de que llamaras a Richard.

—Ha estado genial —repliqué—. Tanto él como Katy. Ella es…, mmm…, un encanto.

—Es increíble. Muy maternal con todos. Es perfecta para Richard. —Dejó de hablar—. Lo siento, no pretendía…

—No, tienes razón —lo interrumpí—. Hacen una pareja estupenda. —Tragué saliva—. Quiero conocerlos mejor.

—Sé que estarán encantados.

Le conté lo del almuerzo del domingo.

—¿Estás preparada? —me preguntó.

—Si tú me acompañas.

—Te acompañaré a cualquier parte.

—En ese caso, sí, iremos.

—Estoy orgulloso de ti, Ashley.

—¿Por qué? —resoplé—. ¿Por haberme cabreado y negarme a escuchar?

—No —repuso en voz baja—, por ser inteligente, admitir que te habías equivocado y pedirle ayuda a la única persona que podría entenderlo. Richard también estaba dolido. Tú has puesto en marcha el proceso de sanación.

—Tengo que disculparme también con Grace y Heather.

—Puedes hacerlo el domingo. El simple hecho de que aparezcas lo dejará claro. Hay que empezar por algún lado.

—Supongo que tienes razón.

—Claro que sí. Estaré a tu lado el domingo.

—Eso ayuda. —Bostecé, agotada de repente.

—Vete a la cama, cariño. Yo me vuelvo a la sala de servidores. Creo que por fin he dado con el problema. Cuanto antes lo solucione, antes podré regresar a casa.

—Me gusta cómo suena eso. Pero ¿no estás cansado?

—No, estoy bien. Que descanses, cielo. Sé que te habrá resultado difícil leer la carta y asimilarlo, pero hoy ha sido un buen día. A partir de ahora podrás seguir adelante, sabiendo la verdad.

—Sí.

—Y ¿sabes otra cosa, Ash?

—¿Mmm?

—Tu madre también estaría orgullosa.

El domingo era un manojo de nervios. Más de una vez quise pedirle a Luc que diera media vuelta. Lo intenté en un momento dado, y él se limitó a cogerme la mano, besármela y negar con la cabeza.

Cuando llegamos, me abrió la puerta del coche.

—Vamos, cariño.

—Luc…

—Todo saldrá bien —me interrumpió—. Te lo prometo.

Dejé que me sacara del coche.

—No es a ti a quien odian.

—No te odian. Ellas también están confundidas. Muéstrales a la verdadera Ashley y recibirás a cambio todo ese amor que guardas embotellado. Confía en mí, las conozco.

Me entregó las flores que habíamos comprado y se metió bajo el brazo la botella de whisky que él iba a regalarle a Richard.

—¿Por qué le regalas alcohol? —le pregunté.

Me guiñó un ojo.

—Tengo que hacerle la pelota a mi futuro suegro.

Lo miré, pasmada.

—Estás de coña.

Me guiñó el ojo de nuevo.

—Ah, ¿sí?

No sabía si lograría sobrevivir al día.

Luc llamó al timbre y esperó con paciencia.

—Creo que voy a vomitar —dije.

Él torció el gesto.

—Quizá sería mejor que lo hicieras fuera.

—Estás siendo un gilipollas, ¿lo sabes?

Me acercó a él y me besó en la sien.

—Sí, te estoy haciendo sonreír. Qué malo soy.

Puse los ojos en blanco, con los nervios a flor de piel y, en ese momento, se abrió la puerta. Ante nosotros apareció un hombre que era la viva imagen de Richard, pero en joven. Tenía su misma altura y complexión. El mismo gesto arrogante de la barbilla que había visto en las fotos. Compartíamos el mismo color de ojos, pero la gran diferencia era la expresión de los suyos. Mi padre de joven era distante, frío. Los ojos de ese hombre eran cálidos, llenos de vida y amables. Sus labios esbozaban una sonrisa de bienvenida.

—Hola —me dijo.

—¡Matthew! —exclamó Luc, tendiéndole la mano—. Qué sorpresa verte.

Matthew le estrechó la mano, sin apartar los ojos de los míos.

—No todos los días te presentan al nuevo miembro de la familia —replicó—. A ver, ¿cuánta

gente conoce a su hermana mayor siendo adulta? —Me tendió la mano—. Hola, Ashley.

Sentí su firme apretón en torno a los dedos.

—Hola, Matthew.

Nuestras miradas no flaquearon. Volvió a sonreír.

—Pasad. Todo el mundo está esperando.

Dentro, me recibieron Heather y Reed, Richard y Katy. Me abrazaron y me dieron la bienvenida. Les devolví el saludo con una sonrisa, esperando que no se notara mi nerviosismo. Grace también estaba allí, sentada en el sofá con su hija en brazos, y me dedicó una sonrisa titubeante.

—Ashley —dijo sin más.

—Grace.

Su marido se levantó y me estrechó la mano. Era alto, moreno y de aspecto taciturno. Muy serio. Descubrí que tenía voz de barítono cuando me saludó. Me resultó intimidante hasta que Kylie empezó a balbucear y lo vi sonreír de oreja a oreja mientras la levantaba en brazos.

Era tremendamente atractivo.

—No te quedes con la boca abierta —me reprendió Luc—. No está tan bueno.

—Mmm… —repliqué al tiempo que miraba a Grace. Levanté las cejas y ella hizo lo mismo, un silencioso instante de admiración entre ambas. Me relajé un poco.

Katy aceptó las flores entre exclamaciones y Richard pareció muy satisfecho al recibir la botella de whisky. Me pusieron una copa en la mano, y Katy anunció que la comida estaba lista. Nos sentamos, y me alegró ver a Matthew a mi lado. En la mesa había enormes bandejas de huevos, salchichas y beicon. Al parecer, a todos les encantaban las tortitas de patata y al ver el surtido de bagels estuve a punto de aplaudir.

—¿Te gustan los bagels, Ashley? —me preguntó Katy con una sonrisa guasona.

Luc se rio.

—Son una categoría de comida imprescindible en su dieta.

Richard se rio.

—Esa es mi niña.

Me quedé helada, preguntándome cómo se tomarían semejante comentario.

Matthew resopló.

—Genial. Ya es la preferida.

Empecé a protestar, y él meneó la cabeza con un suspiro exagerado.

—Acabo de bajar un peldaño en el árbol genealógico.

—No le hagas caso, Ash —terció Heather con un gemido—. Él sí que es el preferido de todos. Para mamá porque es el bebé de la casa. Para papá porque se parece a él.

—Pero en guapo —apostilló Matthew.

Ella pasó del comentario y siguió hablando como si no lo hubiera oído.

—Para Gracie porque le hace la pelota. Lo hemos mimado todos. Desde que nació.

Matthew negó con la cabeza.

—No es culpa mía que mamá y papá siguieran teniendo hijos hasta conseguir uno que les gustaba. Yo. Por eso se detuvieron. Asúmelo.

Todos se rieron, pero sentí un ramalazo de preocupación.

—No tengo intención de…

Matthew agitó una mano.

—Es inevitable. Eres nueva. Te van a hacer gracia todos los chistes malos de papá. Sus viejas anécdotas del mundo de la publicidad te parecerán fascinantes. Sus comentarios, ingeniosos.

Eres carne fresca. —Me dio una palmada en el brazo—. Se te pasará. Pronto te parecerá tan aburrido como a nosotros. Tú también caerás en desgracia.

—Yo no soy aburrido —soltó Richard—. A tu madre no le parezco aburrido, ¿verdad, Katy?

Katy me miró y guiñó un ojo sin intentar disimular siquiera.

—Nunca.

—¡Te ríes con mis chistes! ¡Te encantan mis anécdotas! —protestó él con cara de asombro.

Matthew resopló.

—Lo hace por costumbre, papá. Asúmelo. ¡Aburres a las ovejas! No eres nada del otro mundo.

Intenté no reírme al ver la expresión de Richard. Jaxson sonrió con disimulo. Reed no paraba de comer huevos, como si estuviera muerto de hambre, para ocultar la sonrisa.

Heather empezó a reírse.

—Nadie como Matty para decir las cosas como son.

Matthew me dio un codazo.

—Tú también deberías elegirme como tu preferido. Soy callado pero letal.

—No pareces muy callado, la verdad —repliqué—. Creo que más bien te va la marcha.

Se echó a reír.

—Esta me gusta, papá. Buen trabajo en cuanto a hermanos sorpresa.

—Gracias, Matthew —replicó Richard con sequedad.

Y, de repente, toda la mesa se echó a reír. Incluso Grace sonrió.

Me relajé un poco más.

Matthew me entregó un cuenco de fruta, inclinándose hacia mí.

—¿Ya soy tu preferido? —susurró.

—Te vas acercando.

—Genial.

El almuerzo fue bien. Después ayudé a quitar la mesa, atenta a la camaradería a mi alrededor. Los hermanos se tomaban el pelo unos a otros; las burlas y las bromas eran constantes. Grace estaba callada, conteniéndose todavía, y entendí su recelo. Sabía que tardaríamos un tiempo en llegar a conocernos. Penny y Gavin hicieron una videollamada por Zoom, y yo me senté junto a Richard, un poco abrumada al conocer a dos miembros más de la familia. Un par de meses antes estaba sola en el mundo salvo por Luc y, de repente, tenía todo un grupo de personas con las que estaba emparentada.

Penny se mostró amable y me sonrió desde la pantalla.

—Menudo acontecimiento. —Sonrió con ironía—. ¿Que Matthew abandone su querido hospital para volar a Ontario? Mamá debe de estar que no cabe en sí de gozo.

Richard se rio entre dientes.

—Ha sido un buen fin de semana para tu madre. —Me miró con una sonrisa—. Para mí también.

Solo atiné a asentir con la cabeza.

Después nos fuimos al Hub. El local estaba lleno, y Katy y Richard me llevaron de un lado a otro, presentándome de nuevo a muchas de las personas que había allí reunidas. Cada vez que Richard o Katy decían la palabra «hija» era como si una pequeña bomba estallara en mi pecho. Luc no se alejó de mi lado y mantuvo un brazo en torno a mi cintura. Pese al comportamiento que demostré la última vez que me vieron muchos de los hombres, todos me recibieron sin acritud. Parecían encantados de tenerme allí.

Observé a Richard interactuar con este amplio grupo de «familia elegida». Vi el cariño y el respeto que se profesaban. Jóvenes y mayores. Se palpaba el amor en la sala. Era precioso. Emocionante. Extraño, nuevo y diferente. Me hizo desear formar parte de esa familia, aunque al mismo tiempo también quería alejarme y buscar un lugar donde esconderme un rato.

Salí al patio y me alejé hasta alcanzar la barandilla de la terraza. Miré hacia el mar, disfrutando de la tranquilidad del momento. Al cabo de un rato, se acercó Katy y me ofreció un vaso alto con una bebida fría.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Un cóctel de té helado que prepara Maddox y que está riquísimo. He pensado que te vendría bien.

Bebí un sorbo y solté un murmullo de agradecimiento.

—Qué bueno.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó, mirándome a los ojos con evidente preocupación maternal—. Sé que ya has tenido bastante con mis hijos. Encontrarte así de golpe con el resto de la familia debe de haberte puesto de los nervios.

Me reí.

—Son todos maravillosos. Voy a tardar un poco en aclararme con los nombres y los apellidos. —Después me puse seria—. Pero todos me han recibido bien. Y me sorprende después de mi comportamiento.

Katy encogió un hombro.

—Todos entendemos lo duro que ha sido para ti. Y para mi marido.

—¿Cómo es posible que seas tan amable? —pregunté antes de poder contenerme.

—¿Por qué no iba a serlo? Eres parte de Richard. Veo mucho de él en ti. Y tu madre tenía razón. Posees su capacidad de amar. Me alegro de que ella viera ese lado suyo. Eso demuestra que, lo admitiera o no, ella le importaba.

La miré en silencio un instante.

—Gracias por decir eso.

Sonrió.

—Creo que se alegraría si pudiera ver que lo has encontrado y que ya no estás tan sola. —Se oyeron unas carcajadas estentóreas a nuestra espalda, y ella meneó la cabeza—. Aunque a veces desearás estarlo.

Le devolví la sonrisa sin poder evitarlo. Era imposible no querer a Katy VanRyan. Era la personificación de la ternura y del amor envueltos en un paquete diminuto. Richard y sus hijos la adoraban. En algún lugar de mi interior había una voz que me decía que yo también iba a hacerlo.

—Si alguna vez necesitas un momento de tranquilidad —me aconsejó—, la biblioteca suele estar vacía durante estas reuniones. La butaca a la derecha de la chimenea es la más cómoda.

—Gracias por el consejo.

Asintió con la cabeza y regresó al interior.

Unos minutos más tarde, Luc apareció a mi lado y me pasó un brazo por la cintura. Me dio un beso en la cabeza.

—¿Lo llevas bien, cariño?

Asentí en silencio y me acurruqué contra él.

—Sí.

—Menudo grupo —comentó.

—Desde luego. Matthew es un punto.

Se rio entre dientes.

—Creo que le has caído muy bien. Normalmente es el más callado, pero hoy estaba que se salía. Le gusta observar para no perderse un detalle, pero como hable, cuidado. Su sentido del humor es pérfido. También hace imitaciones.

—Mi madre solía imitar a la gente. Se le daba muy bien.

—Deberías intentarlo. Quizá puedas hacer equipo con tu hermano.

—Hermanastro —lo corregí.

Meneó la cabeza.

—Ashley, ya los has visto. ¿De verdad crees que esta familia hace algo a medias?

—No —admití—. Excepto quizá Grace. No estoy segura de lo que siente por mí.

—Tranquila, no le pasa nada —me aseguró—. Pero está tan unida a Richard que no me sorprende que se contenga un poco. Dale tiempo.

Miré hacia el interior y la vi. Estaba al lado de Richard, con Kylie en brazos. Richard hablaba y ella lo escuchaba con una sonrisa en la cara. Richard se inclinó, cogió a su nieta y la levantó en volandas. Grace los observaba con una sonrisa indulgente en los labios.

—Sus hijos lo adoran —murmuré.

—Creo que tú también podrías hacerlo algún día —dijo Luc al tiempo que me acariciaba una mejilla con las yemas de los dedos. Sonrió—. Creo que, tal vez, ya has empezado a hacerlo.

Solo acerté a sonreír.

Porque tal vez tuviera razón.

Volvimos a entrar y, al cabo de un rato, Richard se acercó con una taza de café en la mano. Se colocó a mi lado.

—¿Te arrepientes de haber venido? —me preguntó en voz baja.

—No. Es genial.

—Si por genial te refieres a caótico, ensordecedor y una locura, tienes razón —replicó con sequedad.

Me reí entre dientes, mientras observaba a Kylie andar de forma tambaleante hacia el lugar donde un grupito estaba construyendo una estructura con piezas de Lego. Se sentó de un golpe y agitó las manos, emocionada, mirándolos con los ojos de par en par.

—Veo que les gustan los juegos de construcción —señalé.

Richard se rio entre dientes.

—Hacen competiciones. Evan es un gran fan. Todos los chicos lo son. —Se quedó callado un momento y luego me preguntó—: ¿Cómo lo llevas, Ashley?

Lo miré un instante.

—Estoy asimilándolo todo. Tengo que enfrentarme a los remordimientos e intentar compensar mi comportamiento…

—No tienes que compensar nada —me interrumpió—. Ya lo hemos superado, así que olvídalo.

—Gracias —repliqué.

—Somos gente comprensiva —dijo en voz baja—. Todos nos arrepentimos de algo. Yo desde luego que lo hago. Pero hay que superarlo y seguir. —Me dio un golpecito cariñoso en la punta de la nariz—. Mira siempre hacia delante, cariño.

—Richard… —protesté, pero él meneó la cabeza.

—Ya lo sé —dijo—. Ya lo sé.

Nos sonreímos de forma elocuente. Miraríamos hacia delante y construiríamos una relación.

Encontraría mi lugar en esa familia.

Con el rabillo del ojo, vi que Kylie empezaba a andar de nuevo.

—No para quieta —comenté.

—No —dijo, con la voz rebosante de afecto—. Es un bichito malo.

En cuanto vio a su abuelo, avanzó hacia él. Al verlo agacharse y llamarla, sonrió de oreja a oreja, pero de repente se detuvo para recoger la muñeca que se le había caído antes. Se sentó, ya sin interés en acercarse. Se llevó el puño a la boca y frunció el ceño, con cara de disgusto.

Richard se rio.

—DollyDoo es lo primero.

—DollyDoo es un nombre raro —murmuré, incapaz de apartar los ojos de Kylie por alguna razón.

—El nombre se lo puse yo. Con la lengua de trapo que tiene es incapaz de pronunciarlo y me hace mucha gracia.

Puse los ojos en blanco.

—Eres malo, Richard.

—Yo prefiero definirme como gracioso.

—Ajá —dije, distraída. Kylie estaba rara y se había puesto muy colorada de repente. Soltó la muñeca y levantó las manos, abriendo y cerrando los puños. Le pasaba algo. Sin pensarlo, agarré a Richard del brazo, y él me miró la mano, desconcertado. Me di cuenta tan rápido que no tuve tiempo de pensar—. Papá —dije con urgencia—, se está ahogando.

Eché a correr al instante, dejándolo atrás. Salté por encima de alguien que estaba tendido en el suelo y caí de rodillas delante de la niña antes de que los demás pudieran moverse. Le coloqué una mano en el pecho y otra en la espalda, y realicé la maniobra que tantas veces había ensayado. Presioné varias veces de forma sincronizada y me invadió la satisfacción al verla expulsar el ladrillo rojo, que cayó al suelo. La cogí en brazos mientras empezaba a llorar a pleno pulmón y, en cuestión de segundos, estábamos rodeados. Grace se echó a llorar y Jaxson se quedó horrorizado. Richard mascullaba órdenes a diestro y siniestro, y el caos se apoderó del lugar. Incliné la cabeza hacia el pecho y solté un largo suspiro de alivio, dando gracias por haberla visto y por haber podido poner en práctica lo que me habían enseñado. Matthew se acercó y me la quitó de los brazos, en modo médico. Luc me levantó del suelo y me estrechó entre sus brazos.

—Ashley, cariño, la has salvado.

De repente me apartó de sus brazos un emocionado Jaxson, dándome las gracias entre susurros. Richard fue el siguiente y me abrazó con fuerza.

—Ashley —murmuró, con voz ronca.

Le di unas palmaditas en la espalda.

—¿Está bien?

Matthew se enderezó y dejó a la desconsolada niña en brazos de su madre.

—Está bien. —Se agachó y recogió la pieza roja para examinarla—. ¿Cómo lo ha cogido sin que nadie la viera? Siempre guardamos lo que no usamos en las cajas que tenemos alrededor.

—Es rápida —dijo Jaxson, que había abrazado a su mujer y a su hija—. Se os habrá caído uno y no os habéis dado ni cuenta. Últimamente todo lo que encuentra se lo lleva directamente a la boca.

—Nadie la ha visto —admitió Ronan, contrariado—. Estaba justo a mi lado, y no me he dado cuenta de que se nos caía una pieza ni de que ella la cogía.

—Esto no es culpa de nadie —terció Jaxson—. Gracias a Ashley, Kylie está bien.

—Será mejor que a partir de ahora construyamos abajo —sugirió Ronan.

—Buen plan —aceptó Matthew.

Richard volvió a abrazarme.

—Gracias.

No supe qué decir. Él se apartó, sonriendo, con los ojos húmedos.

—Sé que ha sido en un momento de pánico —dijo en voz baja—, pero me ha gustado que me llames «papá». Si decides volver a hacerlo, me parece bien.

Parpadeé y me percaté de que tenía razón. Lo había llamado «papá».

La cabeza me daba vueltas. Mierda, estaba asimilando las cosas tan rápido como toda esa familia.

No tuve tiempo para procesar sus palabras. Hubo más abrazos y elogios. Tuve que excusarme un momento para calmar mi acelerado corazón. Luc me acompañó al exterior. Me abrazó y me pegó los labios a la cabeza.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí. Un poco asustada todavía.

—Has estado genial. Parecías una puta gacela saltando por encima de Liam para llegar hasta ella.

—He reaccionado sin pensar. La formación que recibimos para ayudar en caso de atragantamiento ha servido de algo.

—Gracias a Dios —respiró.

—He llamado «papá» a Richard —le dije.

—Lo he oído. Y todos los demás también.

—Un poco rápido.

—A veces, lo rápido es bueno. —Se encogió de hombros—. Creo que le ha gustado.

Alguien carraspeó detrás de nosotros y levanté la mirada. Grace estaba a unos metros de distancia, con el rostro demudado por la tensión de los últimos acontecimientos.

—¿Kylie está bien? —le pregunté.

Se acercó un poco más.

—Sí, gracias a ti.

—Genial.

—¿Cómo puedo darte las gracias? —susurró—. ¿Cómo puedo disculparme, expresar mi gratitud y pedirte una segunda oportunidad, todo al mismo tiempo? —Le temblaban los labios—. Lo siento mucho, Ashley. Me he portado fatal y…

La interrumpí al apartarme del abrazo de Luc. Me coloqué frente a ella, consciente de que lo que dijera o hiciera marcaría la pauta a seguir. Sentí una oleada de emoción al mirar a la mujer vulnerable que tenía delante. A mi hermana. Sentí su miedo y su dolor. Sus dudas. Sabía que, si la rechazaba o me mostraba distante, no tendríamos ninguna oportunidad.

Vi con el rabillo del ojo que Richard y Katy salían a la terraza, ambos preocupados.

Recordé las palabras de Richard: «Las segundas oportunidades son habituales en nuestra familia».

Le tendí la mano.

—Hola, Gracie. Soy… —empecé antes de tragar saliva—, soy tu hermanastra, Ashley. Encantada de conocerte. Espero que podamos ser amigas.

Ella me miró la mano y, tras ignorar ese gesto, se aproximó más y me echó los brazos al cuello. Tuve que inclinarme un poco para devolverle el abrazo. Era pequeña pero fuerte, y me abrazaba con ganas.

—Las mejores —juró con fiereza—. Las mejores.

Epílogo

RICHARD

Me alisé la corbata y me miré en el espejo. Ese día tenía el remolino revolucionado. Me pasé los dedos en un intento por controlarlo. No entendía por qué estaba tan nervioso. Ya lo había hecho antes y conocía bien mi papel: llevarla al altar, decir unas palabras y sentarme junto a Katy.

Sin embargo, ese día me sentía diferente. Como si por fin hubiera terminado una larga caminata y pudiera descansar.

La puerta se abrió y Katy salió con una sonrisa. Estaba preciosa con un vestido verde y el pelo recogido. El vestido era más largo de lo habitual, pero tenía una raja en un lado que dejaba a la vista sus torneadas piernas cuando andaba. Me encantaban sus piernas.

Le tendí la mano.

—Estás impresionante, cariño.

Sonrió.

—Espera a ver a Ashley, Richard. Es tan guapa que no hay palabras para describirla.

—¿Está bien?

—Nerviosa —respondió ella, con una breve carcajada—. Preocupada porque Luc no aparezca.

Yo también me reí.

—Él lleva todo el día de los nervios. No hemos conseguido que comiera ni que se concentrara en el partido. Ninguno tiene motivos para preocuparse.

Como miembro honorario de la familia, Luc estaba incluido en nuestras tradiciones. Dado que se casaban en invierno, no habíamos podido celebrar la habitual partida de golf, así que, en cambio, pasamos la tarde y la noche recorriendo los bares preferidos de Luc y Reed. Alquilamos dos SUV para ir de un lado a otro, con una ruta cuidadosamente planeada por ambos. En todos los bares nos tenían preparadas degustaciones de whisky, acompañadas por aperitivos y, milagrosamente, ninguno acabó emborrachándose. Todos estábamos contentos y un poco achispados, pero nadie cogió una cogorza. Hubo muchas risas, bromas y hasta karaoke en uno de los establecimientos, pero todo fue muy divertido. Nunca más volvería a pensar en la canción *It's Raining Men* sin recordar a Aiden, Van, Reid, Luc y Reed en el escenario cantando y bailando, con Hunter y Jaxson como coro. Maddox lo grabó con el móvil, así que tendría que recordarle que me lo mandara. Sería un material estupendo para la próxima reunión familiar.

Luc se había mostrado relajado y feliz en su despedida de soltero. Las mujeres habían disfrutado de su tradicional día en el balneario. Pero esa mañana Luc parecía muy nervioso, más bien histérico, y eso me hizo sonreír.

—No crees que vaya a cambiar de opinión, ¿verdad? —me preguntó en un momento dado.

Me reí y negué con la cabeza.

—Es mi hija, Luc. Cuando nos decidimos por el amor, no cambiamos de opinión.

Asintió con la cabeza, más aliviado, pero estuvo distraído toda la mañana, así que mi equipo ganó con facilidad. Su apetito habitual había desaparecido, y apenas conseguí que se comiera un bocadillo. Para la hora de la cena estaría muerto de hambre, así que esperaba que hubiera algo de picoteo cuando acabara la ceremonia. No quería que se desmayara por no haber comido.

—Le diré a Ashley que no tiene motivos para preocuparse —dijo Katy.

La puerta se abrió de nuevo y salió el resto de mis chicas. Heather, Penny y Gracie llevaban

vestidos burdeos y ese intenso color les sentaba bien. Cada una tenía su propia relación con Ashley, y ella había querido que todas sus hermanas asistieran a su boda. Se me encogió el corazón al verlas.

—Dios mío, estáis impresionantes.

El color era el mismo, pero cada una llevaba un vestido diferente, adaptado a su estilo. Todas estaban elegantes y preciosas. Con el pelo recogido y muy sonrientes. Me dejaron sin aliento.

Heather se rio.

—Cuando nos arreglamos, estamos divinas, papi. Verás cuando salga Ashley. A su lado desmerecemos mucho. La fotógrafa está haciendo unas cuantas fotos más, luego podrás entrar y os hará algunas juntos. Y después hará unas familiares.

Carraspeé.

—Y después hará unas fotos especiales para mí que le he pedido.

Katy me miró a los ojos.

—¿Especiales?

—Mis chicas y yo. Todas. Las quiero para mi mesa.

Sonrió.

—Sería estupendo.

Greta, la fotógrafa, salió.

—Vale, tengo que coger un par de cosas. Puedes entrar, Richard. Te daré unos minutos y luego haré algunas fotos. —Hizo un mohín—. Hay tiempo de sobra, ¿os parece bien que haga unas cuantas fotos de grupo después para que tengáis más donde elegir?

—Estupendo.

Me detuve en la puerta y miré por encima del hombro. Mi mujer me sonrió para darme ánimos y mis tres hijas pequeñas rieron entre dientes. Sabían lo emocionado que me había sentido en sus bodas, y ese día no era diferente. Formar parte del día de Ashley fue inesperado pero asombroso. Hubo una época en la que ni siquiera se me ocurrió que pudiéramos llegar a ese punto.

Entré y cerré la puerta. Ashley se apartó del espejo y me quedé sin aliento.

Tan alta, elegante y guapa, era una alegría para los ojos. Había elegido un vestido sencillo, de satén marfil, con los hombros al aire, corpiño ajustado y falda larga que se acampanaba en la parte de abajo. La larga raja que tenía en un lateral le daba un toque muy sexy, y sabía que Luc se volvería loco cuando la viera. Se había dejado el pelo suelto, apartado de la cara, y había decidido no llevar velo. La ausencia de adornos, encajes y brillos le sentaba de maravilla. Estaba increíble.

Me llevé la mano al corazón.

—Eres preciosa. Me recuerdas a tu madre.

Hubo una época en la que no habría sido capaz de decir esas palabras sin provocar su ira, pero esos días habían quedado atrás. Me devolvió la sonrisa.

—Creo que he heredado lo mejor de mis padres.

Me acerqué a ella y la besé en la mejilla.

—Gracias. —Metí la mano en el bolsillo y le puse una cajita en la mano—. Katy y yo queríamos que tuvieras esto.

Ella la abrió y se quedó boquiabierta. En su interior brillaban unos pendientes sobre un terciopelo oscuro. Eran unas perlas que colgaban de una hilera de diamantes de distintos tamaños, engastados en oro blanco, que llamaban la atención.

Ashley tenía los ojos brillantes cuando buscó los míos.

—Son preciosos.

—Como tú. Los ha elegido Katy. Pensó que te gustarían y que podrías volver a ponértelos. Yo…, esto…, he elegido unos gemelos para Luc. Con incrustaciones de nácar para que vayan a juego con las perlas. —Arrastré los pies, nervioso de nuevo—. Es una especie de tradición en la familia.

Ella se arrimó y me dio un beso en la mejilla.

—Gracias, papá —susurró—. Los guardaré como un tesoro.

Sujeté la caja mientras ella cogía los pendientes del terciopelo y se los ponía. El corazón seguía dándome un vuelco cada vez que me llamaba «papá». Era la señal de lo mucho que habíamos progresado en nuestra relación. Habíamos llegado muy lejos en dieciocho meses.

Katy entró y aplaudió.

—Oh, son perfectos. ¿A que son perfectos, Richard?

—Desde luego. —La acerqué a mí para besarla—. Como tú.

—Ya vale —replicó ella, aunque el placer le iluminaba los ojos.

—¿Podéis parar? —protestó Ashley—. Estáis siempre tocándoos y diciéndoos ñoñerías —se burló.

En ese instante entró Gracie.

—Pues tú solo has tenido que soportarlo durante poco tiempo. Imagínate ver eso toda la vida. Era vergonzoso de adolescente.

Heather se unió a ella.

—Sí, todo el día magreándose. Incluso delante de nuestros amigos. ¡Uf!

Penny se rio al entrar.

—A mí siempre me ha parecido muy tierno. Mis amigas me envidiaban.

Las demás pusieron los ojos en blanco, pero se echaron a reír. Ashley se encontró con mi mirada, la suya un poco triste, pero sonrió. Sabía que estaba pensando en su madre y en su propia infancia. En lo mucho que se había perdido.

—La verdad es que no me importa —admitió—. Espero que Luc y yo seamos así dentro de cincuenta años.

—¡Oye! —protesté—. Que no soy tan viejo.

Todas se rieron y, en ese momento, entró Greta.

—Vale, vamos a hacer tus fotos, Richard. Tus chicas y tú.

Nos colocó y tomó algunas fotos rápidas. En algunas salíamos todos, luego nos hizo algunas a Katy y a mí con Ashley, y unas cuantas más en las que solo estábamos Ashley y yo.

—Estupendo. Luego haremos más. Voy a bajar para prepararlo todo.

Se marchó, y mis chicas se dieron los últimos retoques delante del espejo. Después nos lanzaron besos y siguieron a Greta escaleras abajo. Katy y yo nos quedamos a solas con Ashley, que nos sonrió. La chica amargada y furiosa que temí que jamás me permitiera acercarme a ella había desaparecido. En cambio, delante de mí había una mujer simpática y atractiva a la que me enorgullecía llamar «hija». Una mujer que me devolvía las muestras de cariño y que se había integrado sin problemas en la familia.

—Antes de que te vayas, quería darte las gracias —le dijo a Katy—. Por todo. Por toda tu ayuda con la boda, por hacer que todo saliera tan bien.

Katy sonrió.

—He disfrutado de cada segundo.

Ashley asintió con la cabeza, aunque parecía insegura, y volvió a hablar.

—También quería darte las gracias por ser una mujer tan increíble, Katy. Por acogerme y ser

tan paciente mientras me adaptaba. —Hizo una pausa y tragó saliva—. Por haber aceptado ser una madre para mí.

A Katy, que estaba a mi lado, se le llenaron los ojos de lágrimas. La acerqué y la besé en la coronilla mientras Ashley seguía hablando.

—He encontrado algo con lo que siempre he soñado: una gran familia. Creo…, no, no lo creo. Estoy segura de que mi madre está contenta de que te haya encontrado. Espero que me dejes llamarte «mamá» a partir de ahora. Porque te mereces ese título. —Volvió a tragar saliva—. Lo he hablado con las chicas y les parece bien… si tú accedes. A mi madre siempre la llamé «mami», así que creo que a ella también le parecería bien.

Katy avanzó hacia ella y extendió los brazos.

—Cariño, nada podría hacerme más feliz.

Ashley la abrazó con fuerza y para hacerlo tuvo que agacharse. Siempre sonreía cuando las veía abrazarse. Ashley, tan alta, inclinándose para abrazar a mi pequeña Katy. Ver el genuino cariño que se profesaban me hacía feliz. Era algo que meses antes no sabía si llegaría a suceder, pero que había sucedido gracias al alma bondadosa y a la ternura innata de Katy. Del mismo modo que me había cambiado con su luz, también había atraído a Ashley.

Mi mujer se apartó de la novia, secándose las lágrimas con un pañuelo.

—Nunca sustituiré a tu madre, pero me siento honrada de seguir sus pasos. Ha criado a una persona increíble y sé lo orgullosa que está de ti. Me alegro mucho de que el destino te haya traído hasta nosotros.

Ashley sonrió, con los ojos brillantes por la emoción.

—Le he pedido a Reed que te acompañara al asiento de la madre de la novia.

Katy asintió y se volvió, encontrándose con mis ojos. Esos preciosos iris azules resplandecían por la emoción y la felicidad. Me incliné y la besé.

—Hasta dentro de un momento.

Se fue, todavía enjugándose las lágrimas. Miré a Ashley.

—Gracias. Me acabas de hacer muy feliz.

Ella meneó la cabeza.

—Gracias a ti, papá. Por todo.

Me pregunté si alguna vez me acostumbraría a que me llamara «papá». Si alguna vez el corazón dejaría de darme un vuelco al oírla. Esperaba que no.

—No hace falta que me des las gracias. Estoy encantado de hacerlo todo por mi hija. —Le ofrecí el brazo—. ¿Estás preparada para casarte?

—¿Estás preparado para entregarme?

Le di un beso en la cabeza.

—No. Nunca te entregaré de verdad. Te dejaré marchar y siempre estaré aquí, Ashley. Recuérdalo. Siempre podrás contar conmigo.

Me apretó el brazo.

—Entendido.

ASHLEY

Richard, mi padre, se asomó al saloncito donde Luc y yo intercambiaríamos nuestros votos. El lugar estaba decorado con flores y ramas frescas, cuyo aroma flotaba en el aire. Como no quería un tema navideño exagerado, me había decantado por el dorado, el marfil y el burdeos, con algunas guirnaldas de abetos y pinos.

Mi padre regresó a mi lado y me colocó el brazo en el suyo, dándome palmaditas en la mano para confortarme.

—Luc está dentro. Parece un león enjaulado paseando de un lado para otro.

Me reí entre dientes.

—Hace eso cuando está nervioso y no tiene un teclado cerca con el que trabajar.

Asintió conforme.

—Te está esperando.

—Espero no decepcionarlo —dije.

Me miró boquiabierto.

—¿Cómo puedes decir eso, Ashley? Estás resplandeciente. A mí me has dejado sin aliento.

Sonreí, sintiéndome abochornada.

—Me gusta la sencillez —admití—. Un estilo básico sin muchos adornos. Mi vestido es bastante sobrio en comparación con otros.

—Me gusta tu estilo. Es clásico y bonito. Te sienta bien y estás maravillosa. Se va a quedar boquiabierto.

Sentí que me ponía colorada y me apretó los dedos.

—Tesoro, sé que tuviste una infancia difícil y que sufriste acoso escolar, pero lo superaste y los venciste. Mantén la cabeza alta y reconoce tu valía. Es inmensa. —Me dio otro apretón—. Sobre todo para mí y para tu familia. Y para Luc. Te adora de los pies a la cabeza. Recuérdalo.

—Me has llamado «tesoro». Así es como llamas a Heather.

—Y a Penny. Y a Gracie de vez en cuando. —Hizo una pausa—. Y ahora a ti. Si te parece bien.

—Sí, papá. Me gusta.

Sonrió de oreja a oreja, aunque se le escapó una lagrimilla.

—Entonces ya sabes lo que siento cuando me llamas «papá».

Heather asomó la cabeza por la esquina.

—Detesto interrumpir este momento tan especial entre padre e hija, pero el juez de paz está listo y Luc va a explotar. Reed me ha dado la señal. Tenemos que ponernos en marcha o Luc vendrá aquí y te llevará él mismo al altar. —Suspiró exasperada—. Por muy divertido que parezca, ¿podemos celebrar una boda familiar sin dar un espectáculo, por favor? A mamá seguramente le gustaría.

Nos reímos y nos preparamos para entrar.

Mi padre me miró.

—¿Preparada?

—Preparadísima.

Sonrió.

—Pues vamos.

Luc era alto y estaba guapísimo con su esmoquin negro. Tenía una expresión intensa y el ceño fruncido cuando entré del brazo de mi padre. Había cruzado las manos por delante y no paraba de mover los dedos con impaciencia. Se detuvo en cuanto me vio y le cambió la cara al instante. Cualquier duda se desvaneció nada más mirarme de arriba abajo, demorándose en mis hombros desnudos y en la pierna que asomaba cada vez que daba un paso hacia él. Sabía que ya tenía planes para las sandalias de tacón alto que llevaba. Seguro que quería que se los clavara en el culo mientras me follaba con ganas para celebrar la noche de bodas. O que le rozara la espalda con ellos mientras me lo comía. Ojalá quisiera celebrar la boda durante muchos días…

Su expresión se volvió tierna, cariñosa. Vi que Reed le ponía una mano en el hombro y se inclinaba hacia él para decirle algo al oído. Luc sonrió y asintió con la cabeza, sin apartar los ojos de mí.

—¡Uf, es un caso perdido! —murmuró mi padre—. Estoy medio tentado de parar y darme media vuelta solo para ver su reacción —susurró.

—¡Papá! —exclamé en voz baja, intentando no reírme. Luc lo seguiría, y rápido.

Me dio una palmadita en la mano.

—Es broma, cariño. Es broma.

Se detuvo cuando llegamos frente a Luc, que se adelantó y le estrechó la mano.

—Yo me encargo a partir de aquí —dijo. Luego me ofreció una palma, expectante.

Mi padre me colocó la mano en la suya, despacio.

—Sé un buen marido y no tendremos problemas, Luc.

—Pienso serlo, señor VanRyan.

Mi padre se rio entre dientes.

—Qué formalidad. Me gusta. —Luego se volvió hacia mí y me besó—. Te quiero, tesoro —murmuró en voz baja para que solo yo pudiera oírlo.

Y después, como no podía ser de otra manera, retrocedió por el pasillo y en vez de sentarse junto a Katy, se acercó a mis damas de honor para besarlas y murmurarles algo que las hizo sonreír. Miró a Luc muy sonriente mientras se dirigía a su asiento.

—¿Qué quieres que te diga? Mis chicas están hoy radiantes. Necesitaba decírselo.

Todos se rieron, porque era típico de Richard. Siempre tenía que convertirse en el centro de atención. Sin embargo, no me importaba. Que me incluyera entre sus chicas era increíble. Oírlo decir que me quería iba sanando poco a poco mi corazón. Lo iba uniendo y me permitía quererlo un poquito más.

Me volví para mirar a Luc, mi futuro. Me contemplaba con una mirada tan llena de amor y ternura que estuvo a punto de estallarme el corazón por todas las emociones que sentía.

Se inclinó hacia mí y me susurró:

—Cásate conmigo ya, cariño. No puedo esperar ni un segundo más.

Sonreí.

—Sí.

La celebración estaba en pleno apogeo. Habíamos hecho fotos, habíamos cenado y estábamos bailando. Había asistido a muchos eventos y supervisado cientos. Ni uno solo era comparable a mi boda. Esa familia sabía cómo divertirse, y le encantaba hacerlo. Bailé tanto que me dolían los pies y no tuve más remedio que quitarme las sandalias. Luc me miró con tristeza mientras me las desabrochaba, pero se alegró en cuanto lo besé y le prometí que me las volvería a poner antes de irnos.

—¿Cuándo será eso? —preguntó, con voz ronca y un deje excitante.

—Todavía falta un rato —respondí—. Me lo estoy pasando muy bien.

—Lo sé —replicó con una sonrisa—. Me encanta verte así, disfrutando tan feliz y relajada. —Me besó—. Disfrutando de formar parte de una familia. De una gran familia.

—Ahora los dos pertenecemos a la misma.

—Ya lo sé. Es increíble.

Miré a mis hermanas, que estaban bailando con sus maridos. Tenía una gran relación con todas ellas. Heather y yo éramos amigas a las que nos encantaba tomar café y salir de compras. Disfrutaba de su faceta artística y de verla crear preciosos mundos a su alrededor. Penny era mi

fuente de cotilleos y risas. Contaba unas historias increíbles y me encantaba su lado divertido. Por sorprendente que pareciera, con quien más unida me sentía era con Gracie. Desde el día que Kylie estuvo a punto de ahogarse, nuestra relación se cimentaba en un profundo afecto. La buscaba para pedirle consejo, y era un surtidor constante de fuerza para mí. Habíamos compartido tantos momentos de amistad que ya no recordaba un instante de mi vida en el que ella no estuviera presente. Éramos hermanas de verdad. Tenía muchísima suerte de poder contar con todas ellas.

Gavin y Matthew eran dos de mis personas preferidas del mundo. Gavin era tranquilo y comprensivo, y me encantaban nuestras conversaciones. Matthew era como un lago en calma, concentrado en su trabajo e intenso. Sin embargo, bajo ese semblante serio, era gracioso y divertido, cariñoso y tierno. Hablábamos todas las semanas y habíamos creado un vínculo increíble. De algún modo, me parecía correcto haber acabado estableciendo un vínculo más fuerte con el mayor y el menor de los hijos de Richard y Katy.

Mi padre, Bentley, Aiden y Maddox se acercaron al micrófono, y esperaron a que la música parase. Papá cogió el micrófono, me miró y me guiñó un ojo.

—¿Qué está tramando? —le pregunté a Luc—. Ya ha pronunciado su discurso.

Consiguió hacerme llorar, aunque fue breve como había prometido.

Luc me atrajo hacia él.

—Es una sorpresa.

—¿Sabes algo de esto?

—Es posible —bromeó—. Tú escúchalo.

—En fin —empezó mi padre—, todos me conocéis.

Se oyó un coro de síes y algunos vítores que lo hicieron sonreír.

—Soy el padre de Ashley. También soy el padre de Gracie, Heather y Penny. —Se detuvo como si esperara algo, que no tardó en llegar.

El grito de Gavin:

—¡Oye!

Nuestro padre se rio entre dientes.

—Y, por supuesto, de Gavin y Matthew, mis hijos varones. Pero esta noche estamos celebrando la boda de Ashley y Luc. —Se puso serio—. No llegué a conocer a Ashley mientras crecía, pero he tenido el privilegio de conocerla estos últimos meses. De saber quién es mi hija y en la mujer tan increíble en la que se ha convertido. —Me miró de nuevo y sonrió—. Cariño, no pude hacer realidad tus sueños de niña, pero sí que puedo asegurarme de que al menos algunos de ellos se cumplan ahora.

Fruncí el ceño. ¿De qué estaba hablando? Me había regalado esa maravillosa boda. Había renunciado a las protestas y le había permitido que pagara mis préstamos estudiantiles. Eso sí, me había puesto firme y no le había consentido que me comprara un coche nuevo, aunque Heather me dijo que estaba loca por no aprovechar la oportunidad. ¿A qué se refería?

Luc me rodeó la cintura con un brazo.

—Mis amigos, la familia que está a mi lado esta noche, vieron una vez un terreno del que se enamoraron. Ese terreno creció y cambió hasta convertirse en el hogar de muchos de los que estamos aquí. Un sitio donde encontrar amor y familia. Amistad. Un sitio donde siempre se está a salvo y se es bienvenido.

El corazón empezó a latirme más deprisa. Mi padre se acercó nosotros, con algo brillante en un mano. Se detuvo delante de mí.

—Gracias a esos amigos, es para mí un gran placer regalaros a ti y a Luc las llaves de vuestra

casa aquí en Port Albany, Ashley.

Miré las llaves que acababa de dejarme en la palma de la mano.

—¿Una casa? —chillé—. ¿Nuestra?

—De parte de todos nosotros, padres y abuelos. —Apagó el micrófono—. No pude hacerlo por ti cuando eras pequeña, pero he pensado que quizá la aceptarías ahora. Luc me dijo que te encantaría.

Miré a los dos hombres que más quería.

—¿De verdad vamos a vivir en el complejo?

—Justo al final de la calle de mamá y mía. Al lado de Heather y Reed.

Le eché los brazos al cuello mientras empezaba a llorar por la alegría. Él me estrechó con fuerza.

—Ahora tienes un lugar seguro, tesoro. Para siempre. —Se echó hacia atrás y me limpió las lágrimas—. Luc y tú seréis muy felices allí, no me cabe la menor duda.

De repente me descubrí abrazando a todo el mundo. Riendo, llorando, incapaz de expresar las emociones que me embargaban. Siempre había querido tener mi propia casa. Una familia con mucha gente a la que querer. Un padre.

Y gracias a Richard VanRyan lo había conseguido.

¿Si añadía a Luc?

La vida no podía ser más perfecta.

Horas más tarde salí al patio. Los hombres estaban reunidos en la terraza, siguiendo la tradición. Sobre la mesa había una botella de whisky escocés y otra de bourbon. El humo de los puros rodeaba sus cabezas. Todos se habían aflojado la corbata, y el calor de las estufas de propano los mantenía calientes.

Me acerqué a la mesa, intentando no sonreír. Mi padre me miró con expresión recelosa. Aiden sonrió, con el brazo extendido sobre el respaldo de su silla.

—¿Alguien más tiene un *déjà vu*?

—Por Dios, espero que no estés a punto de decirnos que tienes una gemela —murmuró Halton.

—Joder —murmuró Maddox—. Como sea eso, se acabaron las bodas. Siempre se lía en las bodas.

Me reí.

—No hay ninguna gemela, chicos. Relajaos.

Papá se rio entre dientes.

—Sois idiotas. ¿Qué pasa, tesoro? Creía que te habías ido hace una hora.

—Quiero una segunda oportunidad.

Él me miró con curiosidad.

—¿Una segunda oportunidad para qué?

Asentí con la cabeza y dejé en la mesa el trozo de tela que tenía en la mano. Él lo miró fijamente y lo empujó con el dedo.

—Es la manga de mi vieja camisa.

—Ha sido el «algo viejo» que he llevado hoy. Envuelta alrededor del ramo.

Sonrió, confundido.

—Vale.

—Me ayudó a encontrarte.

—Desde luego.

—La última vez que la viste, estaba enfadada.

—Ya lo hemos superado —señaló.

—Lo sé, pero quería empezar de cero. Me gustaría sustituir ese recuerdo por uno mejor.

Sonrió porque él me decía esas palabras muy a menudo.

—De acuerdo.

—Esta camisa demuestra que eres mi padre.

Asintió con la cabeza.

Respiré hondo.

—Y te quiero, papá.

Era la primera vez que le decía esas palabras. Quería hacerlo delante de las mismas personas que habían presenciado cómo le lanzaba otras con rabia y rencor.

Él me miró fijamente, desbordado por la emoción del momento, consciente del motivo por el que lo estaba haciendo.

Se levantó, rodeó la mesa y me estrechó entre sus brazos.

—Gracias —dijo sin más, con la voz trémula por la emoción—. No sabes lo mucho que esto significa para mí, lo mucho que tú significas para mí, tesoro.

—Gracias por ayudarme. Por quererme cuando era tan desagradable.

Me besó la frente.

—Nunca fuiste desagradable. Solo te resistías a corresponder mi amor. Pero mereció la pena. Y que sepas que es el mejor recuerdo nuevo.

Maddox se levantó y empezó a aplaudir. Los demás se unieron, poniéndole fin a la intensidad del momento y haciéndonos reír. Papá volvió a abrazarme.

—¿Dónde está Luc?

—Aquí mismo —dijo mi marido mientras aparecía por la puerta—. Esperando a mi mujer. —Atravesó el patio—. ¿Ya está todo? ¿Podemos empezar con la luna de miel? —Extendió la mano —. ¿Puedo llevarme ya a mi mujer?

Acepté su mano, pero me detuve y cogí la manga de la camisa, que me metí de nuevo en el bolsillo.

—¿Qué vas a hacer con eso? —me preguntó Bentley.

—Coserla algún día en una colcha infantil —respondí.

—¡Mejor te pones a ello! ¡Hora de hacer niños! —le gritó Aiden a Luc—. Que Richard tiene ya sus años.

—Pues como te pille, tú no vas a llegar a viejo —lo amenazó mi padre justo antes de abalanzarse sobre él.

Luc tiró de mí hacia la puerta y yo lo seguí. Miré por encima del hombro antes de entrar y me encontré con la mirada de mi padre. Me guiñó un ojo y levantó la barbilla, diciéndome en silencio que me fuera. Se puso la mano en el corazón, haciéndome saber cómo se sentía.

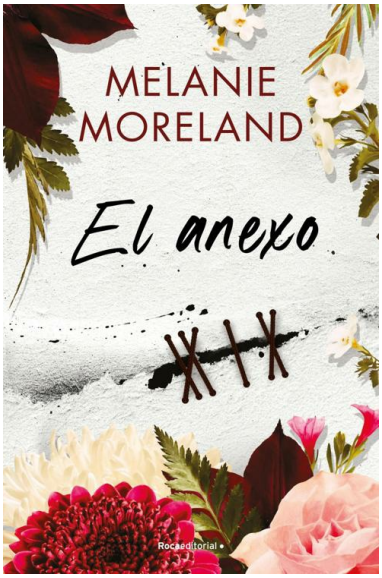
Imité su gesto antes de volverme y seguir a Luc.

Dejé el pasado donde pertenecía. En el pasado.

A partir de ese momento, solo miraría hacia delante.

TRAS *EL ACUERDO* Y *LA ENMIENDA*,
LA ASPASIONADA HISTORIA DE RICHARD
Y KATY LLEGA A SU FIN CON ESTA ÚLTIMA
ENTREGA LLENA DE TENSIÓN Y SECRETOS.

PUEDES CAMBIAR EL FUTURO,
PERO NO ESCAPAR DEL PASADO.



A Richard VanRyan le van muy bien las cosas. Su familia crece. Tiene una vida plena. Posee todo lo que puede desear y ha sido bendecido con todo lo que nunca supo que necesitaba. Hasta el día en que su pasado aparece y lanza una granada a su futuro
¿Qué ocurre cuando el hombre que solías ser proyecta una sombra sobre el hombre que eres hoy?
¿Podrán los dos mundos fusionarse en paz, o uno hará que el otro se astille?
¿Puede ganarse el perdón, o tiene un precio demasiado alto?

Melanie Moreland, escritora superventas cuyos títulos han figurado en las listas de más vendidos de *The New York Times*, *USA Today* y *Wall Street Journal*, vive felizmente en una tranquila zona de Ontario con su querido marido y su gata Amber. Lo más importante para ella son sus amigos y su familia, y aprecia cada momento que pasa con ellos. Es la autora de una serie de novelas románticas de corte erótico que ha vendido más de 500.000 ejemplares en Estados Unidos: *El acuerdo*, *La enmienda* y *El anexo*, todas publicados por Roca.



Título original: *The Addendum*

Primera edición: enero de 2025

© 2022, Melanie Moreland
© 2025, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Ana Isabel Domínguez y María del Mar Rodríguez, por la traducción

Diseño de la portada: adaptación de la cubierta original de Waterhouse Press / Penguin Random House Grupo Editorial

Roca Editorial de Libros, S. L. U., es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, PRHGE se reserva expresamente los derechos de reproducción y de uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19965-59-2

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

El anexo

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Sobre este libro
Sobre Melanie Moreland
Créditos